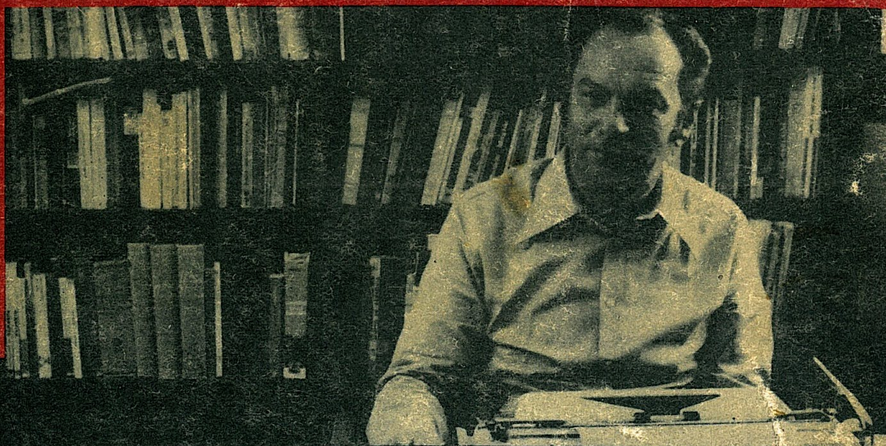


"Este libro se ocupa de Tamayo, sobre todo como hombre y pensador, desde su vida hogareña, hasta su actuación pública y sus ideas pedagógicas y políticas.

Preferí no internarme en el reino de la quimera, siempre engañoso y lleno de espejismos y caminar más bien por el territorio firme de los testimonios, los recuerdos de los contemporáneos, amigos y adversarios de Tamayo, así como sus propios escritos. Compuesto al modo de un largo reportaje en torno a la figura del "Goethe aymara", este libro recoge también las polémicas que sostuvo en la función pública y en su vida intelectual, porque allí se encuentran muchas claves para entender su polifacética personalidad y su escindida alma en la que convivían, en perpetua lucha, el sufrido habitante del "ayllu" indígena y el señor feudal cautivado por la cultura de Occidente.

Y aquí encontrará también el lector, el retrato de Tamayo hecho por él mismo, los trozos de la autobiografía que nunca llegó a escribir y que se encuentran sin embargo, diseminados a lo largo de sus panfletos y de su obra poética, para quien tenga la paciencia de buscarlos".

M. B. G.

Ediciones LOS AMIGOS DEL LIBRO S. R. L.

La Paz - Bolivia

1978

MARIANO BAPTISTA GUMUCIO

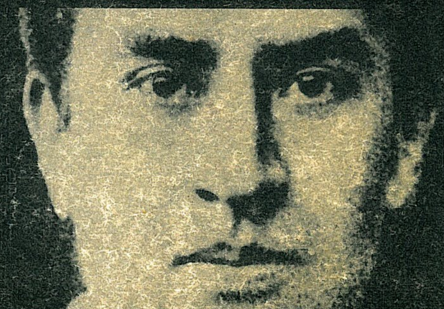
YO FUI EL ORGULLO



MARIANO BAPTISTA GUMUCIO

YO FUI EL ORGULLO









VIDA Y PENSAMIENTO DE FRANZ TAMAYO

Mariano Baptista Gumucio nació en Cochabamba en diciembre de 1933. Hizo estudios de Derecho en la Universidad de San Francisco Xavier de Sucre y San Andrés de La Paz, y posteriormente viajó a Europa como Secretario de las Embajadas de Bolivia en Italia e Inglaterra. Vivió en Venezuela durante varios años y, como periodista, ha recorrido numerosos países de Europa y Asia. En 1970 desempeñó las funciones de Ministro de Educación adelantando varios planes de reforma y particularmente el más ambicioso proyecto de alfabetización que se haya realizado en el país (por el que recibió el Premio Rehza Palevi de UNESCO en 1976). En su gestión, se fundó el Banco del Libro, el Instituto Nacional de Folklore y la Revista Nacional de Cultura. Es redactor y firmante, en representación de Bolivia, del Convenio "Andrés Bello" de integración educativa, cultural y científica de los países del área andina. Su tesis de "una escuela para la vida", que plantea, entre otras innovaciones, un bachillerato de ocho años, fue aprobada por los asistentes a la conferencia sobre "La crisis mundial de la educación" que se reunió a iniciativa del Consejo Mundial de Iglesias en Bergen, Holanda en 1970 "por sus soluciones prácticas a los problemas educativos del tercer mundo".

Es miembro de la Academia Nacional de la Lengua y desde el año 1972 dirige el vespertino "Ultima Hora" de La Paz. Ha publicado las siguientes obras:

— REVOLUCION Y UNIVERSIDAD EN BOLIVIA, 1953.

— LA GUERRA FINAL, Caracas 1965, La Paz, 1966.

— CAZADORES DE ESFINGE, La Paz, 1967.

— NARRADORES BOLIVIANOS, Caracas, 1969.

— LOS DIAS QUE VENDRAN, Caracas, 1969, (2ª edición), La Paz, 1969

— PAGINAS PARA LA REVOLUCION, La Paz, 1970.

— ITINERARIO INCONCLUSO, La Paz, 1970.

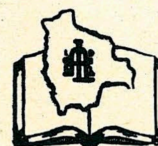
(Pasa a la solapa posterior)

YO FUI EL ORGULLO . . .

MARIANO BAPTISTA GUMUCIO

YO FUI EL ORGULLO...

VIDA Y PENSAMIENTO DE FRANZ TAMAYO



Distribuidores:
EDITORIAL LOS AMIGOS DEL LIBRO
La Paz — Cochabamba
1 9 7 8

PRIMERA EDICION
Abril de 1978

Carátula de: Gastón Ugalde Castro.

Impreso en Bolivia — Printed in Bolivia

Impresores: Litografías e Imprentas Unidas S. A.
Distribuidores Exclusivos: Editorial Los Amigos del Libro.
La Paz — Cochabamba

A Gonzalo Sánchez de Lozada

ELEGIA A TAMAYO

por *Oscar Cerruto*

**Yo era el orgullo,
la frente
alzada al viento de la injuria.
Yo era la roca,
el pensamiento que la hería.
Y era la herida.
Sangraba en mis palabras la rosa
incorruptible;
era yo quien sangraba.**

**Fatigué en largas jornadas
la noche,
extraje el cieno de mi propio abismo,
destilé el oro de los sueños.
Pronto supe con Píndaro
que el hombre
es el sueño de una sombra.**

**Gira su rueda el tiempo,
la dicha es como arena
entre los dedos
y hasta el olvido al fin se olvida
Sólo el dolor no se acaba.**

Los actos, la indiferencia
prescriben,
y, como ellos,
los que tejieron escarnio.
Fueron legión,
yo estaba solo,
pero eran viento y los dispersó
el viento.

Ansié partir con un adiós de bronce,
y si el odio calló
su turbulencia,
resuena el bronce todavía

Ni la muerte que es muerte nos iguala.

INTRODUCCION

Pero entre los que marcan rumbos hay figuras extrañas que están sujetas a una interpretación constantemente renovada, y cuyo valor total jamás puede ser determinado, cuya enseñanza jamás puede ser formulada. Ellos son los verdaderos inmortales, porque mucho tiempo después de haber dejado de respirar, continúan, fecundos e inquietantes, colocando el mundo ante nuevos problemas, prosiguen viviendo en la transformación de sus figuras e ideas, como si se transformasen ellos mismos.

Emil Ludwig

Hay libros que nacen en la inspiración de un día y que llevan años de lenta elaboración. Unos son fruto de una obsesión, de los fantasmas que agobian con su ronda persistente, el cerebro del autor y para quienes la única forma de exorcismo, es su traslado y encierro en letras de molde; otros son producto del fervor y nacen sin esfuerzo, como una forma de retribución por los instantes de gozo espiritual, que se le deben al personaje o al tema que inspiró la obra.

Este pertenece a la una y a la otra clase de libros. Nació de una primera imagen que llevo grabada en el

recuerdo: la del escolino, siempre atrasado que, después del almuerzo subía a tropezones la calle Loayza en dirección del colegio "La Salle" para recibir su vespertina ración de majaderías, e invariablemente dirigía la vista a un balcón en el que se asomaba, con los brazos cruzados al pecho y la mirada adusta, perdida en la distancia, un anciano de cabeza maciza, a veces ornada con un sombrero de paja. Ese colegial, de doce o trece años, era yo, y el anciano, Tamayo.

El autor de "Creación de la pedagogía nacional" ya se había convertido, para ese tiempo, en el ídolo y profeta boliviano a quien, aún sin entenderlo, se dirigía la gente, en busca de consejo y orientación. Los estudiantes oíamos su nombre con veneración, de labios de alguno de nuestros profesores avispados y aunque nadie hubiese leído una línea de sus libros, (como hoy día) Tamayo era constantemente nombrado y discutido. Yo le veía como un ser mitológico e inaccesible y pasaba respetuoso frente a su balcón, observándolo de reojo, para no perturbar ni siquiera con una mirada indiscreta, el vuelo de sus meditaciones.

Algunos pocos años después, su abogado y amigo, el Dr. Justinio Daza Ondarza, me ofreció la oportunidad increíble de visitar al bardo y en efecto, una tarde, acompañado de un ejemplar de "La Prometheida", penetré con el Dr. Daza Ondarza, el portal de la vieja casa y subimos al segundo piso, hasta la habitación en que se encontraba Tamayo, la del balcón que daba a la calle, biblioteca y sala de música al mismo tiempo. Llamaba la atención el avanzado deterioro de la casa y el desaliño de muebles y objetos. Se trataba de una típica casona de la clase terrateniente paceña, que oficiaba de prolongación de las austeras casas de hacienda que se complementaban con ella, en el Altiplano. En

el patio central, podían observarse, en talegas, los productos del campo y había (imagino ahora) intenso tráfico de sirvientes indígenas. Tamayo nos recibió cordial, puso su firma, sin una palabra más, en el ejemplar de su libro que le extendí tímidamente, y al saber mi nombre completo, evocó la figura de mi bisabuelo con una anécdota:

—Yo estuve de niño —nos dijo— más de una vez, en las rodillas de Baptista, cuando venía a visitar a mi padre. Eran grandes amigos.

Esa frase es todo lo que recuerdo de la breve visita.

En 1950, al borde del bachillerato, leí en "Ultima Hora" el famoso mensaje tamayano sobre la negociación marítima, que causó un sacudimiento como pocos deben haberse visto en La Paz. Mi adoración por Tamayo, casi equivalente al odio que sentíamos los escolares hacia el país que arrebató el litoral a Bolivia, creció de punto. Habíamos leído, para entonces, el "Hechicero del Ande", de Fernando Diez de Medina, "Para siempre" de Tamayo y "Para nunca", de su biógrafo, sin saber a quién dar la razón, en esa catarata de réplicas y contraréplicas, vilipendios e injurias.

Desde entonces —como les ha sucedido a tantos otros en nuestra pequeña comunidad boliviana, me he sentido cautivado por la obra y la vida de Franz Tamayo.

Todo en él, es ciertamente contradictorio y desmesurado. Puede comprenderse el fastidio y el rechazo que a sus contemporáneos y rivales provocaba la figura de Tamayo, siempre navegando contra la corriente y dándose cabezazos contra las murallas de la mesocracia ignara— él que soñaba en la Hélade y creía

que el Parlamento de Disraeli y Lord Palmerston, podía transplantarse a 4.000 metros de altura y de encuevamiento.

En vida, provocó enormes resistencias y fue condenado al ridículo por quienes confundían al literato con el político, o no entendían ni a uno ni a otro. Feroz en la diatriba, Tamayo aumentó voluntariamente el caudal de sus enemigos, lo que, unido a su orgulloso aislamiento, contribuyó a hacerle una aureola de Júpiter desdeñoso y soberbio. Al juzgarlo, pocos entendieron que, como señalara Goethe, "los grandes hombres sólo tienen un mayor volumen; tienen las virtudes y los vicios en común con los más insignificantes, pero en mayor cantidad. La proporción puede ser la misma".

Este libro, se ocupa de Tamayo, sobre todo como hombre y pensador, desde su vida hogareña, hasta su actuación pública y sus ideas pedagógicas y políticas. Afortunadamente, además de "Hechicero del Ande" existen excelentes valoraciones críticas de su poesía, tanto en las revistas "Kollasuyo" y "Signo" que le dedicaron números especiales, como en los estudios y libros de Roberto Prudencio, Dora Gómez de Fernández, Nicolás Fernández Naranjo, Augusto Guzmán, Oscar Cerruto, Harold Osborne Carlos Condarco Santillán, Jaime Martínez Salgueiro. Ramiro Condarco ha publicado también medulares trabajos sobre las ideas filosóficas y pedagógicas de Tamayo.

El volumen contiene dos entrevistas, a la esposa y al mejor amigo, que tuvo Tamayo y un ensayo, transcrito in extenso, *de Augusto Céspedes, publicado originalmente en "El Diario" el año 1931, que constituye un retrato mordaz e impertinente del bardo (que Tamayo, aparentemente ignoró) revelador de la profunda penetración psicológica y el maduro talento de Céspe-*

des, por entonces de 28 años de edad y partidario del caído régimen de Siles, como joven nacionalista, *lo que explica en parte su acrimonia con Tamayo. La investigación sobre los materiales que contienen los demás capítulos, me tomó buenas horas en la hemeroteca municipal y en la Biblioteca de la Universidad de San Andrés, tiempo que tuve que robar a la actividad periodística, con la que me gano la vida.*

La entrevista con doña Luisa Galindo tuvo en realidad, dos etapas, aunque solamente en la segunda usé una grabadora. En 1970, cuando me hallaba a cargo del Ministerio de Educación, hice una visita a Yaurichambi, la finca de don Franz, con la idea de ver en qué condiciones se encontraba la casa de hacienda pues abrigaba el proyecto de que el gobierno la declarara "monumento nacional".

Esa moderna mafia de los "dirigentes agrarios" había tratado varias veces de arrebatar a la anciana, el retazo que le queda de la finca Yaurichambi donde se encuentra una modesta casa de hacienda, en la que ella y Tamayo, pasaron innumerables días. Ese lugar, en otro país, sería sitio de peregrinación para escolares y estudiosos, pero ahora permanece en completo abandono. Yaurichambi, se halla a unas dos horas, o menos, de automóvil de La Paz.

Allí me esperaba doña Luisa, y las únicas hijas sobrevivientes de Tamayo, Elvira y Teresa. En la antigua finca existían para entonces dos escuelas y la visita se convirtió en una fiesta para los niños aymaras a quienes llevamos materiales escolares y deportivos. Doña Luisa preparó "ponches" para combatir el día frío y la jornada transcurrió alegremente. De entonces databa mi amistad con la señora de Tamayo. Fue en esa oportunidad que, con sus familiares subimos a la coli-

na en la que, con una vista imponente de la Cordillera coronada de nieves eternas, a un lado, y el altiplano sin límites, al otro, Tamayo escribió buena parte de su obra poética, y acordamos allí que el Ministerio de Educación haría reconstruir el pequeño mirador de cuatro columnas y un techo, que había tenido el sitio en vida de Tamayo, y que en la roca próxima, se colocaría una placa de bronce, con el poema que prefería entre todos los suyos:

Yo fuí el orgullo como se es la cumbre
y fue mi juventud el mar que canta.
¿No surge el astro ya sobre la cumbre?
¿Por qué soy como un mar que ya no canta?
No rías Mevio de mirar la cumbre,
Ni escupas sobre el mar que ya no canta.
Si el rayo fue, no en vano fuí la cumbre
y mi silencio es más que el mar que canta.

(La placa de bronce se hizo y el proyecto de decreto quedó en Palacio, cuando se produjo el cambio de gobierno. Ignoro qué hicieron mis sucesores con la placa, quizá se halla en algún desván; en cuanto al decreto, reapareció, después de una campaña de prensa que realicé en "Ultima Hora", y fue aprobado por el gobierno en 1974).

En enero de 1975, visité nuevamente a doña Luisa, en su casa del barrio de San Pedro. De joven. las fotos revelan a una moza garrida, de trenzas de pelo retinto y labios carnosos. El conjunto recuerda el cuarteto de los "Nuevos Rubayat":

Soltaban los turpiales sus alegros
En la selva de ramos verdinegros;
Más de ébano triunfaron y azabache
Tus negras trenzas y tus ojos negros!

Se unió desde temprano con Franz, compartiendo penas y alegrías por varias décadas. Casi como Tolstoy (quien tuvo 13 hijos), Tamayo tuvo 15, la mayoría muertos en temprana edad. Doña Luisa, trabajó duramente toda su vida y amó profundamente a don Franz, sin llegar a apreciar, comprensiblemente, la profundidad de su intelecto. Para ella, como se infiere de estas cuitas, don Franz era casi un niño grande, a veces malcriado, pero a quien élla sabía comprender y dominar. Se trata ciertamente, de un retrato insólito, desmitificador, profundamente humano.

A la muerte de Tamayo, la Universidad de La Paz se hizo cargo de la biblioteca y hasta ahora no ha pagado un centavo a la familia, lo que resulta lamentable e injusto. Elvira y Teresa, rodean a su madre de amorosos cuidados. Doña Luisa es una anciana encantadora, de palabra llana y cordial. En otro país habría recibido la atención y el reconocimiento de las instituciones públicas. Pero en éste erial de cultura que es Bolivia, doña Luisa permanece ignorada [1].

Pocas personas estuvieron tan cerca de Tamayo, como don Joaquín Espada Antezana, tanto en el plano intelectual como en el político. En varias ocasiones, don Joaquín también actuó como abogado del escritor en asuntos judiciales y de tierras. El doctor Espada, nacido en Cochabamba, es también poeta, escritor y periodista. Fue Ministro de Hacienda, Gobierno y de Guerra, del Presidente Salamanca y luego ingresó al frente de operaciones como soldado, oportunidad en la que el Alto Mando, quiso cobrar venganza por el apo-

(1) En momentos en que corregía estas pruebas —28 de febrero de 1977— recibo la noticia de la muerte de doña Luisa, el mismo día en que se cumple el 99 aniversario del nacimiento de Tamayo. (N. del A.)

yo, que como Ministro, Espada prestó a la política salamanquista. Afortunadamente, retornó del Chaco sin mayores consecuencias, habiendo cumplido su deber con abnegación. También desempeñó la cartera de Hacienda en el gobierno Peñaranda. Nuestra entrevista tuvo lugar en el mes de junio de 1977. De palabra apasionada y memoria excelente, pues no necesitó acudir a ningún recorte, documento o libro (su biblioteca de 7.000 volúmenes se perdió en el asalto que sufrió su domicilio —el mismo en que tuvo lugar nuestra conversación— a la caída de Peñaranda) pasó revista a una serie de hechos de nuestra vida cultural y política a partir de 1920, hasta 1943, al conjuro de la evocación de Tamayo.

De las múltiples paradojas que encierra la vida y el recuerdo de Tamayo, no es la menor el hecho de que la Bolivia "oficial" se haya ocupado tanto de exaltarlo sin preocuparse jamás de divulgar su pensamiento. A los diez años de su muerte, por iniciativa de un diputado opositor, el Congreso aprobó el cambio de nombre de la provincia paceña Caupolicán, por el de "Franz Tamayo"; la Universidad de San Andrés puso el mismo nombre a su Museo de escritores y la Alcaldía a su Casa de la Cultura. Simultáneamente, llovieron sobre los restos del poeta, varias condecoraciones póstumas: el "Escudo de Armas de la ciudad de La Paz", en el grado de servicios eminentes, la condecoración Guerrillero "José Miguel Lanza", de las Fuerzas Armadas, en el grado de Gran Oficial, el "Cóndor de los Andes", en el grado de Gran Cruz. Todas, aunque tardías, loables iniciativas, pero a nadie se le ocurrió que hubiera sido mejor homenaje, reeditar uno o varios de sus libros [1],

(1) La Alcaldía de La Paz, ha anunciado su decisión de publicar las obras completas de Tamayo. Confiemos en que esta excelente iniciativa de don Mario Mercado V. G. se materialice pronto.

o promover algunos concursos monográficos y biográficos, o crear, con carácter permanente, en alguna de las Universidades, una cátedra de estudios tamayanos. Y esto tiene su explicación. Conceder estas medallas o rebautizar determinados sitios no exige esfuerzo mental ni físico alguno, y por el contrario, los homenajeadores lucen ante el consenso, aureolados con una pátina cultural que los hace más apreciables. Y el homenajeado queda en el sepulcro, enterrado junto a sus ideas, para las que no existe ya ninguna resonancia. La ciudad de La Paz está llena de estatuas y bustos de personalidades que en opinión de las autoridades, son amadas por el pueblo boliviano y que han hecho mucho por el país, como Confucio, Bonifacio, Artigas, San Martín, Baden Powell, Melvin Jones, Kennedy, pero en ninguna plazuelita, el visitante encontrará un pequeño monumento a Tamayo. Los maestros y burócratas que manejan el sistema educativo boliviano que por su esterilidad, alienación y vacuidad, constituye el mentís más rotundo a todo cuanto proclamaba el autor de "Creación de la pedagogía nacional", se llenan la boca con el nombre de Tamayo, mencionándolo infaltablemente como a su inspirador y guía, tal como racionalizan muchos gobernantes, sus protervos actos, bajo el manto de Bolívar... De igual manera, el reivindicador del legado indio y de la cultura aymara, el tiranicida del año 30, el defensor de los derechos ciudadanos, del régimen parlamentario, de la libertad de expresión, el cruzado de la reivindicación marítima, ha quedado sepultado junto al poeta y al ideólogo.

Pero nada tiene de extraño que esto suceda con Tamayo cuando al fin de cuentas se destinan en Bolivia migajas para el quehacer cultural en tanto se fomenta oficialmente el papanatismo y la estulticia. Los

ejemplos serían innumerables y es mejor ni mencionarlos para que no se nos llene el rostro de rubor. Como buenos rastacueros evaluamos nuestro progreso por el número de nuevos mamarrachos de cemento y ladrillo que afean nuestras ciudades, o nuestro patriotismo por los gritos destemplados que se pronuncian en nuestros aldeanos desfiles, mientras ignoramos cumplidamente la obra de nuestros pensadores y artistas. Son ellos, sin embargo, quienes darán contenido y fisonomía espiritual a una comunidad tan desorientada y tan urgida de valores morales como es la nuestra. Cuando entendamos que la calidad y la grandeza de las naciones, no se miden por su potencia militar ni por el acaparamiento de riquezas materiales, sino por las contribuciones que han sido capaces de hacer, para mejorar y ennoblecer la vida de los hombres abriendo nuevos rumbos al espíritu humano, habremos dado el primer paso para esta revaloración de nuestros creadores en los campos de la literatura, la ciencia y el arte.

Don Miguel de Unamuno, proponía intentar la santa cruzada "de ir a rescatar el sepulcro de Don Quijote del poder de bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos que lo tienen ocupado". Aquí también, podría organizarse una cruzada para ir a rescatar la tumba de Tamayo, ocupada por los burócratas de la cultura.

Es lícito preguntarse si las ediciones, hechas por cuenta del autor, hace más de medio siglo, tenían tirajes que apenas llegaban al millar. ¿Cuántos bolivianos han podido leer los libros de Tamayo? En ninguna de las pobrísimas bibliotecas universitarias o municipales se encuentran sus obras completas. La tarea que no ha sido capaz de hacer el Estado en veinte años, ha sido cubierta, medianamente, por la iniciativa de algunos espíritus selectos: Roberto Prudencio y Juan Quirós, dedicaron sendos números de sus revistas "Kollasuyo" y "Signo" a la obra de Tamayo, con valiosas contribuciones; los suplementos literarios de "Presencia", "El Diario" y "Ultima Hora", han acogido con alguna regularidad buenos trabajos monográficos sobre el poeta y el pensador; en "Ultima Hora" publicamos en una sola edición en 1973, el volumen completo de "Nuevos Rubayat".

Aun con ese conocimiento superficial y esporádico, no ha variado la fascinación que los bolivianos sienten por su gran Guru, como llaman los hindúes a su conductor espiritual. En una encuesta que realicé en 1973 entre los lectores del vespertino mencionado, sobre las diez personalidades bolivianas, que habían tenido mayor influencia en el siglo XX, los interrogados pusieron en primer lugar a Franz Tamayo.

* * *

Otra de las paradojas de Tamayo es la celebridad americana que llegó a alcanzar en vida y el casi absoluto olvido en que se le tiene ahora fuera de Bolivia, cuando los nombres de maestros como Gonzalez Prada y Mariátegui o Aníbal Ponce, José Ingenieros, Alfonso Reyes, o poetas como Darío, Vallejo, Lugones, Huidobro o Neruda, continúan siendo discutidos y apreciados y sus obras son continuamente reeditadas y comentadas. Mucho de esto tiene que ver con el encierro físico y espiritual en que se halla Bolivia y con el menosprecio que los poderes públicos y los empresarios del nuevo riquismo vacunado sólidamente contra cualquier expresión del espíritu, manifiestan hacia la cultura. Para las gentes obnubiladas con el nuevo becerro de oro del Desarrollo bien poco importa que la obra de autores como Tamayo, sea divulgada en el exterior. Si

no hay una sola reedición de sus libros de poemas y hasta ahora no se ha recopilado sus ensayos y artículos dispersos en diarios y revistas, ¿cómo podemos imaginar que se le conozca fuera del país?

Y sin embargo, no siempre fue así. El nombre de Tamayo traspasó las fronteras en las primeras décadas del siglo. Sus mensajes a los jóvenes de Perú y Costa Rica, que le fueran solicitados, demuestran que su nombre y su obra interesaban no solamente a los círculos académicos sino también a las juventudes de América. Pasemos revista a algunos juicios críticos que prueban este aserto. Para Mario Saielli, el fino y culto crítico italiano, "La Prometheida", "Es una de las más insignes producciones del simbolismo, del tema filosófico dramático y lírico. Poesía energica y viril, atrevida y fecunda, alada y flexible. "La Prometheida" sólo puede compararse al "Himno de las Gracias y las tumbas" de Fóscolo. Hay que volver a los estudios clásicos para comprenderla. Para entender la gloria del paganismo, al griego; para absorber la hondura del vuelo cristiano, al latín. Para entender a Tamayo será preciso regresar al humanismo de dos mil años, a la meditación trascendental".

El español Juan Bardina señala: "Franz Tamayo es la estampa viva del indio auténtico en toda su potencia. Es una potencia que lanzada desde el trampolín de una virginidad étnica, pierde poco de su fuerza inicial y puede llegar más arriba que la potencia media de un hijo de Europa.

"Hijo del Titicaca y de los asombrosos misterios de Tiwanaco, tiene la fina sensibilidad que guarda la raza bajo los pliegues de su poncho policromo, que a Tamayo le sale a la piel, afinada por una educación perfecta en los grandes centros culturales de París. De ahí

que en su persona se aunen los melancólicos pozos de la tradición ancestral de una raza hecha tragedia y los más refinados aportes de la más alta cultura europea... es un enamorado de la literatura mística española y también de la honda literatura hindú. Pasea por los ocultos senderos del alma con la fruición del pensador. Y es así cómo en su vida de hombre público trasciende ese interior contenido, vecino a veces de las regiones hipersensibles y extenuantes de una nerviosidad siempre tensa".

Veamos las opiniones de dos escritores peruanos, el primero, Luis Velasco Aragón, quien afirma: "Franz Tamayo es un espectáculo de osadía, en América. La planta humana nunca se substanció en agresividad pensadora como en este paradigma de andinismo vernacular que cual un nuevo Zarathustra, sabe romperse diciéndonos su llamado en el Illimani... lo más sustancial que el continente ha producido como arte y pensamiento... polémico en tono mayor con un vibrar de rayos. Recién con él se anuncia el pensamiento andino: fuerte, frío, duro... revela el imperio de la intuición que vuelve a la naturaleza para robarle su fuerza y su secreto. Nada libresco. Su fuego es un fuego inmemorial que lo invade y lo ilumina. Ha extraído lo eterno de la raza, y así iluminando escribe y habla como una voz de los Andes que fuera tormenta. Y es tormentoso y dinámico cuando habla o escribe. Habla a golpes de relámpago, flagela con látigos de electricidad nerviosa. Pero siempre es como el agua, fresco, puro, fortaleciente".

Luis Alberto Sánchez opina: "Causa sorpresa cómo metido en el corazón de la montaña, alejado físicamente del mundo, ha podido acendrar una expresión poética tan alquitarada como la que luce en sus libros.

"En él, el verso llega a una síntesis implacable y la metáfora alcanza considerable altura. Tamayo, pese a todo reparo, es el mayor poeta boliviano de todos los tiempos".

En su obra "Escritores representativos de América" (1964), Sánchez señala un paralelo notable: "Un buscador de literatura comparada —dice— podría encontrar en "La Prometheida" de Tamayo (de antes de 1917) coincidencia con el Paul Valery del "Cementerio marino...". La cronología podría demostrar (si fuese decisiva) antecedentes de Valery en el boliviano, rasgos imprevistos y originales en todo su arte refinado, por ejemplo:

Desde que alzaron a correr los ríos
menos aguas fluyeron a los mares
que lágrimas bebió la tierra estéril;
Más tú, doliente, enloquecida ninfa,
¿Por qué nuevo Titán plañiendo imprecas?
¿Quién te arrancó de la espumante y fresca
gruta marina en que jugando moras,
y en pos de tí las ninfas acorrimos
cual blanca grey que lleva dulce esquila?
¿Qué nuevo afán tu corazón remuerde
como oruga voraz en tierna rosa?
¿Qué me traes al pie del bronco monte,
trofeo de dolor, lugar de oprobio,
y reabres fiera el manantial de lágrimas?
¿Qué sendero fatal tu planta busca,
qué fuente ignota el sitibundo labio,
qué sombras de árbol tu rendida frente?
Dí, ¿qué dolor debo llorar ahora,
constante adormidera de tormentos,
perenne arrulladora de tristeza?
....

Hija del mar, jamás en el verdoso
palacio especular de jade límpido
sentí lamento más desesperado
ni supe cómo puede ser en veces
la vida más amarga que la muerte.
¿Cabe tanto dolor bajo del cielo?
¿Puede algún corazón, sangrante crio,
sangrar así sin estallar mil veces?

El argentino Juan José de Soiza y Reilly se pregunta en 1920: "¿De dónde sale este hombre? ¿De qué nube surgió este escritor de maravillas?

"De ninguna. Es un hombre de Bolivia. Es un hombre de América... Como poeta Franz Tamayo es superior a todo lo moderno. Es un clásico y es un futuro. Su tragedia "La Prometheida" es un poema luminoso. Como prosista es un herrero de ideas superiores al ambiente. Muerto Rodó, Franz Tamayo puede reemplazarlo. Rubén Darío que tuvo siempre el talento y la osadía de buscar oro en América encontró en Tamayo una mina secreta. Con aquel su romanticismo desinteresado que le hizo víctima de sus propias virtudes, Darío proclamó antes que nadie las excelencias de este hallazgo.

"Franz Tamayo, cuando sea conocido a fondo en los aduares del Río de la Plata, será un maestro de la juventud. Ya lo es en Bolivia, donde la aspereza de sus verdades hace crispar los puños de los falsos conductores del pueblo".

Y el chileno Hernán Díaz Arrieta ("Alone"), escribe en 1942: "Franz Tamayo no habita solamente en Bolivia, se halla esparcido por todo el continente; "su nombre es legión". Escuelas, partidos, publicistas, pensadores o pseudo pensadores tratan de sacarlo a luz, de exaltarlo, de llevarlo al gobierno, de darle una au-

toridad que llaman "profundamente democrática", reconociéndole derechos pre-históricos para mandar en estas tierras de conquistas. Las masas, hábilmente movidas desde fuera, invocan su nombre y se preparan al asalto, o sea a la reconquista. "De tres siglos lavamos la afrenta..."

El crítico inglés Harold Osborne afirma que "Tamayo pertenece a la modernidad de poetas por la audaz originalidad de imágenes, la cabal pertinencia de los sentimientos y su maestría en la lengua para una evocación precisa de la emoción. Como todo gran poeta, ha creado su propio idioma el cual puede ser señalado pero no exhaustivamente analizado. La fusión de lo abstracto y lo concreto en su imaginativa, la identificación de la intelectual, lo sensible y lo emocional en él, es espontánea y completa. Arraigado como está en la literatura y quizá más profundamente aún en los clásicos, es con todo un poeta de sensibilidad americana... Debe mucho a la cultura de Occidente, pero lo que debe lo ha asimilado y hecho propio. Su contribución consiste en una sensibilidad propia de su raza, de su país y de su experiencia, como se lo impusieron en su vida. Todo esto lo ha asimilado, y de ello ha creado una obra que como todo grande arte, tiene una trascendencia humana y universal".

Es Osborne también quien ha destacado "la profundidad intelectual y la austeridad de la forma poética" de Tamayo que alcanza una "grandeza clásica" a la que no llegan poetas como Neruda y Vallejo, y cita a este propósito, el "Interludio Cuarto: Fessi Rerum:

Viste caer los fuertes?
Nada hay como esas muertes.
En el celeste campo
Se apagan las soberbias lampo a lampo.

Una hoz asesina
Siega el junco y la encina.
Cuanto más ruda la embestida.
Tanto más cierta la caída,
Y al fin, bajo el oprobio o los loores,
Los más vencidos son los vencedores.

Pero algo todavía
Rompe mejor el corazón que siente:
Es la verdad que miente,
Es la virtud que pliega, y la agonía
De la ciencia impotente;
Y algo más triste todavía:
El sollozo silente
de la sabiduría!

Finalmente, para el novelista paraguayo Augusto Roa Bastos, Tamayo es "el primer poeta de América".

* * *

Pienso que este libro puede ser útil al público lector, particularmente a los jóvenes, por dos razones. La primera es que, pese a la belleza de su estilo, a la notable valoración estética que contiene de la poesía y el pensamiento de Tamayo, así como a los valiosos datos sobre su vida, "Hechicero del Ande", nos ofrece un retrato desmesurado de Tamayo, que a veces se aleja tanto de la realidad que lleva al personaje a la categoría de mito. Lo dice el propio Diez de Medina: "¿Qué es mi libro? Errados andan quienes le suponen un retrato biográfico de Franz Tamayo. "Hechicero del Ande", es una criatura ideal, apenas enraizada en el modelo vivo. No soy historiador, sociólogo ni biógrafo de casillero: sólo un escritor que forja creaciones puras con impuros ingredientes. Alquimia estética".

Pero "Hechicero del Ande" es hasta ahora, la única biografía —o como quiera llamársele— que tenemos de Tamayo y allí, el lector lamentará no encontrar muchos datos, episodios e ingredientes que hacen falta para conocer más profundamente, una personalidad tan rica y desconcertante como la del bardo paceño.

De otra parte, el libro de Diez de Medina se detiene en el año 1942 y en su corolario, que es "Para nunca", ofuscado por el enojo, Diez de Medina, adelantó una predicción que resultó falsa: "El error de Tamayo —dijo— radica en pensar que sigue gravitando en los destinos nacionales. Como artista pertenece al futuro. Pensador y político terminaron su misión. Por agudo que sea su ingenio, Tamayo no comprende nuestra época. Viene de la escuela de Salamanca, toda de suficiencia, academismo geométrico, teoría científica e incapacidad para la acción".

Apenas dos años después, Tamayo presidía la Asamblea constituyente que elegía Presidente de la República al Mayor Gualberto Villarroel y se veía envuelto en el turbión de esa etapa dramática y convulsionada que significaría el principio del fin, del viejo orden económico y social que rigió al país desde su nacimiento. Y todavía pesaría mucho intelectualmente, en la conciencia de la nación, a través de sus mensajes...

Valía la pena por eso, llenar algunas lagunas, escudriñar ciertos pasajes y finalmente, cubrir, con información y documentos prácticamente desconocidos para el lector de hoy, toda la trayectoria vital de Tamayo, particularmente el período que va de 1942 hasta el año de su muerte, 1956.

Preferí no internarme en el reino de la quimera, siempre engañoso y lleno de espejismos y caminar más bien por el territorio firme de los testimonios, los recuerdos de los contemporáneos, amigos y adversarios, de Tamayo así como sus propios escritos. Compuesto al modo de un largo reportaje en torno a la figura del "Goethe aymara", este libro recoge también las polémicas que sostuvo en la función pública y en su vida intelectual porque allí se encuentran muchas claves para entender su polifacética personalidad y su escindida alma en la que convivían, en perpetua lucha, el sufrido habitante del "ayllu" indígena y el señor feudal cautivado por la cultura de Occidente.

Y aquí encontrará también el lector, el retrato de Tamayo hecho por él mismo, los trozos de la autobiografía que nunca llegó a escribir y que se encuentran sin embargo, diseminados a lo largo de sus panfletos y su obra poética, para quien tenga la paciencia de buscarlos.

Los títulos de los capítulos han sido escogidos en el deslumbrante huerto tamayano de versos y pensamientos. Las reflexiones que los preceden corresponden al libro "Genio y artista", de Emil Ludwig.

Concluída la etapa de investigación y acopio de materiales, este libro fue escrito en un jardín de Obrajes, bajo el espléndido sol paceño del invierno de 1977, frente a los cerros desnudos, donde algunos pocos pinos afirman impertérritos, la majestad y la alegría de la vida.

La Paz, agosto de 1977.

LA VIDA AMANECIA FASCINANTE

(FAMILIA, INFANCIA, JUVENTUD)

Una voluntad de gran envergadura —llámesela heroica si se quiere— se ha unido en todas estas vidas a una fantasía de igual poder y capaz de imaginarse como ya logrados los propósitos perseguidos, por lo cual fue posible realizar lo extraordinario.

Emil Ludwig.

El único testimonio hasta ahora conocido, sobre los orígenes de la familia Tamayo, lo ofrece el propio Franz, en unas pocas líneas dedicadas a defender la nobleza de sangre india, de sus antecesores. Nos enteramos así, que los Tamayo, provienen del Perú, aunque no se sabe cuándo y por qué circunstancias llegó el primer Tamayo a Bolivia. De sus tatarabuelos, dice Franz en el opúsculo *Para siempre:*

"Fueron caciques (léase príncipes indios) ennoblecidos con nobleza española por el emperador Carlos V en el siglo XVI. Mi padre, muy joven y en la casa paterna, tuvo en sus manos el expediente nobiliario en cuya cubierta estaba delineada la mano del monarca. Los Tamayo de la rama peruana deben conservar ese

expediente. Somos marqueses de Villa Hermosa de San José en Moquegua. En la Biblioteca Municipal de La Paz existe un nobiliario del Perú colonial, impreso en Lima, a manera de becerro tumbo, donde están las pragmáticas y privilegios de mi familia [1]. Somos pues sangre india ennoblecida por España. Y la sangre se extendió floreciendo siglo a siglo. En el sud del Perú hay algún trabajo de alta ingeniería que lleva el nombre del ingeniero Tamayo: era mi tío carnal. La ciencia peruana se honra con los trabajos y libros del médico Tamayo, muerto muy joven: era mi primo hermano. La dispersión de los Tamayo moqueguanos llevó al norte argentino la honra y fecundidad del apellido. Tamayo, magistrado argentino, viajó *ex-profeso* de Salta a La Paz, para conocer y reconocer a sus parientes. La rama principal de la estirpe se arraigó en el Perú, la rama altoperuana quedó en la sierra para sufrir por siempre las dentelladas de la canalla, como en el caso de mi padre y Zoilo Flores, y como en mi propio caso ante el difamador que afronto. La manera cómo los indios moqueguanos acabaron apellidándose Tamayo a la española, es un enigma como tantos otros".

Bien poco se sabe de Manuel Torcuato Tamayo, padre de Isaac y la fotografía que de él se conserva lo muestra como un caballero de amplia frente, mirada simpática, nariz larga y labios finos coronados de grueso bigote. Isaac Tamayo Sanjinés se recibió de abogado en La Paz, y en el gobierno Melgarejo fue Oficial Mayor de Ministerio y diputado por su ciudad natal a la Constituyente de 1868.

Roberto Prudencio, en un ensayo sobre la personalidad de Isaac Tamayo, refiere una anécdota que él recogió de labios de uno de los hijos del autor de *Thajmara.* En cierta ocasión, mientras revisaban el despacho, el joven Tamayo sugirió a Melgarejo la dictación

(1) En 1977, busqué inútilmente en la Biblioteca Municipal el documento que menciona Tamayo. N. del A.

de un decreto, y el déspota resolvió dictarle de inmediato el texto, empezando a pasear mientras el secretario esperaba pluma en mano. Refiere Prudencio:

— "Considerando —comenzó el dictado, al que siguió una larga pausa.

— ¿Ha puesto Ud. considerando?

— Sí, Excelencia.

Melgarejo continuó su paseo; se detenía por momentos y volvía a pasear, y en la concentración de su mirada se veía el esfuerzo inusitado que quería impeler a su mente.

— Considerando —volvió a repetir, como para enderezar su pensamiento y poder concatenarlo. De pronto se paró ante la mesa en que Tamayo escribía, y como sorprendido y disgustado le dijo:

— ¿Qué patas de mosca está Ud. trazando ahí sobre el papel? Tiene Ud. una letra imposible. Levántese —añadió con su tono imperioso, y tomando asiento en la mesa del joven secretario, se dispuso a hacer de pendolista; pues es fama que Melgarejo tenía una hermosa letra redonda.

Y luego de tomar la pluma, con su acento de energía acostumbrada, ordenó:

—Dicte.

Y así el joven Tamayo, todo medroso, dictó al célebre tirano, que silenciosamente trasladaba el dictado al papel con su hermosa letra redonda. . ."

Isaac Tamayo se apartó del régimen en las postrimerías del sexenio, y conspiró junto al infatigable general Quintín Quevedo. También actuó como diputado en la Constituyente de 1878 y según su hijo Franz, es autor de la Constitución de 1879 "tan completa y perfecta que más tarde se la adoptará con el nombre de Constitución del 79". En la guerra del Pacífico, Isaac

actuó como Subsecretario del Presidente Daza y luego del desastre, partió a Europa, aparentemente con sus propios recursos como haría años más tarde, cuando triunfó la revolución *federal* que llevó a los liberales al gobierno, acompañado de sus hijos. En 1888 representó a Bolivia en el Paraguay, firmando con ese país un tratado de límites que fue acremente discutido. Afiliado al partido conservador, fue Ministro de Hacienda y Fomento en el gobierno de Aniceto Arce y Prefecto de La Paz, en 1892. A partir de esa fecha no actuó más en política ni ocupó función pública alguna. Falleció el 8 de agosto de 1914. Poco tiempo antes había publicado un extraño libro, *Habla Melgarejo,* firmado bajo el pseudónimo de *Thajmara,* que es, no solamente una defensa del gobierno del crápula, sino un compendio de las ideas que el propio Tamayo, tenía sobre diversos aspectos de la vida nacional, desde la importancia de valorizar al indio aymara, como núcleo fundamental de la nacionalidad —lo que para esa época y dado el rampante racismo anti-indigenista que profesaban las clases dominantes, constituía una herejía — hasta cuestiones de economía, agricultura, industria, educación, reorganización de la banca, etc. Cuatro años antes habían aparecido en "El Diario" los famosos 55 editoriales que constituirían, en forma de libro, *La creación de la pedagogía nacional* de manera que no puede decirse que las ideas contenidas en esta obra, tenían como origen aquellas plasmadas en la obra de *Thajmara.* Pero es indudable la profunda influencia de Isaac sobre Franz, a quien prefirió siempre entre sus siete hijos, no escatimando esfuerzo alguno, para su formación, desde temprana edad. Abundaron, en la infancia de Franz, los profesores privados contratados por su padre y el niño acompañó a su progenitor en dos viajes por América, y otro por Europa. Posteriormente, pudo retornar al viejo mundo, gracias al sostén económico de su progenitor.

Padre e hijo debieron sostener largas charlas, en el hogar, en las horas interminables, a bordo de los

carruajes que los acercaban a la costa, o apoyados en la borda de los barcos, contemplando el fascinante y sobrecogedor paisaje oceánico. En esas charlas, en el contacto doméstico con los siervos indígenas de las propiedades de su padre, y mucho más, en la relación íntima con su madre, Franz afirmó su admiración y orgullo por su sangre aymara. En el libro de *Thajmara,* se encuentra en síntesis, la ideología nativista que Franz llevaría a sus extremos, en prosa maciza y fulgurante en la *Creación de la pedagogía nacional.*

Se habla en Bolivia de una "generación del 80", en la que sobresalieron Gabriel René Moreno, Mariano Baptista, Nataniel Aguirre, Santiago Vaca Guzmán, Ricardo Terrazas, Julio Lucas Jaimes e Isaac Tamayo. Pero el apelativo tiene más que ver con la cronología de sus nacimentos y actuaciones, particularmente después de la guerra del Pacífico, que con una definida comunidad de acción o de ideales, pues fueron personalidades de actuación individualista e ideologías divergentes. Algunos como René Moreno, Terrazas y Vaca Guzmán, vivieron casi permanentemente en el extranjero. En todo caso, coincidieron todos en ocuparse apasionadamente de Bolivia, desentrañar sus dificultades y ofrecer fórmulas de recuperación nacional, luego del cercenamiento del litoral. En el ensayo que dedicó a Isaac Tamayo y su obra, Prudencio anota certeramente que el padre de Franz, "en nuestra historia ha de cobrar siempre un relieve singular, por la extraña modalidad de su persona. Hombre solitario y arrogante, no disimulaba su desdén por la sociedad pacata y provinciana de su tiempo. Espíritu profundo y cultivado huía del convencionalismo y del lugar común, y se aislaba para mejor conocer y juzgar a los hombres. Fue el primero que comprendió el valor de lo autóctono y el primero que sospechó que en el indio estaba la realidad profunda de Bolivia. No tuvo reparo en decir, aunque sus palabras sonaron por entonces a blasfemias, que Bolivia era un país de indios y como a país de indios había que comprenderlo y encararlo... Comprendió

que toda la vida boliviana de su época era inauténtica; que la frivolidad del arte, la insubstancialidad del pensamiento y la anarquía político-social procedían de que el fundamento de ese mundo era falso y mendaz. Que el barniz europeo ocultaba lo anténticamente boliviano, la realidad misma de nuestro país, que yacía en lo profundo y sin cuya posesión jamás podríamos llegar a su verdad. Comprendió que lo auténtico de Bolivia no eran unos cuantos caballeretes que hablaban de París, vestían de frac y chistera y lucían por la Alameda el puño de oro de su bastón; que lo auténtico, lo verdaderamente auténtico de Bolivia era el indio y el cholo, la carne de nuestra nacionalidad siempre vigorosamente creadora, aunque siempre desdeñada e incomprendida" [1].

Decía Isaac, haciendo hablar al espíritu de Melgarejo: "El porvenir de Bolivia, su futura gloria, su segura grandeza, consisten en que es una nación poblada de la raza más enérgica, más fuerte, más sobria, más batalladora, más apta para la civilzación y más fácil para asimilarse los grandes conocimientos del progreso humano. El indio, sea que lo encontréis haraposo e inculto, en los campos, en las selvas, sea que lo encontréis en mangas de camisa en los talleres de la ciudad, bajo el nombre de artesano, sea que lo admiréis en el bufete del abogado, en el escritorio del banquero, en el mostrador del comerciante, o en las oficinas de la administración, es el mismo indio que construyó Tihuanacu, el mismo que formó la más rica, la más noble, la más expresiva, la más portentosa lengua, el aymara, lengua madre de todas las lenguas vivas o muertas".

Al combatir el espíritu de imitación y la acentuada francofilia, entonces en boga, añadía: "Contentaos con ser lo que sois; no aspiréis a afrancesaros, o a imitar cualquier otra nación, europea o americana, que

(1) Roberto Prudencio, "Ensayos literarios", Fundación Ballivián, La Paz, 1977.

haya avanzado más que vosotros, en el camino de la vida.

"Huid de esa monotonía reinante en Sudamérica, de disfrazaros con las costumbres, con los hábitos, con el modo de ser, de otros pueblos: seguid siendo indios, como a cada paso os lo recuerdan vuestros vecinos, sin tener en cuenta que ellos son tan indios como vosotros, o acaso indios bastardeados, porque los ha invadido el hibrismo; seguid siendo indios pero apropiaos de cuanto la civilización ha creado hasta el presente: usufructuad el trabajo, el ingenio de todas las naciones, de todas las razas, de todos los tiempos, sin avergonzaros de vuestra noble y sublime cuna india y antes de ejercer la misión de reivindicación y resurgimiento de esas enormes masas indias que pueblan vuestros llanos y vuestras selvas, volved vosotros mismos, los dirigentes, los intelectuales, los guiadores de la opinión, volved a ser indios".

Isaac pone más adelante en labios de Melgarejo, una idea cara a los Tamayo: "Imitad al Japón, os lo he dicho en alguna otra parte, y os lo repito hoy: así como el Japón se ha asimilado toda la ciencia, todo el arte, toda la industria mundial, haciendo del progreso universal, la industria, el arte, la ciencia japonesa, sin dejar de ser japonés, ni por solo instante; hacedlo sin dejar de ser aymaras".

El afrancesamiento, el *bovarysmo* [1], como diría su hijo Franz, de los liberales, los había llevado el año 1910, a talar los viejos árboles de la Alameda (hoy el Prado) para sustituirlos por entecas especies importadas, cosa que provocó en Isaac uno de los primeros mensajes de indignación ecológica que registra nues-

(1) El "bovarysmo" proviene del término acuñado por Jules de Gaultier (Le **bovarysme**, 1902) y que indica "el poder que tiene el hombre de concebirse distinto de lo que es", adoptando una personalidad ficticia, un papel que no corresponde a su verdadera naturaleza; y está inspirado en el personaje de Emma Bovary, la heroína de Flaubert.

tra literatura: "Habéis querido hacer centenario —les dice a los liberales— pero habéis ejecutado el acto más bárbaro y más salvaje que se puede imaginar cual es la tala del paseo público de la Alameda.

"¡Ah! Este recuerdo debe llenar de rubor la frente del boliviano y de indignación el corazón del ciudadano.

"Aquellos salvajes que permitieron y autorizaron la tala del paseo público ¿han sabido siquiera lo que es un árbol?

"El árbol no tiene precio, no hay tasador que pueda avaluarlo; porque el árbol no depende de la actividad de un artesano, de un artista, de un científico: el árbol es el hijo de la naturaleza a cuyo medro contribuyen la luz, el calor, la humedad, la tierra, el tiempo, sobre todo el tiempo que no está al alcance de la voluntad humana.

"¿Querían aclimatar especies nuevas, árboles exóticos, plantas extranjeras? Bien podían hacerlo creando un parque, una avenida, una plaza o un paseo; pero nunca, jamás, a expensas del único paseo público, del único grupo de plantas indígenas y propias, y destruyendo lo que se había formado con cien años de asiduo cuidado, de amorosa atención de solicitud pública.

"¿Quién no amaba la Alameda?

"Y además ese espíritu pedante y bastardo de odiar lo nacional, lo propio, lo indígena como nosotros mismos?

"¿Acaso la *Quichuhara* no vale tanto como la mejor encina? ¿Acaso el *Mutumutu*, la mística *Kantuta* no valen tanto como cualquiera Acasia o cualquiera Mimosa? ¿Hay enredadera más frondosa, de más sabroso fruto que el *Tumbo?* No hablemos más sobre esta estúpida afición a lo exótico y sobre éste no menos estúpido desdén por lo propio".

(¿Qué diría, don Isaac Tamayo, si viese en qué ha quedado convertido el Prado hoy día en trance de norteamericanización, con sus hormigueras de cemento y sus arbolitos ateridos de frío y envenenados por los gases de toda suerte de vehículos?).

Isaac Tamayo, como haría después su hijo, cultivó la soledad. En la breve semblanza biográfica que le dedica el libro del Primer centenario de la República se asienta que "tuvo amigos fanáticos y enemigos irreconciliables".

* * *

De la madre, Felicidad Solares, nada se sabe, salvo la pureza de su sangre india. ¿Acompañó alguna vez a su esposo, en sus viajes al exterior? ¿Influyó de alguna manera en la formación de sus hijos, más allá del solícito cuidado y ternura con que los rodeó en la infancia? ¿Fue ella la que con sus pláticas en la lengua de sus mayores, convenció a Franz, de la antigüedad superior y el portento de la lengua aymara? No lo sabemos.

Queda tan sólo el conmovido homenaje filial que le dedicara Franz en el documento de respuesta a Diez de Medina:

"Me recojo un instante.

Pies para siempre helados de mi Madre en la tumba. Desde aquí os estoy besando y de rodillas!"

. . . .

"Por la línea materna en mi raza y en mi sangre no hay birlochaje. Todas las virtudes de la antigua mujer americana, aureoladas ya por la luz del cristianismo, resplandecen sobre la india soberbia que era mi madre. Nada de birlochaje anfibio, dudoso y delicuescente. El ejemplar humano hecho como de un martillazo por la naturaleza genial y demonial, íntegro, perfec-

to. En mi madre por ningún lado aparece el mestizo, el híbrido ni la mula. Sobre la frente de mi madre resplandece aquella misma majestad no de siglos sino de milenios que sobrecoge a todos cuantos contemplan por un instante Palenque o Tiahuanacu. . . Y yo, el hombre difamado de siempre, al contemplar el flujo milenario de las sangres me pregunto como en sueños: ¿cuántos de mis abuelos auténticos fueron los arquitectos de Huiñaymarca, la ciudad eterna, o cuántos los Ramsés o Sesostris del gigantesco imperio, quiero decir los Tamayo de hace cuatro mil años! Y aquí una vez y para siempre: en mis venas y gracias a mi madre, no hay una gota de birlochaje putrefacto".

Convendría aclarar el sentido que da Tamayo a la palabra *birlochaje*, proveniente, en el habla popular de *birlocha*, muchacha proveniente del cruce de la chola y el *caballero* y que ya ha abandonado la pollera por el vestido occidental. Tiene, ha tenido siempre, un matiz peyorativo. Tamayo atribuye a Enrique Finot, la invención del término, y añade que un ser así, presenta "todas las pobrezas y fragilidades que inferiorizan a la raza, así en lo social como en lo familiar".

Isaac Tamayo, superior a sus compañeros de círculo político, por su versación en asuntos hacendarios y su cultura humanística, era, también, lo más representativo de la clase terrateniente paceña, como propietario de latifundios en la altiplanicie. Alejado de toda actividad política desde la caída del conservadorismo, al parecer concentró todo su interés en la educación de su primogénito, llevándolo primero, a sus misiones diplomáticas en Paraguay y Brasil, y luego, particularmente, a Europa.

Como colaborador de Melgarejo, no sería extraño que se hubiese beneficiado, como hicieron tantos validos del régimen, de la ley de 28 de septiembre de 1868 que estableció la reversión al Estado de las tierras de comunidad, de los indígenas, para su subasta

pública. De ese decreto arrancaron muchas nuevas fortunas.

El hecho es que la familia Tamayo poseía, a principios de siglo, por lo menos cuatro propiedades: Coniri, Yaurichambi, Chacoma, con 200 colonos, y varios miles de cabezas de ganado, y Quena-Amaya, quizá la más extensa, de 200.000 hectáreas. Quena-Amaya, tenía una espaciosa casa de hacienda, con pisos de madera, lo que era insólito en el medio, una iglesia grande, con ricos ornamentos y armonio. La casa de hacienda poseía piano y biblioteca.

* * *

El autor preferido de Franz, en los años de transición de la niñez a la adolescencia, fue Víctor Hugo, al que leía, naturalmente, en francés. Años después reconocería esa deuda:

Fue el amor de su gloria
Toda mi infancia.

Y en las soledades de Quena-Amaya, subiendo y bajando cerros y con la visión permanente de la cordillera nevada, llegó a consubstanciarse totalmente con el paisaje:

Montes graves, graníticas hazañas,
Como inmóvil galope de montañas!
No pasaréis aunque la tierra pase!
Yo os llevo para siempre en mis entrañas!

Los primeros años, transcurridos entre la casa solariega de la ciudad, y las visitas a las propiedades rurales, y con sus hermanos y hermanas, como compañeros de juego, son para Franz de una felicidad sin contratiempos. Aún no tiene idea de que en Bolivia hay discriminaciones por el color de la piel y tampoco percibe que nada hay más denigrante en el vocabulario co-

rriente que el calificativo de "indio". Los días transcurren apacibles y serenos, entre la amorosa preocupación y cariño de la madre, y la tutela exigente del padre.

Porque en rosas y miel se abrió mi cuna
Murió sonrisa eterna la fortuna,
Todo se mudó al fin, como se mudan
la onda, el viento, la mujer, la luna.

En Quena-Amaya, Tamayo escribió su obra primigenia *Odas*, en 1895. Según los recuerdos de su hermana menor, la señora Adriana Tamayo de Guerrero [1] Tamayo, que no asistió a la escuela más de dos meses, recibía clases privadas de humanidades, con un profesor Ramirez, de piano, con el maestro Torrico, de alemán, con el profesor Fumagalli, de latín, con el profesor Luis Boada, y de francés, que le enseñaba su padre. Tenía una enorme capacidad asimilativa. La ropa que usaba de niño, según recuerda su hermana, era importada de Holanda y a Isaac le agradaba que sus hijos lucieran impecables. En la ciudad, Isaac asistía, todos los días a misa a las 6 de la mañana, pero no logró nunca que lo acompañara su hijo Franz.

En su segundo viaje a Europa, Franz conoce en Londres a la joven francesa Blanca Bouyon, con la que contrae matrimonio en esa ciudad, sin el consentimiento paterno y la pareja vive unos años en Europa. A su retorno a Bolivia, conviven unos cinco años más y la unión se disuelve con la partida de Blanca al viejo mundo. Tienen dos hijas, Blanca, fallecida muy tempranamente y Anita, que vivió hasta los 11 años de edad. La madre y las hermanas de Tamayo acogen con afecto a la cuñada europea y tratan de hacerle la vida llevadera.

---

(1) Relatados a Ramiro Condarco, quien gentilmente, me los ha transmitido (julio de 1977).

¿Fue Blanca la inspiradora de la "Balada de Claribel"? Tamayo nunca reveló el secreto y con los años tuvo incluso a menos a esta gema de la lírica hispanoamericana:

En la desolada tarde,
Claribel,
Al claror de un sol que no arde,
Claribel,
Me vuelve el amante alarde
Aunque todo dice "es tarde
Claribel".

Lleva en sus alas el viento,
Claribel,
Tu nombre como un lamento
Claribel,
Y en vano mis ansias siento
Volar tras aquel concento,
Claribel.

Voz con que pía la ausencia
Claribel—
Saudade, canora esencia,
Claribel!
Añoranza, transparencia
Que la ausencia hace presencia,
Claribel!

Mar profundo y alto monte,
Claribel,
¿Es posible que tramonte
Claribel
Tras el húmedo horizonte,
Y que las nieves remonte
Claribel?

El tiempo es por siempre ido,
Claribel,
Y eres quizá toda olvido,
Claribel!
Mas yo, iluso descreído,
Aun pienso que me has querido,
Claribel!

El pan amargo en que muerdo,
Claribel,
Hecho está de tu recuerdo,
Claribel!
Y el pasado nada cuerdo
Es un sueño en que me pierdo,
Claribel!

Oh mañana azul y rosa,
Claribel,
En que te ví mariposa,
Claribel!
Reina y mujer, niña y diosa,
Oro, nácar, nieve y rosa,
Claribel!

Cantaba en el aire un ave,
"Claribel"
Suave cual la suave.
Claribel.
Y unía el plumado clave
Dulce risa y lloro grave:
Claribel!

Una música escondida
¡Claribel!
Eres por siempre en mi vida
Claribel.
Mana de mi eterna herida
Leche rosa y luz florida:
Claribel!

Vierte mi labio un perfume
Claribel,
Musgo y clave que resume
Claribel.
Mirra que eterna zahume,
Oleo que no se consume,
Claribel!

De un nigromante el compás
Claribel,
Trazó en mi alma "nunca más
Claribel".
Y así a mis ojos jamás
Como el alba volverás,
Claribel!

Difícil imaginar el sacudón que debió sentir una joven francesa arrancada del París de la "belle epoque", al llegar como residente a la hoya paceña, a fines de la primera década del siglo para incorporarse al seno de una familia "excéntrica" aún para los cánones andinos, en la que el padre de su esposo mostraba soberano desprecio por la sociedad y la madre no aparecía nunca.

Por entonces la ciudad no contaba con más de 35.000 habitantes, la mayoría indígenas y mestizos. Los primeros vestían camisas y pantalones de gruesa bayeta de la tierra e iban enfundados en ponchos y *lluchus* para protegerse del frío mientras sus compañeras también iban abrigadas con mantas y largas polleras, de manufactura casera. Los cholos habían adoptado el traje "occidental", con el infaltable chaleco, a la usanza de los *caballeros.* Pocos años atrás se había producido, después de cruenta revolución en la que participaron activa y decisivamente los indios aymaras de la altiplanicie, el traslado de la capital de Sucre a La Paz y ese cambio representó no solamente la declinación de la vieja oligarquía sureña de "la plata perulera" que dijera el escritor español Ciro Bayo, sino el

surgimiento de la era del estaño. La preponderancia del Norte sobre el resto del país, dio a La Paz, un formidable impulso, como cabecera de una nación inarticulada todavía y a la que esperaban terribles pruebas.

El acceso por Buenos Aires o por el puerto boliviano de Antofagasta o el puerto peruano de Arica, por entonces ya en manos chilenas, después del descalabro de 1879 en que ambos países perdieron la guerra, se hacía, en largas y agotadoras jornadas de hasta dos semanas a lomo de mula. La vía más fácil resultaba entonces la que, de los puertos peruanos, bajaba hasta el Lago Titicaca, de dominio común de ambos países. Del lado peruano partía regularmente la nave boliviana "Choya", fabricada en los astilleros de Glasgow e internada, por piezas, a los Andes a lomo de mula. Los viajeros disponían de algunos camarotes para pasar la noche de travesía por el Lago Sagrado. Al día siguiente, desembarcaban en el puerto boliviano de Chililaya, donde no encontraban más que los rostros cobrizos de los aymaras cuyo origen se perdía más allá de la colonia española, del imperio incaico, de los reinos collas, más allá de Tiwanacu, en la noche mítica de los tiempos.

Los sirvientes indígenas cargaban entonces el equipaje de los sorprendidos viajeros, a sus espaldas, amarrándolos en sus ponchos y se dirigían, bien al ferrocarril o a *birlochos*, carruajes ligeros de cuatro ruedas, tirados por cuatro mulas, que hacían el servico regular de diligencia a la capital. A poca distancia de Chililaya, uno de los dioses tutelares de la tierra, el sobrecogedor Illampu con sus nieves eternas, salía al paso de los viajeros, en el fondo del paisaje, llenándolos de pasmo y admiración.

A todos tienta la ascensión sagrada,
Y en la cima del monte eterno moran
La mayor gloria y el dolor más grande!

....

Es esta, oh Psiquis, la montaña ingente;
De aquí se mira la llanura inmensa,
Horizontes que siguen a horizontes,
Lontananzas detrás de lontananzas!

El viaje se prolongaba por toda una jornada, a galope tendido y con cambio de bestias cada tres horas. Ciento veinte kilómetros después los viajeros podían ver, al fondo de la quebrada y desde la ceja de El Alto, el pequeño burgo que se arremolinaba a los pies del Illimani. Solamente el centro de la ciudad, que se extendía en torno a la Plaza Murillo por unas pocas cuadras, lucía desnudo de vegetación, pero las chacras aledañas y sobre todo la antigua región de Poto Poto, conocida ya como Miraflores, hacía honor a su nombre: bosques y florestas alegraban la vista y en los huertos se encontraba variedad de árboles frutales.

La Paz se hallaba dividida en parroquias: del Sagrario, de la Merced, San Pedro, Buen Pastor, y el límite urbano, en el curso que seguía de bajada el río Choqueyapu que pasaba por en medio de la ciudad, era la Alameda, hoy avenida 16 de Julio. Más allá se encontraban las haciendas de San Jorge y de Rosasani. También los antiguos Obrajes de la colonia, habían sido parcelados en pocas haciendas. Las que hoy son avenidas Pando, América y Montes, todavía eran terrenos anegados por el río y allí se hallaba el Cenizal de la Paciencia, que también hacía honor a su nombre, pues frecuentemente, en la bajada de El Alto, los *birlochos* quedaban atascados y había que duplicar esfuerzos y armarse de paciencia hasta que los sirvientes indígenas y las sufridas mulas pusieran otra vez en movimiento a los vehículos.

Los *birlochos* podían llegar, atravesando la calle Comercio, hasta el centro mismo de la ciudad: la Plaza Murillo, y en efecto, a la puerta del único hotel que podía ostentar ese nombre sin ruborizarse: el Guibert, situado en la esquina misma de la plaza. Allí, cosa increíble, el viajero podía incluso, tomarse un baño de

agua caliente, ventaja que aprovechaban cumplidamente las novias paceñas de familias acomodadas que pasaban allí la primera noche de la luna de miel, antes de partir al campo, a alguna hacienda próxima...

Era acentuado el prejuicio contra los daños que podía causar el baño a esas alturas: cuando el célebre explorador inglés Fawcet, visitó en el Palacio Quemado, al Presidente Montes, éste le aconsejó que no se bañara mientras estuviese en la ciudad pues podía contraer una pulmonía.

Unas pocas tiendas, con artículos europeos, alegraban a las señoras de sociedad. Allí, siguiendo los consejos de los catálogos de los grandes almacenes de París, Londres y Berlín, hacían sus pedidos de vestidos y sombreros, que les llegaban seis meses más tarde por la vía del Pacífico.

Debido a los pronunciados declives del terreno, eran pocas las calles por las que podían circular carruajes. El sitio preferido de paseo era naturalmente la Alameda arbolada a donde se concurría, a pie o en carruajes pequeños o *sulkis* tirados por un caballo o una mula. También hacían su aparición algunas bicicletas (la primera de las cuales llegó a La Paz en 1896 causando gran alboroto) e incluso unos pocos automóviles, (el primero había sido importado por el arqueólogo Arturo Posnanski en 1904).

¿Cómo reaccionó Blanca ante esa suerte de Tibet sudamericano que era la Bolivia de principios de siglo? ¿Qué impresión le produjo la pequeña sociedad paceña en la que convivían, como en la Rusia de los Zares, siervos y hacendados? ¿Qué pensó ante el espectáculo de las madres indias que expulgaban de piojos a sus párvulos, llevándoselos a la boca, cual si fueran confites? ¿Con qué distraía su tiempo mientras el marido —a la usanza del país— pasaba las veladas con sus amigos hablando de literatura o política, o viajaba al campo a vigilar el trabajo de los colonos?

Quizá lo acompañaba alguna vez a las propiedades que tenía la familia, donde, en un ambiente mucho más primitivo y desolado, encontraría algún parecido con las instituciones que existían en la Francia anterior a 1789 y sobre las que habría escuchado alguna lección en sus años escolares. En esas propiedades, el joven intelectual llegado de Europa, asumía el carácter que de él se esperaba: el de hijo de don Isaac, terrateniente culto y progresista, pero beneficiario también de un sistema injusto que parecía inconmovible. Los niños indios con los que Franz había compartido juegos en la infancia, ahora eran sus colonos y las distancias se mantenían aunque existiese paternalismo de una parte y cariño sincero de la otra.

Un viajero inglés, escalador de montañas, que se atrevió a desafiar al Illimani, Sir Martin Conway, en su libro de recuerdos [1], ofrece una imagen de primera mano de lo que era una finca en éste país. Le recordaba a un señorío medieval inglés. La tierra pertenece al propietario y los indios viven apegados a ella, "pero el dominio de los propietarios está sujeto a una multitud de derechos de posesión por parte de los indios. Ellos cultivan las tierras de dominio, el patrón provee la semilla necesaria; cada indio, en retribución por su labor recibe anualmente cierta cantidad de tierra para su propio uso. En la finca, el indio debe realizar tareas para su propietario o para el representante de él, lo que le está prohibido hacer para ningún otro... Por supuesto, fuera de la tierra, un indio está condenado a morirse prácticamente de hambre, así como está sujeto a la misericordia del propietario de la finca. Por otro lado, el propietario depende de los indios para el trabajo; si algunos fueran echados, la propiedad se desvalorizaría... el único sistema de agricultura que los indios entienden es el sistema pre-histórico de sus antecesores y creo que es prácticamente imposible in-

(1) Sir Martin Conway, **Climbing and Exploration in the Bolivian Andes**. Harper and Brothers Publishers, New York and London, 1901.

troducir métodos de mejoramiento porque los nativos son intensamente conservadores".

Poco se sabe de esta etapa de la vida de Tamayo: desorientado ante los caminos que se le abren, estudia medicina, instala una tienda de ropa y objetos de arte, escribe en los periódicos, administra las propiedades paternas, se sumerge en el idioma aymara que dominaba desde su infancia, realizando la traducción de la *Gramática* del profesor Middendorf.

Algo, hace sin embargo, para distraer a su esposa francesa: los días domingos, institucionaliza la tertulia con los cónsules de Francia e Inglaterra, en la casa que ocupa la joven pareja, en la calle Alameda.

No obstante, dadas las circunstancias, culturas diferentes y, sobre todo, producida la muerte de la primogénita, el rompimiento resultaba inevitable. Pero Blanca conservó siempre a la distancia, cariño y admiración por Tamayo. Y quizá pensando en ella, algunos años después, Franz pondría éstos versos en labios de Psiquis:

Dolor, dolor, dolor!
¿Conoces el dogal
Que anuda las gargantas
Que se dicen adiós?
Y el silencio sin lágrimas
Con que se entierra un sueño
Muerto en el corazón?
Tremor de despedidas,
Verano que se parte,
Valle que muere ya!
Mustias sombras errantes
De las melancolías;
Funerales tambores
De los otoños pálidos
Crepúsculos supremos!
Tristeza de tristezas!

Decidme la congoja
De un sueño que se entierra
Muerto en el corazón!

* * *

Tamayo cuenta 31 años de edad, en 1910, cuando escribe sus editoriales sobre los males de la educación en Bolivia y la nueva pedagogía que propugna para el país.

A esa etapa de su vida corresponde también la traducción que hace de los jeroglíficos de cuero encontrados por Manuel Vicente Ballivián en un lugar aledaño al lago Titicaca y que según ha demostrado Dick Edgar Ibarra Grasso en su obra *La escritura indígena andina* constituye uno de los hallazgos más importantes que se hayan hecho nunca, para probar que los pueblos americanos poseían, tanto en México como en el Perú, formas de escrituras elaboradas, distintas de los *quipus*, que pasaron inadvertidos a los antiguos cronistas. Cayeron en el desuso por la imposición del español como lengua escrita.

Tamayo publica en "El Diario" el 23 de junio de 1911 un artículo bajo el título de "Un dermatograma aymara" en el que explica el desciframiento de los signos. A este artículo siguieron otros tres con la explicación detallada de cada jeroglífico. Oigámosle:

"Existe en el Museo de La Paz —escribe Tamayo— una piel de oveja sin curtir y no del todo entera, que contiene en su reverso una escritura aymara posterior a la conquista, sin que pueda fijársele una fecha anterior a 1730. Esta piel parece haber sido vendida a vil precio por un indio de una de las islas del lago Titicaca y es semejante a otra existente en Lima de la que Bandelier ha dado en su libro una excelente copia fotográfica, por lo menos en cuanto se quiera tener una lejana idea de estas escrituras indias.

"Todos saben que estos dermatogramas (así los he llamado a falta de otra palabra consagrada por el uso) contienen textos de la iglesia romana; pero como el mismo Bandelier lo confiesa, nadie hasta ahora ha dado la traducción precisa y correspondiente de dichas escrituras, lo cual hago al presente.

"La manera cómo he llegado a este resultado es muy simple. Estudiando el tratado del profesor Eduardo Soler sobre las *Pictografías mexicanas de Alexandro Humboldt*, existentes en el museo real de Berlín (Berlín, 1893) encontré que de las 16 planchas humboldtianas, la décima sexta decía también contener textos católicos y entonces ví el método aplicado por el profesor Seler para su descifración. Yo lo he aplicado con el resultado que se verá después; y en este sentido es al profesor Seler que vuelve todo el honor de este trabajo, pues, como he dicho, son sus métodos y procedimientos los únicos empleados".

El texto traducido por Tamayo se refiere a los Diez Mandamientos y el Credo. Su trabajo no despertó en ese momento ningún interés y hubo que esperar la llegada de Ibarra Grasso, arqueólogo argentino quien en el año 1940 vino a Bolivia precisamente buscando evidencias de la existencia de escrituras indígenas precolombinas, para que alguien valorara el lejano esfuerzo de Tamayo. Ibarra Grasso califica el desciframiento tamayano de "brillante" [1], y considera que es un antecedente imprescindible en la investigación que realiza. Refiere en el prólogo de su libro que al recorrer el territorio boliviano, ha encontrado numerosos indígenas que leían y escribían sin ninguna dificultad los rezos católicos escritos en jeroglíficos conservados en cueros y en cuadernos. Quedaba por establecer su antigüedad. El investigador argentino sostiene que provienen de tiempos anteriores al Incario y que fueron

(1) Dick Edgar Ibarra Grasso, **La escritura indígena andina**, Biblioteca Paceña, Alcaldía Municipal, 1953.

usados por el bajo pueblo en la escritura de temas religiosos, como sucede contemporáneamente en Panamá, donde los indígenas usan de jeroglíficos para escribir recetas mágicas o medicinales. Al cambiar de religión, los indios mexicanos y peruanos siguieron utilizando los jeroglíficos para representar los motivos del nuevo culto, por lo que los investigadores supusieron que la antigüedad de los jeroglíficos no iba más allá de la colonia. El espejismo que les significaba la posibilidad de hallar un lenguaje más elaborado que el de los *quipus* les perturbó el entendimiento impidiéndoles considerar muestras diversas que probaban una forma de lenguaje y que tenían ante la vista [2].

El estudio de Ibarra Grasso es fascinante porque se refiere además a otras formas de escritura encontradas por él en Bolivia como la de pequeños muñecos modelados en arcilla y dispuestos sobre una tabla o disco del mismo material y cuya importancia cultural nadie había advertido hasta ese momento. Cada con-

(2) Y sin embargo... La comunidad científica internacional ha sido sacudida en julio de 1977 por la publicación de un estudio intitulado **Descubrimiento**, escrito por la arqueóloga Denise Schmandt-Besserat y publicado por la Universidad de Texas en Austin. Se suponía que la invención de la escritura ocurrió hace unos 5.200 años cuando los sumerios empezaron a emplear un sistema de símbolos inscritos en tablillas de arcilla.

Pero el estudio de Schmandt-Besserat sostiene que los orígenes de la escritura son mucho más antiguos y se remontan por lo menos a 10.000 o 15.000 años atrás, cuando se empleaba figurillas de arcilla de diversas formas, cada una representando un objeto o una cantidad. Las más antiguas de estas figurillas se han encontrado en las excavaciones de la ciudad de Uruk, conocida también como Warka, o Erech, según la Biblia, y situada en el territorio de Irak. Durante décadas se encontró esta clase de formas —esferas, conos, discos, etc.— en las excavaciones en el Medio Oriente y la mayoría de los arqueólogos sostenía que se trataba de piezas de juegos, (como en América). Unos pocos pensaban que podía ser un sistema de registros. La investigadora francesa, dedicada al estudio de esta teoría desde 1969, sugiere que la escritura no fue inventada de una sola vez sino que evolucionó directamente de estas figurillas, usadas como formas de registro cuando se produjo la transición de la vida nómada cazadora y recolectora a la vida agrícola y sedentaria. La evolución se habría producido en cuatro etapas: en la primera, las formas correspondían a representaciones diversas, pan, madera, ovejas, telas,, etc., que eran los artículos intercambiados entre las

junto representaba diversos temas religiosos que los indígenas consultados interpretaban sin dificultad.

Los testimonios encontrados por Ibarra Grasso en 1940 ya no existen más. Ningún Museo boliviano ni investigador local se ha preocupado de preservar las muestras recolectadas por el arqueólogo argentino, ni reunir otras nuevas. Con el curso del tiempo estas prácticas de escritura habrán caído también en el desuso. La desidia de la clase *culta* boliviana es responsable de esta pérdida. Ni el trabajo de Tamayo ni la posterior confirmación y elaboración de Ibarra Grasso encontraron eco alguno.

* * *

En 1909, Tamayo conoce a Luisa Galindo y se enamora de ella. La pareja se une sin necesidad de requerir ningún documento al registro civil y menos a la iglesia católica. Es el puro y simple amor que llena el corazón de gozo y fecunda con su limo el río de la estirpe humana. La familia de Tamayo —madre y herma-

---

aldeas. Con el tiempo estas figurillas pudieron servir como órdenes o billetes: un pastor que vendía diez ovejas, daba al intermediario que las transportaba, una bolsita sellada conteniendo bien las figurillas de los diez animales, o una figurilla de una oveja y otra con la representación del número diez. La segunda etapa se inició cuando las figurillas fueron encapsuladas en esferas huecas de arcilla conocidas como "bulas" que eran documentos de descargo. El sello personal del vendedor se hallaba impreso en la parte exterior de la bula, que era rota para la entrega de la mercadería. Esta etapa fue superada cuando la gente, en lugar de encerrar las figuras y romper la bula, encontró que podía hacer un "duplicado" del registro, presionando cada figurilla contra la parte exterior de la bula. Utilizado este sistema de impresiones, las figurillas fueron innecesarias y apareció la escritura mediante estiletes para inscribir los mismos símbolos, así como nuevas figuras pictográficas hasta llegar al sistema cuneiforme, con el que se inicia la historia conocida.

Este descubrimiento, de haberse hecho en nuestro país y por un investigador boliviano, quizá no habría tenido nunca la difusión que ahora alcanza el trabajo de Schmandt - Besserat. En todo caso, demuestra que hay mucho todavía por descifrar en el pasado del hombre y que haríamos bien en prestar atención a quienes, en nuestro medio actuaron de adelantados a su tiempo, como Tamayo e Ibarra Grasso.

nos— se oponen a la alianza y será Luisa, con su abnegación y dulzura, la que asegure para siempre una unión que parecía precaria. Una muchacha como ella, pudo inspirar el "Romance aymara":

Qué sabor tiene el perfume
que exhala tu obscura tez!
Como una flor se consume
Mi beso en tu obscura tez.
¿Qué tibio imán invencible
envuelve tu obscura tez?
— Una víbora invisible
Virtió su magia en tu tez!

Desmayan en pleno vuelo
Las aves si oyen tu voz.
Dulce envenenado anhelo
La muerte fluye en tu voz.
¿Qué caricia aborrecible
Rompe en cristales tu voz?
— Una víbora invisible
Canta ardorosa en tu voz!

Amor tu cadera enarca
Y vierte su fiebre en tí!
Como en mecedora barca
Mi afán apareja en tí!
¿Qué sortilegio terrible
sacude tu cuerpo así?
— Una víbora invisible
baila enloquecida en tí!

Ese es, para Tamayo, el tiempo del impulso fecundo y de los grandes proyectos: funda un partido y dos periódicos, publica folletos y libros, escribe artículos en la prensa, desafía a los liberales en el Parlamento mientras surgen rivales y enemigos a los que se enfrenta con las armas de la época, brulotes en la prensa o duelos al amanecer. La vida se le ofrece espléndida de promesas y sugerencias:

Un encanto arcano
Me halaga y me despierta
Soplo de un mundo ignoto
Y afán de nuevo cielo.
Es un ansia infinita
Y un anhelo invencible
Sobre mis labios áridos
Una sed implacable
Sobre mis ojos vívidos
Es un sueño obsesor.
A ese sueño no basta
Toda la luz del cielo
Y esa sed no satura
Todo el frescor del mar!

EL NUEVO ORACULO DELFICO

(LA POLEMICA SOBRE PEDAGOGIA CON FELIPE S. GUZMAN)

Existe la grandeza en las acciones de las obras y de los destinos. Pero nunca es tan plenamente visible, tan tangible, tan ejemplar, como en una gran vida, en una de esas vidas animadas por el soplo de una poderosa originalidad sobre la que proyectan sus sombras y sus luces todas las pasiones, todos los atrevimientos y todas las debilidades humanas.

Emil Ludwig.

Creación de la pedagogía nacional, ya lleva tres ediciones y es considerada justamente una de las obras capitales de la literatura boliviana en el siglo XX. De ella escribió Medinaceli (en 1934) "ha tenido que esperar cosa de treinta años para imponerse en la conciencia de América y ser apreciada en lo que realmente es: la ideología precursora de un americanismo que sólo ahora está cuajando en doctrina".

Este libro fundamental tiene su historia y es justo que a ella nos refiramos incluso para destacar que quizá no hubiera sido escrito nunca de no tener Tamayo

al frente a un contrincante de mérito que lo aguijoneó con sus contra-argumentos en una polémica memorable en su época y totalmente ignorada hoy.

Aunque fuera solamente por esta razón, vale la pena ocuparse del debate entre el solitario pensador y el vocero del liberalismo en el campo pedagógico. Veamos suscintamente el cuadro social de la época para referirnos después a la personalidad del competidor de Tamayo: Hasta el triunfo de la revolución "federal" cuyos resultados visibles son el traslado de la capital de Sucre a La Paz y el ascenso del partido liberal al poder, puede decirse que la escuela boliviana, pese a las iniciativas de personalidades preclaras como Victorian de Villaba, Simón Rodriguez, Narciso Campero y otros, había permanecido fiel al espíritu dogmático y oscurantista de la colonia.

Después de veinte años de regímenes conservadores, los liberales aparecían como los porta-estandartes del espíritu racionalista y científico que provenía de Europa y que había hecho, del progreso, una religión y de la escuela, la palanca del cambio social.

El país había superado penosamente los traumas provocados, en una sucesión de pocos años, por la guerra civil de 1899, el tratado de paz con Chile que significó la pérdida del litoral, y el tratado con el Brasil que representó la pérdida del Acre, y el gobierno de Montes disponía de las pocas libras esterlinas con las que ambos países creyeron sórdidamente consolar el dolor boliviano. En todo caso, ellas sirvieron para que el enérgico Presidente trazara planes de modernización en varios campos, entre ellos el de la educación.

Con ese objeto envió a Europa, una misión compuesta por Daniel Sánchez Bustamante, Felipe Segundo Guzmán y Fabián Vaca Chávez para que estudiasen los sistemas educativos de Francia, Bélgica, Suiza, Inglaterra y Alemania y contrataran un grupo de educadores destinados a fundar la primera Normal de maestros

y reorganizar la escuela boliviana. Los comisionados contrataron en Bruselas al joven maestro Georges Rouma, quien había trabajado ya al lado de Decroly, Binet, Claparede y Lamprecht y era autor de dos obras pedagógicas escritas bajo la dirección de Decroly. Rouma había sido eficazmente recomendado por Alexis Sluys y ciertamente no defraudó las expectativas que los gobernantes bolivianos abrigaban hacia su persona: en junio de 1909, funda la Escuela Nacional de Maestros en Sucre y forma a una valiosa generación de educadores, logrando de paso, abrir las puertas del flamante Instituto a las mujeres. Ese paso y sus opiniones librepensadoras le crearon una atmósfera de resistencia y recelo en la capital de la República apegada todavía fanáticamente, al catolicismo más conservador. Al ver pasar al apuesto educador belga con el blanco rostro adornado de una fina barba roja, las pechoñas se santiguaban como si cruzara ante ellas el mismo demonio.

Fue al año siguiente, que Tamayo empieza su cruzada pedagógica, enfilando su lanza sin necesidad de mencionarlos, contra los miembros de la misión educativa que recorrió Europa, y sus acólitos locales. Escrito el tercer editorial en "El Diario", le sale al paso desde las columnas de "La Epoca" y bajo el seudónimo de Leopoldo Segal, Felipe S. Guzmán, quien escribe 22 artículos (reunidos en volumen bajo el título de *El problema pedagógico en Bolivia,* también en 1910).

Guzmán nació en La Paz el mismo año que Tamayo (1879) y murió en 1933. Obtenido su grado de abogado, se dedicó al periodismo, la educación y la política. Fue catedrático de la Universidad, Inspector de Instrucción Pública, diputado, senador, Ministro de Educación y, como Presidente del Senado, Presidente interino de la República en 1925, en la transición entre los gobiernos de Saavedra y el de Siles.

A fin de hacer más amena la polémica la presentaremos en sus partes sustantivas, en forma de diálo-

go[1] de manera que el lector, asista como invitado de piedra, y saque sus propias conclusiones:

TAMAYO

Partiendo de criterios falsos y pueriles, se ha creído que la pedagogía debía ir a estudiarse en Europa para aplicarla después a Bolivia, sin darse cuenta de que la historia es irreversible: no se repite jamás ni en política ni en nada. Nuestro problema pedagógico no debe ir a resolverse en Europa ni en parte alguna, sino en Bolivia. Lo que hay que estudiar no son métodos extraños, sino el alma de nuestra raza, que es trabajo de verdadera creación. Son los resortes íntimos de nuestra vida interior y de nuestra historia los que el pedagogo debe tratar de descubrir.

...¿Hay una sola página sobre psicología boliviana? ¿Hay una sola observación, una sola experiencia en este delicadísimo terreno? ¿Ha sorprendido el pedagogo algo de la finísima trama de que está tejida nuestra alma nacional? ¿Sabe ya cuáles son las diferencias de nuestra raza respecto de otras, histórica y socialmente hablando?

GUZMAN

La tarea de nuestra educación será la de proporcionar la mayor facilidad para adaptarse a una forma de civilización encuadrada al espíritu de nuestro siglo. Esa civilización no es otra que la europea, porque en Europa es donde se practican las ideas generosas: altruísmo, verdad, justicia, factores del progreso humano. Necia pretensión el querer crear una pedagogía completamente original... Los pueblos incipientes no pueden formar un carácter apartado del ideal universal de cultura en todos los órdenes. Su tendencia es de asi-

(1) Este diálogo ha sido imaginado en base al excelente estudio que sobre esta polémica, escribió el profesor César Chávez Taborga, en la revista "Minkha" (La Paz, enero de 1961) así como a las obras de los dos autores.

milación más que de creación de una modalidad típica, sui-géneris, única. En este sentido, lo racional, es tomar de los países más adelantados lo que pueda servir al nuestro, adaptándolo en virtud de los factores climáticos, etnográficos y, sobre todo, de los fenómenos psico-sociológicos de la herencia, el medio físico y la composición étnica.

TAMAYO

Quienes están influidos por los prejuicios del siglo XVIII francés, derivados sobre todo de los sueños del ingrato Rousseau, se confían en el valor absoluto de la instrucción, que supone llevar, por los métodos más adecuados, un bagaje de conocimientos al cerebro del educando. Pero no se trata de esto, precisamente. No se trata de armar o de ornar la inteligencia Se trata de la materia misma de la vida, de la energía hecha hombre, de ese substratum de todo edificio individual o colectivo porque la más viva y directa manifestación de esta región del hombre, no son las ideas ni los conocimientos; son las costumbres. Y las costumbres no son otra cosa que el régimen de la voluntad, la educación, el desarrollo, y en su caso, la creación de la voluntad.

Así es como llegan, a oponerse dos órdenes de ideas, dos conceptos diferentes, el de educación y el de instrucción, que no debe confundirse nunca, representando, como representan, cosas tan distintas de suyo. La instrucción es objetiva, luego es intrascendente; la educación, por el contrario, es subjetiva y por ello trascendente, derivada de la abismática profundidad del alma y del carácter. En este sentido la educación es subyacente de la instrucción, y están equivocados quienes piensan que la instrucción supone la educación.

Necesitamos, pues, crear la pedagogía nacional, es decir una pedagogía nuestra, medida a nuestras fuerzas, de acuerdo con nuestras costumbres, conforme a

nuestras naturales tendencias y gustos, y en armonía con nuestras condiciones físicas y morales.

GUZMAN

La educación abarca la instrucción en sus formas privada y pública, y es el término general para expresar cuanto se refiere a la cultura integral; no puede, por consiguiente, ser, "subyacente" de la instrucción.

... Si no se debe confiar en el valor de la instrucción y si sus resultados son "intrascendentes", ¿cómo es posible que constituya la más grave e importante de las cuestiones?

Figuraos una pedagogía con arreglo a nuestras costumbres. Sería, sencillamente, la prohibición absoluta del agua como medio de aseo, la inmovilidad física, la suciedad en todo, el aprendizaje de todas las novenas y letanías existentes; y si, para colmo, esa pedagogía se confecciona con arreglo a nuestras naturales tendencias y gustos, nos veríamos en la precisión de fomentar el alcoholismo, la holgazanería, la envidia, el egoísmo, la mentira y, sobre todo, la maldad. Y para estar en armonía con los gustos del país, impondríamos que la música escolar sea quejumbrosa y doliente, que se prefiera en pintura los colores chillones y en poesía lo sentimental. Con semejante pedagogía, netamente boliviana, es muy posible que nuestra alma no tenga similar en el mundo.

TAMAYO

¿Cómo hacer posible la creación de la pedagogía nacional? ¿Con qué técnicas, con qué procedimientos? ¿Hay acaso equipos y laboratorios de psicología? Y de adquirirlos ¿quién los manejaría? ¿Tenemos acaso profesionales preparados? si no tenemos sabios nacionales y los necesitamos urgentemente, hay que buscarlos fuera.

La creación de la pedagogía nacional no puede menos que hacerse bajo la dirección de una eminen-

cia europea, ya que el país no cuenta ni siquiera con regulares bachilleres, menos aún con profesores capaces de emprender una tarea tan grande y tan compleja.

La cuestión sería no mandar nuestros pedagogos a Europa, sino traer sabios capaces de estudiar las bases de la pedagogía boliviana, exigiendo que pongan al servicio del país, en estos estudios, toda la experiencia científica europea, el sólo medio de apresurar la civilización de nuestros países nuevos es ponerlos en inmediato contacto con el esfuerzo y el pensamiento europeos, tal cual lo hicieron Argentina, Chile y Brasil a su debido tiempo.

¿Que nos hemos contradicho? No tal. — Cuando pedimos el contingente extranjero, no pedimos profesores que vengan a enseñarnos una ciencia, sino sabios que vengan a crear un método, y en suma, nos enseñen el arte de enseñar... en el porvenir el mejor maestro del boliviano tiene que ser el boliviano; hoy es el peor que puede darse, pues a priori podemos decir que no sabe enseñar.

Una cosa es, la aplicación de métodos hecha por bolivianos en Bolivia, y otra, muy distinta, la aplicación de iguales métodos hecha por extranjeros en Bolivia. El europeo, aunque desconozca en algún grado las condiciones generales y particulares del país, trabajará mejor que el boliviano, y los resultados serán en definitiva, siempre mayores y siempre mejores... ¿Acaso no se ha visto cómo se profesa entre nosotros y cómo se trabaja en Cambridge, en Oxford, en la Sorbona? Pero nuestros pedagogos, habiendo estado en Londres no conocieron ni de visu Cambridge, la Universidad de mayor prestigio en el mundo. Ahora juzgad de nuestros comisionados en Europa.

GUZMAN

¿Cambridge, Oxford, La Sorbona?... Visitarlas para qué? — Conocer esos centros de alta cultura, lo mismo que las universidades de Bologna, Jena, Edim-

burgo, Upsala, Berlín y Nueva York no significa nada, si no se ha hecho estudios regulares en ellas, y aún en este caso esos estudios no encontrarían campo en Bolivia, donde antes que esté regularmente resuelto el problema de la enseñanza primaria, no se puede pensar en la secundaria, y mucho menos en la superior. Quienes piden todo esto, hablan de memoria; no se ubican en nuestra propia realidad; no saben compulsar serenamente nuestro estado de evolución cultural ni las propias posibilidades del país. Así creen que importando sabios europeos para que elaboren una pedagogía boliviana, estaría resuelto el problema, sin darse cuenta de que careciendo el país de recursos suficientes para crear hermosas escuelas, adquirir material científico y mobiliario y retribuir debidamente al personal de enseñanza, no daremos jamás un paso adelante. Las disertaciones de profesores y periodistas así como las reformas de los programas son absolutamente inútiles si no existen por lo menos los edificios. Parodiando el dicho de Napoleón, podemos decir que para resolver el problema de la educación en Bolivia necesitamos tres cosas: dinero, dinero y dinero. Peregrina idea la de traer pedagogos sabios al país!

No hay colectividad que no posea un carácter, un alma que le distingue especialmente. Precisar ese carácter es descubrir la psicología nacional, base de toda asimilación pedagógica. Son los experimentos hechos en laboratorios y gabinetes los únicos que nos llevan a conocer y definir el alma boliviana. Pero como esto —verdad irrecusable— no es factible de realización inmediata, hay que emplear técnicas elementales, sencillas: ... confeccionar formularios y distribuirlos entre los educadores a fin de que inscriban sus observaciones, acopien datos estadísticos y reunan toda clase de muestras capaces de hacernos conocer el proceso moral, físico e intelectual del niño boliviano.

La obra no es tan difícil como se piensa. Lo que ocurre es que a fuerza de suponernos raros en el mundo, damos al estudio de la psicología nacional una importancia superior a la que en realidad tiene, y pensamos, con nuestro complejo de inferioridad, que esa tarea sólo pueden acometerla los sabios extranjeros...

Por lo demás, hay, dentro de la realidad pedagógica universal, experiencias que pueden ser tomadas como válidas para la educación boliviana. Así la gimnasia sueca, los polígonos de tiro alemanes, los baños escolares suizos, las colonias escolares belgas, los juegos educativos franceses, la música escolar italiana, del mismo modo como lo hicieron Argentina, Chile y el Uruguay.

TAMAYO

¡Pero esto es bovarysmo pedagógico! ¿Y qué es, en qué consiste el bovarysmo? Consiste en aparentar respecto de sí mismo y de los demás, una cosa que no es realmente, y es la simulación de todo, sin poseer naturalmente nada de ello. En el caso presente se trata de la ciencia pedagógica... Y los simuladores se caracterizan por tener una pobreza radial y fundial de inteligencia científica... Son inteligencias pobres y perezosas, incapaces de hacer un verdadero trabajo científico. Indudablemente se ocupan de ciencia; pero las tareas están invertidas: son los libros que obran sobre las inteligencias, y no las inteligencias sobre los libros, sobre la vida y sobre todo... Poseen todos los demás talentos, sobre todo uno: el de calco y el de plagio.

En vano habíamos hablado de crear la pedagogía nacional. Se nos responde ahora que ello se logrará con fichas y cuestionarios escolares. ¿Quién los confeccionará y quiénes los interpretarán de ser confeccionados? ¿El Ministro...? ¿El Oficial Mayor tal vez...? ¡Qué pretensión y qué comedia! Se nos habla también de polígonos de tiro, de gimnasia sueca, de baños suizos y otros embelecos.

Hablábamos de la creación de la pedagogía de acuerdo con nuestras costumbres y gustos, y usted afir-

ma que ésa sería una "pedagogía desastrosa", porque "no conocemos el aseo, no gustamos del movimiento físico, tan proficuo a la salud; que tendemos a entregarnos a ejercicios piadosos, tendencia que acusaría un natural fanático; que somos alcohólicos, holgazanes, envidiosos, egoístas y, sobre todo, perversos. Que nuestra música es quejumbrosa (¡oh Chopin!, ¡oh Beethoven!); que en pintura se prefiere los colores chillones y en poesía lo sentimental. (oh Heine!, ¡oh Sófocles!). Así se juzga y así se nos interpreta. Verdad es que tenemos que dirigirnos al universal personaje llamado por Remy de Gourmant: celui-qui-ne-comprend-pas", porque ninguno de nuestros argumentos, ninguna de nuestras ideas ha querido interpretarse en su sentido y orientación cabales. Hacer una pedagogía boliviana conforme a nuestras costumbres y gustos, no quiere decir hacerla según nuestros vicios, porque de vicios no vive ni se engrandece una raza.

¡Alcoholismo, fanatismo, egoísmo! He ahí los argumentos del cretinismo pedagógico. Todos lugares comunes y clichés que están en boca de todos los filisteos del pensamiento boliviano, desde hace cincuenta años... Pero lo que los beocios de todos los tiempos, no han soñado siquiera, es el descubrimiento, el estudio de todas las virtudes y fuerzas de la raza, la investigación de todos sus elementos de vida psicológica, la misteriosa y fina trama de esfuerzos y actividades, de acciones y reacciones interiores que constituyen la vida misma de la nación.

El niño escolar que un día será joven universitario, es y debe ser la materia prima y primordial de toda pedagogía. Toda tentativa, todo ensayo convergen hacia él; todo resultado, toda esperanza irradian de él. Todas las ciencias y las artes no tienen más objeto que él, y él mismo es sujeto exclusivo de toda evolución, de todo fenómeno pedagógico. Todo por él y para él; nada fuera de él.

GUZMAN

Verdades de perogrullo! Lo que se necesita saber no es si el niño constituye "la materia prima y primordial" de la educación; es si las virtudes o los vicios constituyen nuestro carácter nacional... Si son los virtudes, entonces en nada diferimos de los pueblos civilizados; por lo tanto es inútil crear una pedagogía típica, especial, habiendo como hay geniales trabajos aplicables a tal grado de cultura. Pero si son los vicios, es claro que la pedagogía no se hará según nuestras costumbres, gustos y tendencias, sino tomando un modelo real o imaginario, y propendiendo a corregir y neutralizar esos vicios.

Esperábamos que Ud. nos hubiera dado las "ideas-maestras" para orientar la pedagogía. Pero no lo hemos conseguido.

Lo primero que se debe enseñar es la moralidad, después viene el cultivo de las ciencias, en tercer lugar los hábitos de trabajo, de orden y de actividad, y en último término y como complemento, debe fomentarse el arte... estas cuatro ideas fundamentales podrían servir de ejes a la educación boliviana y la formación del carácter nacional.

TAMAYO

Tratándose de la creación de la pedagogía nacional, el boliviano debe hacerse consciente de su fuerza, más ajustada a la lucha por la vida que a la identidad de una armonía metafísica. Hay que destruir de una vez y para siempre ese complejo, ese ramillete de prejuicios: "verdad", "belleza", "altruísmo", propio de la fantasía de algunos ideólogos modernos: Tarde, Fouillée, Guyeau, Amiel, todos enfermos de moralismo sentimental y decadente. ¿Dónde ha existido? ¿Dónde se ha realizado ese ideal de la humanidad? ¿Tal vez en Inglaterra a propósito de Irlanda y de la India? ¿Quizás en Alemania y Rusia, a propósito de Polonia? ¿Qui-

zá en Italia a propósito de Abisinia?... ¡Hablad de altruísmo en Inglaterra, el país de la conquista sabia y en Estados Unidos, el país de los monopolios devoradores.

"¡Ideal de la humanidad!"... Esa es una irrealidad que no ha existido nunca sino como producto artificial y falso del romanticismo francés y que las naciones no han practicado jamás, ni hoy ni antes. ¿Qué filosofía ha definido este ideal? ¿Qué tipo de vida lo ha cultivado? ¿Qué razas?... ¿Tal vez el sensualismo estético y espléndido del Renacimiento italiano? ¿O el egoísmo sabio, triste y puritano de Inglaterra? ¿O el imperialismo brutal, erudito, minucioso y hambriento de Alemania? ¿O el pompadourismo afeminado y refinado del siglo dieciocho francés?

GUZMAN

¿Que no ha existido jamás ni se ha practicado nunca este ideal? ¿Y qué representan, entonces, la convivencia y la paz ganadas por la humanidad desde los tiempos bárbaros hasta los actuales? Y si él no ha existido en toda su plenitud, es indudable que la humanidad marcha en su conquista. Pero predicad el egoísmo, la maldad y la astucia maquiavélica como orientadores de la pedagogía nacional y convertiréis el país en una horda de ladrones y bandidos... Si en Estados Unidos hay monopolios y ésa es la medida de la lucha que se aconseja, habrá de recordarse que el León de Iberia y la Francia monárquica también monopolizaron vidas y haciendas, pero llegaron los años 1809 y 1789 y esos monopolios cayeron a balazos!

TAMAYO

Pero entonces, ¿qué es lo que se debe hacer? ¿Qué pretendéis hacer del boliviano: un soldado, un ciudadano, un sabio, un hombre modestamente útil o un refinado superior? Porque no todo se puede ser y hacer a la vez. ¿Perseguís verdaderamente una cultura?

¿Cuál? ¿Será ésta sobre todo científica, moral o religiosa? Seguramente pretendéis darle el ingenio francés, la fecundidad italiana, la superioridad muscular y moral inglesa, la riqueza yanqui, el valor japonés, la cultura de ideas helénica... y la pregunta queda en pie: ¿Qué se hará del boliviano?

GUZMAN

El primer fenómeno que se presenta en la vida del niño son las impulsiones de su raza; en ellas obran la herencia, el medio ambiente físico y moral, pero si ese niño es tratado convenientemnte por la educación científica, esas impulsiones van sucesivamente modificándose hasta convertirse en tendencias de civilización y progreso. En el transcurso de esa evolución van quedando atrás las taras del alcoholismo, la holgazanería, el egoísmo, etc., de lo primitivo y salvaje a la semi-civilización y media cultura y de allí al ideal de la humanidad: el imperio de la verdad, el bien, el trabajo y la belleza.

TAMAYO

Bajo el punto de vista estrictamente instructivo, el problema se plantea así: la destrucción del analfabetismo nacional, misión de la escuela primaria. Saber leer, escribir y contar, es ya un grande beneficio. Diez veces más escuelas, diez veces más maestros, y al fin de cuentas, diez veces menos analfabetismo. El alfabeto no puede menos que ser un bien en cualquier parte, como que las grandes naciones han comenzado a practicarlo y difundirlo al máximo.

¿Pero eso es todo? ¿Está resuelto el problema? No, en manera alguna. Es un problema más complejo de lo que se imagina. Tenemos una parte considerable de la nación que ha vencido el analfabetismo. ¿Sabéis cuál es? Es el cholo, el mestizo elector de nuestros comicios populares. Ese sabe leer, escribir y contar, y

ha llegado a ser político, abogado, juez de provincia, cura de aldea, burócrata en todas partes. ¿Estáis satisfechos de él? El cholo es todo eso y algo más: un logrero, resorte inmediato de todas nuestras revoluciones. En resumen: socialmente hablando, es o tiende a ser parasitario; políticamente, ha sido o puede ser un peligro; como factor económico su exponente es bajísimo: el cholo recibe más de lo que da. Y el cholo es producto de la instrucción primaria en Bolivia!

GUZMAN

Instrución y educación son fases de un mismo proceso. ¿Por qué esa tendencia a separarlas? Error lamentable. El alfabetismo no se reduce a saber leer, escribir y contar; hay en su enseñanza finalidades educativas que no olvida la metodología moderna: la formación del juicio, del razonamiento, de la observación y la intuición, que son de gran trascendencia para la vida. Quien no está instruido ni educado, vegeta y fracasa siempre.

TAMAYO

Me ocuparé ahora de la raza, la geografía y la historia, fuentes de energía sobre la cual se edifica toda ciencia y todo arte. Históricamente no existe raza pura y sin mezcla, y los grupos humanos que hoy acusan mayor unidad morfológica, son los que mayores y más profundas influencias y cambios étnicos han sufrido.

Allí donde existen un padre y una madre que generan, allí existe ya una raza; allí podéis buscar y comprobar ya una ley biológica que como tal, estáis en el derecho de esperar que se repita y permanezca, tantas veces cuantas las condiciones que la han manifestado vuelvan a presentarse las mismas. Porque desde que hay un grupo humano que permanece en la historia y genera en la naturaleza, dentro de un marco de condiciones especiales, propias y permanentes, entonces hay raza, y entonces, hay carácter nacional.

GUZMAN

¿Pero qué es, de qué manera se manifiesta el carácter nacional?

TAMAYO

El carácter nacional existe en todas partes, en todas las manifestaciones del pueblo y de la nación: . . . en la inteligencia, sobre todo en las costumbres, en los gustos y tendencias, en sus afinidades y repulsiones. Es absurdo, es erróneo negar su existencia, pues él existe en el grupo más elemental, en la tribu más salvaje, en la horda más primitiva. Sabed una cosa, una cosa por todas: donde hay vida, hay carácter.

El que en Bolivia se lleve una vida triste y miserable, a la cual corresponde, paraleamente, una débil manifestación de las fuerzas volitivas, no se desprende de ahí que no exista carácter nacional, o que se pierda la fe en él, representando como representa la vida misma.

Lo fundamental es, por consiguiente, despertar la conciencia nacional, que equivale a despertar las energías de la raza, y nuestro norte debe ser el que el boliviano sepa lo que quiere y quiera lo que sepa. La existencia de nuestro carácter se prueba, por otra parte, en la propia historia de Bolivia, especialmente en su período convulsivo. No son seguramente la energía ni la voluntad que faltan. Al revés, a veces el investigador se encuentra con un tal derroche, que es de asombrarse cómo se puede despilfarrar la energía durante tanto tiempo, sin mostrar históricamente una fuente y un proceso visibles de recuperación.

GUZMAN

. . . La fuerza de voluntad supone carácter, y el carácter, disciplina; esto es, la facultad de gobernarse a sí mismo, de perseverar y vencer. Y si éstas son

las expresiones positivas del carácter, fuerza es concluir que el boliviano no lo tiene, o lo tiene en muy escaso grado, porque las rebeliones y los golpes de cuartel, revelan en él toda ausencia de disciplina interior, toda voluntad para dominarse a sí mismo.

TAMAYO

El carácter nacional no se halla en el cholo revoltoso sino en el indio subyugado.

¿Qué hace el indio por el estado? Todo. ¿Qué hace el estado por el indio? ¡Nada! El indio tiene virtudes que no posee el cholo, menos el blanco descastado. Es autónomo y fuerte, es concreto y disciplinado. Se basta a sí mismo, vive por sí y para sí. Obra y calla, y su silencio es fortaleza interior, dominio de sí mismo. El indio tiene, aunque en grado primitivo e ingenuo, todo el esfuerzo combinado que demanda la vida social organizada y constante: es constructor de su casa, labrador de su campo, tejedor de su estofa y cortador de su traje; fabrica sus propios utensilios, es mercader, industrial y viajero a la vez. Es también autodidacto, maestro de sí mismo: concibe lo que ejecuta, realiza lo que combina. El indio pose el más alto grado de responsabilidad social que le viene desde antiguo: ... es el único que, en medio de esta chacota que llamamos República, toma a lo serio la tarea humana por excelencia: producir, producir incesantemente en cualquier forma, ya sea labor agrícola o minera, ya sea trabajo rústico o servicio manual dentro de la economía urbana. Toda su labor es fecunda, productiva, no obstante de su depresión histórica, de su indignidad social, de su pobreza, de su aislamiento, en medio del olvido de los indiferentes, de la hostilidad del blanco, del desprecio de los imbéciles. Cerrado y concentrado en su grande interioridad, alejado de todo y de todos. El indio es el verdadero depositario de la energía nacional.

GUZMAN

¡Indio idealizado, mixtificado! Es ciertamente la gran mayoría de la población boliviana. Y aunque su acción es útil en el campo de la agricultura y la minería, no es un factor positivo para el desarrollo de la cultura. Lo poco que ahora es, lo debe, inclusó, al blanco. Pero no tiene que quedar en ese estado. Hay que salvarlo alfabetizándolo y cruzándolo con otras razas, porque tarde o temprano el impulso de la civilización llegará hasta él para aplastarlo o levantarlo...

Esta es la realidad. Y no hay que hacerse ilusiones. No puede decirse del indio que desarrolla sus energías en sentido de provocar una modificación en su vida y el aumento consiguiente en sus necesidades... Ese bastarse a sí mismo que otros ven como signo de grandeza, es prueba más bien de un rudimentarismo que lo coloca muy lejos de la civilización europea. El indio no prevé el porvenir, no mira más que el presente, si lo mira. La historia de esta patria nada le debe, y si es obrero en los campos y brazo industrial en las ciudades, es porque ha sido sacado en parte de su rutina estacionaria, por el elemento europeo que es el que le dirige y le explota.

... El indio no reacciona, no tiene la más elemental conciencia de sí mismo... No se rebela, no discierne, no medita; obedece pasivamente como una acémila. Su condición de esclavo está en armonía con su naturaleza... No está en su sangre la pretensión de superar al blanco. Cree sinceramente que su misión es servir y obedecer a sus amos...

TAMAYO

¿Servir y obedecer?... Así juzgan del indio los plagiarios, los resentidos, los que no tienen el menor espíritu de observación: ...los eternos difamadores de la raza.

A través de todos los tiempos, el indio ha sido siempre rebelde a toda sumisión, y contemporánea-

mente, el divorcio en que vive respecto al blanco, en parte es incomprensión de éste, en parte voluntario alejamiento suyo. Comparativamente, el indio es más libre y autónomo que el blanco y el mestizo juntos. Si por libertad e independencia se entiende en la mayor medida y proporción ser dueño y señor de sí mismo, el indio es el que mayor suma de libertad posee, en el sentido subjetivo, que es el más alto, en el caso dado.

Esta su libertad y esta su independencia son tan sólo comparables con las que poseen, desde la adolescencia, el hombre y la mujer ingleses. Todo lo contrario se observa, en cambio, en nuestras familias de blancos y mestizos, donde el hijo es más esclavo de sus vicios; y necesita incondicionalmente de sus padres para mantenerlos, en tanto que el indio es más señor de sus virtudes, y está más en aptitud de darse el lujo de llamarse libre, lo que no puede el blanco, esclavo de sus vicios y prejuicios.

Todo miente en Bolivia. Todos se mienten. Se vive de irrealidad y de mentira. Y es imperoso decir la verdad, si es que ha de fundarse y fundamentarse una pedagogía nacional. ¿Habéis soñado por un momento lo que significaría civilizar al indio, si tan espléndido ideal fuera realizable de inmediato? ¿Sabéis lo que daría ponerle en estado de aprovecharse directamente de todos los medios de vida de la civilización europea, de todo género de conocimientos e instrumentos? ¡Eso sería vuestra ruina irremediable e incontenible! ¡Eso sería habilitar al verdadero poseedor de la fuerza y de la energía, a sacudirse de vosotros, como la grey refortalecida y ruborizada se sacude de la piojería epidémica! ¡Adiós todo bovarysmo pedagógico! ¡Adiós parasitismo gubernativo y legislativo!

GUZMAN

Para redimir al indio no es necesario sacarlo de su medio, separarlo de la agricultura. Se puede darle

una educación moral intelectual y social en su propio ambiente, a fin de desarrollar sus aptitudes y tendencias. No creo que el indio civilizado se convierta, en enemigo del blanco. Al contrario, sería su gran colaborador. El indio puesto en posesión de conocimientos modernos, habilitado para vivir conscientemente y con otra clase de hábitos, sería el factor más poderoso para el rápido engrandecimiento de la nación... Si el indio produce hoy como diez, civilizado producirá como cien. Civilicemos al indio sin temores ni vacilación.

TAMAYO

El proceso histórico de la Conquista puso frente a frente al blanco puro y al indio puro, o sea dos razas en conflicto, cada cual con experiencias históricas distintas. De este encuentro de razas que no es otra cosa que un duelo de sangres, la superioridad "entendida" y "convencional" del blanco se hizo patente, en razón de que el español traía una herencia secular de cálculo y experiencia. El blanco sabía más por viejo que por sabio, y prevalía más por astuto que por fuerte, ya que su sangre era una de mendigos hambrientos, descastados y feroces, y allí donde fue, llevó el germen de la inmoralidad y la descomposición histórica. Pero como una raza no puede vivir indefinidamente de expedientes gastados como los del español, la energía fisiológica del indio terminó por imponerse. La fuerza personal de su sangre es tal que, sea con quien se cruce, sus caracteres físicos persisten de tal manera que sólo a la tercera o cuarta generación comienza a verse una desviación del tipo primitivo. La primera generación de indio y blanco acusa la más perfecta derrota del blanco. Y son estas razas fuertes las que terminarán un día por imponerse y prevalecer en la historia.

GUZMAN

Hay razas privilegiadas que han demostrado su superioridad en la realización de la cultura. Tal la aria

que se desenvuelve en el concierto germánico. La historia nos enseña que la humanidad debe todo su progreso a la raza aryana que es blanca... Este fenómeno demuestra que en la lucha universal de razas, la victoria corresponderá siempre a la blanca, en cuyo espíritu deben fundirse las razas inferiores si es que no quieren quedar postergadas en la cultura y en la historia.

TAMAYO

Supongamos que fuera así. ¿Pero de qué blanco estáis hablando? ¿Del que está haciendo la grande Alemania futura, del que ha hecho la grande Inglaterra de hoy? ¿O habláis del blanco sudamericano, pobre, vicioso, degenerado, perezoso, chacotero e insustancial? Porque es necesario admitir que el blanco de nuestra América, si existe, es del todo diferente del europeo, y no caben comparaciones. Allí tenéis otro de los inconvenientes del bovarysmo libresco.

Otro, sin embargo, es el caso boliviano. Aquí el problema, por las naturales condiciones del país, se plantea de modo diferente porque muy otras son las características psicológicas del blanco y del cholo. ¿Queréis que os diga, una asombrosa verdad insospechada e infinitamente fecunda en consecuencias para nuestra educación nacional? El indio se desmoraliza y se corrompe al aproximarse a los blancos, a su civilización, a sus costumbres, a sus prejuicios; y de honesto labrador o minero, pretende ser ya empleado público, es decir, parásito nacional.

GUZMAN

Ese es un solemne absurdo. Al contrario, el indio letrado al aproximarse al blanco vigoriza su personalidad y desarrolla sus cualidades y virtudes, si es que las tiene. Y aunque los efectos de esta vigorización no se producen en el mismo indio ni tampoco en el cholo hecho alfabeto, se producen en la raza, en sus posteriores evoluciones a través del tiempo y del espacio. Si lo que sostiene Ud. fuera evidente, entonces no habría medio de hacer entrar la virtud blanca en el cuerpo cobrizo del indio.

Todas las especies animales son susceptibles de cultivo y amejoramiento. Las razas inferiores tienen que fundirse en las superiores, porque está comprobado por la historia y las ciencias antropológicas, que la civilización es blanca y el dominio del mundo corresponde a esa raza. Para cada uno de los períodos de superación del indio y del cholo, existe la previsión política, para atenuar los males, así por ejemplo, tratándose del segundo es necesario modificar el reglamento electoral, introduciendo restricciones que reduzcan a la más mínima cantidad la cifra de su votación.

TAMAYO

No es cuestión de hacer transfusiones de sangre pues es el medio el que hace al hombre y en este sentido, no sólo es el polvo que se huella, sino el aire que se respira y el círculo físico en que se vive.

La tierra posee un genio propio que anima al árbol que germina y al hombre que sobre ella genera. El alma de las razas está menos arraigada al suelo que el árbol, su hermano. Es sobre todo en este espíritu que hay que traducir el pensamiento aristotélico: el hombre es un árbol con las raíces arriba. Y en este sentido también es que se puede manifestar que la historia humana es parte de la historia natural.

La tierra hace al hombre. En ella hay que buscar la última razón de su pensamiento, de su obra, de su moralidad. Cuando se dice tierra patria no sólo hay en ello un símbolo paternal, sino que realmente existe una relación generativa entre el suelo y el hombre. Físicamente el hombre está hecho de las sales del suelo en que vive y genera.

El emigrado entonces va renunciando cada vez más a su primitiva personalidad para adquirir otra nue-

va. Tal ocurre con el criollo latinoamericano. El blanco, nativo ya de nuestra América por puro que se hubiese conservado, comienza al cabo de algunas generaciones a revelar y reflejar en sí esta influencia del medio, que se traduce en las costumbres, en los hábitos, en la política, en la literatura, en la música.

Hablemos ahora de las fallas y virtudes del mestizo. Producto de sangres y de medios diferentes, el pensamiento mestizo, aunque sigue siendo europeo, cobra otros matices: es infantil, incipiente, desordenado; en tanto que la inteligencia, exponente particular suyo, se manifiesta en la facilidad comprensiva, la espontaneidad, la vivacidad, el sentido de las formas, la misma fecundidad... Pero en cambio no ha heredado la voluntad europea, tan fecunda y trascendente. En el mestizo, ya sea obrero o artista, escritor o arquitecto, soldado o legislador, sus concepciones y sus obras, sus actos y sus palabras están siempre desnudos de toda personalidad, y por ello es que su inteligencia parece una de mendigo, o una que quiere vivir siempre de prestado porque realmente no sabe adueñarse de los materiales y herramientas que la vida ofrece y hacerlos suyos para su propio servicio y provecho, e imponerles de veras su sello y su voluntad.

El indio, por su parte, tiene otra figura y otro carácter. Es hijo de la geografía. El paisaje andino ha hecho del aymara lo que es, con sus cualidades y defectos. La tierra es magra, vasta y solitaria... Está integrada por altas y dilatadas llanuras de un clima extremado y rudo que hace difícil la vida misma.

De la rudeza y pavura de la montaña y la meseta se desprende un vago sufrimiento, que no es más que la traducción de la gran dificultad de la vida bajo este cielo. Sin embargo, aquí el hombre vive y genera, aquí se hace y rehace la historia, se pliega y repliega el tiempo. El alma de la tierra ha pasado a la raza con toda su grandeza, su soledad, que a veces parece desolación, y su fundamental sufrimiento, sin que nada alivie el pánico de vivir. Lo mismo que estos altiplanos, el alma humana está como amurallada y es impenetrable e inaccesible. La soledad andina se ha convertido en soledad aymara.

En este paisaje, tan avaro, el indio persiste y resiste con una vocación extraña. La persistencia y la resistencia son, virtud y defecto en el carácter de la raza; polos positivo y negativo en la contextura somática y espiritual del kolla. No sólo es el cuerpo que persiste histórica y fisiológicamente hablando; también el hombre interior, es decir, la voluntad, la intención, la acción humana por excelencia, persiste característicamente. El indio quiere con la misma constancia que perdura. Por su parte la resistencia, lado negativo de su personalidad, cobra tal dimensión y tal profundidad que el menos observador se sorprende. El alma india es un alma replegada y revertida sobre sí misma, y aunque la actividad exterior del mundo sacude y solicita al hombre, el indio está como cerrado, y si llega a dar, nunca llega a darse...

De aquí arrancan y se explican los rasgos psicológicos del aymara. Desprovisto de una inteligencia abierta y clara, es más una voluntad y un carácter, ajeno por completo a todo ensueño lírico y a toda metafísica. En vano se buscará en la raza los matices típicos de una inteligencia superior, como se la encuentra en otras estirpes. Ni el ingenio y sutileza helénica, ni la claridad y brillantez gálicas, ni la fecundidad y facundia italianas, ni la profundidad española, ni la solidez británica.

El indio demanda una pedagogía de amor y de paciencia; el mestizo una pedagogía disciplinaria, regimentativa e intelectual; y si debemos precisar más, la una debe ser pedagogía más bien instructiva, la otra más bien educativa. La base de operaciones en el indio es su carácter; en el mestizo, su inteligencia.

Un régimen pedagógico adecuado y una adecuada orientación psicológica, harán del indio un buen agri-

cultor, un excelente minero, un soldado ideal. Pero soldado, minero, labrador, esto es ya el indio, y lo es de manera inmejorable, en cuanto puede serlo alguien que ignora todo, y de quien nadie se cura sino para explotarle. Más tarde podría llegar a ser explorador, constructor, ingeniero, maestro de escuela; y más tarde aún, hipotéticamente la raza nos daría tácticos, estrategas y grandes capitanes; y mucho más tarde, hombres de Estado, gobernantes y grandes patricios.

El mestizo tomando en cuenta su natural inteligencia, puede ser un excelente artesano, un buen comerciante, un hábil obrero manual; pero más tarde, del mestizo saldrían buenos abogados, médicos, profesores, escritores; y muy más tarde aún, excelentes artistas, por su sensibilidad y su sentido de la forma.

GUZMAN

El lema de la instrucción moderna es más bien la enseñanza integral; esto es, que se debe formar hombres completos y aptos para la vida desde el punto de vista moral, intelectual y físico; lo que quiere decir que es preciso enseñar ciencias, moral y gimnasia a un tiempo. Las necesidades de un país, por otra parte, son múltiples. No sólo son soldados, ciudadanos y sabios los que hay que formar, sino también obreros, magistrados y artistas. De la división del trabajo nace la armonía y de la armonía el progreso.

TAMAYO

No debemos desviarnos del fondo del asunto que es lo que debe buscar el maestro. ¿Qué es lo que se debe enseñar? El amor de la acción en todas sus formas... Hay que enseñar que es vano esperar cosa alguna de otro que de nosotros mismos, y que somos nuestra propia fuente y debemos ser nuestra propia brújula. Hay que enseñar a reaccionar de la histórica depresión en que vivimos. La raza está deprimida, en-

cobardecida y estupefacta... Hay que enseñar que no hay más que una doctrina: la máxima expansión de la vida, como individuo o como nación; hay que enseñar que no hay interés que esté por encima del de la vida; que hay que sacrificar la misma vida en pro de un interés superior y más trascendente de la vida... Hay que enseñar la audacia sabia y la osadía inteligente, que son como una fecunda irreverencia de todo. Las cosas quieren ser dominadas y la naturaleza quiere ser vencida... Hay que osar, hay que perseverar, y el atrevimiento es cosa que hay que comenzar a enseñar en nuestras escuelas...

El nuevo oráculo délfico, que habrá que grabar sobre la portada de nuestras escuelas no será el de haceos sabios sino el de haceos fuertes.

GUZMAN

Ud., ha buscado temas pedagógicos para lucir su estudiada retórica, siendo así que pudo cantar y loar las grandes virtudes que duermen en el fondo del indio en odas de corte metafísico para las que más de una vez ha mostrado extraordinarias aptitudes; pero es loable su esfuerzo por plantear el tema que más afecta al porvenir de Bolivia. Sin embargo, Ud. mismo carece de originalidad. Pues los principios, los ideales educativos propugnados por Ud. se encuentran consignados en los programas y prospectos de las escuelas alemanas, inglesas y holandesas, y especialmente en los libros La Norvége, La Suéde y Le Danemark, publicados con motivo de la Exposición Universal de París, realizada en 1900... la verdad es que tuvo razón cuando dijo que de mentiras se vive en Bolivia.

Nada habría habido que reprocharle, si en su exagerada pretensión no se hubiera creído un genio, descubridor del misterio de los misterios: la energía del indio, y si a tal título no hubiese insultado a sus competidores, sin guardar la compostura que corresponde a esta clase de polémicas.

De enseñar todo esto no se ha hablado aún en Europa, al menos dentro de un cuadro estrictamente escolar; pero nosotros osamos hablar en Bolivia; y aunque es posible que la grande incomprensión que nos rodea quiera no ver los alcances de una pedagogía así, nosotros pretendemos fundarla suficientemente para hacerla un día viable. Es en este sentido que nos hemos instituído en profesores de energía nacional; es en este sentido que, contrariamente a todos nuestros pedagogos del día, concedemos una mínima importancia al dinero, y preferimos confiar ante todo y sobre todo en las fuerzas vivas de la nación; es en este sentido que, si consideramos el profesorado extranjero como un bien inmediato, no lo consideramos nunca como un bien definitivo y radical; y es en este sentido, trascendental, si jamás lo fuera, que hemos hablado de crear, fundar y orientar la pedagogía nacional, que considerada así, importa nada menos que una refección nacional.

* * *

En la advertencia que precede al contenido del libro, Tamayo explica que los cincuenta y cinco artículos que contiene "no le han ocupado más de cincuenta y cinco horas componerlos" y afirma que pese al desorden aparente existe una idea maestra, "que es como la médula del libro... y otras y otras ideas en una tierra en que ellas no existen en forma alguna que no sea plagio o adaptación simiesca". Y para molestar a Guzmán y a los maestros bolivianos que se encolerizaron con sus editoriales, les espeta un "Spruch" de Goethe, sin traducirlo: Nur die Lumpe sind bescheiden ("Sólo los harapos son modestos").

EL HOMBRE EN SU PROPIA LABRANZA

(LOS RECUERDOS DE DOÑA LUISA SOBRE EL HOMBRE INTIMO)

El secreto de una biografía moderna reside en relatar la vida pública y privada de un gran hombre, la activa y la inactiva, al mismo tiempo y en su continua coincidencia, dando a ambas la misma importancia. Porque en el extremo de aquellos círculos concéntricos, en los cuales hemos distribuído los documentos, casi como un aro de bronce que sostiene los aros más delicados de lo personal, figuran un carácter y lo ilustran ni más ni menos que aquellos.

Emil Ludwig

Mi conversación con doña Luisa tuvo lugar en casa del yerno de Tamayo, José Bascopé, casado con Elvira Tamayo. La casa está situada en Alto San Pedro. Doña Luisa, vive con el matrimonio Bascopé hace muchos años. Es un hogar modesto, de clase media, con algunos muebles antiguos, varios retratos y recuerdos de don Franz. Doña Luisa ha cumplido ya 90 años, no oye bien, y debe concentrarse para recordar muchas

cosas, pero relatan sus hijas que algunas veces, con gran lucidez, desgrana el pasado en largas narraciones. Tiene, a pesar de sus años, un gran sentido del humor, y es sin duda, el centro de su familia. Los nietos la escuchan embelesados y cuando se refiere a don Franz siempre lo llama por su apellido. Esta entrevista fue grabada y he recogido lo substancial, sin cambiar la forma de expresarse ni las cosas que dijo doña Luisa. Después de conversar de distintos asuntos le pregunté:

—¿Qué otras cosas recuerda doña Luisa, de don Franz, cómo lo conoció?

—Yo estaba trabajando en la casa de Cusicanqui, jovencita, entonces Tamayo, sabía venir, por unos negocios, que tenía en la prefectura creo, me encontraba en la calle y me hablaba sin conocerme, y yo era muy orgullosa, y le digo "¿qué me viene a hablar aquí?" No tenía pues bigotes, antes los hombres, todos tenían bigotes y lo trataba de... ese torero le decía, con su cara de torero, que viene a fastidiarme, le decía. Así llegué a conocerlo. Cada vez que él subía, yo bajaba, con un peón, llevando cebada, así. Y después poco a poco ya hemos tenido amistad.

—¿Y qué amigos tenía don Franz?

—Ay, no me acuerdo, tantos tenía, venían a la casa todos, el Dr. Salamanca; Presidentes, ministros venían pero no tengo cabeza para acordarme. Su amigo íntimo era el Dr. Joaquín Espada, Elío era inseparable, salieron juntos diputados. En esa época yo le acompañaba en las noches, mientras escribía sus libros... Después Enrique Baldivieso, Justino Daza Ondarza, Guillermo Viscarra Fabre.

Doña Luisa, se acuerda los nombres de los periódicos que dirigió o en los que trabajó don Franz: "El hombre libre", "El Fígaro", "El Diario", "La Razón".

Pero hay muchas lagunas en la memoria de doña Luisa. No recuerda los tiempos de la candidatura a la

Presidencia, ni el triunfo de don Franz en esos comicios que le birlaron los generales perdedores del Chaco.

En cambio recuerda cuando don Franz fue a Ginebra, a la Liga de Naciones, para plantear el alegato boliviano para el retorno al mar.

—Tamayo les contestó a todos los doctores en sus lenguas, hablaba muchas. Me decía: "ningún *chuñuputhi*[1], ha de hacer lo que yo hice". El decía "yo soy chuño", porque era moreno pues.

Una vez estuve muy enferma y como siempre cuando yo me enfermaba él se sentaba al lado de mi cama, con un poncho, una jarra de agua y su botiquín de remedios homeopáticos y se quedaba ahí toda la noche, después de hacer acostar a sus hijos. Cada frasquito tenía su nombre en latín.

—¿Y dónde aprendería esto don Franz?

—En una finca que tenía su padre, quien había comprado un manual de homeopatía y un botiquincito así... y se interesó Tamayo desde los doce años.

Nos muestra la foto clásica de Tamayo tomada por Cordero y refiere que no le gustaba que le tomaran fotos y que para ésta, se vio obligado, a fin de renovar su cédula de identidad. Y continúa:

—Mi hijo Harmodio le rogó que posara para él (nos muestra el retrato inacabado) pero antes de terminarlo, se murió Harmodio.

—¿Qué le gustaba comer a don Franz?

—Todo comía pero algunas cosas especiales le cocinaba yo. Cuando le servía lo que había hecho la cocinera, me decía: "Esto no has hecho tú". Quería siempre que yo se lo haga. Le gustaba el pescado, en caldo bueno, le gustaba la perdíz; vizcachas cazaba. En la

(1) Chuño, o sea papa deshidratada, y puthi, cocida.

finca de Chacoma había vizcachas, perdices, y los peones en cada fiesta nos traían regalos.

Era un gran cazador y después era muy... le gustaba tratarse bien. A veces yo le tenía que hacer el asado, porque la muchacha no sabía, traía a mi cama el anafe, y yo le hacía su asado. Cuando yo no estaba ¿cómo sabría comer pues? El se quedaba con sus hijos en la ciudad y yo me iba con mis hijas, con la ama de pechos, a la finca a trabajar.

(Las hijas relatan que aún ahora, doña Luisa, suele cocinar alguna vez y que cuando ellas viajaron a Yaurichambi, élla se quedó sola con la sirvienta y les preparó una sajta de pollo cuando retornaron).

Doña Luisa vuelve a sus recuerdos:

—Ibamos con Tamayo, con mis hijos, al borde del Lago, llevábamos cosas para almorzar, a Chillilaya, a Jancohuma, a todas esas partes que hay por el Lago nos íbamos y me decía: "Ah, esta mujer, yo soy tu ponguito para que me mandes así", porque me ayudaba en todo. Yo le decía: "Hacé pues éso o aquéllo". Comíamos en el campo así, y le gustaba la carne fría, el pollo, la pierna cocida de cordero, con escabeche, así le daba y comíamos también ají, con las guaguas...

—¿Es verdad que don Franz le pedía consejos políticos?

Las hijas señalan que don Franz consultaba todo a su esposa. Doña Luisa, abstraída añade:

—Cuando uno tiene suerte, todo le va bien, ¿o no es así? Hay que andar recto no más, para que Dios nos oiga; yo soy muy beata, no beata del todo, pero le pido a Dios, a la Virgen y hasta ahora mi cuarto es lleno de santos, cuando me muera, ¿qué lo harán?

La familia le interrumpe bromeando que todavía tienen que ir muchas veces a Copacabana, como antaño. Doña Luisa recuerda que tuvo que ir hace poco a Yaurichambi, cuando ganaron el pleito a los peones

que querían apoderarse del cerro (en cuya cima escribió Tamayo, parte de su obra poética) y que volvió muy enferma.

Pero también los chicos de Yaurichambi y Pucarani, le hicieron un gran homenaje y doña Luisa, les regaló libros...

—¿Para qué guardarlos —dice—, se los van a comer los ratones. Tamayo me decía: "cuando muera vas a vender la biblioteca", pero la Universidad se la ha agarrado y no hay cuándo pague, hemos reclamado tanto...

(En una oportunidad, la Universidad ofreció comprar la biblioteca, que se halla bajo su custodia, por $b. 30.000).

—¿Qué año compró Yaurichambi don Franz?

—No sabría, cuando tuve mi primer hijo, Eduardo, pero cuándo sería. Tamayo apuntaba todo de sus hijos, la fecha, la hora que llegaban, tengo en un libro en mi cuarto (y dirigiéndose a su nieto) está en mi cuarto, al lado de San José.

El primer hijo (de los quince que tendría la pareja) nació el 25 de julio de 1910, según se ve por la anotación de puño y letra de Tamayo, en el libro que guarda doña Luisa en su habitación. Tamayo llevaba nota de todo, en varias libretas del mismo color, pero hoy esas libretas, guardadas por la familia, son casi ilegibles, por la letra menuda, y el paso del tiempo.

—¿Y la casa de la calle Loayza?

Una de las hijas precisa que fue comprada en 1906 y que su padre no heredó nada del abuelo. Tamayo tenía seis hermanos, y a la muerte de su padre, le dijeron que don Isaác ya había gastado mucho en su educación y que por tanto ya no le correspondía nada. Don Isaác en vida, le había dado $b. 45.000 como un primer pago para adquirir Yaurichambi. A los 5 años Franz viajó con su padre a Paraguay, Brasil y la Argentina. Doña Luisa, retoma el hilo:

—Tamayo me decía que cada libro está dedicado a uno de sus hijos. Yo no me he ocupado de leer, ni nada pues, ahora al menos, peor estoy, esperando la muerte no más...

—¿Doña Luisa, cuántos de sus hijos nacieron allá en Yaurichambi?

—Han nacido Jaime, Harmodio, Carolina, Jorge. He tenido un montón de hijos, pero toditos se han muerto, le mostrara sus fotos, simpáticos, lindos hijos, igual mis hijas y ahora (sonriendo) las dos feítas han quedado.

Todos festejan la ocurrencia. Pero doña Luisa después de la broma tiene un reconocimiento para sus hijas:

—Tamayo decía que Elvira era como su madre y que Teresa le cuidaba todo.

Nos dirijimos a ellas: Cuando don Franz murió, ¿qué edad tenían ustedes?

—Ya éramos mayores, casadas.

—Y a usted, doña Luisa, ¿quién le ayudaba en Yaurichambi?

—Tamayo se quedaba en la casa, con los hijos mayores, y yo iba con un chófer, tenía automóvil, y allí estaban los peones, había como 80, yo recogía lo que producía la propiedad y lo traía a la ciudad, pero estaba en la siembra, cultivábamos papa, trigo, cebada, quinua, cañahua, pero hay que trabajar, y cuando uno se esmera en trabajar, en la finca, da lechuga, zanahorias, frutillas. Trabajaba y cuidaba al mismo tiempo las cosas. Así mucho lo he ayudado a Tamayo. Yo me quedaba con los chiquitos, tenía ama de leche, y todo. A veces no había auto, iba a caballo, 12 leguas a veces iba a caballo con la guagua y el caballo me botaba, guagua y todo. He trabajado mucho...

De pronto doña Luisa recuerda a dos Presidentes:

—El Presidente Busch quiso obligar a Tamayo a que colabore con su régimen, iba a sacar un decreto, dicen, de servicio obligatorio de los intelectuales, pero Tamayo no quería saber nada con los militares y decidió que nos fuéramos todos al Perú, a vivir allá, pero en eso se murió el Presidente.

Pero doña Luisa dice también que Tamayo era muy amigo del Presidente Villarroel, y que lo quería mucho, que lo defendió cuando lo colgaron de un poste de la plaza.

—Volvamos a Yaurichambi, doña Luisa ¿quién la ayudaba en sus alumbramientos?

—Sólo Tamayo, y una sirvienta, que había. El se ponía una toalla y se arremangaba su camisa blanca. Me cuidaba y me daba sus medicinas homeopáticas, incluso para detener hemorragias. Casi me he muerto una vez, con hemorragia, pero él me hizo lavados con agua caliente y sus medicinas. Cuando me mejoraba, él iba a cazar palomas y me hacía preparar caldos, le gustaba que me alimente bien. También hacía traer una tina de chicha, le metía un fierro caliente y hacía hervir la chicha y eso me daba. Era muy de casa.

También yo le preparaba asado en los cerros. Muy bueno era. La gente decía: "es malvado", pero yo lo he convencido, lo he domado. Yo le adivinaba su pensamiento no más. Había que saber tratarlo. Así hemos vivido tantos años.

De pronto doña Luisa recuerda a su hijo Ruy:

—Murió a sus 19 años, en el cuartel. Había un coronel, me he olvidado de su nombre pero no de su cara, decía: "si un Mamani hace el servicio, ¿por qué no va a hacer un Tamayo?" Y así mi hijo, por orden del coronel se fue a fabricar adobes a las cinco de la mañana, en el cuartel. Le dio una pulmonía y se me murió.

Me muestra la fotografía del guapo muchacho.

Doña Luisa sigue con su narración:

—Una vez le ofrecieron a Tamayo que se vaya a trabajar como abogado a los Estados Unidos, pero él no quiso. "¿Cómo voy a dejar a mis hijos?" decía, la casa, las fincas, dos fincas teníamos y no quiso aceptar.

Otra vez, cuando era diputado, se accidentó y casi se me muere. Venía los sábados a la finca. Yo estaba preparando el abono y no había cuándo llegue, sonó la una, las dos, yo lo esperaba a almorzar y nada. A las tres un indiecito que iba al lado del chófer, llegó a pie. El chófer había estado borracho y volcó el auto, teníamos un auto, y lo volcó en Chipamaya, a unas dos leguas, dieron tres volteretas, el chófer se rompió la quijada y Tamayo estaba medio moribundo. Viene el peoncito y me dice: "Mama, el tata está mal, pura sangre". Yo me subí al caballo desesperada, con mi botiquín. Estaba con mi hijo Eduardo, ya grandecito, que también montaba a caballo. Los peones entonces eran buenos, nos acompañaron y llegamos a las 6 de la tarde a Chipamaya. Tirado en un callejón, en un empedrado, lo habían puesto así, en un rincón. Yo no conocía a nadie. Como él me decía que el árnica era muy buena, le di varias pastillas de árnica, le hice pasar con agua, ya parecía muerto. "¿Ahora qué vamos a hacer?", pensé. Habíamos llevado camas, todo. Me daba miedo que lo lleven a la casa de su madre, en La Paz, y allí se muera. Entonces llamé un peón, Mariano se llamaba, era alcalde, y le dije, anda, trae un auto, yo lo voy a estar pagando y el indiecito fue. Volvió con el auto al día siguiente. Pero yo no quería que nos quedáramos en ese lugar y Tamayo era todavía fuerte entonces. Lo subimos a su caballo, ayudado por Eduardo, y emprendimos el regreso. Al día siguiente, como a las 12, en Vilaque, apareció el auto. Entonces lo trasladamos. Cuando llegamos a La Paz ya se sentía bien.

El mismo abrió la puerta de la casa, y eso que estuvimos tantas horas a caballo. No hicimos saber a su familia. Recién entonces llamé a su familia, hablé con

su hermano Max, que era muy bueno, le conté lo que pasó. La casa se volvió un jubileo, vino su madre, su hermano José, trajeron un médico. Pero él me decía que el árnica le había salvado la vida, el médico se dormía y yo a su lado, le seguía dando árnica, en las dosis que me indicaba Tamayo toda la noche, sólo remedios homeopáticos, fomentos. Cuando ya se sintió bien, empezó a caminar y salir a sus paseos. "Me voy donde la Isabelita", decía.

Y se iba a ver la estatua de la Reina (en la Plaza Isabel la Católica), cada día a las 11 y 30 volvía a almorzar, pero tenía vértigos, le dolía la cabeza.

(En ese momento se produjo una discusión en la sala, pues las hijas le decían a doña Luisa, que para el tiempo del accidente, que nadie recordaba cuándo fue, aún no estaba en la plaza la estatua de la reina española. En todo caso, Tamayo salía a dar una vuelta diaria, a veces hasta San Jorge).

Doña Luisa prosiguió:

—El se iba al Prado cada día. Tenía que recostarse en cama. Entonces había en la finca un peón, Solíz, viejito curandero. Me dijo: "Mama: hay que abrirle la herida y sacarle la sangre mala". Y así lo hizo. Se llenaba la boca con alcohol, después de sacarle, y le chupaba la sangre mala y con eso se sanó completamente.

La revelación del final de Tamayo, la hace doña Luisa en el mismo tono de confidencia, como hablando de un hijo que se hubiera portado mal:

—Estuvo sano, sano, pero murió por caprichoso. Le daba siempre un catarro fuerte cada año. Yo le dije: "No te laves". Igual se lavaba. Le dio sinusitis. Ya no pudo curarse después de eso. Caprichoso era. Estaba enfermo pero no quería dejar de lavarse. Igual en el campo, en el patio, con todo el frío que hacía. Así ha muerto.

Se produce un silencio, mientras las hijas explican la forma en que se produjo el deceso y sus causas.

Naturalmente, no se trató tan sólo de un "capricho" como recuerda doña Luisa, sino de una infección, seguida de una trombosis.

Ellas refieren también que Tamayo tenía un carácter fuerte y que le gustaba que lo atendieran inmediatamente en la casa. Doña Luisa sigue el curso de la charla:

—Cuando teníamos que salir a la calle a Tamayo no le gustaba esperar, no como ahora que se están arreglando, pintando, como hacen las señoritas pues, no le gustaba eso. Era muy activo.

—¿Se levantaba temprano?

—No, era flojo para levantarse, sólo cuando había necesidad, casi siempre se levantaba a las ocho de la mañana. Es que muchas veces se desvelaba y escribía de noche. Se levantaba en calzoncillos de bayeta de la tierra, un pijama grueso y un poncho de vicuña que tenía, y así, sin pantuflas, se iba a la máquina de escribir. Tenía el escritorio al lado del dormitorio.

La memoria de la anciana vuelve a los viejos tiempos de Yaurichambi y recuerda una anécdota graciosa:

—Vivía feliz allí. Se subía al cerro, tendía su poncho de vicuña y se ponía a escribir por horas o a pensar. Tenía un pito para llamarnos cuando quería que le lleven alguna cosa. Y un día se puso a tocar como loco: le había entrado un lagarto al pantalón. Los peones corrieron a sacarle el bicho y se reían todos con él, después del sofocón.

Pero añade entristecida:

—Después de la Reforma Agraria, no quiso ir nunca más.

Elvira y Teresa refieren que no obstante los ruegos de su madre, Tamayo resolvió no pisar más Yaurichambi, pese a que muchas veces había pedido antes, que lo enterraran allí, y en efecto no volvió nunca. Tres de los nuevos dirigentes campesinos le iniciaron un juicio "criminal" (que figura en el expediente de adjudicación), acusándolo falsamente de mantener la institución del pongueaje, cosa que amargó los últimos días del pensador y poeta.

Teresa informa que don Franz era un hombre metódico y disciplinado en sus hábitos y le agradaba que toda la familia estuviera en torno a la mesa, para el almuerzo y la comida, a las 12 p.m. y a las 19. A las 21 se suponía que todos se habían recogido ya, incluso los hijos adolescentes y la casa permanecía en absoluto silencio.

El despertaba a menudo a las 2 de la mañana y se ponía a leer o escribir hasta el amanecer. A las 10 de la mañana tomaba un té ralo o una copa de whisky. Después de almuerzo salía a tomar el sol al balcón sobre la calle Loayza y allí a veces, se quedaba dormido, recuperando el sueño de la noche. No era exigente en materia culinaria, gustaba de la quinua y poco del chuño; regalaba su paladar ocasionalmente, con pescados y mariscos enlatados.

No era aficionado al cine —añade Elvira— ni al fútbol. Sin embargo, cuando llegó el cine a La Paz, llevaba a cada uno de sus hijos, una vez a la semana. En cambio le gustaba jugar con nosotros ajedrez y casinos, y también "la choca". Cuando llegaban sus amigos a visitarlo, podía charlar horas enteras hasta que caía la tarde y no le gustaba entonces ni siquiera que se encendiera la luz, para no interrumpir el diálogo. Pero cuando estaba solo su gran refugio era el piano en el que interpretaba sobre todo a Beethoven y Wagner. También jugaba "solitarios".

Al despedirnos, besamos la mano de doña Luisa y ella, gentil, ofrece para otra oportunidad, prepararnos personalmente un plato criollo [1].

(1) De "Ultima Hora", de La Paz, 24 de enero de 1975.

ERES EL ARCO Y A LA VEZ LA FLECHA

(ENTREVISTA A DON JOAQUIN ESPADA ANTEZANA SOBRE EL HOMBRE PUBLICO)

—Don Joaquín, en la visita que hice hace algún tiempo a la señora Luisa Galindo viuda de Tamayo, ella me dijo que Ud. fue el mejor y el más íntimo amigo que tuvo don Franz. Quisiera que me cuente Ud. ¿cuál fue el origen de esa amistad?

—Ciertamente he debido ser de los amigos de más estrecha vinculación que tuvo el Dr. Tamayo. El año 1920 había venido yo de Cochabamba a La Paz con ánimo de radicarme y comenzar mi labor periodística. Anteriormente había publicado en Cochabamba una revista que se llamaba "Germinal" con un grupo de jóvenes brillantes que se formó en una entidad que se llamaba "Ateneo de estudiantes".- Componían la sociedad, Jesús Lara, Raúl Prada, Eduardo Anze Matienzo, César Canelas, José Torrico Sierra y otros de igual valor intelectual y social que tuvieron luego gran figuración en el servicio público. En esa revista yo escribí un editorial bajo el título de "Compendio del Modernismo" y en tal estudio hice especial hincapié en la labor del gran hombre de letras don Franz Tamayo, estudiando su poesía desde el aspecto más bien musical y relacionando la música de la poesía de Tamayo con

los elementos de la prosodia castellana, porque a mí me llamaba la atención cómo, deliberadamente, el poeta empleaba las "eles" en sus poesías líricas y las "eres" en la epopeya, de manera intencionada, como se puede ver fácilmente en el "Canto de Melifrón" de las Oceánides. Ese estudio no se había hecho con esa particularidad estética. Cuando llegué a La Paz y me anuncié ante el Dr. Tamayo, inmediatamente me dio paso y me dijo, saludándome:

—"Yo lo conozco a usted. Usted es el autor de este artículo".

Y tuvo una frase muy amable que no vale la pena repetir...

—¿Qué le dijo don Franz?

—Fue una de esas frases tamayescas que naturalmente me impresionaron como frase y no como elogio a mi persona. Me dijo: "Al león se lo conoce por la pisada". El artículo ese le impresionó por la originalidad del estudio de su estética literaria. Desde entonces nos hicimos grandes amigos y él me abrió campo en "El Hombre libre", casi imponiendo mi nombre para que fuera miembro de la redacción. Por cierto yo me desempeñé allí por corto tiempo, pues quería sacar la misma revista de Cochabamba, "Germinal", pero ya con otro carácter, y así apareció en La Paz, pero de ensayos, con firmas eminentes, entre ellas la de Tamayo, que hizo traducciones de poemas de la Barret Browning, Bautista Saavedra, Florián Zambrana, el Embajador Bustamante y Ballivián, del Perú, Felipe Segundo Guzmán y otros. Era una revista no ilustrativa, sino de ensayos. Entonces, yo puse, señor, desafiando a la opinión pública, que estaba muy politizada y que atacaba en toda forma a Tamayo, yo, que era un poco rebelde, puse en la primera página una frase que decía que la revista se editaba "bajo el patronato espiritual de Franz Tamayo". Mucha gente me criticó entendiendo la frase en un sentido peyorativo. Yo sabía que sucedería así

pero quise referirme al cuño intelectual, al cuño espiritual de Tamayo, pues quería que la juventud se acercase a Tamayo, estudiase a Tamayo, lo quisiera como yo lo quería. Tamayo se dio cuenta de esto y desde entonces nuestra amistad fue muy estrecha.

SUS AUTORES PREFERIDOS

—¿Cuáles eran, que usted recuerde, los autores que interesaban a Tamayo, que leía Tamayo?

—Tamayo debe ser juzgado en varios campos, en el campo filosófico, en el religioso-místico, en el literario y en el político.

En el campo filosófico —y hay que decirlo: no hay cultura sin filosofía y no hay poeta sin una sólida cultura— Tamayo tenía una base de ciencia filosófica extraordinaria. Fundamentalmente él era platónico; había estudiado a Platón al máximo de manera que compartía el concepto espiritualista y casi místico de este filósofo. Lo siguió además a través de los neo-platónicos como Plotino. De ahí nació en él la convicción de que el materialismo, toda la ciencia material, el positivismo modernos, eran una seudo-ciencia y la verdadera ciencia reposaba en concepto de él, en la interpretación del espíritu humano y el espíritu de Dios. De allí, pasó a los místicos, considerando como a tales, también a Platón y Plotino; pero había místicos españoles que le impresionaron enormemente y a quienes leíamos él y yo: naturalmente con la idea siempre de que me enseñara el Dr. Tamayo. Como rebelde, como hombre libre, leía a los ortodoxos y a los heterodoxos. Gracias a él conocí a Miguel de los Molinos en su gran obra *Guía espiritual*, que fue muy perseguida por la iglesia, pero, que es una obra monumental de interpretación platónica y neoplatónica del cristianismo, frente a las doctrinas de Santo Tomás, que eran aristotélicas. La obra de Miguel de los Molinos es en cambio platónica, espiritualista, más que racionalista o positi-

vista como planteaban Aristóteles y Santo Tomás. Leía también a León el Hebreo en los *Diálogos del amor* que es una obra magnífica que recomiendo leer a todos los jóvenes; y sin que fuera cristiano, pero pre-cristiano en el fondo, a Séneca. A Séneca lo leía con mucha atención, con mucha devoción porque en el fondo, toda la interpretación de Séneca es moral, de rectitud del hombre, de integridad moral del hombre. La belleza es la moral, la moral es la belleza, como es en Platón. También leía a nuestro gran Gracián en el *Criticón*. Leía pues a León el Hebreo, a Séneca, a de Molinos. Siendo él un filósofo del estudio comparativo de las religiones, estudiaba profundamente a estos autores, así como a la Blavlastki, a Ana Besant, porque era teósofo, y como teósofo estudiaba a todos los místicos cristianos y pre-cristianos, y aún paganos. Hizo su cultura con esa base profunda, vasta.

En lo político, él admiraba a Lincoln, admiraba a Churchill, a los grandes oradores parlamentarios ingleses, Pitt, Gladstone ;se sabía de memoria partes de los discursos de estos hombres porque eran para él, los voceros de la gran democracia, de los derechos humanos, y quería interpretar esa política, aplicándola a su país.

En la literatura, admiraba a los poetas ingleses, Keats, Shelley, los Barret-Browning eran los dioses de su Olimpo, en Inglaterra; Verlaine, Villón, Gautier, Hugo, eran sus preferidos en las letras francesas, pero eran los alemanes quienes lo cautivaban más. En filosofía, estudió muy cuidadosamente, exhaustivamente a Kant, a Schopenhauer, a Nietzche; hacía comentarios especialisímos de ellos y de la literatura de Goethe: más como literato que como naturalista o filósofo.

Pero por encima de todo, para él, estaba lo griego. Homero era para Tamayo, el templo mayor, en el que rezaba, donde estaban sus santos y donde se arrodillaba; y luego naturalmente los latinos, Horacio, Virgilio... Entonces, un hombre hecho con esa cultura filosófica, política y literaria, era un ser superior, pero él no era, conviene advertirlo, imitador de nadie, cuidaba su personalidad espiritual: aprovechaba todos los elementos de belleza que le proporcionaban, todos los elementos de gran juicio, todos los ejemplos de conducta pero los interpretaba a su manera.

—¿Se interesaba Tamayo en la poesía y los poetas de su tiempo?

—Tamayo prefería volver siempre a sus escritores y poetas predilectos, con los que se había formado. Recuerdo por ejemplo, que yo tuve el agrado de hacerle conocer a Herrera y Reissig, a quien desde entonces tuvo en muy alta estima...

—En efecto, tengo entre los papeles que me acompañan en esta entrevista, una opinión de Tamayo, recogida en la "Antología Lírica" de Herrera y Reissig, publicada por Ercilla de Chile en 1942, que entre otras cosas, dice que la obra del vate uruguayo, "es la más audaz investigación de las facultades y capacidades fonéticas y glósicas del castellano, de la lengua estudiada como jamás se hizo en España, de la lengua considerada no ya como subordinado vehículo del pensamiento, sino como materia musical misma, como elemento primario del arte poético, como primitiva hiylé de toda poesía lírica".

EL PARTIDO RADICAL

—Dígame, don Joaquín, para entonces ¿ya Tamayo había fundado el Partido Radical?

—Tamayo formó el Partido Radical el año 1913, si mal no recuerdo. El origen es el siguiente: Al llegar Tamayo de Europa, naturalmente con una fama de hombre de letras de primera categoría, como un intelectual educado en los mejores ambientes de Europa, fue objeto de grandes manifestaciones de parte de sus ami-

gos, de los hombres de su generación en La Paz. Tamayo iba al club, tocaba el piano, invitaba champagne, y todos le rodeaban. De tal manera descolló que la juventud liberal, que era brillante, le propuso que ingresara al partido, haciéndole su jefe. Tamayo venía con la impresión de la gran política francesa, del radicalismo y entonces él les planteó fundar el partido radical como una avanzada del liberalismo, para poder renovar, por decirlo así, la tradición política de los liberales. No quería él que fuera el liberalismo criollo, quería el liberalismo científico, un liberalismo diríamos a la europea...

—El nombre del periódico también lo trajo de Francia...

—Fueron dos periódicos, primero "El Fígaro" y luego "El Hombre libre", el primero costeado por don Tomás Manuel Elío y don Franz Tamayo, aunque el verdadero director espiritual, intelectual, periodístico, era indudablemente don Franz Tamayo. Elío era también un joven brillante, un mozo capaz que se ligó a Tamayo incondicionalmente y Tamayo era un emotivo, llegó a tenerle un cariño fraternal. Ambos, como le decía, fundaron el nuevo partido pero la idea no agradó a los liberales, bajo la directiva del Dr. Montes, quien no admitía la posibilidad de un partido dentro del suyo, y entonces dijo "O liberales o radicales". Tamayo respondió "Radicales". Los dos, Tamayo y Elío, candidatearon y triunfaron en la ciudad de La Paz. Y sus intervenciones parlamentarias eran seguidas con fervor por los jóvenes paceños que los aplaudían y agasajaban después de cada actuación...

—Curiosamente, sin embargo, Tamayo nunca figuró de jefe del radicalismo. El Presidente del Partido fue Daniel Sánchez Bustamante y en una de las publicaciones de la prensa de la época, figuran en el directorio de esa agrupación política, todos los hermanos Tamayo, menos Franz, a quien se eligió como delegado

de La Paz, a una convención que debía realizarse en el interior...

—Es evidente que el Dr. Tamayo no quiso jefaturizar personalmente al partido radical porque él tenía el concepto de mantenerse más bien al margen de la actividad militante, él era un jefe espiritual. El Dr. Sánchez Bustamante simpatizó con la idea del radicalismo y, por cierto, era uno de los hombres más eminentes de la República y le hizo el homenaje al Dr. Tamayo, con lo cual el nuevo partido cobró un inmenso prestigio ante la juventud, pues ya para entonces, Sánchez Bustamante era el Maestro de los jóvenes. Eso dio lugar también a que se fundase el partido radical en Oruro, con la mejor juventud, como ser Gabriel Palenque, René Rengel, Francisco Fajardo, etc.

—¿Y Ud. don Joaquín, fue miembro del partido?

—Por cierto, señor, no podía faltar. Jesús Lara, que me acompañó de Cochabamba, ingresó conmigo al radicalismo y yo he mantenido mi adhesión al radicalismo hasta 1922. Es raro, yo no era republicano, pero dirigía "La Patria" de Oruro que era órgano republicano, sin que yo fuera de ese partido. Salí de munícipe muy joven, cuando tenía 21 años, en Oruro, pero como candidato radical.

—¿También fue entonces compañero suyo Gustavo Adolfo Navarro?

—Sí, en el fondo, como el hogar espiritual diríamos del radicalismo, quedó "El Hombre libre", después de que se dividió el radicalismo porque el señor Elío se "liberalizó" de nuevo y entregó "El Fígaro" a la causa liberal; por esa razón se fundó el radicalismo tamayista, con su órgano de expresión "El Hombre libre", con el apoyo económico de Felipe Segundo Guzmán, quien figuraba como propietario y director, pero era Tamayo el hombre que daba las ideas y que escri-

bía permanentemente. En ese hogar, se hallaban los principales radicales, Espinoza y Saravia, Fernández, Gustavo Adolfo Navarro, Alfonso Gosálvez, primo hermano de Gabriel, falecido prematuramente, mozo brillante, Alberto de Villegas y otros, de manera que lo más valioso de la juventud estaba con el radicalismo de Tamayo.

—Dígame don Jaquín, ¿a qué atribuye Ud. el distanciamiento entre Tamayo y Elío y la virulencia que alcanzó esa polémica?

—Fue una verdadera desgracia para el país el que se hubieran separado estos dos hombres, pero en el fondo fue la presión del liberalismo para recuperar a Elío, quien pensó que su porvenir estaba en el partido tradicional, entonces prefirió entregar su periódico y su persona, actuando como dirigente del liberalismo, lo que naturalmente no gustó al Dr. Tamayo. Veía que el liberalismo estaba en declinación y que, por otra parte, no había cumplido su doctrina, su tradición había sido completamente desnaturalizada. Tamayo quería que la juventud actúe con una nueva política, una nueva moral política. Esto trajo la desinteligencia de los dos que alcanzó gran virulencia. Entonces atacaban y muy duramente a Tamayo en "El Fígaro" y Tamayo respondía en "El Hombre libre", asunto que culminó con la famosa publicación de Tamayo de "Crónica de los tiempos de Mari-castaña", genial diríamos, desde el punto de vista literario y panfletario porque es digna de la pluma de Juvenal.

—Felipe Segundo Guzmán aparece como financiador de "El Hombre libre" en el año 17 o 18, pero es el mismo con quien Tamayo habia polemizado acerca del problema pedagógico boliviano en 1910...

—Guzmán era un... pedagogo, naturalmente autodidacta, porque era un abogado, muy talentoso, muy estudioso, que fue en la comisión presidida por Sánchez Bustamante a Europa, junto con Fabián Vaca Chávez.

Cuando volvió, tuvo esa polémica con Tamayo; Guzmán defendiendo la posición del liberalismo en educación, Tamayo planteando una pedagoía nueva, inspirada en el propio país. Usted sabe, Mariano, que el pedagogo Juan Bardina, español, tuvo esta expresión feliz: dijo que la *Creación de la pedagogia nacional*, era la obra de ciencia pedagógica más moderna y más original y que suscribía todas sus ideas porque el criterio de Tamayo en ese libro es el de que la pedagogía no debe aplicarse sino a cultivar y desarrollar la energía nacional y en criterio de Tamayo esa energía nacional más bien diríamos, indoamericana, no debía desnaturalizarse. A él no le preocupaba la educación formal; iba más allá, entendía la energía en su concepto moral, trascendental. Daba un ejemplo práctico: no se había desnaturalizado el genio japonés, la energía japonesa. El país se vistió a la europea, pero la substancia, diríamos, de la energía nacional, subsistió, y eso era lo que quería para Bolivia.

—En el libro "El hechicero del Ande", su autor sostiene que parte del resentimiento politico, que en su opinión habría tenido Tamayo, se debió al hecho de que los sucesivos Presidentes abrigaron la idea de invitar a Tamayo a que los colaborara pero que nunca lo llegaron a nombrar Ministro. ¿Cuál es su opinión al respecto?

—No tiene sentido, absolutamente ese juicio porque la verdad es que todos los gobernantes no podían menos que honrarse con la colaboración de Tamayo, como figura intelectual y aún, política. Pero independientemente de ello, todos sabían que Tamayo era un estadista, podía ser demasiado elocuente, demasiado vigoroso o nervioso, o como se quiera, pero era un estadista, nadie puede dudar de ello, como que en una hora muy difícil, para el país, después de la revolución de 1920, la primera persona en la que se fijó el Presidente Saavedra para que fuera a defender los derechos de Bolivia en Ginebra, fue Tamayo, entonces los go-

bernantes se honraban con él, pero el hecho es que Tamayo no se entregaba, Tamayo en realidad se cotizaba como debía cotizarse, moralmente; entonces Tamayo no se prestaba a ser un palaciego, lo que quería era que sus ideas, su moral, su civismo, se aplicaran en el gobierno, pero como eso no podía hacerse, él prefería mantenerse al margen. En lo que podía ayudaba al país, con su consejo, con su crítica, siempre constructiva, pero de ninguna manera se prestaba a buscar situaciones, porque estaba muy por encima de ellas.

UNA INTERPRETACION DE BEETHOVEN EN ALTA MAR

—Pero esto le provocaba sucesivas defecciones en su partido. En uno de sus escritos, Tamayo habla con amargura de tres defecciones radicales, al montismo, al gutierrismo y al savedrismo... ¿Se quedó solo don Franz?

—No absolutamente. Quedamos muchos con él. La suya era una política que se desarrollaba, digamos, paralelamente a la del republicanismo. La política debe ser siempre intransigente, si se tiene ideales y Tamayo vaya que los tenía. Sus ideales eran radicales, en el sentido de que quería una democracia auténtica, una administración honesta, una política internacional que defendiera los intereses del país; ese era el radicalismo, un poco "extremista". Los que no eran "extremistas", los hombres tibios, se le iban yendo, los jóvenes se veían frustrados y preferían ligarse a uno u otro gobierno, pero a Tamayo no le interesaba tener una masa tras sí, sino algunos hombres con ideas definidas, que no traicionaran su causa.

—¿Recuerda usted alguna anécdota de la misión que el gobierno Saavedra confió a Tamayo para defender los derechos marítimos en Ginebra?

—Don Franz me dijo que él iba a Europa después de mucho tiempo, impuesto por el deber patriótico. *A*

fortiori. No lo deseaba. Porque encontraba que su labor sería muy difícil. Pero en esa oportunidad tuvo dos ocurrencias geniales, como las que tenía Tamayo, que bien vale la pena reproducirlas como anécdotas para amenizar un poco nuestra conversación: sucedió que en Río de Janeiro se embarcaron en la misma nave en que iba la delegación boliviana constituída por Tamayo, Florián Zambrana, Demetrio Canelas, José Espada Aguire y un señor Ribero, que era el secretario, dos hermosas muchachas brasileñas, quienes al ver una bandera boliviana izada en el mástil, preguntaron quiénes viajaban. Al indicárseles quiénes eran, miraron un poco de arriba a Canelas y a Tamayo que no eran físicamente atrayentes, pero en cambio sí lo eran Zambrana, un Lord inglés, buen mozo a pesar de su edad y de sus canas y Espada Aguirre, joven alto, de gran prestancia física. Las muchachas, naturalmente empezaron a hacer vida de compañerismo de viaje con ellos. Tamayo, un poco molesto, tomó aparte a Canelas y le dijo:

—Demetrio, usted ha visto que están ahora muy pagados de sí mismos este viejo verde de Zambrana y este efebo de Espada porque las muchachas les hacen atenciones, pero no saben —y usted sépalo— que las rubias se mueren por Franz Tamayo.

Un poco risueñamente le miraba el gran humorista que era también Canelas:

—Quiero verlo don Franz —le dijo.

—Lo verá usted! —desafió Tamayo.

Entró a la sala y comenzó a tocar el piano, con esa sonoridad capaz de llenar un templo. Tal era la resonancia y la belleza de la melodía, que las muchachas abandonaron al viejo verde de Zambrana y al efebo de Espada y se fueron a ver quien estaba tocando el piano. Tamayo no dio vuelta la cabeza, como si estuviera solo, siguió tocando hasta concluir su interpretación de Beethoven, su compositor favorito. Las muchachas quedaron extraordinariamente admiradas y lo

felicitaron. Tamayo les agradeció en buen portugués y las muchachas quedaron todavía más asombradas. Les preguntó dónde iban y ellas le contestaron que a París a perfeccionar sus estudios de piano. Las invitó a tocar y una de ellas se sentó al piano, pero Tamayo le hizo notar que había usado una nota corregida recientemente por el compositor de la obra. Desde ese momento, las muchachas no se desprendían de Tamayo, que les hablaba en portugués —lo sabía desde que niño, acompañó a su padre a una misión diplomática en el Brasil— en francés... y en verso, dándoles además lecciones avanzadas de técnica musical. El hecho es que se cumplió lo que Tamayo le había dicho a Canelas...

La otra anécdota sucedió en París. Fueron invitados a almorzar en casa de nuestro Ministro, que era el magnate Félix Avelino Aramyo. Estaban en la mesa, sentados, cuando entró el valet con una bandeja en la que traía un telegrama, que quiso entregar al señor Aramayo, que parecía ser el Presidente de la delegación, aunque el Dr. Tamayo decía que era él —e indudablemente para mí era Tamayo porque la cabecera está donde está la cabeza. Tamayo arrebató el telegrama al valet, lo leyó y después, cuidadosamente se lo guardó en el bolsillo. Todos se quedaron mirándole, incluso don Félix Avelino Aramayo, porque no sabían de qué se trataba. Canelas, que siempre era el más agudo y que también compartía la curiosidad de los demás, le preguntó:

—Don Franz, es algún telegrama oficial?

—No, —contestó Tamayo— es un telegrama de Alfonso.

Todos se quedaron callados pensando que era el hijo de Tamayo, pero se trataba del Rey Alfonso de España, que saludaba a la Misión Boliviana.

LA "LEY CAPITAL"

—¿En qué momento se disuelve el radicalismo? ¿Cuando deja de actuar en la política boliviana?

—Prácticamente el radicalismo es absorbido por el republicanismo genuino, no digo que él se hubiera vuelto tal cosa, pero en el fondo, sus principales hombres y él, actuamos ya dentro del republicanismo salamanquista, porque creíamos que ya no era el momento de hacer divisiones y nuestra causa era afín.

—Ud., don Joaquín, con la perspectiva que dan los años, ¿se considera más amigo o discípulo de Tamayo o de Salamanca?

—Yo diría que políticamente, de Salamanca; intelectualmente, de Tamayo.

—Tamayo empezó apoyando al Presidente Siles, pero en las postrimerías del régimen, fue un enemigo acérrimo y a la caída de Siles, propone al electorado paceño su célebre "Ley Capital" contra el que llamaba banditismo gubernativo, obviamente dirigido a evitar que se repitiera un caso como el del régimen caído. ¿Qué sucede en ese periodo, a qué se debe el cambio de opinión de Tamayo?

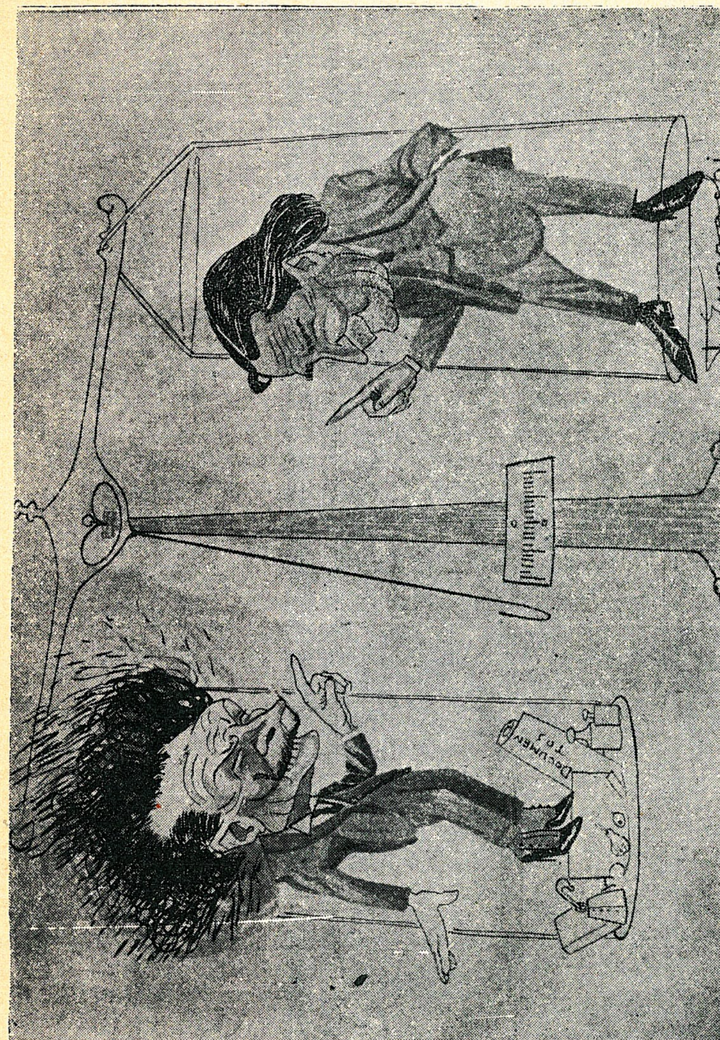
—Tamayo, como cualquier buen patriota deseaba que hubiera un gobierno capaz de tranquilizar al país, que se reconciliara en realidad con el país, que hiciera una administración honesta. Siles, a quien reconozco muchos méritos, desgraciadamente fue rodeado, como sucede siempre con los gobernantes, por una juventud un poco exitista, que le hizo pensar que podía sucederse, continuar en el gobierno y burlar al republicanismo que lo había llevado al gobierno; porque él quiso hacer un nuevo partido, con el ingreso de los nacionalistas, que así se llamaban los jóvenes de nueva extracción, como después se fundaría, por éstas mismas gentes, republicanos y nacionalistas, el PURS, del que yo no formé parte, ni Canelas, ni otros dirigentes. Fuimos republicanos genuinos y nada más. Eso pasó entonces; repudiando a los saavedristas tradicionales, quisieron hacer un nuevo partido bajo el nombre del

nacionalismo y la dirección del señor Rafael Taborga. Ahora bien, el Dr. Tamayo, no habiendo podido hacer nada en el Ministerio de Relaciones Exteriores, como Asesor, ni influir en el gobierno para mantener el espíritu institucionalista de la buena democracia, vio que no era posible colaborar con un gobierno que buscaba sucederse. No podía hacer esa inconsecuencia y entonces se alejó. Planteó una revolución, prácticamente; no una revolución material... pero sí un cambio con esa ley tremenda que llamó "Ley capital" y que podría aplicarse a todos los gobernantes que quieran salir de las normas constitucionales. Hizo así, no por inconsecuencia con nadie, porque la consecuencia debe tenerla uno con sus propias ideas y con el país y él, en este caso era consecuente con el país, que no admitía una prórroga presidencial, por ningún motivo, ni por el internacional, que es lo que se estaba persiguiendo, asunto del cual me ocuparé en algún momento; ya se planteaba entonces la posibilidad de la defensa del Chaco en otras condiciones y para eso era la prórroga. El Dr. Tamayo se apartó frontalmente, como solía hacer.

LA MEDITERRANEIDAD FORZADA DE BOLIVIA

—Don Franz Tamayo alcanzó gran predicamento en el pueblo boliviano particularmente en un campo, el de nuestras relaciones con Chile; él siempre se mostró "reivindicacionista" frente a lo que se llamó el "practicismo" liberal. ¿Usted comparte sus ideas? ¿Cree factible hoy la ambición tamayana de una reintegración de los territorios perdidos en 1879? ¿Qué es lo que planteaba realmente Tamayo, qué es lo que quería de Chile?

—Tamayo se daba perfecta cuenta de que Bolivia, moralmente no podía pensar en otra cosa que la recuperación de los territorios perdidos, como pensaban, como piensan todavía los peruanos. Naturalmente para nosotros, ese planteamiento radical parecería utópico. Para los peruanos no lo es. En mi criterio, por ejemplo, las actuales dificultades provienen del crite-



"¿QUIEN PESA MAS? Don Franz dice incuestionablemente: ¡Yo!, don Ricardo también. ¿Quién de los dos pesa más?". Caricatura del Canciller Jaimes Freyre y de Tamayo, publicada por "La Ilustración", enero, 1922.

rio intransigente de los peruanos que siguen pensando que se trata de provincias cautivas. Es el caso de Francia, es el caso en realidad de todos los países que no pueden olvidar que tienen un miembro mutilado y cuando tienen posibilidad de recuperarlo, lo hacen, por las mismas vías por las que lo perdieron. Ahora bien, Tamayo, prácticamente era peruanófilo...

—¿Acaso por su origen familiar?

—Es posible. Era moqueguano. Tamayo pues pensaba que el Perú estaba ligado a nosotros, o nosotros al Perú. Podíamos tener entre los dos países cualquier desinteligencia momentánea, pero la causa histórica y la idea del futuro reivindicatorio, nos unían. En criterio de Tamayo, era cuestión de tiempo. El crecimiento económico del Perú sería cada vez mayor, porque tiene una geografía económica completa, y también Bolivia, caso que no se aplica a Chile. Creía entonces que sería el futuro el que resuelva esta desmembración. Ahora bien, Tamayo sostenía que si nosotros teníamos esa inteligencia perfecta, esa alianza con el Perú, ambos nos haríamos fuertes y que no debíamos perder de vista esa idea, por dos razones: se trata en realidad de la gravitación de todo el "hinterland" territorial, al mar Pacífico. El sur de Bolivia, que es extenso, gravita hacia Antofagasta, no puede desarrollarse el Chaco, Tarija, los Lípez, Potosí, no pueden desarrollarse, dependiendo de puertos del Norte, de Arica, en tanto que los territorios del Beni, del Norte de La Paz, no pueden desarrollarse si no cuentan con Arica. Entonces la verdad es que nosotros no necesitamos solamente un puerto y menos un corredor; lo que requerimos es un litoral que pueda servir con toda la amplitud necesaria para ayudar al desarrollo de una extensión territorial y una complejidad de riquezas como las que tiene Bolivia. Con tal criterio, Tamayo no simplificaba el problema; lo veía en su realidad y veía que lo fundamental era contar con Antofagasta. Ese era pues, señor, el criterio reivindicacionista de Tamayo.

Claro está que después se ha visto que la situación de Bolivia es cada vez más delicada, porque no podemos diferir la solución a un futuro indefinido. La situación nuestra es tan grave; nuestra falta de independencia económica proviene de la carencia de una salida propia al océano y por esa razón, el propio Salamanca planteó una fórmula de arreglo sobre la base de Arica como puerto y en el entendido de que Arica representa la llave de seguridad internacional para Bolivia. Yo quiero que la juventud entienda esto, porque ese punto, esa fortaleza, representa, del otro lado, la estrategia de Chile para dominar ahora y en el porvenir a Bolivia y al sur del Perú. De manera que es por eso que Chile no quiere ceder esa llave de seguridad que ahora representa la amenaza más directa y grave para la paz en la zona. En ese entendido, Salamanca, en realidad todos, deseaban en aquella época llegar a una inteligencia con Chile y con el Perú; a los tres países nos va a salvar simplemente una paz bien hecha, bien comprendida, no una política de intransigencias porque en esa forma no hay entendimiento posible y tenemos que llegar a un entendimento si queremos hacer progresar a nuestros países y no hay progreso posible sin el requisito de la paz y ese era el criterio de Tamayo, el de Salamanca y también el mío.

—Don Joaquín, ¿y usted cree que esta fórmula, la fórmula "Arica", que ha sido planteada por numerosas personalidades bolivianas, entre ellas don Roberto Prudencio, poco antes de su muerte, y a la que usted se suscribe ahora, habría sido aprobada por Tamayo, de haber vivido hasta ahora?

—Yo creo que sí. Porque habría sido una solución de paz y principalmente una solución de afirmación y de seguridad para Bolivia. De tal manera no planteaba Tamayo una reivindicación "a outrance", una reivindicación, por decirlo así, guerrera, sino una reivindicación que representara entendimiento con Chile y con el Perú; lo que se planteó en la Liga de Naciones



"UN PROVERBIO DE FRANZ: Dime con quien andas y te diré quien eres". Caricatura de Tamayo rodeado de los partidarios ("ovejas") del Presidente Saavedra, publicada por "La Ilustración", octubre, 1922.

junto con Florián Zambrana, Canelas y Aramayo, fue la revisión del Tratado de 1904 y cuando se plantea una revisión no se plantea una guerra. Tal era el pensamiento fundamental y hay que pensar que las revisiones no son ya cosa del otro mundo, ya están dentro del nuevo derecho internacional, una prueba de ello es que un país tan poderoso como los Estados Unidos, accede a revisar el tratado que tiene con la pequeña Panamá. Entoces no existe ya esa invulnerabilidad, esa cosa mítica, sacrosanta, que se atribuía a los tratados y a esta tendencia se adelantó Tamayo al plantear en Ginebra esa revisión, como una fórmula definitiva de paz.

LA CUESTION INDIGENA

—Volviendo a las ideas políticas de Tamayo, usted decía que él deseaba una democracia auténtica. No obstante, las generaciones que le han sucedido, no han dejado de notar— aunque a cada hombre hay que juzgarlo dentro de su época, sin pretender que se adelantara a su tiempo o tuviera una sensibilidad que sus contemporáneos no tenían pero, no han dejado de notar digo, el hecho o la contradicción entre el Tamayo propietario de fincas, en las que vivían seres humanos considerados como "pongos" dentro de un régimen de colonato o de pongueaje servil y el estadista, el hombre que venía con ideas nuevas de Europa y que pretendía una democracia real. ¿Encuentra usted que existía esa contradicción o no?

—En mi criterio no existía esa contradicción. No existe. Hay que pensar que nosotros no teníamos una democracia platónica o ideal. La verdad es que nuestra democracia era representativa. El problema agrario, el problema indígena, eran complejos y requerían fundamentalmente de grandes recursos para su solución. No era posible que estos países esclavizados por España durante tres siglos y que no habían podido resolver el problema indígena durante la etapa republi-

cana, hombres eminentes, que tenían nuestra sensibilidad —los gobernantes anteriores fueron tan eminentes y tan patriotas como los mejores de los que quisieron hacer reformas; yo no creo que un La Tapia, que un Valle, que un Santa Cruz, que un Ballivián, que un Baptista— no hubieran pensado en la suerte del indio, y que hubieran mentido pretendiendo hacer una democracia a espaldas de la raza indígena, no. No hay derecho sencillamente a hacer cargos a esos grandes varones. Mi criterio es que ellos se daban cuenta de que las posibilidades del país no permitían hacer la reforma que se necesitaba, que se imponía. Nuestros recursos eran escasos. De ahí que la reforma agraria de 1953, creyendo incorporar a la vida política, a la vida económica, a la vida cultural, al indio no hizo más que una mentira. Examinemos: ¿En qué medida es hoy el indígena un verdadero ciudadano para mejorar nuestra democracia? Seamos honrados: ¿Hemos mejorado nuestra democracia? No. Hemos constituido al indio en la masa de que disponen los líderes de turno. ¿Es que ellos han transformado acaso la moral, la economía, el régimen social del indio? Invito a quien sostenga esto, a que visite las viviendas indígenas; mucha gente se obnubila pensando en que ellos ya tienen calaminas en sus casas, o una bicicleta o una radio, pero se olvidan señor, de que no tienen camas, que su alimentación es miserable, que sus enfermedades son peores que las de antes, que no tienen semillas con qué sembrar; el primitivismo de sus medios y de su industria es igual al de antes, entonces, ¿qué nos está demostrando todo esto? que no era ni es todavía un problema sencilo, que es un problema de mucho dinero, muy complejo, que había que transformar al hombre, incorporar al indio a la vida civilizada y hacer así la democracia. El republicanismo tuvo una virtud en relación al liberalismo, para poder mejorar la democracia, dándole una plataforma más extensa y amplia, porque incorporó al cholo; el cholo era republicano, lo que decían los liberales el "khara chaqui" o los argentinos, el descamisado, pero ese "khara chaqui" tuvo conciencia de-

mocrática. No digo que tuviera necesidad de universidad, sino conciencia de lo que son las instituciones, la patria, el Estado. Y eso lo tenía, lo tiene el cholo de la clase media. La reforma agraria no ha traído mejora para el indio en lo político, por el contrario: las dictaduras se están formando o se han mantenido gracias a que el indio ha convertido la democracia en cuantitativa en lugar de representativa. Si políticamente no hemos ganado, económicamente nos ha ido peor porque no estamos autoabasteciéndonos y menos exportando. ¿Pero cuál es la situación económica del indio? Porque hay mentiras, como esa de la tasa de productividad y del producto interno bruto, todo eso, señor, son engaños, esos indicadores no dicen la verdad. Lo cierto es que el ingreso sigue en 80 o 100 dólares por año. Entonces, ¿hemos mejorado? En lo moral, en lo sanitario, en lo militar. ¿Qué es lo que hay que hacer? Yo no reniego de la reforma agraria sino digo que no se hizo la reforma agraria, se pretendió hacerla, pero a costa de destruirse a la democracia. Ella reposaba en Bolivia, en la clase media. Esta clase sostenía la independencia y la dignidad de la ciudadanía. Con la reforma agraria se empobreció, se proletarizó de tal manera, que la clase media se ha vuelto burocrática y por tanto sostenedora de dictaduras. Hemos destruido nuestra democracia por la llamada reforma agraria. Ahora tenemos que rehacer a la clase media que es el pivote de todas las democracias en el mundo.

LA AMISTAD CON SALAMANCA

—Usted que ha conocido tanto, a Salamanca y a Tamayo, podría decirme ¿en qué momento se origina la amistad entre estos dos hombres?

—Cuando Tamayo llegó a las Cámaras, ya como diputado radical y el Dr. Salamanca era diputado republicano, naturalmente defendían la misma causa. Entonces el entendimiento fue perfecto, frente al parlamento liberal y de allí nació ya no simplemente el en-

tendimiento político, implícito, manteniendo el uno su radicalismo y el otro su republicanismo, sino una amistad personal e intelectual. Desde entonces Tamayo buscaba visitar frecuentemente a Salamanca porque vio la inteligencia extraordinaria de este hombre y se dejó cautivar por él. Alguna vez, yo era un convidado de piedra en los años siguientes, en estas conversaciones que se producían los días domingos y feriados. Generalmente planteaba el tema, lo preparaba el Dr. Tamayo. Salamanca inocentemente, se interesaba, pero como era tan hábil en el debate socráticamente, preguntaba a Tamayo una cosa y otra, para conocer el suelo que pisaba Tamayo y después, con la misma argumentación de su interlocutor, lo encerraba en un callejón sin salida, a pura lógica. Tamayo buscaba dominar la conversación con su elocuencia, con su erudición pero Salamanca tenía una luminosidad de ideas, una agudeza, una penetración tal que era difícil discutirle. Tamayo hacía gala de belleza de expresión, de conocimientos, de profunda cultura filosófica y entre ambos compartían, vivían, aún en las horas más difíciles, un diálogo donde reinaba el espíritu.

—"La Prometheida" se publicó el año 1917 y una de las primeras críticas, en forma de carta, fue la que le envió Salamanca a Tamayo desde Cochabamba, y que éste publicó en "El Hombre libre" en junio del mismo año y cuyo texto dice así:

"Cochabamba, junio 12 de 1917.— Señor doctor don Franz Tamayo.— La Paz.— Señor y muy apreciado amigo: El deseo de darle un juicio completo sobre su "Prometheida", y las preocupaciones que habitualmente desvían mi atención, me han hecho demorar la presente carta, a pesar mío. Ahora dudo de poder darle nunca ese juicio, pues cuanto más leo su trabajo, comprendo mejor mi insuficiencia para juzgarlo con autoridad y con acierto.

Es el fruto de una grande inteligencia, de una poderosa fantasía y de un arte complejo, rico y profundo. Para juzgarlo hay que ser casi sabio como ha sido preciso para escribirlo. Lo que parece claro, por esta misma razón, es que nunca podrá ser popular, sino en la clase siempre limitada de los gustadores del arte refinado y sabio.

Ya que no puedo darle un juicio completo, a lo menos de pronto, me consuelo con decirle que sus versos me han parecido en general, admirables por sus pensamiento y por su forma. La impresión que me causaron a la primera lectura, fue la de un chisporroteo incesante de luces y sonidos. Sentía confusamente el brillar de las luces y los acordes de la música de sus versos, antes de darme clara cuenta de su real hermosura. Encuentro natural esta primera impresión, pues su obra sale fuera de los moldes corrientes que son los únicos fáciles a la inteligencia. Pero, como acontece con todas las cosas verdaderamente ricas, los tesoros de belleza que encierra se van descubriendo y gustando a medida que se profundiza el trabajo.

Mi silencio de hoy no quiere decir que mi ignorancia haya llegado al punto de no darme cuenta de muchos aspectos de obra tan rica y compleja como es la suya. Su magnífica versificación, llena de limpidez y tersura, no sólo ha sacado gran partido de los tesoros de armonía que guarda la lengua, sino que ha aportado nuevos materiales, y algunos de verdadera excelencia, que enriquecerán indudablemente el caudal léxico de la poesía castellana. Aunque no quisiera entrar en detalles, no me resisto a recordar el recurso de Melifrón, tan original, tan difícil y tan airosamente ejecutado. Para vencer esta y otras muchas dificultades que usted se ha propuesto, no bastaría tener su feliz ingenio; hay que ser además gran artista del verso y gran conocedor de la lengua.

Aquí quiero callar, por ahora, sin aventurar un juicio que sería de valor problemático, tratándose de tan notable esfuerzo del ingenio, obra de poderosa inteli-

gencia, de rica y original fantasía, de extensa y profunda nutrición clásica y de arte intencionado y sabio.

Siempre a sus órdenes, su afectísimo amigo y S.S.

Daniel Salamanca".

—¿Usted supo en qué circunstancias escribió Tamayo esta obra, considerada como la más importante entre sus libros de poesía?

*—Sí, conozco los antecedentes. Tamayo informó a Salamanca que tenía el proyecto de escribir "La Prometheida". Salamanca era un admirador del ge-*nio poético de Tamayo, porque también Salamanca había cultivado los versos, aunque nada de lo que escribió en este campo se conoce. El destruyó sus manuscritos. Tal vez encontraba que sus versos no estaban a la altura de su expresión literaria en otros géneros, pero el hecho es que Salamanca estimulaba a Tamayo y éste se iba a su finca de Yaurichambi, donde tenía, señor, una pequeña mesita, y allí una cabaña, un refugio, donde escribía sus poemas. Al cabo de 30 o 40 días volvía a La Paz, encontraba a Salamanca en estas entrevistas de las que he hablado antes, le leía a Salamanca. Salamanca aplaudía y así, en pocos meses, concluyó esa obra. Es en esa forma que se hizo "La Prometheida"... La crítica interesante fue la de Daniel Sánchez Bustamante.

—Lamentablemente no la he podido encontrar, pues no aparece en los números dedicados a Tamayo, por las revistas "Kollasuyo" y "Signo".

—Bueno, Sánchez Bustamante fue uno de los primeros que llenó página y media de un periódico, haciendo más que crítica, una apología de esta obra, aunque en la última parte, hizo una observación diríamos, un poco extraña, no para un político, o un intelectual puro como era Sánchez Bustamante, sino para un hombre de letras, porque dijo: lo único lamentable es que

este gran poema se hubiera producido con motivos griegos, que los personajes y la atmósfera sean griegos y no americanos. Con este motivo tuvimos una conversación con Tamayo y él me dijo lo siguiente:

—"Este nuestro don Daniel... Naturalmente, le estoy muy agradecido a sus elogios, pero él no ha captado mi pensamiento. El poeta prácticamente no pertenece a una región, el auténtico poeta. El es el traductor, el exteriorizador del alma humana. Yo he traducido el alma humana, frente al genio, que es Prometheo, el creador que desafía a los cielos. Es el alma humana que se enamora de él y canta. Todos estos poemas tienen paisajes, tienen motivos, no americanos, sino altiplánicos. Las aguas que describo, los bosques de que hablo, aún los personajes en el fondo pertenecen al paisaje, a la historia, a las circunstancias de América, o más bien de este país, porque yo no puedo traducir otra cosa, pero a los cuales humanizo, universalizo, porque esa es la función del poeta".

—¿Cuál es su propia valoración de la literatura de Tamayo?

—Verá usted; "La Prometheida o las Oceánides" es un drama lírico escrito en menos de cuatro meses en una especie de trance de éxtasis del poeta. El mejor comentarista de la obra, Daniel Sánchez Bustamante, interpretó la concepción central de la tragedia como si protagonizara a la humanidad, transida de amor y ansia frente al holocausto del genio redentor. La acción se sucede en forma de admonición a los dioses y cantos enamorados de luminosidad enceguecedora y plenitud de emoción desesperada. La majestad pindárica y el escalofrío del dolor esquiliano alientan el númen de esta creación clásica.

"Nuevos Rubayat" es un trasunto, en cuartetos impecables, de la sabiduría de los tiempos recapitulando verdades de Dios y del hombre, en sentencias y símbolos de belleza originales.

"Scherzos" es la más peregrina de las producciones de Tamayo. Como factura, los versos tienen las formas acabadas de la escultura parnasiana y como idea tienen el vigor y riqueza de la inspiración homérica. La grandiosidad del pensamiento en vuelo, la liquidez del agua y el azul de pupila marina hacen la transparencia y la fluidez como la dimensión del númen y las imágenes de su poesía. En los jardines de la lírica castellana será siempre la flor de oro el poema que mejor perfuma el libro, *Claribel.* Y aun vertida a otras lenguas mantendrá la canción la tenuidad y ternura del estro original.

"Scopas", ofrenda del autor al hijo malogrado, es un canto a dos voces al amor eterno, en que el genio de las creaciones oye a la sirena que se ofrece en beso y culto de Eros y la musa humilde en nostalgia y dulzura de Penélope. El libro arde y fulge con la llama y brasas del cantor de Sulamita.

"Proverbios" es toda la miel de esencias de la vida, la fe y el alma de Tamayo. *Horacio y el arte lírico* muestra la sabiduría y agudeza del gran ensayista. Baldomero Sanin Cano dijo de esa crónica que parecía ya ser imposible añadir nada nuevo a las innumerables exégesis horacianas, pero que Tamayo descubrió una fuente desconocida de bellezas en el arte del poeta latino.

EL REFERENDUM

—Don Joaquín, hablando de don Daniel Sánchez Bustamante, el año 30 Tamayo se enfrenta de una manera muy violenta al conjunto de reformas que a través de la Junta Militar de Blanco Galindo, propone al país, Sánchez Bustamante. Entre tales reformas se hallaba la autonomía universitaria y la actitud de Tamayo, le valió ser considerado como "enemigo" de los estudiantes de aquella época, que lo lapidaron en votos resolutivos. ¿A qué se debió la actitud de Tamayo? ¿Cuál era su criterio con referencia a la Universidad?

—Esta es otra de los cosas que fue considerada como una inconsecuencia de don Franz; el no haber cedido, no haber contemporizado con su antiguo jefe radical, Daniel Sánchez Bustamante, con quien se mostró esta vez acervo, muy duro. Se debía justamente a que Tamayo era un radical y Sánchez Bustamante no lo era. Este último contemporizaba con la juventud que quería una reforma o una autonomía de la universidad para poder tener acceso al gobierno de las universidades. El Dr. Tamayo no creía que los estudiantes debieran participar en el gobierno de las universidades. El se había educado en Europa, él se había educado en la disciplina férrea, primero, la de su padre, y después la de las universidades europeas. En consecuencia, él no creía que la juventud estuviera capacitada para gobernarse a sí misma y pensaba que la llamada autonomía universitaria no debía significar el dominio cuantitativo de los estudiantes. Pensaba siempre en la democracia representativa, en la necesidad de educar a los jóvenes con seriedad. Por otra parte, tenía miedo de que la política interfiriera en las universidades y que la autonomía fuera destruída en esta forma. Ahora bien, las reformas planteadas por la Junta, a iniciativa y con los proyectos del Dr. Sánchez Bustamante que era el asesor, gran asesor de ese grupo militar— históricamente es de lo más grande que tiene Bolivia porque, en primer lugar, la institución armada se mostró esa vez, diríamos, como una institución de gente desinteresada y patriótica, que lo único que quería era pasar por los siete meses de gobierno, para restablecer la democracia en el país luego de haber evitado la prórroga presidencial del Dr. Siles—, pero el planteamiento del Referendum tenía defectos capitales. El país no estaba preparado para esa prueba, no se podía preparar un Referendum en tan poco tiempo, de manera que ahí había un engaño. De otra parte, se cometió el error de decir que los votos en blanco se computarían a favor, por el sí, lo que era otro engaño. Finalmente, Tamayo no creía que había necesidad de plantear todo ello en un Referendum, eso debía debatirse en el Parlamento,

y al no hacerse así, se quitaba a las Cámaras la facultad de deliberar representativamente; entonces él, encontró, señor, que no podía mentirle al país, ni mentirse a sí mismo, obró rectamente y se enfrentó al régimen en este punto. Salamanca también lo hizo. Muchos no fuimos partidarios del Referendum, entendiendo que así servíamos mejor al país y a la juventud.

SIN AMBICIONES POLITICAS

—Don Joaquin, ¿usted piensa seriamente que no obstante sus largas trayectorias políticas, Tamayo ni Salamanca abrigaban ambiciones presidenciales?

—Puedo asegurarle enfáticamente, señor, que ninguno de los dos, tuvo ambición presidencial. Por el contrario. Se atribuye al Dr. Montes haber dicho que el candidato a la presidencia para evitar la revolución de 1920, habría sido el Dr. Salamanca, porque Salamanca —según Montes— había gobernado al país hasta esa fecha, desde su curul parlamentario. La verdad es que el Dr. Salamanca no quería ser diputado ni senador. El era un intelectual, un pensador puro, que pasaba la vida meditando y estudiando. Era la vida de un asceta, por su enfermedad y también por sus inclinaciones. Si Salamanca hubiera tenido la más ligera ambición le habría bastado contemporizar un poco con el gran respeto que le tenían los liberales y ahí habría venido la transacción, era la cosa más simple...

—¿Antes de Gutiérrez Guerra?

—Antes, mucho antes y también podría haber sido el sucesor de Gutiérrez Guerra, pero nunca pensó en ello. Cuando se hizo la revolución de 1920, se lo llamó precipitadamente a La Paz para que él dirija el gobierno. El Dr. Salamanc contestó:

—"Yo no he hecho la revolución, yo no he de hacer ninguna revolución porque ninguna revolución ha hecho progresar a la democracia boliviana, o al país".

De manera que no se puede señalar a Salamanca ni la intención de colaborar a un cambio violento de una situación política. El se negó a venir a La Paz y de ello aprovechó el señor Savedra para hacerse elegir Presidente. Pero si hubiera tenido ambición, nada le habría sido más sencillo: era la figura estelar, la figura culminante. Salamanca tenía plena conciencia de que sus dolencias físicas le impedían responder a las funciones que se le podían confiar en la presidencia, entonces una de las razones era esa. Pero también veía que las condiciones del país no permitían realizar una democracia como la que él aspiraba; inclusive había sufrido, en su vida pública, muchas decepciones al ver que gente que lo había apoyado incondicionalmente, lo abandonaba, entregándose al señor Saavedra, al señor Siles, etc. El era entonces, un escéptico... En cuanto al Dr. Tamayo, puedo decirle también que nunca aspiró a nada. La prueba es cuando yo hablé al Dr. Salamanca de la conveniencia, durante la guerra, de que pudiera sucederle en la presidencia el Dr. Tamayo, lo hice con esta frase: "Faustino Sarmiento fue Presidente de la Argentina, no siendo querido en realidad por los políticos ni por el pueblo, gracias a que Mitre sabía las condiciones superiores de Sarmiento y que auspiciándolo, podría ser Presidente. Si no era candidato de Mitre nunca llegaría a la Presidencia. Y así lo hizo Mitre. Entonces yo dije a Salamanca: "Sólo usted puede hacer Presidente a Tamayo". El Dr. Salamanca, me encomendó entonces hablarle a Tamayo, sabiendo la amistad que me ligaba a él. Cuando le busqué y le hablé de esto, se negó rotundamente, diciéndome: "Señor, hágame el favor de decirle al Presidente de la República que le agradezco por su invitación, pero que yo soy poeta, no soy un político y él necesita un político, y que me excuse, no puedo". La negativa era absoluta pero cuando Salamanca lo supo, —y él también era tenaz, me dijo: "Solamente puede ser él", porque el Presidente tenía miedo de que el gobierno pudiera caer en manos liberales, porque tenía la idea de que los liberales eran cesionistas, transaccionistas y sólo un hombre de

la escuela de Salamanca, en la que estaba también Tamayo mantendría la intransigencia puesto que habíamos sufrido tantos años de guerra y teníamos la absoluta seguridad de que el desgaste de las fuerzas paraguayas era tan grande, que, indefectiblemente, nosotros que teníamos más fuerza física, más fuerza económica, mejor moral, estaríamos al fin de cuentas en mejor situación que el Paraguay, que se alejaba de sus centros militares y venía siendo abandonado también por la Argentina. Entonces nosotros buscábamos un hombre que no hiciera transacciones, que no buscara la suspensión de hostilidades y ese era Tamayo. Tamayo se negó. Volví a visitarlo, acompañado del doctor Rafael Ugarte, que era el candidato a la vicepresidencia, para rogarle que, por patriotismo y en vista de las extraordinarias circunstancias en que estaba el país, aceptara la nominación. Sólo por esas condiciones aceptó, pero creo yo, con la idea de permanecer en la Presidencia por un poco tiempo y dejar el resto del período al vicepresidente Ugarte. Pero estos hechos, señor, hacen ver que ninguno de ellos tuvo apetencia de poder.

LA GUERRA DE LOS COCHABAMBINOS

—Esto que acaba de decir usted, es de lo más interesante y novedoso, don Joaquín. ¿De manera que usted cree que si no tenía lugar el llamado "corralito de Villa Montes" y continuaba en el gobierno el Presidente Salamanca no habría tenido lugar el cese de hostilidades el año 1935, ni se habría firmado, en las condiciones que se hizo, la paz del Chaco en Buenos Aires?

—De ninguna manera. Y en mi criterio Salamanca habría sido Ministro de Relaciones o de Defensa del gobierno de Tamayo. Era la movilización general...

—Pero esto habría representado un año más de guerra o dos...

—No importaba porque nosotros estábamos en la cordillera donde éramos inamovibles, gracias además, a otra concepción de Salamanca: él trajo a la misión militar checoslovaca y esa misión hizo las bases de la defensa de Villa Montes. Nosotros sabíamos que en Aguaragüe podíamos sostenernos cualquier tiempo, y a 700 kilómetros de sus bases del río Paraguay, el enemigo no estaba en condiciones de continuar la guerra. Como que posteriormente Estigarribia escribió que ellos preparaban una retirada profunda porque ya no podían abastecerse, ni recibir ayuda de la Argentina. Nosotros veíamos clara esta situación y por eso queríamos que políticamente se resolviera en el sentido de que un hombre del Norte, un hombre de La Paz, fuera quien sostenga esta política de integridad territorial, porque muchos acusan a Salamanca de guerrista, no era guerrista, era un simple defensor de la integridad boliviana. Ahora, ¿no son los bolivianos los que han planteado, en la negociación con Chile, que no se debe ceder ningún territorio? No es eso integrismo, como el que proclamaba Salamanca? ¿El integrismo ahora resulta válido y no hace cuarenta años, cuando se trataba de un inmenso territorio que nos daba además acceso al Atlántico?

—Don Joaquín, en esa época se ventilaba mucho un asunto que aún no se ha superado, lamentablemente, que es el del regionalismo. El Ministro Tamayo, fue declarado "ciudadano infame" por el Concejo Municipal acusado de actitudes anti-paceñas. ¿Qué paso entonces? ¿Quiénes firmaron ese voto?

—Lo firmaron el General Pastor Baldivieso, el Alcalde, representante de don Bautista Saavedra, Waldo Belmonte Pool y el munícipe liberal Roberto Yanguas. El fondo de la cuestión fue este: La política menuda, la política casera, juntó en cierto momento, a liberales y saavedristas, haciendo causa común regionalista, porque nos atribuían a los cochabambinos de ser los únicos pertinaces en la defensa del territorio del Chaco

y decían que la guerra era un problema de Cochabamba. Un eminente ex-diputado, ex-senador, hombre público a quien se le hacen todavía mil homenajes y cuyo nombre prefiero no pronunciar, a mí me dijo:

—"Ustedes los cochabambinos están gastando el dinero de La Paz, están acabando con la sangre de la juventud paceña. ¿Hasta cuándo van a continuar en el Chaco?".

Ese era el criterio de algunas gentes. Quemaron el mercado de La Paz acusándonos de ello a los cochabambinos, que lo habríamos hecho por odio a La Paz! esto para soliviantar los ánimos de la población paceña. Entonces se despertó en forma terrible el regionalismo, porque era la única arma con la que se podía vencer innoblemente a Salamanca. De lo que se trataba era de cansar a Salamanca, de desesperar a Salamanca. ¿Para qué? Para tomar el gobierno, ¿quién?, o el señor Tejada Sorzano, como terminó por hacerlo, o el señor Bautista Saavedra, un hombre, en todo caso, de La Paz. Y nosotros concebíamos lo mismo, pero queríamos un hombre integrista, que era Tamayo.

—Uno de los reproches que se hace a ese proceso electoral radica en que la juventud que podía y debía haber participado en las elecciones, se hallaba en el frente. ¿Cuántos ciudadanos participarían en ese proceso electoral?

—Naturalmente, nada más que la ciudadanía que quedaba. No podíamos hacer votar en el Chaco, porque habría sido quizá elegido el General Toro! Con la disciplina militar no habría habido otra posibilidad para los jóvenes combatientes. Eso no habría tenido sentido político, ni moral, ni nada.

—Tamayo llegó a hacer un viaje pre-electoral a Oruro y Cochabamba...

—Efectivamente. Y esto fue lo que causó el voto del Concejo Municipal de esta ciudad, porque Tamayo,

en una de sus intervenciones expresó: "Tenemos que reconocer los paceños que representamos la fuerza, y al representar la fuerza, la violencia. Y esto ha hecho mucho daño a la Patria. Y es justo decir que los hombres públicos del Centro y del Sur, han sido los hombres de ley, los hombres de paz y ecuanimidad". Se refería a los Frías, a los Baptista, a los Arce, a los hombres del conservadorismo que respetaron la ley. Eso no les gustó a los de La Paz, porque Tamayo, sin mencionarlos, aludía quizá a Belzu, Montes, Saavedra, etc.

EL ERROR DE LOS CONSERVADORES

—¿Quizá había también en esto un reconocimiento a su padre, don Isaac, que fue uno de los hombres representativos del partido conservador y quien, ante la disyuntiva de apoyar, como paceño, el cambio de la capitalía a La Paz, o mantenerse fiel a su partido caído en la revolución federal, prefirió salir de Bolivia con su familia?

—En relación a este punto, Mariano, tengo que decirle una cosa: Los conservadores cometieron un grave error al propiciar el nombre de Alonso en lugar de Isaac Tamayo. Porque se necesitaba un hombre del Norte, como transacción y los conservadores tenían como única fuerza de popularidad, y de autoridad política, a Isaac Tamayo en La Paz. Si no se hubiera cometido ese error, no se habría producido la revolución federal.

—¿Pero se habría producido el cambio de la sede del Gobierno?

—Momentáneamente, como tantas veces ha pasado, porque hemos tenido gobiernos hasta en Tapacarí...

—¿De manera que la figura de Isaac Tamayo era la más importante para una continuación del régimen conservador?

—Indudablemente era la figura prócer del conservadorismo. Cuando era Ministro de Hacienda del gobierno Arce previó meridianamente —lo dice en su Memoria— el fin del ciclo de la plata. "Ahora viene la era del estaño", dijo. Por entonces el estaño estaba en sus inicios. Era la visión del economista, del estadista que ya se adelantaba a decir que Bolivia viviría en los próximos cien años del estaño.

—Alonso, sin embargo, reaparece en el escenario de la política, como aliado a los republicanos y de Presidente del Congreso, en la época de Saavedra...

—Efectivamente, pero era una figura de segunda. No estaba a la altura de los otros Presidentes conservadores. Representaba la decadencia y cuando lo escogieron —el grupo de Arce— pensaron en el interés regional del Sur; era la lucha entre el Norte y el Sur, pero no pensaron con un criterio nacional. Si lo hubiesen hecho habrían escogido sin duda a Tamayo, que era la figura consular, políticamente, que tenía el partido. Fue el gran error.

¿QUIEN FUE "CLARIBEL?

—Volviendo a la figura de don Franz, a su vida íntima, ¿podría usted decirnos qué sabe o recuerda de la esposa francesa que tuvo? ¿Es verdad que es ella "Claribel"?

—Jamás dijo Tamayo en quién pensó al escribir "Claribel". Puede que fuera ella. Tenía siempre ese concepto de universalizar sus versos, pero para mí no hay universalización, diríamos, sin motivo, sin un tema o un asunto que lo origina. Yo he creído en realidad que el poema estaba dedicado a ella, porque a pesar de que Tamayo se había separado de esta mujer —no había divorcio entonces— la mujer tenía culto por Tamayo, hasta el último momento, así que yo no creo que en ningún momento la señora Blanca hubiera reprochado

algo a Tamayo u ofendido su memoria, lo que no quita que Tamayo hubiere tenido una inmensa gratitud y respeto por la madre de sus hijos, porque realmente esa mujer, Luisa Galindo, se sacrificó en todas las formas para poder facilitar la vida, dar la independencia económica, mantener la economía de la familia y la educación de los hijos; con la circunstancia de que Tamayo amaba entrañablemente a sus hijos.

—Dígame algo más de la primera esposa. Usted la conoció en Nueva York, ¿en qué año?

—En 1942, en casa del doctor Ricardo Martínez Vargas. Ya era una señora de edad. No era una mujer bella, pero sí muy inteligente y muy nerviosa, que no hizo más que hablar de Tamayo, con gran devoción, conocimiento y agudeza. Conocía bien la alta literatura de Tamayo. Una hermana de Martínez Vargas estaba casada con Max Tamayo, hermano de Franz y de ahí la relación con la señora Blanca.

—¿Cuánto tiempo vivió ella en Bolivia con Tamayo?

—Más o menos unos cinco años. Tuvo una hijita que murió de once años, una linda niñita. Se llamaba Anita. Entiendo que Tamayo ayudó económicamente a su primera esposa con remesas periódicas.

—En cuanto a los hijos que luego tuvo Tamayo, pareciera que el más cercano a su corazón fue Ruy. ¿Qué recuerda de él, en qué circunstancias murió?

—Puede ser que lo prefiriera. En cierta ocasión fuí a buscar a Tamayo para salir a dar un paseo hasta Sopocachi Alto —también en otras épocas solíamos caminar con Salamanca hasta la estación, buscando el sol paceño— y en esa ocasión que le digo, Tamayo se hallaba con Ruy, de unos diez años de edad, impecablemente vestido —el niño— de chaqué. Ante mi asombro, Tamayo explicó que era bueno que los niños supieran llevar un traje y cuidarlo; que era parte de su

educación. "Tiene que ser como un pequeño Lord inglés", me dijo. Y así salimos los tres y Ruy muy consciente de su aspecto, caminando erguido y serio, al lado de su padre. Pues bien, llegó el turno con el tiempo de que hiciera el servicio militar. Era la época del Chaco y Tamayo formaba parte del gobierno Salamanca. Ruy entró al cuartel, se enfermó de los pulmones; tuvo una pulmonía aguda. Se esforzó el doctor Salamanca para llevarlo a su casa, nosotros hicimos lo propio, pero los militares eran tan enemigos nuestros, durante la guerra, que no quisieron absolutamente que se diera alguna forma de asistencia al muchacho, hasta que le sorprendió la muerte. Esa fue la tragedia que anonadó a Tamayo y de ahí es que escribió ese gran prefacio que usted conoce, bajo el título de "Canto a Adonais", que es un motivo inspirado en Keats.

—Sí, creo que es del preludio este conmovedor terceto:

"En torres de cristal campanas de oro
Repicaron el alba de tu muerte.
En estuarios de luz dio el sol su lloro".

"LE HAN DEJADO SOLO EL CORAZON..."

—Don Joaquín, ¿en qué circunstancias conoció usted a doña Luisa Galindo?

—El señor Tamayo me hizo el privilegio de invitarme a trabajar en una propiedad de él. El sabía que yo tenía propiedades en Cochabamba, tenía algunos recursos y me ofreció venderme una finca que se llamaba "Chacoma grande" con estas palabras:

—"Estoy necesitado de recursos y quiero vender esta propiedad, pero no la puedo vender sino a usted, si le interesa. Vale Bs. 250.000 y sólo la puedo vender a usted porque allí está enterrado mi padre. Sé que usted la cuidaría como yo mismo. Esa finca me hace

recuerdo a Bolivia; acosada por todos sus vecinos, le han dejado sólo el corazón, que todavía late... De manera que si usted quiere, hacemos el negocio".

Me interesé por la propiedad, y aquí viene otra anécdota: al saber que me la vendía, don Franz, su hermano Isaac, que también tenía una finca colindante, que se llamaba Coniri, visitó a don Franz, a quien no veía hacía mucho tiempo, y le dijo:

—Hermano, sé que estás por vender Chacoma, a mí me pertenecería porque estoy al lado, tengo dinero, quisiera comprarla. Dime cuánto pides por ella.

Tamayo contestó:

—Está vendida.

—Pero cómo va a estar vendida si me han asegurado que la estás ofreciendo...

—Le he prometido venderle a mi amigo, el doctor Espada por Bs. 250.000.

—Yo te pago Bs. 300.000.

—Pero Isaac, ¿acaso no sabes que la palabra de Franz Tamayo es escritura pública?".

Y de esa manera renunció a Bs. 50.000 porque había dado su palabra y prefirió vendérmela a mí. El no podía entregármela personalmente, había mucho ganado que recoger, etc., y mandó a la señora Luisa. Fuimos en su coche y recorrimos la propiedad. De esa manera la conocí. Desde entonces data mi amistad, consideración y respeto por esta señora.

—Después del golpe militar a Salamanca —y la consiguiente anulación de las elecciones presidenciales que había ganado Tamayo— él prefirió recluirse en su casa de la calle Loayza, por casi una década. ¿Usted lo veía en esa época?

—Sí. Eramos pocos los amigos que lo visitábamos. Antes habíamos visitado la casa con Jesús Lara, pero Lara volvió a Cochabamba. Yo encontraba tam-

bién al señor Claudio Zuazo, como su abogado y también su amigo íntimo; a los señores Rodas Eguino, Justo y Remigio, que también lo frecuentaban; por cierto a algunos radicales: el señor Cleto Cabrera García, el "Colorado" Otero, que era su devoto, cuyo nombre completo era Gustavo Carlos Otero, radical hasta el último día, Prefecto y Ministro de Estado y a quien debe La Paz las mejores obras públicas sin que nadie, nunca, lo haya reconocido. Fue también gran humorista de "El Hombre libre"; era el redactor de noticias de importancia que hacían brecha en la opinión pública.

—¿Qué otros amigos recuerda usted en este período posterior, de encierro de don Franz Tamayo?

—Tamayo se aisló completamente. No quería recibir a nadie. Por un breve tiempo lo visitó el señor Diez de Medina, quien naturalmente fue, diríamos alejado de la casa porque Tamayo no quería mucho al padre, al señor Eduardo Diez de Medina, y además... Diez de Medina cometió un error. Sostuvo que todo lo escrito se refería al hombre público y no al hombre privado y resultó que no era así. Ello motivó el gran artículo "Para siempre" de Tamayo. El dijo: "En mi vida privada de nada tengo que arrepentirme, nada tienen que decirme porque yo, señor, he vivido moralmente, no he ofendido a la sociedad. No encuentro ninguna ofensa, ningún agravio, en cambio en la vida de otros, encuentro, encuentro agravios". Y esa fue la explosión...

LA ENEMISTAD CON ARGUEDAS

—A propósito de escritores y de polémicas —volviendo un poco atrás— una de las más virulentas enemistades fue la que se produjo entre Tamayo y Arguedas. ¿Qué sabe usted de esto, qué opinaba el Tamayo íntimo, del autor de "Raza de Bronce"? ¿Por qué se produjo el distanciamiento?

—Exclusivamente también por razones patrióticas. Tamayo encontró detestable que Arguedas hubiera escrito "Pueblo enfermo", refiriéndose a un país que se hallaba en una etapa de formación. No era un país, el nuestro, con una existencia consolidada, de manera que mostraba errores y defectos que Arguedas presentó cual si fueran incorregibles, como taras raciales. Tamayo encontró entonces inmoral que un boliviano, para hacer su fama personal en el círculo de escritores latinoamericanos que vivían en París como Carrillo, los Ventura Calderón, etc., explotase el nombre del país en esa forma. Esa fue su condenación. El era un patriota de verdad. Consideraba que nuestro país tenía defectos, pero no debían ser los hijos los llamados a echar esos defectos en cara de la madre. Pero hay algo más: no estimaba la literatura de Arguedas; encontraba que hasta su expresión gramatical sufría de imperfecciones y hacía sufrir al lector, como lo dice en "Scherzos", pero en el fondo él creía que Arguedas no era un hombre de letras... ni tenía dominio del lenguaje.

EL ROMPIMIENTO

—¿Y él tenía aprecio por alguna otra figura de las letras bolivianas? ¿Encontraba que había algo positivo en la generación que le seguía?

—Sí. En realidad era un estimulador de la juventud. El apreciaba la labor, por ejemplo, de José Eduardo Guerra, la labor de Gregorio Reynolds, de Rafael Ballivián, de jóvenes como Alberto de Villegas, de Chirveches, de Jaime Mendoza. Tenía alta opinión de todos ellos, pero no hacía amistad profunda con ellos, porque simplemente vivía aislado.

—Después de esos años de aislamiento, de pronto Tamayo aparece elegido Diputado por La Paz, Presidente de la Asamblea en 1943 y como tal, es el encargado de ceñir la banda presidencial al Mayor Gualberto Villarroel. ¿Usted siguió frecuentándolo en esta época?

—No. Ahí me divorcié y en el fondo, tomé mi propio camino. Desde entonces, desgraciadamente para mí, porque yo lo lamento, nunca más visité a Tamayo. Me dolió mucho que colaborase a los militares a quienes dedicó una frase: "jóvenes estadistas militares..." yo no creía en ellos. Precisamente ellos me visitaron antes de la revolución en esta casa, casi me hicieron un examen de conciencia preguntándome —por qué yo había renunciado ya al Ministerio de Hacienda y no formaba parte del gobierno Peñaranda— cuál era la situación económica y financiera del país. Me visitaron Villarroel, Nogales y otros más. Charlamos largamente, me revelaron sus planes. Yo los reflexioné, explicándoles la situación del país y las obras que se estaban llevando a cabo, pero no entendieron y continuaron con sus proyectos, y el doctor Tamayo, prácticamente, diríamos, cayó en la red, en la tentación de estos jóvenes y para mí eso, no correspondía a Tamayo. Yo creo que fue un error que Tamayo reconoció porque aquel discurso que pronunció después de la muerte de Calvo y los demás, demostraba un profundo dolor, cívico y humano.

—*¿Entonces usted no lo visitó más, hasta el año de su muerte?*

—Nunca más. Yo también fuí radical... [1].

(1) "Ultima Hora", 16 de Agosto, 1977.

NO ENGENDRA EL CONDOR GRAJOS, NI ESCARABAJOS

LOS RADICALES Y EL CISMA DE TOMAS ML. ELIO

> **"Por haberse cometido el error de aplicar a los grandes hombres el código de la moral corriente y por haberse quedado disgustado de ver que los moldes fijos ya no servían ni convenían, se ha concebido la idea absurda de exigirles que fueran siempre buenos, humanos, indulgentes, heroicos, en una palabra, morales.**
>
> Emil Ludwig.

Un episodio que arroja luz sobre el carácter de Tamayo e incluso sobre las razones que le llevarían a pronunciar su conferencia, luego recogida en folleto, de *Crítica al Duelo*, es el de su relación de afecto luego trocado en odio candente, con Tomás Manuel Elío, con quien fundara el Partido Radical, compartiendo por algunos años el liderato. La viuda de Tamayo ha recordado que en un tiempo eran "inseparables". La amistad —y el compañerismo político— duraron hasta el año 1917, cuando se divide el Partido Radical y cada uno de ellos asume la dirección de un periódico: Tamayo, de "El Hombre libre" y Elío de "El Fígaro".

No se ha hecho todavía la historia de este grupo relativamente pequeño pero selecto, que fue el partido radical, nacido de la impaciencia de las clases medias educadas, con la larga hegemonía del liberalismo montista. Todavía en 1920, cuando ya Elío había formado tienda aparte, el radicalismo convocaba asambleas en Potosí, Oruro y La Paz y en esta última ciudad, renovaba un directorio con nada menos que cincuenta directores entre los que se hallan los hermanos Max, José e Isaac Tamayo (pero no Franz), así como gentes que después figurarían mucho en diversas corrientes o destacaríanse en situaciones públicas, como el pintor y escritor Arturo Borda, Constantino B. Carrión, Gabriel Gosálvez, Gustavo Adolfo Navarro, Gustavo Carlos Otero, Julio Téllez Reyes, Jesús Lara. En esa asamblea, mediante votación secreta se elige como Presidente del partido a Felipe Guzmán, vicepresidente a Cleto Cabrera García, tesorero a Max Escobari y secretarios a Gustavo Navarro y Claudio Zuazo. El Presidente saliente, Daniel Sánchez Bustamante, obtiene un voto de aplauso por su labor. Franz Tamayo es elegido con otros cinco conmilitones para representar a La Paz, en la convención radical que se realizaría en Oruro [1].

No era pues Tamayo, jefe indiscutido del partido aunque luego, su nombre haya quedado asociado, como el más importante, a este grupo que se disolvió en las corrientes del liberalismo y el republicanismo.

En un ensayo escrito muchos años después, Gustavo Adolfo Navarro, que con el tiempo se haría famoso bajo el pseudónimo de Tristán Marof, escribiendo varios libros y divulgando, entre los primeros en Bolivia, el marxismo de la IV Internacional, ofrece, en un estilo desaliñado pero sabroso, una evocación muy fresca del Tamayo de aquellos tiempos, y de sus amigos radicales. Navarro había abandonado, muy joven, su nativa Chuquisaca, para probar suerte en la sede del gobierno, y —aunque no lo dice en esta crónica— figuró en las listas del radicalismo. Recuerda Marof:

—"Yo fuí amigo de don Franz en mi juventud y gocé de la intimidad de sus charlas. En ese tiempo solía frecuentar la redacción de "El Hombre Libre", diario en el que escribían algunos intelectuales entre los cuales me contaba. Su director era don Felipe Guzmán, adversario de Tamayo en una polémica ruidosa sobre pedagogía nacional que el tiempo había amortiguado y los unió nuevamente como enemigos del régimen liberal al cual combatían ambos. Don Felipe Guzmán era hombre de ingenio y de muchas cualidades, sobre todo no le faltaba humor y se divertía con Tamayo, pero sin faltarle el respeto. Don Franz se distinguía en el pequeño círculo por sus juicios arbitrarios y la novedad que traía en esas discusiones que no terminaban nunca. Llegaba a eso de las diez de la noche y después de entregar su artículo nos invitaba a tomar café y la fiesta de su tertulia se prolongaba hasta la mañana. Don Franz anunciaba con gesto profético la próxima caída del gobierno liberal debido a sus excesos y nosotros le escuchábamos con ironía graciosa y le festejábamos sus frases en las que intervenían personajes históricos, sin exceptuar a los filósofos griegos. Gustavo Carlos Otero, Gabriel Lévy, Claudio Zuazo, Cleto Cabrera García, Luis Espinoza y Saravia, amigos entrañables y de enjundia que compartían conmigo esas charlas admiraban a don Franz, sobre todo por el tono teatral que asumía, como un consumado actor y lo pintoresco de sus frases, y él para premiarnos nos complacía endilgándonos: "aguiluchos, polluelos de águila". Nosotros le comprendíamos y le aplaudíamos a rabiar y el poeta que había en él y el filósofo nos replicaba: "Bolivia ha sido siempre así, país de vastas soledades y de soles". Felipe Guzmán, más tarde presidente de la República en el período de Saavedra, discutía furiosamente con don Franz y le refutaba sus ideas y cuando la discusión había llegado a un punto tal, nosotros que hacíamos de público, pedíamos unos pastelitos y

(1) "El Hombre Libre", 5 de marzo de 1920.

unos buenos bictecs a costa de los más afortunados: don Franz y don Felipe".

"Yo era muy joven entonces y posiblemente don Franz Tamayo me apreciaba por mi devota amistad. También por algún coraje que demostré en cierta ocasión y que fue premiado con dos copitas de excelente singani que me invitó el bardo en su casa de la calle Loayza, en cacharritos de vaso a la usanza de los griegos... Más tarde le perdí de vista y me fuí a correr mundo. Muchos años después, irreverente y jactancioso lo encontré de nuevo en forma casual en la plaza de San Pedro y tuvimos una agria discusión. El seguía haciendo de magister y de profeta. Yo me había rebelado contra lo sociedad y contra don Franz, hacía tiempo. Don Franz no pudo tolerarme y rompimos. Desde entonces nunca oí su voz pero seguí leyendo sus libros, sus versos y su prosa jamás igualada en Bolivia por la fuerza y la intensidad de su cultura y de su estupenda dialéctica para batir al adversario cuando se proponía. No fuimos amigos más. Cierta ocasión Claudio Zuazo, el petiso de humor y de talento que conozco, y que fue director de "El Hombre Libre" en sus horas de peligro, me contó que don Franz, al cual yo acusaba de insensible con sus viejos amigos, le encontró una vez que penetró en su casa con lágrimas en los ojos, tocando en su viejo piano unas notas de Chopin" [1].

A la misma época corresponde este retrato que ofrece Gustavo Adolfo Otero, en sus Memorias (que han visto la luz recién en 1977, a 20 años de su muerte):

"Don Franz Tamayo era personaje interesante. Rechoncho, de gran melena hirsuta, con cara aymara que se ha convertido en beethoveniana, de movimientos ágiles, hombros anchos, piernas cortas, manos gordas y uñas cortadas hasta la yema de los dedos. La mirada fiera, relampagueante, los dientes de lobo, de caninos desgarradores y la voz fuerte, llena de matices, profun-

(1) Tristán Marof: **Ensayos y crítica**, Editorial Juventud, La Paz, 1961.

da e insinuante. Don Franz hablaba paseando, luciendo una abundante pirotecnia oratoria. El único hombre que se le parecía mucho, tanto en su fisonomía como en su voz y en sus gestos, era Mussolini, como comprobé el año 1936 cuando visité Roma".

Los recuerdos de Otero corresponden al año de la fundación del periódico "El Fígaro", donde "no se pagaba a nadie y todo el mundo trabajaba por su jornal de gloria". Tamayo escribía el editorial y un proverbio, que colgaba en sendos ganchos para que los recogiera el cajista. El joven y travieso Otero se divertía colgando de incógnito, en el gancho de Tamayo, proverbios burlescos, de su propia inspiración. Recuerda en su libro de memorias, que Angel Salas, que también era redactor de "El Fígaro" se sumó, de escondidas, a los enemigos de Tamayo, editando un semanario, "El Heraldo", destinado casi exclusivamente a atacar groseramente, al jefe del radicalismo.

Todavía en "El Fígaro", Tamayo escribe en marzo de 1917 varios artículos relativos a la convención del radicalismo celebrada en 1916 y en la que ya se dibujaron dos corrientes, la primera partidaria de mantener la independencia del grupo, y la segunda dispuesta a colaborar con el liberalismo gobernante, o con el republicanismo.

Refiere Tamayo:

"Los sedicentes directores, a la manera de los más sucios de nuestros capituleros electorales, a la manera de los más oscuros rábulas políticos de provincia, lo que se atrevieron a proponer al joven partido fue algo que da vergüenza contar. Pero hay que contarlo. Y aquí cabe recordar aquella palabra de abyección, tan profunda y verdadera, introducida en la nomenclatura política de Bolivia, por Baptista, el sombrío y genial jefe conservador. Lo que los sedicentes directores propusieron al radicalismo fue más sentido en estas palabras (estoy traduciendo el sentido verdadero de las fórmulas convencionales): "Señores radicales: al fren-

te de los partidos que se disputan el poder, debéis hoy decidir cuál de ellos debemos ponguear. Debéis resolver si hemos de ponguear por el liberal o por el republicano, para Escalier o para Gutiérrez.

"Pongueaje político.

"Baptista, la última figura del último tercio del siglo XIX boliviano, Baptista que había vivido mucho y había visto más; Baptista, cuya enorme gloria sólo es comparable en sus enormes responsabilidades históricas, Baptista cuya potencia intelectual y cuya insondable conciencia hacían de él un espécimen soberbio de ciertos hombres que vio florecer el pasado siglo como hechos a la talla de tinieblas y de fulgores, que se nombraron De Maistre en Francia, Pio IX en Italia, Menéndez y Pelayo en España, hombres que llevaron en los ojos la mirada aquilina de Pablo y la satánica de Alba; Baptista, que si volviese hoy día sería un adversario digno de nosotros los radicales honrados; Baptista, escarbando el fondo de nuestra historia y el corazón de la raza, había encontrado allí un sedimento secular, especie de lodo del alma y fango de la vida, que subía rápidamente a la superficie de la historia, por poco que se agiten las aguas. Ese sedimento depositado allí por las sangres prehistóricas, por los regímenes abyectores y encanalladores de la Colonia, por las prostituciones orgiásticas de la república, en los tiempos de Baptista volvía a aparecer a flor de agua y tomaba las formas proteicas de la vileza y de la infamia humanas. Era la tendencia a la servidumbre, era el voluntario renunciamiento a la autonomía y la libertad de acción, era el morboso placer de arrastrarse y de envilecerse, era la fruición de la prostituta que no se prostituye por hambre, sino por el deleite de prostituirse, era la vieja pasta humana de la que se ha hecho siempre toda suerte de parias y de tohandalas, de hilotas y despecheros y que aparecen en la historia como una antinomia a la divina arcilla de que se hacen el héroe y el apóstol. Y ese elemento humano, reverso de toda medalla humana, Baptista lo encontraba también en su

país y en su historia y para llegar a clasificarlo en los catálogos de la experiencia política, recurrió a la lengua autóctona, grande espejo de raza donde se reflejan los siglos y buscó en ella la palabra precisa y genial, la palabra que no miente y es final: nos habló a los bolivianos por primera vez del pongueaje político".

"Pongueaje político!

"Dentro del nuevo radicalismo boliviano, no podía faltar aquel elemento denunciado por Baptista como contraparte al elemento libre y honrado. Frente a los radicales que desean permanecer libres y autónomos, debía aparecer la fracción de los que no se resignan a vivir sin ponguear para alguien... Y así se dan hombres que momentáneamente se levantan del triste charco que les es propio y acaban al final por caer en el mismo. Por mucho que se nazca sobre las gradas de un trono, cuando se nace pongo, pongo se acaba; y el hombre libre por mucho que nazca en un pesebre, libre se queda" [1].

En los primeros meses de 1917 el pequeño pero selecto partido radical, confronta una grave escisión, la de Tomás Manuel Elío, abogado joven, orador fogoso y uno de los hombres que estuvo siempre, muy cerca de Tamayo. Había hecho sus primeras armas políticas en el liberalismo y pensó sin duda que, o bien el régimen se prolongaría indefinidamente en el usufructo del poder, o que los tiempos no estaban maduros para la exigente ética que predicaba el radicalismo. En todo caso, decidió retornar a su vieja tienda política y de paso, llevarse a algunos de sus seguidores.

Una carta de Franz Tamayo al Director de "La Razón", fechada el 28 de abril, da cuenta sumaria del rompimiento, sin mencionar al disidente:

"Señor Director:

"Las presentes líneas van a agradecer a Ud. una vez

(1) "El Fígaro", 20 de marzo de 1917.

más por la generosa hospitalidad que se dignó Ud. acordar, en el periódico que con tanto acierto dirige al que estas líneas suscribe y a los radicales que en el momento de la más infame de las traiciones políticas, se encontraron de súbito sin techo radical y casi sin bandera radical. El siniestro autor de la traición consumada en las más oprobiosas condiciones de clandestinidad y jesuitismo, ha sufrido ya la formidable condenación popular y hoy se debate, compasible y miserable en la gehena a la que lo ha arrojado la opinión. Mientras tanto, Ud. señor Director, ha debido enterarse que el partido radical, milagrosamente salvado de la traición ha entrado a un franco e innegable período de reconstitución, y después de la terrible prueba se erguirá más fuerte y más acendrado en la virtud ciudadana y en el amor de la libertad. El partido radical comprende bien que en su corta vida, el mayor daño no se lo ha hecho el adversario conservador o el adversario liberal, con quienes siempre libramos honestas batallas democráticas, sino el traidor oculto en las propias filas y que intentó hacernos sufrir, no una legítima derrota pública, sino una infamante muerte política, al entregar nuestra sagrada bandera. Puedo decir muy alto que no solamente entre las altas filas republicanas sino también entre los más respetables liberales y conservadores se encuentran honorabilísimos ciudadanos que justifican nuestra actitud de partido joven, partido que no intenta otra cosa que mantener pura y sin mucha su autonomía, su independencia y su honradez ciudadana. Y los radicales fieles y honrados nos bastamos con tan altos juicios".

"Hoy que aquella hospitalidad del diario republicano de que he hecho mérito, llega a término feliz, en nombre del partido radical de Bolivia, agradezco reiteradamente al señor director de "La Razón" y a los ilustres escritores que lo colaboran y dejo constancia ante la nación del profundo espíritu de tolerancia que han manifestado con motivo de lo que en un momento se llamó la crisis radical".

El problema no había quedado resuelto sin embargo y Elío no era hombre que se quedara callado. Publicó un artículo sobre las razones de su disidencia y entró en consideraciones acerca de la personalidad de Tamayo y su vida privada. Más le habría valido guardar silencio. La "Crónica de Mari-Castaña" firmada por Tamayo en "El Hombre Libre" es, como libelo, tan despiadada como el "Para siempre" que dedicara 25 años después a Diez de Medina. El subtítulo reza: "Fantasía literaria — Epístola anticuada y polvorienta encontrada en los archivos de la Isla Barataria, en viejo castellano". Después de cada sentencia demoledora se lee la frase de "Ilustre mago, ¿le gusta el escándalo? A mí también!"

Empieza contestando alguna insinuación que había hecho Elío sobre el abandono del hogar de Tamayo — voluntario o forzado— de la primera esposa francesa, a lo que replica Franz en forma sibilina: "Me habla usted de mujeres abandonadas y cree usted que hay infamia en mí. Chato como es usted de inteligencia y más chato aún de conciencia, aparece como lo que es: indigno de comprender la acción de un hombre bastante fuerte y libre para afrontar las mentiras convencionales a que se resignan ciertos maridos y que, en la cobardía o en la impotencia, en pleno siglo veinte, no se atreven a imitar al caballero romano, a quien protege la ley del repudio romano. Yo no. Grande, más grande que la sociedad en que vivo, más grande que las bestiales pasiones de hombres como usted, grande con la grandeza de la conciencia inmaculada y con la grandeza que sólo se encuentra en España y en la Roma de Régulo y Escipión, yo he liquidado mis asuntos domésticos con la misma energía con que he arrojado a puntapiés a todos los ladrones que infestaban mi partido; y así, envuelto en el manto de granito de la probidad silenciosa y jamás vencida, paso mi camino ante las miradas envidiosas de la vermina humana, cuyo más típico representante es usted".

A continuación Tamayo descarta la acusación que veladamente le hiciera Elío, de mantener en el abandono a hijos habidos fuera del matrimonio, retrucándole con la misma moneda: "... el que menos derecho tiene para romper así las reglas de la honorabilidad es usted a cuyo alrededor pulula una generación de hijos que llevan en la frente la misma marca del cretino arribista de quien los engendrara y que están igualmente destinados a ser desplumadores de gentes indefensas. Y en cuanto a lo mío voy a decirle lo siguiente, con toda la entereza del varón fuerte que no se miente a sí mismo, ni miente ante nadie: hombre soy, conozco mis derechos y mis responsabilidades en la vida, exijo los primeros, a precio de la vida si es necesario y cumplo las segundas, como debe cumplirlas todo padre honrado".

Más adelante recuerda las circunstancias en que se conocieran, como estudiantes de Derecho y la admiración que le profesara el joven Elío, estudiante de cursos inferiores. Es el único momento en que la prosa de Tamayo no se mancha de adjetivos infamantes ni terribles insultos, y adquiere por el contrario un bello tono nostálgico: "Yo debo decir que al evocar aquellos años, me sale del corazón como un rumor hecho de añoranzas y de sonrisas muertas. Era la hora de las grandes empresas mentales. Mi vida interior era como un huracán de ansiedades, de esfuerzos y de ideales. Era el tiempo en que febrilmente, el alma nueva y el corazón heroico, libraban las primeras grandes batallas interiores del sentimiento y de la inteligencia. Las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, servían para acumular los rudos materiales de las grandes obras que he emprendido después y que seguiré emprendiendo".

Y después de esta introducción que hace suponer una actitud más conciliadora hacia el contrincante, Tamayo descarga el grueso de su artillería aludiendo a la

visita que la contrita madre de Elío, le habría hecho en cierta oportunidad para lamentarse del maltrato que le prodigaba el hijo, revelando de paso otros episodios familiares igualmente infamantes.

Al concluir, Tamayo se refiere a la entrega que hiciera Elío del periódico "El Fígaro" al régimen liberal y a su intención de formar tienda política propia:

"Aquí aparece algo más grotesco tratándose de usted. Al verse director de la gaceta que había Ud. vilmente vendido al poderoso, hénos aquí una buena mañana con que Ud. había hecho un sueño y pretendía realizarlo. Ud. se dijo más o menos: "Yo que he llegado tan alto a fuerza de adulaciones y prevaricatos, puedo ir aún más lejos. En esta isla de carácter preadámico hay suficientes bobos a quienes embaucar, a los unos con mi astucia y a los otros con la fuerza y la violencia. Debo hacerme el apóstol de la juventud y el maestro de las nuevas generaciones. Verdad es que me faltan ideas pero me sobran uñas; y además si no tengo la pluma, tengo el puñal".

"Oh sueño idílico. Estamos en plena Arcadia, ilustre alquimista.

"Ud. jefe de grupo y de partido, Ud. conductor de almas y oriente de inteligencias, pastor de conciencias y coreuta de espíritus. Francamente si las piedras no han estallado esta vez en una carcajada homérica es porque son piedras. Ud. con mucha mugre por fuera pero con más mugre por dentro, resultó entonces un Thersitos hiperbólico y un Cartoucho piramidal".

"¿Qué fue? Sencillamente que los espíritus realmente libres y grandes lo dejaron plantado a usted en el arroyo y se le fueron riendo o nauseando. No era posible que la juventud más orgullosa y más libre que desde siglos había producido la célebre isla, se dejase conducir por Falstaff. No era posible que los que nacieron apóstoles se sometieran a Judas y reconocieran por jefe a Bertoldo. No era posible que el templo

de las ideas se convirtiese en el prostíbulo de los agachados y que la montaña de los ideales se transformase de súbito en un pira de boñigas. Su pretensión era loca y descabellada; era la pretensión del marrano demente que pretendiese conducir una pléyade de cisnes y de águilas jóvenes...

"Ilustre mago, ¿le gusta el escándalo? Pues a mi también. Esta primera epístola que lleva más de cien hojas (sólo se han encontrado doce truncas) debe terminar aquí. Mientras vengan las demás, a cual más sabrosas, ya estoy esperando desde ahora el nuevo panfleto que me endilgue, donde volverá usted a hablar de mi mujer y de mis hijos. Bienvenidos los panfletos. De usted lo espero todo y estoy muy listo a recibirlo. De mi parte le anuncio que apenas comienzo y no hay miedo. El león no sería el león si temiese a las víboras y a las raposas. En cuanto a mi divisa, héla aquí, ilustre alquimista: "Por cada ojo, dos ojos y por cada diente, diez".

* * *

La reacción de Elío no se dejó esperar. Como se estilaba en esa época, envió el 28 de agosto de 1917 una nota a los señores José Salmón B. y Ezequiel Calderón Salinas, concebida en los siguientes términos:

"Muy estimados amigos:

Ruego a ustedes apersonarse en representación mía, al domicilio del señor Franz Tamayo y pedirle declare si el artículo que publica hoy con su firma en "El Hombre Libre" se refiere a mi persona. Caso de afirmarlo así les encarezco pedirle amplia satisfacción y si se negara a ello, se servirán exigirle reparaciones en el campo del honor".

Ambos caballeros visitaron en efecto a Tamayo en su domicilio, transmitiéndole el encargo de Elío. Con la misma fecha, escribieron una nota a Elío, dando su versión de la entrevista con Tamayo. Dicen así:

"Muy señor nuestro y amigo:

Aceptando la comisión que se sirvió Ud. encomendarnos mediante su carta de la fecha, nos constituimos a las 2 p.m. en casa del señor Franz Tamayo, en cuyas manos pusimos su citada comunicación, para hacerle conocer el objeto de nuestra visita".

"Después de leerla el señor Tamayo nos manifestó: "que él habría deseado dar su contestación por escrito, pero como esto no era lo usual, nos insinuaba le transmitiéramos fielmente sus palabras; que las declaraciones que iba a hacer no se referían en manera alguna a los señores presentes a quienes consideraba sagrados por estar en su casa y que aunque no lo estuvieran siempre los reputaba cumplidos caballeros; volvió a insistir suplicándonos que le transmitiéramos fielmente sus declaraciones.

"Dijo: "que le extrañaba su carta de desafío *porque hacía tres meses que él no tomaba la pluma,* y que sin embargo era víctima de continuos ataques; añadió que por toda contestación a su reto hiciéramos conocer a Ud. estas palabras: "tengo bastantes pongos para hacer castigar a ese bandido".

"El primero de los suscritos expresó con referencia a las primeras declaraciones del señor Tamayo, habernos manifestado Ud. que con motivo de la publicación que hiciera en "El Fígaro" del 24 del presente, esperaba Ud. los padrinos de aquel; y que al presente, en vista del artículo publicado en "El Hombre Libre" asumía esa actitud.

"En cuanto a la contestación concreta al reto, el mismo señor le expresó: "eso quiere decir que Ud. rehuye ir al campo del honor". A lo que el señor Tamayo repitió la frase transcrita más arriba. Considerando cumplida nuestra misión, una vez que el señor Tamayo ha rehuido el lance de honor, nos suscribimos de Ud. sus más atentos y seguros servidores".

La crónica de "El Fígaro", que recoge este cambio de misivas, va encabezada con el titular de "Otro triun-

fo de Elío en el campo del honor", y entre los subtítulos figuran los siguientes: "Un cobarde que queda descalificado para siempre", "Tamayo que no tuvo valor para retar a Elío, rehuye el lance al que éste le invita".

¿Habían sucedido las cosas tal como las cuentan los testigos de Elío? ¿Era la cobardía el móvil de Tamayo? Una primera clave de su actitud debe buscársela en la *Crítica del Duelo* en la que presenta al "hombre de Honor" como un caso patológico, de "sensibilidad extrema, intolerancia ciega y reactividad morbosa", como en efecto es, digno del estudio y cuidado de patólogos y psiquiatras. Su magistral conferencia, como indicamos, data del año 1913, es decir cuatro años antes del desafío que le hacía Elío.

Pero en su respuesta, contenida en "El Hombre Libre", de 30 de agosto, Tamayo muestra que él mismo no es ajeno a esos síntomas patológicos de los que trataba y hacía burla en su opúsculo, puesto que revela que ha actuado como agresor directo en tres duelos; con Carlos Peñaranda Sorzano, con Isaac Eduardo y con un tercero al que no identifica por tratarse de "un respetabilísimo personaje paceño" y añade otra lista de cinco duelos en los que intervino como testigo desafiador. "Todos ellos, retados y retadores, añade, pertenecían a la categoría de rigurosísimos caballeros. Ninguno de ellos es un ladrón escapado de las garras de la justicia".

Parece no haber medida ninguna a las injurias, cuando Tamayo descarga sobre su contendor toda la furia de que es capaz, mojando su pluma en alguna mezcla de arsénico y curare:

"Ahora bien, cierto miserable que se atreve a delirar con la esperanza de llegar a medirse conmigo y que tan orondo habla del campo y ley de honor, ¿podría oponer dos listas de honor como las presentes? Para ello sería preciso muchas cosas: primero, haber vivido entre caballeros de honor y no entre gañanes, porque los gañanes no acostumbran batirse; segundo,

haberse hecho alguna vez capaz de merecer la confianza de los hombres de honor, de manera que éstos se resuelvan a confiárselo; y se ha visto últimamente el uso que ciertos bandidos han hecho de la confianza que se les hizo de derechos y bienes de incautos. ¿Entonces?... ¿Con quién se ha batido jamás el bellaco en cuestión? Probablemente con algún *maquereau* de su especie; ¿a quién ha apadrinado jamás en el campo del honor? Probablemente a algún *pick-pocket* de su mismo calibre. Pero no; yo diré con quién se ha batido en el campo del honor: se ha batido con su madre y la ha reventado a patadas. Toda su lista de honor, toda su página de honor se limita a esta hazaña".

Y para no batirse, Tamayo ofrece a sus lectores, la explicación de que siendo el duelo, un baño de sangre que lava toda mancha, y que estando Elío "muerto moralmente", buscaba con este recurso extremo la "última, suprema puerta de su rehabilitación" que le permitiría la gloria de poder decir un día "por mucho oprobio que lleve sobre la frente, yo el *out-law* de la vida, tengo sin embargo la gloria de haberme batido con Tamayo. Oh no! Sería necesario ser un imbécil para cometer semejante bestialidad. No. Era y es preciso dejar que sin el baño luminoso de la sangre reparadora, el canalla acabe de hundirse en el pantano que lo está devorando desde hace años. Una piedad mal entendida sería tenderle el puente del duelo de caballeros para dejarlo evadirse".

Y concluye la larga crónica intitulada: "La página del honor", con una frase terrible que al boliviano nacido en la sociedad post-feudal de 1952 le parecerá casi increíble en labios de la primera figura de la cultura nacional del último medio siglo. Dice así:

"Prevengo al bellaco en cuestión que por mil años que viva, no encontrará jamás un caballero de veras y consciente de sus deberes, que se resigne a aceptarle un reto en el campo del honor. Y al tiempo apelo.

"Tengo en mis tierras unos seiscientos pongos, más o menos. Permito a cierto bribón que escoja uno para ensayarse en su descabellada ilusión de pretender ejercitar las leyes del honor" [1].

Y en cuanto a los pobres padrinos que sirvieron a Elío, hay dedicada otra nota, en tono de franca chacota, en la misma edición del diario, firmada bajo el seudónimo de Cyrano, en cuya parte final, se da la versión tamayana de la visita que hicieron al director de "El Hombre Libre":

"Los dos buenos amigos, con repuesto de calzones en previsión, se largaron. Llegados a la puerta el uno le dice al otro: "Ché, entrá primero". "No ché, entrá vos".

"Por fin entran, saludan, se sientan, se encogen, se estremecen, sudores fríos recorren sus frentes, las piernas les flaquean.

"Considero que quienes están bajo mi techo son caballeros y sagrados..."

—"Aquí respiran, les vuelve el alma al cuerpo! "Gracias señor!".

"Tengo suficientes pongos para mandar castigar al difamador".

—Sí, señor.

---

(1) A los jóvenes incorporados a la vida social del país después de 1952, les resulta sin duda extraño ya el término de **pongo** y cuanto él significaba antes de la Reforma Agraria. Por eso vale la pena ofrecer la definición que da Alcides Arguedas en **Pueblo Enfermo,** tanto en la primera edición de 1909, como en la tercera de 1936: "llámase **pongo** al colono de una hacienda que va a servir por una semana a la casa del patrón en la ciudad...

El servicio del pongueaje es gratuito y también el aprovisionamiento y el traslado de la taquia. Cuando un patrón tiene dos o más pongos, se queda con uno y arrienda los restantes, sencillamente cual si se tratase de un caballo o de un perro, con la pequeña diferencia de que al perro y al caballo se les aloja en una caseta de madera o en una cuadra y a ambos se les da de comer; al pongo se le da el zaguán y se le alimenta de desperdicios.

Pero el indio no sólo puede ser alquilado sino que tiene la obligación de transportar las cosechas por su cuenta y a riesgo suyo, desde la finca

—Insisto en que deben decirle textualmente al canalla ese!

—Está bien, señor.

—Y además no doy explicación de ninguna especie!

—Es su orden, señor.

Y los padrinos más muertos que vivos, salen llevando por encargo de Zutano un nuevo garrotazo, por si no esté bastante muerto. Llegan a la casa de Fulano y paf! le descargan el golpe.

"El otro salta, pero al fin, hombre hecho a recibir las verdades, fragua la especie de la cobardía, de la corrida, etc., etc.

"Es un precioso cuento y sólo se puede deplorar el papel de los padrinos, dos buenos señores que han querido desempeñar del mejor modo posible, pero que han permitido que Zutano injurie y rete a Fulano y... tan tranquilos a cumplir su encargo. Esto les hará ver que no se debe estar mal acompañado, porque así les sigue de cerca la *jettatura.* Lo que procede de cierta gente, lleva la mancha del oprobio y como esta vez, se traduce en mala leche.

"Este es el cuento o laguna que se le olvidó al cronista de la isla Barataria y que le ayudamos a llenar.

"Una descabellada pretensión!"

El duelo requerido por Elío, huelga decirlo, no tuvo nunca lugar.

---

a la morada urbana del patrón. El traslado se efectúa a lomo de asno o llama y recorre 100 o 150 kilómetros de esta manera. Muchas veces la parte de la cosecha que le corresponde trasladar, traspasa sus medios de locomoción. Entonces hace dos a más viajes, sin recibir retribución alguna ni aún para sufragar sus gastos de alimentación ni la de sus bestias de carga.

El dueño de una hacienda siempre tiene derecho sobre el terreno en que trabaja su colono y puede arrojarlo de él impúnemente aún habiendo sido fecundado con el esfuerzo de toda su vida y sucediéndose en su labranza de padres e hijos, muchas generaciones. Hay indios que excepcionalmente poseen, en propiedad, el terreno que labran, pero van desapareciendo poco a poco, absorbidos por los ricos propietarios.

Con los años, las vidas de Tamayo y Elío se entrecruzaron repetidamente, sin que menguara la enemistad. Elío ocupó la cartera de Relaciones Exteriores en cuatro oportunidades (1927, 1935, 1942, 1948). Desempeñó numerosas funciones públicas y el año 1951, cuando Tamayo había hecho su segundo retiro público, fue candidato a la Presidencia de la República por el Partido Liberal. Sus períodos de ascenso político, coinciden con los de baja de Tamayo y viceversa, como puede verse fácilmente por los años de poder que le tocó vivir. Hábil parlamentario, fue enfrentado deliberadamente por su partido, a Tamayo, cuando éste atacó el Referendum en la Asamblea de 1931, produciéndose un ardoroso debate en el que menudearon los insultos de todo calibre. Fue en una de esas oportunidades que Elío, fuera de sí, espetó a Tamayo:

—¡Usted es un canalla!

Tamayo, olímpico, no recogió el guante pero en cambio saltó de su curul, enfurecido, un fiel seguidor del jefe radical, Joaquín Espada, quien dirigiéndose a Elío replicó:

—¡El canalla es usted!

Y concluída la sesión, le envió sus padrinos con la instrucción de que transmitieran su desafío a Elío, a batirse con dos tiros de pistola cada uno y a quince pasos de distancia. Elío dio explicaciones y pidió disculpas al joven diputado. Tamayo permaneció en silencio.

* * *

No engendra el cóndor grajos
Ni escarabajos!
Da el alma rasgo a rasgo
Su mayorazgo!

Nunca tan cúpidos
Me nacieran discípulos
Ni tan estúpidos!

LA PASION ES UN REINO SOMBRIO

(EL TURNO DE ALCIDES ARGUEDAS)

Lo que les distingue moralmente de los demás no es la proporción sino la mayor cantidad de bien o de mal: Son superiores al grueso de los hombres, no solamente por la energía, la pasión, la amplitud de espíritu, sino también por su orgullo, sus odios y sus exigencias. Prodigan porque dan sin cesar, sin darse cuenta exacta, lo mismo como los pequeños, a su vez, reciben sin cesar... La avaricia, en el sentido propio y en el figurado, le es extraña a la grandeza.

Emil Ludwig

La enemistad entre Tamayo y Alcides Arguedas puede rastrearse en el lejano 1905 cuando Arguedas retorna de Europa (un año después que Tamayo) y se convierte en el abanderado de las nuevas corrientes literarias, agrupando a los jóvenes en el movimiento de "Palabras libres". Lo secundan Abel Alarcón, Fabián Vaca Chávez, Armando Chirveches, José Luis Tejada Sorzano. Tamayo permanece al margen, lo que provoca más de un artículo del jefe del grupo contra los

que niegan su concurso a un movimiento generacional que quiere romper lanzas con el pasado. Al año siguiente, sintiéndose asfixiado por el enrarecido ambiente pueblerino de La Paz, Arguedas vuelve a partir a Francia. Los muchachos de "Palabras libres" a cargo ahora de Tejada Sorzano, lo despiden con pesar, prometiendo seguir la lucha o exiliarse también...

A esa antipatía inicial provocada por la emulación, se añadirían en seguida, razones de carácter ideológico y de sensibilidad. Tamayo no creyó nunca en el naturalismo y el realismo social como escuelas literarias e incluso a un amigo dilecto como Jaime Mendoza, le expresó con una franqueza sin reticencias ni consideraciones lo que pensaba de tales corrientes (a las que estaba adscrito Arguedas).

En 1911 apareció la novela "En tierras del Potosí", de Jaime Mendoza, médico, geógrafo, escritor versátil y maestro de la juventud. Mendoza fue un viajero incansable y recorrió todo el territorio nacional, incluso el noroeste tan desconocido de los bolivianos y que todavía era por entonces "territorio de colonias" y sobre el cual escribiría también una novela, (a diferencia de Tamayo, quien, dentro del país sólo visitó Cochabamba, por breves días). Rubén Darío distinguió a Mendoza, cuando le conoció en París (por intermedio de Arguedas) con el título de "Gorki boliviano", por su novela minera, la primera que se ocupaba de las condiciones inicuas y terribles en las que se desarrollaba el trabajo de los hombres del subsuelo. Envió un ejemplar a Tamayo con una amable dedicatoria, esperando naturalmente, algún comentario. Tamayo le respondió a Uncía (donde Mendoza trabajaba como médico de los mineros) en abril de 1912:

"Mi querido amigo:

"No he podido responder a su última carta por la simple razón de que la política me ha embargado todo el tiempo (escaso ya) que me dejan mis otros negocios. Realmente una avalancha cae sobre su pobre amigo

desde hace tres meses. Esperemos que el 5 de mayo acabarán bien o mal estas molestias".

"Su carta me ha causado el máximo placer. Otra vez he visto por ella cuánto de sólidamente humano y natural hay en usted. Esto es tanto más interesante para mí cuanto que creo que para hacer obra de arte se necesita así una profunda humanidad de sentimiento y una grande sinceridad de expresión. Lo peor, el academismo y el literateo. Pienso en todo esto después de haber leído su libro (recién). ¿Qué le diré de ese paisaje y de aquellas humanidades tan vivamente trazadas y tan tomads del natural? Se entiende, su libro es un buen libro; pero a título de sinceridad invocada para usted como para mí, le diré que, si excelente libro, no es ni será amigo mío. Fíjese que mi padre (gran conocedor de estas cosas) está encantado del nuevo artista; y yo soy el primero en rendir el más sincero homenaje a sus talentos de observación y descripción... pero el libro no me gusta. Primero, desde el punto de vista sentimental y personal, la vida que describe usted, tan profundamente real como es, me hace daño. Dicen que Goethe no podía soportar la vista de las tristezas y las miserias: sin osar comparaciones temerarias con mi humilde persona, yo comparto muy frecuentemente esta sensación del grande maestro. En la medida de lo posible yo aparto mis ojos de todo espectáculo en que la pobreza y la pequeñez humanas aparecen demasiado al desnudo. Talvez me digo: bastantes miserias tengo ya propias para contemplar aun las ajenas. Además esto obedece a una teoría artística y estética toda mía. Pienso que el arte debe *siempre* ser una fuente de energía y vida. Ahora bien, libros como el suyo y como infinitos otros más (mucho de Zola, de Rousseau, de Baudelaire y otros incurables y empedernidos) paréceme que van en derechura en contra de mi concepción del arte. Siempre salgo malferido de la garra de cualquiera de estos artistas. No que rehuya yo, dentro del concepto artístico todo cuanto constituye la humanidad del hombre, esto es, sus debilidades, sus desfallecimientos, sus miserias, pero

es la *manera* de hacer arte con estos elementos, la que me disgusta en ciertos escritores. Vea usted, la cosa es muy delicada de expresar y concretar. Nada hay más terrorífico que el gran dolor y la gran miseria de la tragedia griega, si por miseria se entiende el supremo sufrimiento humano. Pero ese dolor paréceme profundamente sano y el dolor moderno, al través de nuestros artistas contemporáneos se me da que está envenenado y como corrompido. En realidad encuentro en mucho del arte contemporáneo, una profunda fuente de desmoralización de mis propias fuerzas. Salgo ileso y vibrante de las manos de Esquilo y del mismo Corneille, pero las porquerías naturalistas o decadentes (palabras) están en profunda pugna con mi íntima naturaleza. Bien entendido, esto no se refiere a su obra, donde una profunda dignidad de escritor y de artista reina de cabo a rabo del libro. Pero la tendencia está. La tendencia morbosa de hacer el arte por el arte o el arte por la verdad (otra flauta) o el arte por la fotografía, etc. El defecto de su libro es que es demasiado verdadero (esta es una paradoja que le hace a usted saltar...). Fíjese que el arte debe ser un supremo equilibrio. El arte de nada debe abusar. Ahora bien, ustedes, los modernos abusan de la verdad, de la máquina fotográfica y del pantógrafo. ¿Qué necesidad tengo yo de buscar un libro si en él no he de encontrar otra cosa que la vida real? Me contento con esta y dejo el libro; pero si busco un libro es para encontrar seguramente la vida, pero también algo más: ese algo más es el arte humano, es decir algo que crece en el seco campo de la realidad subjetiva pero alimentado de rica y pura sabia subjetiva. A veces la verdad está demás en cosas de arte. La verdad no debe faltar, pero tampoco sobrar. Salvo que Ud. crea todavía en el valor absoluto de la famosa verdad; entonces me callo".

"Inútil insistir sobre ciertos cuadros y caracteres delicadamente trazados en su libro. Hay algunas páginas frescas y dulces realmente artísticas en mi sentido, que parecen oasis en el desierto. Lo curioso es que su libro responde muy bien a las necesidades ar-

tísticas de nuestros tiempos, lo que talvez quiere decir que yo vivo fuera de ellos. Cuando mi padre me preguntó mi opinión sobre su novela, dije: un excelente libro que no volveré a leer. Yo necesito (y al hablar de mí hablo de más de uno de mis contemporáneos y compatricios): por eso hablo) necesito un arte tónico, despertador de energías y educador de la voluntad. No crea sin embargo que pido el arte de Mr. Homais. El arte debe ser la suprema expresión de la salud: *Voila!*".

"Ultimamente me han prestado un libro de versos de un célebre Asunción Silva, colombiano, poeta aplaudido si los hubo y consagrado nada menos que por el ilustre Unamuno. A mí me parece que jamás se ha escrito mayores porquerías. No que al mozo le falte talento y sentimiento; al revés, el mal está en que le sobran, en que, como poeta Silva ni sabe gobernarse ni gobernar su materia artística. Es el juguete de sí mismo cuando debería ser el supremo juglar de los demás; y esto para mí, daña el arte".

"Un último ídolo que hay que derrocar y derruir (no se espante ni me excomulgue) la sedicente *verdad en el arte*. De ello se habla y de ello se abusa; pero en suma nadie le ha visto todavía la cara a ese viejo fetiche. Que hay alguna cosa que por tal se entiende, es seguro, pero que su comprensión es cosa muy relativa a la naturaleza y temperamento de artista, lo es también. Arguedas y Chirveches, entre nosotros me parece que han sido víctimas de aquella ilusión y temo que su obra queda estéril por este lado. Cuidado con la fotografía: es una cosa muy útil y profundamente detestable".

"Adiós querido amigo. Tres mil cosas se me quedan en el tintero. Supongo que mi carta le dirá a usted entre líneas y una vez más cuánto le quiero. No me crea Guelfo ni Guibelino. Exsecro (sic) el pesimismo por impotente y el optimismo por beocio. ¿Me dejo entender? Talvez no; tanto peor para mí.

"Todo suyo *et pour la vie.*

Franz Tamayo".

La respuesta de Mendoza refleja su herido sentimiento por la incomprensión de su amigo y reafirma al propio tiempo, con sencillez y dignidad, su propia posición filosófica:

"No soy un apóstol, ni mucho menos. El ejercicio vulgar de mi profesión ha hecho que me acerque a gentes y cosas de toda laya, inclusive las más feas y asquerosas y sintiendo ante ellas la compasión natural que despierta la amargura y la lacería humanas, escribo, siquiera no sea más que al correr del lápiz, sin cuidarme de la contextura artística, mis rápidos bocetos.

"Por lo demás, querido artista y filósofo, repito a usted lo que le dije en La Paz: soy un espíritu inculto, casi salvaje. Cuando escribo un libro mal puedo sujetarme a cánones que no conozco. En el caso presente, la regla que me he impuesto es ser llano, pedestre y vulgar, para ser comprendido por todos mis semejantes. Si yo quisiera dar salida a ciertas cosas íntimas, usted me comprendería aunque después me combatiese. Pero usted es un bloque monolítico en medio de una pampa; yo quiero hablar a la pampa.

"Leo una frase extraña en su carta. "Si por miseria se ha de entender el supremo sufrimiento humano. . . " Protesto de tal definición. El sufrimiento, y más aún si es supremo es de una gran fuerza, es la reacción de la energía humana ante los golpes de la suerte. La miseria sólo es. . . miseria. El sufrimiento es noble, fecundo en resultados maravillosos, profesor de enseñanzas bellas. Gracias a él, la dicha es más profunda; sin él no se explicaría la alegría ni la vida en suma. El que no sufre es que está muerto, tanto como el que no ríe. Usted pide un arte tonificante, despertador de energías, educador de la voluntad? Entre usted, querido amigo, en ese templo augusto, inmemorial y definitivo donde mora el gran maestro, el dolor; de allí saldrá usted más vibrante, más ágil y más fuerte".

Mendoza concluye su misiva, con un deseo que no tendría cumplimiento:

"Espero que usted, mal de su grado, volverá a leer mi libro sobre los mineros y leerá también otros dos que tengo escritos y que son de corte parecido pues persiguen fines análogos. Digo esto porque usted será legislador y por lo mismo tendrá que consultar documentos, entre ellos mi libro del que Demetrio Canelas ha dicho que "puede ser consultado como un informe notarial sellado y rubricado por un oficial de fe pública" (gracias).

"Presente usted mis respetos a su señor padre y escríbame a Sucre donde voy unos días. Su decidido amigo,

Jaime Mendoza".

* * *

Tamayo y Arguedas nacieron en La Paz en 1879 y ambos, con diferencia de un año publicaron dos de los libros que han tenido más honda repercusión en el siglo XX boliviano: *Pueblo enfermo* (1909) y *Creación de la pedagogía nacional* (1910). Todavía en esa primera obra Arguedas hace de pasada un cumplido a Tamayo, cuando, al censurar la pobreza intelectual de un candidato a diputado, señala: "Si un intelectual cualquiera, el autor de *Proverbios*, por ejemplo, se hubiese opuesto a esa candidatura, habría salido derrotado; y es que el intelectual probo no deja de chocar con el medio ambiente cuando éste es primitivo y de anormales tendencias; pasa ignorado no sólo de las turbas, por lo común inhábiles para comprender, sino hasta de ese elemento semiculto que es la intelectualidad media de un país". En las dos ediciones siguientes, Arguedas quitó este reconocimiento.

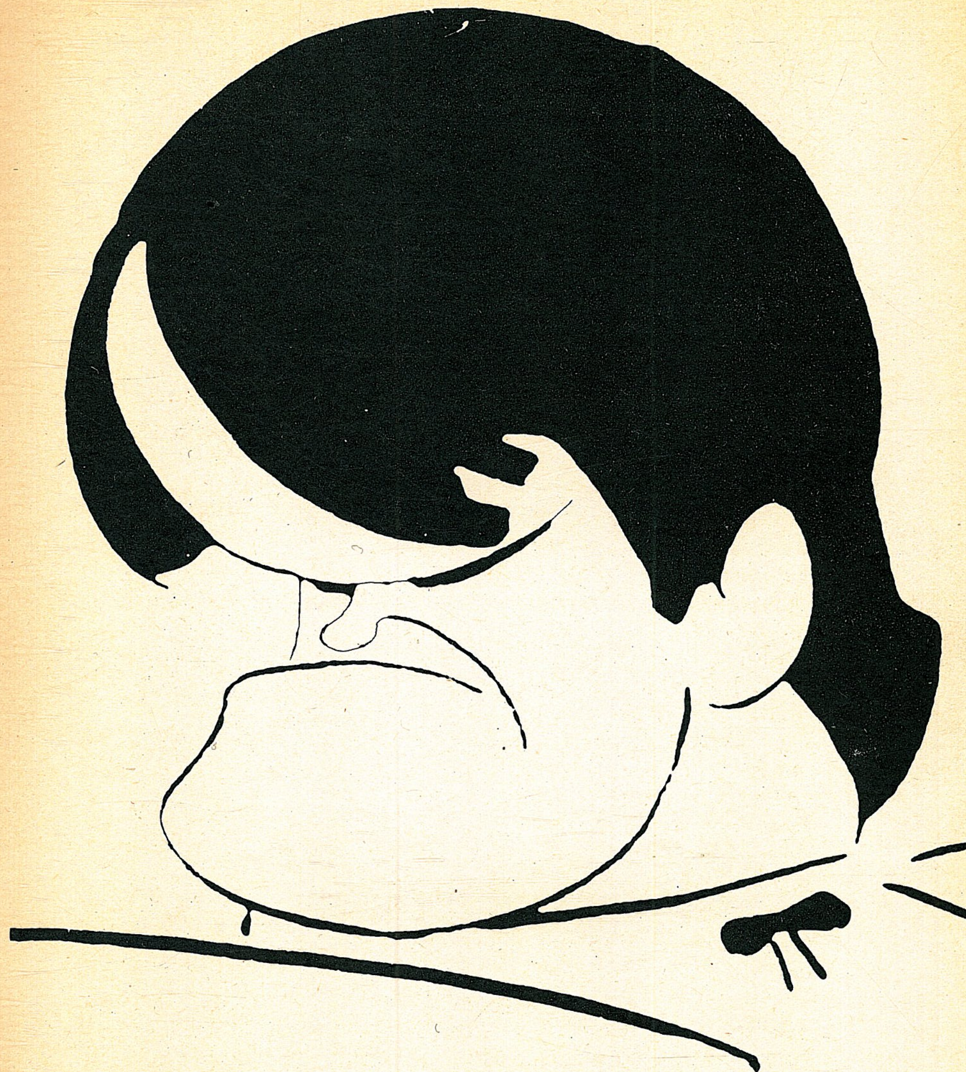
En el año 1926, Tamayo publica en "La Razón" un artículo bajo el título de "Una antigua calumnia", don-

de ya revela su opinión sobre el pensamiento positivista cuyo portaestandarte era Arguedas. Señala al empezar que esa escuela ha sentado la premisa de que el pueblo boliviano, "por ignorante, por impreparado y por sustancialmente inmoral" es el verdadero causante de las desgracias que le afligen, y que por tanto, tiene el gobierno que se merece.

"Ahora bien —continúa— las conclusiones a que llegan estos pequeños difamadores de la raza y de la historia, en toda hora y en toda ocasión han sido desmentidas por aquella historia y por aquella raza. Y dejando de lado consideraciones secundarias se puede avanzar que: en ningún lugar de esta América hispana se da un pueblo más gobernable que el nuestro. El pueblo que en todo tiempo, desde la colonia, ha respondido siempre a todos los llamados de la ley, frecuentemente injustos, y dado en silencio cuanto de él se exigía, no puede sufrir así, sin prueba, el grave cargo de incapacidad democrática. ¿Y qué es lo que una democracia superior pide como un mínimum a un pueblo dado? — Sólo dos cosas en un concepto general de obediencia a la ley: el trabajo en la paz y la contribución de sangre en la guerra; y el pueblo boliviano ha respondido siempre a esas dos exigencias en un grado en que probablemente no será superado por ningún otro en nuestro continente. Pueblo minero y agricultor e industrial, de industrias extractivas, su esfuerzo en las entrañas de la tierra y en los campos huérfanos de toda maquinaria, y en los salvajes bosques de gomas y de quinas, su esfuerzo digo, es tal que puede afirmarse que constituye y forma la total riqueza privada y pública del país. Nada hay que decir de su periódica contribución de guerra en la defensa de la patria".

Pero si no es el pueblo el responsable del atraso del país y de la quiebra de las instituciones democráticas, ¿dónde hay que buscar la falla?

Tamayo la encuentra en la clase dirigente: "los gobernantes de siempre que al contrario del pueblo,



Tamayo visto por A. Lazarte, en la revista "La Sierra" del Perú, 1927.

jamás hacen su deber, jamás están a la altura de su vocación, con rarísimas excepciones. Y no deseo detenerme con pluma cruel en los detalles mismos del gobierno, en sus diversas especialidades a donde casi nunca va un hombre que verdaderamente se sacrifica. Prefiero como labor más grata y para señalar que la raza dá de sí lo que debe, decir que en nuestra historia nunca falta un Bustillo, un Frías, un Campero que resultan honra no de Bolivia, sino de la especie".

Hay como una acusación velada a las oligarquías, cuando a continuación Tamayo se duele de que esos hombres excepcionales casi siempre están fuera del lugar que les corresponde: "¿Es talvez porque siempre la democracia electiva no los conoce, porque el pueblo no sabe encontrarlos y reconocerlos? No. Siempre hay una mano bastante poderosa que sabe apartarlos del poder y empobrecer así toda acción pública a menudo en momentos de mayor urgencia y de peor responsabilidad".

Y al concretar su pensamiento, Tamayo, responde al autor de *Pueblo enfermo* sin llamarlo por su nombre:

"Avenimos pues a que cuando entre nosotros la democracia se desnaturaliza y trae las desgracias consiguientes no es el pueblo hacia quien hay que volverse buscando un culpable y pidiendo una responsabilidad. Esa vieja calumnia de inculpar al pueblo, así en globo y sistemáticamente por todos nuestros fracasos democráticos, buena está para cubrir las deficiencias propias o para embaucar la necesidad ajena y extranjera. Bien es verdad que la difamación de Bolivia es el pan de que vive más de un pobre diablo y además eso es útil a nuestros enemigos de fuera".

"Es pues lo que se puede llamar la clase gobernante y en medio de la cual recolectamos nuestros políticos, la que debe ser llamada a cuentas en el caso".

Y sobre el envilecimiento de esa clase provocado por las ambiciones bastardas de algunas facciones, Tamayo hace una reflexión final:

"Hay que advertir que esa clase de gobernantes organizada en partidos políticos y facciones, es la primera en sufrir cuando en Bolivia se presenta una situación de fuerza, de ilegalidad y de antidemocracia. Cuando alrededor de algún demagogo se agrupan algunos hombres y a veces algún partido mismo, las consecuencias próximas y lejanas acaban siempre por afectar hondamente a ese grupo o a ese partido que ciega y voluntariamente han contribuído a corromper la democracia. Y resulta que aquella ilusión del egoísmo humano que se cifra en la usurpación del poder, acaba al final por beneficiar sólo a muy pocos —las cabezas de la usurpación— y que en última liquidación, con la ruina popular queda también envuelta la ruina de los grupos y de los partidos" [1].

En 1932 aparece *Scherzos* y sin necesidad de que se identificara a quién iba dirigida, el público maledicente saboreó esta letrilla que bajo el título de "El Filisteo" solamente podía tener un destinatario:

Tu historia son historias,
tu cuenta cuentos.
Disfraza de aspavientos
tus pepitorias
la musa camba
más no tu castellano
. . . de Churubamba!

Arguedas en efecto, había publicado ya su gruesa *Historia de Bolivia* cuya edición financió Simón I. Patiño y la "musa camba" a la que alude Tamayo, es naturalmente don Gabriel René Moreno, tipo de hidalgo español rezagado, que amó a Bolivia con pasión pero denunciando sus fallas y carencias, y acusando de ellas —como a su turno habían hecho ya los cronistas de indias— al elemento nativo, o más propiamente al indígena y al mestizo de la altiplanicie. Los prejuicios

(1) "La Razón", 6 de Junio de 1926.

racistas empañaron la visión científica y la ponderación histórica de René Moreno, como sucedería también con Arguedas, de manera que la estocada de Tamayo fue certera, como lo fue también la alusión a la poca pulcritud con que a veces Arguedas manejaba el idioma, cual si escribiera a la manera de los habitantes del popular barrio paceño. Los méritos de Arguedas como escritor son otros a pesar de los aludidos descuidos gramaticales, pero la seguidilla tamayana apuntó a dos flancos evidentemente débiles. Hizo más Tamayo: en la legislatura de 1933 se opuso a la iniciativa lanzada por el diputado oriental Crisanto Valverde para que el Estado editara las obras completas de René Moreno, alegando que el polígrafo cruceño había sentado escuela de difamación en el país. Y añadía: "Otros sin el talento de él pero sí más tontos o viles, se han dado a la tarea de acrecentar el vilipendio en gruesos volúmenes que felizmente van firmados por su autor, para su eterno oprobio seguramente".

Vale la pena una digresión sobre el desafecto de Tamayo hacia René Moreno, cuyo alto sitial en la cultura boliviana del siglo XIX es ya indiscutible. No se trataría tan sólo de un problema temperamental, del enfrentamiento de dos personalidades igualmente vigorosas pero opuestas diametralmente en su acercamiento a los problemas bolivianos y particularmente al punto que fue y es todavía central en el debate ideológico boliviano: el aporte negativo o positivo de la raíz indígena. René Moreno, imbuido por el evolucionismo y el positivismo en boga en su tiempo, fue un denigrador de cholos e indios a quienes, con prejuicio de descendiente directo de los conquistadores, consideraba frutos raquíticos, viciados y francamente negativos para la nacionalidad.

La reacción de Tamayo, fervoroso defensor del legado indio, era pues comprensible. Pero había algo más, según ha revelado Carlos Medinaceli: Tamayo no habría perdonado nunca al inflexible y severo René Moreno, las censuras que éste hiciera a su padre Isaac,

por la colaboración que prestó a Melgarejo, colaboración que lejos de crear algún sentimiento de culpabilidad, lo llevó por el contrario a escribir la única obra, de defensa de un régimen universalmente excecrado.

* * *

Asi las horas graves
Filtran un mal impune
Que sangra, y no razona
Que no perdona, y mata.

* * *

Y volvamos ahora al duelo verbal con Arguedas. El autor de *Raza de bronce,* alcanzó una celebridad internacional que nunca tuvo Tamayo. En sus años en París, llegó a ser conocido y apreciado por los intelectuales americanos del 900 agrupados en torno a la *Revista de América* que animaba Ventura García Calderón. Ramiro de Maeztu le prologó *Pueblo enfermo,* Rafael Altamira su *Raza de bronce* y Miguel de Unamuno escribió también ocupándose de su obra. Mientras Tamayo sacaba a luz, por su cuenta y en La Paz, ediciones modestas de sus libros que pocos leían. Arguedas encontraba editores solícitos que le publicaban sus escritos en España y que los distribuían allí y en el nuevo mundo. Durante décadas, el nombre de Arguedas fue el más apreciado fuera y dentro del país, mientras a Tamayo le conocían unos pocos espíritus selectos y su única obra que alcanzó una reedición (a cargo del autor) fue *La Prometheida,* en tiraje que no pasaba de mil ejemplares. En tanto *Pueblo enfermo,* con su mensaje derrotista y su terapéutica lindante en lo pueril, era ampliamente comentada y elogiada en el exterior (a veces por razones bastardas como sucediera en Chile y el Perú, donde se creyó encontrar argumentos en favor de la desaparición o el encierro indefinido de Bolivia a título de su presunto envilecimiento nacional) *Creación de la Pedagogía nacional* que planteaba la reafirmación de las esencias raigales de la naciona-

lidad, el orgullo en las capacidades del nativo y la fe en la infinita expansión de la fuerza y de la vida, como credo que debía grabarse en todas las escuelas, tardó mucho en ser apreciado y comprendido, en el propio país.

Asumiendo la defensa de su novela *Raza de bronce* y de su propio credo estético, volcado a lo vernáculo, Arguedas arremete contra Ricardo Jaimes Freyre y Franz Tamayo, sin necesidad de nombrarlos: "En lugar de las walquirias —dice— de cabelleras blondas o de las diosas de la mitología griega, yo evoque la áspera greña de nuestras indias hurañas y fuertes; en vez de los líricos ruiseñores seguí el vuelo de los cóndores; en lugar del vino bohemio de las rondas peninsulares o del cuartier, abrevé el agua sacudida de nuestras corrientes".

Y en dos libros sucesivos, Arguedas toma su venganza. En *La danza de los sombras* (escrito en Bogotá pero editado en Barcelona en 1934), hace mofa de Tamayo, sin mencionarlo: "En otros pueblos desgraciados que no tienen la cultura de Colombia —dice—, pasan cosas de índole curiosa porque se ve a tramoyistas y saltimbanquis intelectuales que hacen cabriolas en torno a los políticos de fuste, llamándolos "flor de la raza" y denigrándolos luego porque el político no supo premiar su vileza con un cargo; se ve a simuladores cínicos y sin sentimiento del ridículo que pregonando nutrirse únicamente con Goethe, Shakespeare, Dante y Virgilio y saber cómo pensaban los griegos de tiempos de Pericles, o cómo es el inglés de hoy, obran como los peores canallas y no saben todavía que ciertas cosas no se hacen o no deben hacerse; a descastados que sufren la fatalidad de su herencia malsana, porque, descendientes de conquistados y de gentes de servicio, no pueden ni deben obrar con altura ni elevación en ninguna circunstancia".

Y el odio llega más allá de la tumba, cuando en un extracto, de los numerosos volúmenes de memorias que dejó Arguedas para que se publicaran a los cin-

cuenta años de su muerte, extracto que bajo el título de *Etapas de la vida de un escritor,* apareció en La Paz, en 1963, arremete otra vez contra su viejo enemigo: "comediante que durante toda su vida no ha hecho otra cosa que fingir actitudes, lanzar frases impresionantes, pero que no ha obrado nunca con generosidad y desprendimiento. Toda su vida, no ha hecho otra cosa que ensayar posturas espectaculares, lanzar grandes frases y apropiados puntapiés sobre las nalgas de otros tan mentecatos y vanidosos como él, y esta su habilidad en las patadas le ha creado un ascendiente que pocos escritores han tenido en este país desmemoriado y desorbitado".

* * *

Te dio escorpiones las que creiste hormigas
Tu apolíneo desdén desengañado,
Y zarza atroz las que sembraste espigas.

* * *

¡OH TERRIBLES EDADES DE GLORIAS Y MALDADES!

(LA LEY CAPITAL)

A veces se aunan las condiciones del profeta y aún las del mártir con las del jefe de Estado.

Emil Ludwig

Profundo era el menosprecio de Tamayo hacia los gobernantes que se creían providenciales y en su empeño por conservar el poder o transmitirlo a sus validos, arrasaban con las endebles instituciones de la República. La fórmula del radicalismo como él la entendía, se basaba en la desconfianza hacia las revoluciones y la esperanza en las instituciones cuya estabilidad, sabiduría y fuerza contendrían todo intento de "banditismo" gubernativo.

Era proverbial su aversión a las dictaduras internas o foráneas. En abril de 1926, en "La Razón" publica un artículo juzgando a "Los hombres de acción" que surgen "como en ciertos mares el tiburón y en nuestros ríos selváticos el yuracaré" pero que no aparecen cuando los partidos políticos se crean y desenvuelven bajo

figuras patricias, sino cuando llegan al poder. Es entonces que los hombres de acción disputan el poder, primero a sus partidos y luego a la nación. A título de mayoría, "el partido de gobierno comienza por devorar a la nación para acabar a su turno devorado por su jefe—el hombre de acción" asienta Tamayo. Y explica que ello es posible solamente gracias a que el patrimonio de todos, que es el poder y el dinero público es puesto al servicio de la criminal empresa:

"Llegamos pues un poco a saltos, como pide la prensa, al instante en que el hombre de acción está ya en el poder, y aquí encontramos ya la sombría aventura tantas veces repetida en nuestra historia de cien años. El gobierno del hombre de acción es la cancelación franca o no franca de la luz. Fronteras, finanzas, derechos privados y públicos, instituciones múltiples, aspiraciones de las clases sociales, tentativas doctrinales de los partidos, la vida toda de la nación queda pendiente por años de la sola voluntad del gobierno. ¿Parlamento — Judicatura? — Como si no existieran, o peor, porque es de principio en el Capitolio mismo donde se hacen, o mejor, se deshacen ambas instituciones ya que para obtener un mandato o una magistratura es preciso haber pasado primero por el juramento de servidumbre al amo y llevar en la frente muy visible ya el sello de infamia ciudadana. Y la máquina comienza a moverse.

"Hojead un poco la historia: donde hay una gran acción gubernativa, una acción trascendente y casi siempre trágica para nosotros, allí está la mano exclusiva del hombre de acción. Grandes tratados de límites con el Brasil o Chile de gravísimas consecuencias posteriores, es el hombre de acción; guerra del Pacífico, océano de males insondables aún, es el hombre de acción; venta de territorios que parecen pequeñas repúblicas por lo extenso y valioso, —es el hombre de acción, inversión descabellada de fabulosas sumas de dinero, precio de la sangre o del patrimonio nacionales, — es el hombre de acción — contratos ya constitudinariamente llamados **leoninos** y que significan la hipoteca secular de la patria, — es el hombre de acción; pactos o tentativas de pactos que son la traición misma por significar la entrega de Bolivia al vencedor de ayer, y al enemigo de siempre — es el hombre de acción".

A continuación, Tamayo contrapone a tales sujetos con los "magistrados de veras, hombres de derecho, de paz, de virtud y desprendimiento a quienes se niega el poder. Al argumento de que esos hombres de acción fueron grandes hombres a quienes no les acompañó la suerte, replica Tamayo:

"No es cierto. Estos nuestros pro-hombres sólo lo son mientras mantienen el vergajo del poder en la mano. Apenas cualquier vaivén político los ha arrojado al suelo, vuelven a ser aquellos que habían sido antes de asaltar el poder: pobres hombres sin acción, sin palabra, sin pensamientos y hasta sin una animal gratitud a los amigos de ayer. Volveos un poco retrospectivamente: ¿De cuál de aquellos minúsculos **rois en exil** ha venido jamás aquella tierra de jauja a la que van generalmente a acabar, de cuál ha venido una sola idea financiera o industrial, un solo plan diplomático, un solo proyecto institucional, una sola palabra que pueda considerarse semilla fecunda para la pobre patria que tanto habían maltratado? Todo lo más que hemos visto es el atisbo astuto y vulpino en vista de recobrar el poder, a veces también, la tentativa misma de lo mismo, pero ello acaba en veces en un despertar o mejor dicho, en aquel trágico dormirse para siempre en Uyuni...".

Y concluye afirmando que el pueblo boliviano, "fatigado de una fatiga secular al través de generaciones, ya no desea héroes ni paladines, mesías y salvadores en el poder", sino simples magistrados.

Cuando la mayoría de los políticos y de la prensa europea, consideraban a Mussolini un extraordinario estadista, en una entrevista concedida a la revista limeña "Amauta", Tamayo expresó una opinión que hoy día quizá es universalmente compartida pero que en su tiempo parecía un anatema, cuando no una impertinencia:

"Mussolini me parece un analfabeto temible, ficha de manicomio y de casa de corrección a la vez. Es temible porque detrás de él se mueve casi toda Italia enardecida y como embriagada. No hay que olvidar que Italia todavía cuenta entre las naciones más cultas y

más viejas del mundo. Presiento que la ruina de Mussolini será también la ruina de Italia, al menos por mucho tiempo. El todo a breve plazo, desgraciadamente".

E interrogado sobre el dictador español de ese tiempo, escogió la vía del desprecio:

"¿Primo de Rivera? Ni una palabra más después de lo dicho por el gran Unamuno. Si no fuera el respeto que todos debemos a España, sería como una ofensa personal hablarse a uno en serio de Primo de Rivera".

Y cuando el periodista le tocó el tema de Sandino y su heroica lucha en Nicaragua, Tamayo concluyó la entrevista con estas palabras:

"¿Que qué pienso del yanquee y Nicaragua? Poca cosa. Un solo presentimiento me asiste y es que el yanquee habrá de pagarla muy caro algún día".

* * *

Con fecha 30 de junio de 1930 circula en las calles de La Paz, un manifiesto que contiene únicamente un "Proyecto de Ley Capital" —tal el título del documento— con el siguiente subtítulo: "Que será presentado a la consideración de la próxima Asamblea Legislativa que la Excma. Junta de Gobierno ha anunciado convocar". — Es su autor el ciudadano Franz Tamayo que tiene la intención de solicitar el mandato popular para el objeto".

El Proyecto de Ley, está concebido en apenas siete artículos, y las reflexiones numeradas alcanzan a 14.

El articulado es el siguiente:

"Artículo primero.— La República instituye la Ley Capital como fundamento de toda democracia.

Artículo segundo.— La Ley Capital consiste en el derecho individual que asiste a todo ciudadano de tiranicidio y punición sobre el tirano y sus cómplices.

Artículo tercero.— No hay derecho de tiranicidio cuando la Ley Capital no ha sido previamente declarada en vigencia. Sin esta declaración todo acto violento es un crimen común y justiciable.

Artículo cuarto.— Tienen derecho de declarar vigente la Ley Capital el Jefe o Jefes reconocidos de la oposición que en caso de tiranía son los verdaderos Jefes de la Nación.

Artículo quinto.— La fórmula en su caso será: "en nombre de la nación tiranizada, declaro (o declaramos) vigente la Ley Capital".

Artículo sexto.— La vigencia de la Ley Capital significa declarar la beligerancia civil de la nación. Desde ese instante, toda resistencia pasiva o armada contra la autoridad ilegítima es justificada.

Artículo séptimo.— Como en la República griega de Atenas, la recompensa para el héroe libertador será la estatua en vida en el seno mismo del parlamento nacional".

Las reflexiones numeradas que aparecen a continuación podían servir, en opinión del proyectista (que afirma en una nota final que son el extracto de un libro sobre el mismo tema "hace tiempo escrito y destinado a contribuir a la redención del más noble y del más triste de los Continentes) como considerandos de la nueva ley:

1º.— En todo país civilizado el parricidio y la traición a la patria se castigan por el código con la pena capital. En América, la tiranía que identifica y aúna ambos crímenes y es más funesta y nefasta que los dos, se ejercita y practica en plena impunidad, y aun se premia con el pacífico goce de las riquezas robadas a la nación como en el caso de Porfirio Díaz y Cipriano Castro.

2º.— La democracia no es el gobierno del pueblo por el pueblo, como erróneamente se dice, pues ello significa una tautología y una contradicción absurdas. La democracia significa el predominio regulador del pueblo sobre todo gobierno; y tal predominio será siempre mentido si una institución científica y jurídica no

pone en manos del pueblo un instrumento de verdadera regulación política. Ya se sabe cómo los tiranos y las facciones pueden anular todos los procedimientos que la ley ha imaginado hasta ahora y que hacen posible ese dominio regulador tales como el sufragio popular, los juicios de responsabilidad, etc. El fraude y la fuerza han burlado siempre el derecho original y democrático del pueblo. Etimológicamente, democracia significa en griego pueblo (demos) y dominar, ser fuerte (kratein), lo cual es muy distinto de gobernar o hacer función gubernativa. Los pueblos no pueden gobernar; pero sí pueden controlar a sus gobiernos, deben hacerlo. En nuestra América y después de un siglo de dolorosas experiencias, la más eficaz manera de hacerlo fue enseñada por Harmodio el griego.

3º.— Las grandes democracias de Europa, Francia e Inglaterra no han encontrado mejor cimiento para sus edificios democráticos que dos cabezas de reyes que significaban la autocracia y la tiranía secular. Desde el Estuardo y el Borbón jurídica y judicialmente decapitados, se puede decir que hay democracia en Inglaterra y Francia, mal grado los momentáneos eclipses de la misma.

4º.— Cuando la democracia está amenazada de destrucción por las muchedumbres, la ciencia del derecho ha puesto un instrumento en manos de los gobiernos para salvarla, —son los estados de sitio que significan una apelación a la fuerza pura. Pero cuando la democracia está amenazada o destruída por los gobiernos mismos ¿qué instrumento han puesto la ciencia y la ley en manos de los pueblos para defender o restablecer la democracia destruida? — Hasta hoy ninguno. Ese siniestro vacío de la ciencia y de la ley debe colmarse con la Ley Capital.

5º.— Las revoluciones libertarias como la boliviana de 1930 sólo son posibles en pueblos de almas sublimes como el boliviano, y aun así mismo no siempre triunfan. Es así cómo se ve nobles pueblos de América gimiendo durante decenios bajo el mismo tirano o bajo la misma tiranía, sin poder sacudirla nunca, porque cada tentativa es siempre ahogada en sangre por la monstruosa potencia técnica de los armamentos. La Ley Capital es la búsqueda de un recurso y de una fuerza que superen prácticamente esa enorme prepotencia material de los armamentos. Ese re-



Caricatura de "Ultima Hora", 5 de noviembre de 1931.

curso es la acción individual y genial del ciudadano, y esa fuerza es la oceánica voluntad colectiva de los pueblos.

6º.— La Ley Capital persigue la abolición de todas las revoluciones colectivas y populares y entrega la liberación de los pueblos al cálculo y a la audacia de uno solo o de pocos, como entre los héroes de Tucídides. No más necesidad de sacrificios colectivos en que caen millares de ciudadanos, ancianos, mujeres y niños, todos inocentes. No más revoluciones que forzosamente arrastran la bancarrota de la economía pública y privada. No más incertidumbre de los resultados siempre azarosos en medio de nuestras subversiones de las que casi siempre salta un nuevo tirano. No más entregar el destino de los pueblos al golpe aleatorio de los hechos imprevisibles y violentos. No más anarquía popular, no más tiranía gubernativa.

7º.— La Ley Capital es la primera tentativa del nuevo Derecho público americano. No más plagio del europeo ni del yankee. Democracia nuestra para nosotros.

8º.— En el caso jurídico concreto, la verdad absoluta es ésta: el pueblo es lo más, el gobierno es lo menos. Miente contra la democracia quien diga lo contrario.

9º.— La Ley Capital hará ya posible la cooperación y el equilibrio cogobernativo de las oposiciones con el gobierno. No más el espectáculo infame e infamante que hemos siempre visto de presidentes de la República que tratan a los Jefes de oposición como a reos desaforados sin ley ni rey y los cubren de ultrajes, de palabra y obra. De tal día en adelante, si los gobiernos decretan los sitios injustificados (atentado universal en Bolivia), las oposiciones podrán decretar instantáneamente la Ley Capital. Y aquí apunta la aurora de la nueva democracia americana.

10º.— La Ley Capital no es una ley constitucional sino una ley ultraconstitucional, esto es una ley, una institución jurídica imaginada por la cienca política para restaurar o reponer la Constitución democrática cuando ésta ha dejado de ser por el crimen de la tiranía. La Ley Capital es una ley preconstitucional y ultraconstitucional.

11º.— Una de las fallas de la ciencia del derecho toca a la previsión, la reglamentación, la humanización de la guerra civil.

Como está tratada y ordenada la guerra internacional por el Derecho de Gentes, la ciencia debe tratar de la guerra civil que al decir de un gran publicista francés es la única guerra lícita y legítima. En verdad, hoy el derecho de guerra civil está como negado por la ciencia, tal es su silencio; y justamente se trata del derecho de que más se ha usado y abusado por los hombres, desde que hay sociedades políticas. Esta contradicción de la ciencia debe dejar de ser. La Ley Capital es el primer paso hacia ese gran progreso jurídico.

12º.— La Ley Capital es la sola esperanza para alcanzar pronto el verdadero sufragio plebiscitario. Cuando los gobiernos que son los únicos destructores de la democracia en América obtengan por fraude y mantengan por fuerza el voto popular, la Ley Capital estará para rectificarlos instantáneamente. No más espectáculo de un presidente que a palos y fraudes regale la República a un cómplice, a un presidente suplente, que le guarde el poder para la hora de las reelecciones.

13º.— Bajo el régimen de la Ley Capital, no más censura y mordaza de prensa, que es el signo más típico y propio de toda tiranía.

14º.— Bajo el régimen de Ley Capital, no más entrega de las soberanías americanas en cambio de un puñado de oro extranjero e inverecundo.

* * *

¿Era la propisición Tamayo, tan desorbitada como para no tomarla en cuenta o escapar de ella por el fácil sendero del humor? De 1930 a esta parte, el mundo ha visto la entronización en el poder de paranoides que han causado indecible dolor, sin que exista modo de librarse de ellos, salvo la enfermedad y la muerte natural, o como en el caso de Hitler, una guerra devastadora con millones de víctimas inocentes y la destrucción de media Europa.

Tamayo cita en su proyecto, los casos de Porfirio Díaz de México y Cipriano Castro de Venezuela. Ambos en efecto, fueron déspotas repulsivos. Pero sus gobiernos despiadados, en la perspectiva histórica, que-

dan empequeñecidos por las hazañas de sus sucesores en América del Centro y del Sur. A Castro siguió Gómez que hacía colgar a sus adversarios políticos de los testículos hasta que reventaban y se desprendían en un lago de sangre. Lo que ha sucedido en estas décadas en las mazmorras y los campos de concentración a lo largo del continente, donde las policías políticas de los dictadores han cebado en los presos, los más bajos instintos de su bestialidad, no es fácil de describir y tampoco es éste el momento de hacerlo. El mundo se ríe de Idi Amin Dada y lo encuentra pintoresco sin pensar que detrás de cada mueca del gran gorila hay varios asesinatos y que cada una de sus sonrisas de hiena esconde un genocidio. Y los latinoamericanos que se divierten con las hazañas del dictador de Uganda harían bien en pensar que muchos de sus propios mandatarios podrían competir con méritos propios en una competencia de ferocidad y sevicia, con el monigote africano.

¿Y cómo se defienden, cómo pueden defenderse los pueblos ante el abuso, el atropello, la violencia que vienen de arriba? ¿Qué puede hacerse ante gobernantes que cambian las reglas de juego a su gusto y se creen imprescindibles o gobiernan "por la gracia de Dios" como el gallego que descansó sus posaderas por cuarenta interminables años sobre los sufridos hombros del pueblo español?

¿Qué puede hacer la humanidad atribulada ante la presencia omnipotente de paranoides como Hitler y su pandilla o Stalin y la suya? ¿Quién garantiza de la estabilidad mental de gobernantes en cuyas manos se halla la posibilidad de ordenar el uso de armas nucleares, químicas y bacteriológicas?

Es esta una cuestión que desvela a políticos y psiquiatras de los países desarrollados. Un libro publicado en Francia [1] ha puesto al descubierto la serie de

---

(1) **Aquellos enfermos que nos gobernaron**, Plaza & Janes S.A., Editores, Barcelona, 1977.

enfermedades que han sufrido gobernantes como Roosevelt, Wilson, Harding, Eisenhower, Kennedy, Johnson, Nixon, Hitler, Mussolini, Churchill, Salazar, Franco, Adenauer, de Gaulle, Pompidou, Motta, Pio XII, Lenín, Stalin, Kruschev, Breznev, Eden, Nasser, Chou En-Lai y Mao Tse Tung. Prácticamente no queda fuera de la lista ninguno de los "grandes" que han manejado los destinos del mundo en estas últimas décadas. Escrito por el periodista Pierre Accoce y el médico Pierre Rentchnick, esta obra sobrecogedora por sus revelaciones e implicaciones describe las graves dolencias corporales y mentales que padecían estos hombres cuyas decisiones moldearon la suerte —la mala suerte— de la humanidad. No solamente se detienen en revelar la histeria de Hitler y la neurosífilis de Mussolini, sino también las enfermedades que paralizaron la voluntad y nublaron el entendimiento de quienes deberían haberse enfrentado a tiempo a esos monstruos para evitar el holocausto de la II guerra mundial: Chamberlain, Daladier y el general Gamelin. El libro plantea un interrogante: la licitud de que los médicos que atienden a los gobernantes mantengan el secreto sobre la enfermedad de sus pacientes, poniendo en riesgo la vida y la seguridad de los gobernados. No puede confiarse en el juicio de los propios gobernantes sobre su estado de salud pues voluntariamente se auto-engañan y naturalmente no se ha dado el caso hasta hoy, de un desequilibrado mental que reconozca su penosa condición. El Dr. Moran, médico personal de Churchill, consciente de que el Primer Ministro ya se hallaba totalmente inhabilitado para seguir gobernando, pese a los pedidos de la familia del estadista que le reclamaba que le obligara a retirarse del gobierno, temiendo que hiciera algo que afectara a su reputación manifestó que el asunto no le concernía: "Porque yo sabía a ciencia cierta: si se retiraba tendría la impresión de que su vida había acabado para siempre y sería muy desgraciado por haber perdido su razón de ser. Siendo su médico era mi deber retardar este día todo el tiempo que pudiera".

Lo que no confiesa Moran y lo racionaliza de manera tan tonta es que los médicos viven también en la atmósfera del poder y se sienten halagados de atender a sus ilustres enfermos. Más les preocupa en consecuencia, perder sus canonjías que hacer un servicio a la colectividad.

Y hay que desengañarse: fuera del caso de Eden que "por motivos de salud" renunció al gobierno después del descalabro de Suez, y de Harold Wilson que también se alejó voluntariamente del poder, sin explicar las razones, al haber cumplido 60 años de vida, no hay otros ejemplos, cualquiera sea el régimen, capitalista o comunista, de algún gobernante que haya vuelto a la vida privada por enfermedad. Ya no se dan Cincinatos en esta época en la que el poder actúa como una droga tóxica: Woodrow Wilson se hallaba tan incapacitado al final de su gobierno, que el timón estaba en manos de su esposa; Roosevelt llegó acabado a la reunión de Yalta, donde, como era lógico, se impuso la voluntad de Stalin; en plena crisis de los proyectiles soviéticos instalados en Cuba, Kennedy se pasaba media jornada tendido en cama con una grave afección de las glándulas suprarrenales... la lista sería interminable. Naturalmente, con el paso de los años, todas las dolencias se agudizan y llegan a afectar el equilibrio psíquico y la conducta. Cosa que no preocupa a los actores del drama pues el gobierno es hoy día, en muchas latitudes de la tierra, manejado por los provectos. No hay gerontrocracias más sólidas, que las comunistas: los más jóvenes estadistas en China o Rusia bordean los 70 años.

Algo se hace en Estados Unidos para investigar el estado físico y mental de los aspirantes a la Presidencia y Vicepresidencia, como lo demuestra el caso Eagleton, vetado de la fórmula demócrata por haber pasado una temporada en una clínica de reposo, o el caso de Goldwater cuyas declaraciones en televisión a favor del uso de armas nucleares, hicieron pensar justamente al electorado norteamericano, que estaba fue-

ra de sus casillas. De ahí el pedido de las Asociaciones médicas para que los candidatos se sometan periódicamente a exámenes psiquiátricos. Pero, ¿y después de ser elegidos? El aura del poder envuelve también a los complacientes facultativos que prefieren hacer la vista gorda sobre el estado real de sus ilustres pacientes o la gravedad de síntomas que pueden llevar a un descalabro universal. Y así en el resto del mundo.

La cuestión pues, va más allá de la pregunta formulada por los autores de *Aquellos enfermos que nos gobernaron,* sobre todo cuando se trata de regímenes atrabiliarios que no conocen más límite que el de su propia vesanía.

Así lo entendieron los héroes del 20 de julio de 1944 que trataron de matar a Hitler en su cuartel general. El tirano salvó la vida por un pelo y dirigió personalmente el espantoso ajusticiamiento de los conspiradores. Pero hoy la Alemania democrática, ha erigido un monumento, y honra la memoria de Stauffenberg, Geordeler, Witzleben, Stulpnagel, y los demás, mientras el baldón de la infamia ha caído para siempre sobre los atizadores del sacrificio de 40 millones de seres humanos en los campos calcinados de Europa.

* * *

La Ley Capital... Vistos estos antecedentes, ¿ha dado el tiempo razón a Tamayo? La discusión sería fatigosa. En un mundo de armas absolutas, de desprecio de los derechos humanos, donde se ha institucionalizado la tortura y donde campean, a la cabeza de muchos gobiernos, psicópatas que debían estar recluídos a buen recaudo en casas de orates, ¿puede ser todavía la no violencia la única arma que esgriman los pueblos, como predicaban Thoreau, Tolstoy, Gandhi y Martín Lutero King? ¿Se debe ofrecer siempre la otra mejilla? ¿No murieron estos dos últimos personajes a manos de fanáticos, cuando predicaban el amor y el entendimiento entre los hombres?

Planteados estos interrogantes, vale la pena rastrear en la historia, un antecedente a la Ley de Tamayo, que él consideraba original y como la primera tentativa del "nuevo Derecho público americano": los celtas, ese misterioso pueblo que creó la primera civilización europea al norte de los Alpes y que surgió en el siglo VIII antes de Cristo (cuando Homero en el sur, componía su *Iliada* y su *Odisea*) habían impuesto ya el magnicidio ritual, a cargo de los Druidas o sacerdotes. Cuando daba señales de flaqueza física, no podía tener herederos, o la tribu sufría contrastes de los que se le hacía responsable, el rey era acribillado a puñaladas. A continuación los sacerdotes estudiaban el porvenir por las convulsiones del cuerpo y la manera en que se desparramaba la sangre.

La proposición de Tamayo de 1930 tuvo que esperar a 1948 para probar que no se trataba de un desatino. En efecto, en el proyecto original de la Declaración de Derechos Humanos que preparó el Comité Social de Naciones Unidas, se hallaba un punto que después fue retirado por exigencia de los países del bloque soviético y que expresaba textualmente: "Es esencial, si un hombre no tiene otro recurso, utilizar la rebelión como último medio. El derecho a la rebelión contra la tiranía y la opresión es un derecho humano que debe ser protegido por las leyes".

La iglesia católica, en la Encíclica *Populorum Progressio* (1967) habla también de la "tentación de la violencia": "Es cierto que hay situaciones cuya injusticia clama al cielo. Cuando poblaciones enteras, faltas de lo necesario, viven en una tal dependencia que les impide toda iniciativa y responsabilidad, lo mismo que toda posibilidad de promoción cultural y de participación en la vida social y política, es grande la tentación de rechazar con la violencia tan graves injurias contra la dignidad humana".

* * *

Por breve vida de pecado llena
Guarda un infierno sempiterna pena.
Antes que el pecador ya era el pecado,
Y aun antes de nacer hay ya condena!

* * *

¡AUSCULTAD EN LOS ANDES NUESTRAS ILIADAS!

(TRES VOCES DISIDENTES EN EL CORO)

Cuando es imposible dar una definición porque el objeto se viste siempre de nuevos colores, decidirá un sentimiento general de admiración. A veces aún de sorpresa, si debe o no hablarse de grandeza.

Emil Ludwig

Los contemporáneos de Tamayo vieron su obra con una mezcla de escepticismo, incomprensión y envidia. Gladiador en la arena pública, se juzgó su obra sociológica y pedagógica, y lo que es peor, también su poesía, como si fuesen inseparables de su ser político. Y abundaron entonces las pullas, las imitaciones burlescas o los insultos puros y simples. Una de las bromas más pesadas que se le hizo a Tamayo, estuvo a cargo de Humberto Muñoz Cornejo y Gustavo Adolfo Otero, espíritu este último, incorregiblemente juguetón, cuya pluma, en los años de juventud, hirió sardónicamente a personas e instituciones en las columnas de los diarios. Muñoz Cornejo dirigía el periódico "El Tiempo" y allí, apareció un ensayo abundando en maduras y bellas consideraciones sobre *La Prometheida.*

Era la primera vez, fuera del comentario que le dedicara Daniel Sánchez Bustamante, que alguien se ocupaba con afecto y admiración del poema. Tamayo se interesa en saber quién se esconde bajo el seudónimo de *Pertinax* que aparece al pie del comentario y dirige una carta al director de "El Tiempo", agradeciendo la gentileza de la publicación e inquiriendo sobre su autor. Al día siguiente el diario publica una nota informando que ha sido sorprendido en su buena fe y que se trata de una broma de mal gusto: el comentario no es más que una reproducción, adulterada, de un capítulo de *Las dos carátulas*, de Paul Saint Victor [1].

El mismo periódico, publicó en ediciones sucesivas, en el mes de junio de 1917, una parodia de *La Prometheida*, en cinco partes, adulterando y deformando sus versos de manera de lograr un efecto cómico y grotesco. El esfuerzo, no cabe duda, debió ser obra de un grupo de poetas que desde el anonimato, se tomaban venganza contra cualquier desaire verdadero o supuesto, que les hubiese hecho el autor del libro, o que, por encargo de sus adversarios políticos, humillaban de esta manera al jefe del radicalismo. Sería aventurado atrevernos a dar algunos nombres de los autores de esos versos ocurrentes y malignos y tampoco vale la pena reproducirlos a esta altura.

No obstante, para que el lector tenga una idea del tono de la broma, veremos los comentarios iniciales. Bajo el título de "El más poderoso esfuerzo de Tamayo: La Prometheida, tragedia lírica", dice la introducción:

(1) No obstante, en su madurez, G. A. Otero tuvo tiempo de arrepentirse y escribió en su **Crestomatía boliviana** (1942): "Tamayo es el diamante negro de la literatura boliviana contemporánea. Proteiforme en sus manifestaciones intelectuales, es sobre todo, artista; ama la erudición y la filosofía. Es fiero, audaz, acometivo, irreverente, de recios músculos de Hércules y con una abundante traza de forjador. Poeta épico, con pulmomes de Hugo, es sin duda el más alto exponente de la lírica boliviana y por su fuerza y vigor se le considera como el maestro de las letras bolivianas".

"Esta *tragedia griega* que es la más *asombrosa* producción americana, ha llegado a nuestras manos ahelénicas. El poderoso esfuerzo estético de su autor, como un "clarín, tambor, clangor", repercutirá en los vértices de los "cráteres ebrios" llegando a henderse en leños físiles, fundiendo con su calor bronces fúsiles. La "callada armonía que late en el pecho humano" estallará como un fútil matiz de luz y, las almas de los lectores se "columpiarán en las estrellas". Risas róscidas, "cantos devorantes" míes de sol, loor de mar "gemetría lírica" "trigonometría genital", materias del bemol, sombras del sonido, tinieblas férreas, luz de lis; todo esto hablará a los lectores de Prometheida, con "voz tan profunda que parece muda".

"Para el señor Tamayo, con este libro "la gloria ha encendido su candente azur". Doloridos, sólo publicamos una mera parte de sus "harmonías múltiples, alma celeste, siringa pánica"; eyaculada por la boca de Apolo, quien canta a Psiquis con "impoluta calma" en "música muda que escuchan las pupilas".

"Comienza el misterio pítico. Dice don Franz. . . ".

Esta introducción, y los versos que siguen a ella, llevan la firma de "Chichilo". La segunda parte corresponde a "Caracol y Cía.", con el siguiente encabezamiento:

"Oh! Fetis y Memmon, Zeus, Eleusis y Emdor: Rubio Hiperionida, Foibos Apolo y Dimana Palas, inspirad a este Anthropo micro, que tiene la osadía de glosar por segunda vez "La Prometheida o Las Oceánides", tragedia lírica de Titanio Tamayo — Divino Heptamenio, préstame tu heptacorde, para que mis dáctiles puedan arrancar sonidos con sombra, que sean dignos de ser oídos por las pupilas de los lectores. Rubro mi visage y preso de tremor, tomo el cálamo para encremar estas cuartillas:

"Deos y deas, titanios y titanias, gracias! Acabáis de hacerme oír la sinfonía de Anfitride, y el buitre dan-

zarín de mi tremor se ha alejado con siniestro vuelo, arrojado por Zeus fulgipotente. Osado como un corcel rabido, no temo ya a las trompas del bosque ni a las urnas del mar. Sigue el misterio pítico. . . ".

También van firmadas por "Caracol y Cía." la tercera, cuarta y quinta parte de la parodia. Hay un encabezamiento para la tercera y luego siguen los versos de chirigota. Este es el texto de introducción:

"Oyeme Brotoloigo, divo terrible y sacro qua al vibrar de tu lanza retuerces los destinos.

"Oyeme Brotoloigo que nutres las entelequias y ocasionas oblicuos eloquios y humbrilocuos deliquios.

"Oyeme Brotoloigo, señor audible e inaudito de faunas femíneas, de amnícolas cocodrilos y gateados leopardos.

"Oyeme Brotoloigo, tu que invocas las ninfas donde los hieráticos lampadarios flamean y vuelan en volutas leves de espasmo pítico.

"Oyeme Brotoloigo. ¿Sabes que hay un Dios sin voz ni faz, sin nombre ni renombre, último extraño, vago y fatal. El es a un tiempo mismo la ley, la grey y el rey. Verdad y ensueño. El es flor y raíz, semilla y fruto. La cítara a la vez y el citaredo, cáscara y nuez, la piel y la serpiente?

"Oyeme Brotoloigo, que conoces a la Dea y has tocado el sutil flujo de sus imanes, la viste sin verla y la sentiste sin sentirla.

"Oyeme Brotoloigo, que sabes que no hay miel como el dolor, y que también sabes que cuando la verdad miente vivir es un mal.

"Oyeme Brotoloigo, que viste la sombra de una sombra que te habló con el silencio y te miró con la cara.

"Oyeme Brotoloigo, que con voz insonora que mis oídos sin fondo quedaron escuchando.

"Oyeme Bortoloigo: tu viniste en la hora Paladial a mi fagoico donde yo tomaba una nigeriana taza cofeifa y me incitaste a calamear por tercera vez antistrofas y epodos en loor del titanio Tamayo, Deo de la epiplanicie, hijo helénico, del rubio Hyperionidas y de la dulce Delos.

"Tu Brotoloigo, viniste en el carro del negro Excidio.

"¡Oh negro excidio! ¿Por qué condujiste en tu carro a Brotoloigo?

"¡Oh, negro excidio, chauffeur marino, caimán ebúrneo, siefo de solfa! Bellaco, bribón, silvano de Arcade!

"Negro excidio, tu eres cómplice de Brotoloigo, para que yo entre en ultraveral coloquio con el titán excelso!".

Y siguen los numerosos versos inventados por los chacoteros de "El Tiempo".

En el mismo periódico se publicaron los artículos de un agricultor ("Pericles") a su amigo Temístocles, haciendo befa de los versos tamayanos, y otras notas, acusando de plagio a Daniel Sánchez Bustamante en el artículo elogioso que dedicó a Tamayo.

* * *

El tiempo no estaba maduro para la comprensión, ni siquiera para la apreciación inteligente: José Eduardo Guerra en su libro de *Poetas contemporáneos de Bolivia* (1920) señala que *La Prometheida* "encierra ideas de un simbolismo demasiado abstruso que el tiempo y la crítica serena se encargarán de acatarlas siquiera en parte o de reputarlas absurdas", mientras que Rosendo Villalobos, a quien se encomendó redactar el texto sobre literatura boliviana que figura en el libro oficial *Bolivia en su primer centenario* (1925) hablando de *La Prometheida* escapó del compromiso adu-

ciendo este curioso argumento: "Para quienes somos ignorantes en el conocimiento del griego... no hay más que confesar la imposibilidad de apreciar el valor literario de esa obra".

Su alejamiento de la política en 1934 y su encierro en la casa de la calle Loayza, por una década, contribuyeron a que la opinión del país fuera cambiando y empezaran a aparecer juicios críticos como los contenidos en el número que le dedicó la Revista "Kollasuyo" que revelaban una mayor cultura y sensibilidad en sus autores. Era además, otra generación. Jóvenes intelectuales de mayor versación literaria que sus mayores, como Roberto Prudencio, Augusto Guzmán, Guillermo Francovich, para citar a unos pocos, escribieron densos estudios sobre Tamayo.

Prudencio, al hacer la presentación del bardo, en "Kollasuyo", expresa, entre otros conceptos:

"Tamayo encierra en sí un artista y un pensador; un cerebro inmensamente cultivado al lado de un espíritu hondamente intuitivo. De ahí que su obra poética contiene las más secretas adivinaciones y al mismo tiempo la forma más culterana y trabajada. Por eso es una obra que desconcierta... La poesía de Tamayo, como toda verdadera poesía, no contiene sino valores puramente poéticos y son estos valores y no otros los que hay que tratar de descubrir y de gustar.

"Después de su primer libro *Odas*, que se publicó como en un gesto de reto al modernismo, Tamayo se convierte en el modernista más quintaesenciado, el que debía llevar las audacias verbales hasta sus últimas consecuencias. Tamayo es un verdadero mago de la palabra; en sus manos, el idioma cobra matices y sonoridades insuperables. Conoce todos los recursos y todos los secretos de la lengua y por eso también se permite las mayores osadías y libertades. Emplea neologismos griegos y latinos y retuerce y endereza los vocablos a su caprichosa voluntad... su poesía no es sino un divino jugueteo, un continuo malabarismo de

términos y vocablos que nadie ha podido igualar. Tamayo es sin duda el supremo artífice del verso castellano".

Enrique Finot, en su *Historia de la Literatura Boliviana* (1940), hace un breve balance de la obra poética tamayana, destacando la incomprensión de que fue rodeada por sus contemporáneo y concluye afirmando que "el juicio definitivo sobre Tamayo lo dirá la posteridad, no tanto porque hasta el presente se le discute y sólo excepcionalmente se le comprende, cuanto porque su figuración política ha sido objeto de controversias en las que el interés partidista no ha tenido la hidalguía de marcar un límite entre la actuación del caudillo y la obra del pensador y poeta. Pero no es aventurado declarar que se trata de una de las más altas figuras de las letras americanas".

Augusto Guzmán en su apreciación definitiva, contenida en el libro *Poetas y escritores de Bolivia* (1975), señala:

"Tamayo es una de las personalidades más recias de la generación del 80: esa que habiendo nacido en la conmoción de la guerra del Pacífico, desplegó su energía creadora en los años de este siglo. Siempre interesó el movimiento cambiante de esta figura espectacular, sabia en actitudes y gestos, elocuente hasta en sus silencios estudiados: "mi silencio es más que el mar que canta", caprichoso, desconcertante, en pugna con el medio altoperuano que no logró dominar ni rehuir cuando alternaba las horas de la lucha más empecinada con las del aislamiento más recogido. Tuvo el orgullo adusto de la cumbre enhiesta y solitaria. Genio inconforme y melancólico, su orgullo era como la cresta luminosa de una ola sobre el mar salobre del dolor. En su vida y en su obra el sentimiento que le rebasa es el dolor. Un dolor alto y profundo, sangrante y lacerado, trenzado de gritos interiores que se disuelven en musical desolación, sin alcanzar las explosiones externas de los sollozos. Tal ocurre en *Balada de Claribel*, una de las joyas de la lírica castellana, don-

de un alma varonil, herida de ausencia, llora con la tierno dulzura y la inconsolable desesperación que sólo pueden alcanzar a expresar los espíritus privilegiados. Tamayo fue grande y glorioso, pero no fue un hombre satisfecho y feliz sino en la manera burguesa: un terrateniente de economía saneada, un rentista asegurado. No conoció el dolor proletario de los intelectuales sin hacienda. Pero en cambio el medio social no le dio sustancialmente sino abrojos. Bebió largamente de la copa de la incomprensión humana".

Oscar Cerruto señala a su vez que "si bien Jaimes Freyre es la primera digndad del Modernismo en Bolivia, su condestable y su poeta cimero, Tamayo es la mayor figura intelectual del siglo y medio de República, con una personalidad avasallante y una obra de poesía que, si prescndimos de sus altibajos y de su intricación léxica, es una de las más profundas que se hayan escrito en Amérca". El mismo autor ha destacado en Tamayo, a un precursor de las acrobacias verbales que difundiría el ultraísmo, muy anterior por cierto a Huidobro, como lo prueba en el *Canto de Melifrón*:

Oh vilo, vilo, vilo!
Roto el fatal sigilo,
Oh vilo, vilo, vilo!
....
Oilo, oílo, oílo
tremar como un pistilo
eréctil y vibrátil
sutil, sutil, sutil.
Gentil como el abril
y hostil como el reptil.
Era el misterio errátil,
volátil y versátil.
Roto el fatal sigilo,
oílo, oílo, oílo.
Oilo, oílo, oílo.

* * *

En este coro de reconocimiento entusiasta, incluso fervoroso, hubo tres voces disidentes a las que no se puede ignorar, tanto por el peso específico que tienen dos de ellas en la cultura boliviana: las de Carlos Medinaceli y Augusto Céspedes, como por la profundidad y brillo que sus críticas y las de Antonio Alborta Reyes —que es la del tercero— alcanzan.

Alborta Reyes es el caso de uno de los mejores escritores de esa generación, la del Chaco, cuyo talento se frustra por la indiferencia aplastante del medio ignaro y las exigencias de ganar, de cualquier manera, el sustento diario. Modesto empleado del Congreso por muchos años, impecune siempre, se refugió en la lectura para combatir las amarguras de su vida.

Lo perjudicaba su timidez y su sentido del honor caballeresco en un medio donde abundan los rufianes trepadores y listos. De esa manera vio que muchos avispados salían de embajadores mientras la Patria a él, lo distinguió apenas por unos meses, con el consulado en el pueblo de Calama donde Abaroa lanzó su célebre apóstrofe. Menospreciado e ignorado como Medinaceli, Alborta Reyes ha dispersado su don creativo en la tertulia y en ocasionales artículos de prensa, siempre excelentes.

Las críticas de Medinaceli y Céspedes tienen un valor adicional porque se atrevieron a expresarlas cuando Tamayo había llegado al pináculo de su prestigio político y literario mientras ocupaba las funciones de Presidente de la Cámara de Diputados en 1931 y ellos en cambio, estrenaban sus primeras armas en el quehacer intelectual. Ambos le juzgaron, sin que les temblara el pulso, en su doble condición de escritor y de político y se valieron del estilete punzante del humor, que escuece pero no maltrata. En ambos casos también, lo más probable es que Tamayo no se enteró nunca que dos cachorros habían tratado de hincar los dientes en su cola de león: al fin y al cabo, Medinaceli escribía en periódicos de Potosí y tenía por entonces 32

años. Céspedes, 4 años menor, era redactor de la Cámara de Diputados y estuvo entre los funcionarios que arrebatados de entusiasmo por la elocuencia de Tamayo en su intervención contra el Referendum, arrojaron las plumas al aire y aplaudieron al tribuno, al igual que los diputados...

En el periódico "El Sur" de Potosí, escribe Medinaceli en 1931 una "critícula" bajo el título de "Franz Tamayo, un Pilcomayo de la cultura", donde hace mofa de los mil vericuetos en los que se ha dispersado el talento tamayano sin llegar a concentrarse en un solo camino que le hubiese servido mejor a la cultura del país. "Don Franz —discurre Medinaceli— no sólo es autor de tragedias griegas a imitación de Esquilo. También escribió *Proverbios* a la manera de Salomón, *Rubayats* a la manera de Omar Khayam, sonetos a la manera de Góngora, *Odas* del género aburrido, con pesadez tiahuanacota; pronunció una hermosa conferencia sobre su colega Horacio, *menendespelayizando* a su gusto; escribió sobre *El Duelo* y los tres Mosqueteros del Litoral, —Melgarejo, Daza y Montes—; metióse a redentor del judaísmo roumaista de la pedagogía y definidor del *carácter nacional;* hizo periodismo ágil en "El Fígaro" y "El Hombre Libre", transportando el *esprit* francés a las arideces del Altiplano. Y para decirlo de una vez, don Franz es —y ha sido— poeta, músico, sociólogo, periodista, parlamentario, automovilista, latinista, grecólogo, teósofo, latifundista, ateo y místico, radical y conservador, primitivo y moderno, sencillo y complicado, municipal y espeso, tragedista y *huayraleva,* con algo de Versalles y mucho de monolítico".

"Pero en fin de cuentas, ¿qué es don Franz Tamayo? ¿Cuál es la verdadera personalidad de este hombre que muestra mayor riqueza de matices que el manto de la diosa Tanit, con que soñaba Salambó y deslumbra con cada uno de ellos, como un jupiterino relámpago en medio de la calma, pero no fecunda como la lluvia mansa y no fertiliza como el humus humilde?"

Medinaceli compara la obra de Tamayo, no con el río Amazonas, inabarcable y majestuoso, sino con el Pilcomayo que se polifurca en muchos riachuelos, volviéndose intranstible: "así, el talento de Tamayo se ha diversificado en una multiplicidad de géneros literarios y actividades, pero sin canalizar en ninguna, hasta concluir siendo un hombre de cultura muy enrevesada y arcillosa; y quien quiere penetrar dentro de ella, corre el riesgo de quedar empantanado, como el que se aventura por los baños del río Pilcomayo. Y por esto, Franz Tamayo es un *símbolo* de la cultura nacional: un "representativo" de la raza, como él mismo se considera y le considero yo".

En otra nota de 1932, bajo el título de "Tamayo ¿poeta lírico?" Medinaceli pone en duda que la poesía del vate paceño tenga tal acento, agobiada como está por el peso de las lecturas. No comprende Medinaceli el empeño de Tamayo de hacer morar a sus dioses en el Cáucaso cuando podía situarlos en el vasto y majestuoso panorama de los Andes, con sus picos de nieves eternas todavía inviolados. Encuentra que a Lugones en la Argentina, le ha sucedido algo parecido, abrumado también por el peso de la cultura europea e incapaz por tanto de expresar un acento original o descubrir su alma, que no tiene por qué parecerse a ninguna otra. "El poeta no necesita buscarse —dice Medinaceli— se encuentra a sí mismo y está como Dios, en todo lugar. Menos necesita ir a la escuela para estudiar para poeta. Así no vale. ¿Qué gracia tendría? La gracia está en ser poeta sin estudiar. No estudia. Vive su poesía. El mismo es su poesía. Vive por ella. Muere por ella. Es su fatalidad. La maldición de los dioses, o tal vez de qué diablo. Pero no aprovecha la poesía para darse tono. Eso sería una desvergüenza, como si Cristo hiciera "réclame" de su cruz".

"El caso de Lugones —añade— *Mutatis mutandis* es el de Tamayo. Se trata de un talento asimilativo y explosivo, de una inteligencia aguda y ahondadora, de un alma abrupta y volcánica, pero ¿es poeta lírico Franz Tamayo?

"Lo es a ratos perdidos, cuando se olvida de Homero, Píndaro, Tucídides, Esquilo, Sófocles, Virgilio, Horacio, Alfredo de Vigny y Omar Khayam. Cuando da libre desahogo a lo más íntimo de sus sentimientos como en la "Balada de Claribel" donde, con la tan cristalina transparencia de la propia lírica, ha musicalizado el añorante clamor de la ausencia y en algunos gritos, los más estremecidos que se le han escapado en los mejores momentos de *La Prometheida*. El resto de su producción está ahogada bajo el fárrago de una erudición barroca. Tamayo tiene el ímpetu de vuelo de un Icaro, pero lleva en las alas el peso de una biblioteca".

En otra crítica al libro *El velero matinal* de Fernando Diez de Medina, escrita en 1936, Medinaceli formula un medular enjuiciamiento a toda la intelectualidad boliviana que vive de prestado, atenta a las novedades europeas, para calcarlas de inmediato, "dando el espectáculo de un niño que hubiera nacido viejo". Reprocha al autor el juicio admirativamente desmesurado que le merece Tamayo (en el capítulo "Tamayo o el artista") y sostiene que el Tamayo más auténtico es el de *Creación de la Pedagogía nacional* donde "no aparece su cultura greco-latina que es lo exterior de su personalidad, sino su sangre aymara que es lo que da más vigor y originalidad a su pensamiento y estilo".

El exceso de erudición helenista le parece a Medinaceli que impide la expresión espontánea de la personalidad de Tamayo y le hace subaltenizar su genio en una inútil repetición de los temas clásicos:

"Su *Prometheida* es demasiado mucho para la literatura y la espiritualidad de Sudamérica, demasiado poco para la literatura y el espíritu occidental, neogreco o neolatino. Comparemos por ejemplo la literatura de Tamayo con la del mismo jaez de los Leconte de Lisle, Saint Pont o Pierre Louis, o de cualquiera de los grecólogos como Saint Beuve o Mensen, sin contar los geniales. Creo pues que debemos huir del macaquismo imitativo, presuntuoso y necio del indoamericano

típico y que para lograrlo lo único que podemos hacer —estupenda contradicción— es ser profundamente sudamericanos en sencillez, justeza de tipo, en nuestra natural simplicidad, pero llena de aristas y posibilidades. Si la suerte nos ha deparado ser bolivianos, fisonomicémonos en nosotros a nuestro tiempo y a nuestro pueblo que cuando llegue la hora de las cuentas definitivas eso será lo que realmente valga como valor individual aquilatador y justificador de una vida y como significación universal también. Seamos profunda y auténticamente bolivianos como hasta hoy no lo ha sido ninguno, por pretender ser europeos para conseguir sólo ser una caricatura".

Desde la "Gaceta de Bolivia", revista de alta calidad literaria y muy contados lectores, Carlos Medinaceli siguió muy de cerca la insólita elección de Tamayo —radical al estilo francés, terrateniente y adversario del socialismo en cualquiera de sus formas como candidato a la Presidencia de la República por el Partido republicano genuino, en cuyo programa apuntaban ribetes socializantes y fascistizantes, y comentó risueñamente, el viaje del candidato a Cochabamba. Destacaba la dualidad evidente en la personalidad de Tamayo, entre el intelectual que era en verdad y el político que pretendía ser y subrayaba un aspecto inquietante de su carácter: "la subitánea instantaneidad de sus determinaciones y la casi ninguna facultad inhibitoria que tiene sobre sus impulsos, lo que sería admirable en un poeta byronesco, pero que no es deseable en un gobernante que tiene que solucionar las cuestiones que se le presentan con la mayor serenidad y sagaz ecuanimidad de criterio y conducta". El Director de la "Gaceta de Bolivia", concluía haciendo votos porque, una vez posesionado en la Presidencia, "no traicione como tantos otros sus ideas y principios fundamentales, que ha venido predicando desde hace más de veinte años y a los que debe su reputación continental" básicamente el de la reivindicación indígena. "Como nadie Tamayo ha tratado más a fondo el asunto, revelándose como el

mejor psicólogo de la raza, y como nadie tampoco ha dicho más hondas y puras verdades" [1].

Dos artículos más —que sepamos— escribió Medinaceli sobre Tamayo, el primero recogido en el número 2 de la Revista "Signo" dedicado al bardo. Lleva el título de "Verbocromía en Tamayo", y alude a la "audición coloreada de las palabras" que se encuentra en la poesía de los modernistas, pues los anteriores a ellos, eran "grises", no tenían color. En este estudio, sin dejar de notar que Tamayo incurre en el defecto que en sus *Proverbios* reprocha a Shakespeare: "lo tiene todo menos el buen gusto" señalando que al lado de versos magníficos se encuentra aquello de *Mar rojo, monte azul, cielo punzó* o ese otro de *un país de flores comestibles,* se refiere, admirativamente, siempre hablando del color en la poesía, a la Conferencia, sobre *Horacio y el arte lírico,* ensayo equiparable —dice— "a los mejores de Unamuno y Ortega y Gasset, tanto por la hondura del fondo como por la belleza de la expresión".

"Franz Tamayo, el libro que se le debe", es un artículo escrito en 1944 (recogido en *Estudios críticos*) a juzgar por el aplauso con que Medinaceli refiere la noticia de la decisión del nuevo gobierno de poner el nombre de Tamayo a la antigua Plaza Roma, "primera vez en los anales patrios que se rinde un tributo de justicia en vivo, a un hombre insigne, a un "varón máximo" para decirlo con una bella expresión de Gracián".

Allí, renegando de la iconoclasia de sus años mozos, Medinaceli rinde homenaje a toda la obra de Tamayo y refiriéndose a *La Prometheida* señala que "hay pasajes por lo que mira a la expresión, bellísimos, originales y de tal riqueza de léxico e imágenes que es una fiesta para el espíritu, algo de lo más áureo dentro de la lírica castellana de todos los tiempos. Para

---

(1) Sobre los artículos de Medinaceli en torno a la candidatura Tamayo, puede consultarse mi **Historia contemporánea de Bolivia — 1930 - 1976**, Ed. Gisbert, La Paz, 1976.



"CUMBRES NACIONALES: Aquí está don Franz Poroto / el gran parlamentarista / que a más de ser jauresiano / es oveja saavedrista". Caricatura de Sotomayor, publicada por "La Ilustración", 8 de enero, 1922.

encontrar una cosa igual hay que remontarse al divino Góngora".

Piensa Medinaceli que cuando se funde la Facultad de Filosofía y Letras, habrá que crear una cátedra "Tamayo" para que los jóvenes estudien especializadamente, toda su obra, así como en otras partes hay cátedras dedicadas a los grandes clásicos. Se ocupa también de Tamayo periodista y orador, lamentando que no se hubiese recogido su enorme producción de artículos y discursos. Y concluye con este deseo:

"Nuestra finalidad ha sido la de sugerir la idea de que se complete el homenaje a Tamayo con un estudio de su personalidad y de su obra. De él cabe decir lo que Mauricio Barrés afirmaba de Stendhal, "más que un profesor de energía" es, en el sentido clásico y humano, "un profesor de plenitud". Y este juicio estimativo, en síntesis, acaso es lo que más cabalmente define la personalidad del autor de *Creación de la Pedagogía nacional*.

Sugiere a continuación que alguna institución cultural como el "Ateneo de la Juventud" encargue a sus miembros más capacitados, la redacción de un tema sobre las diversas facetas de la personalidad tamayana: el poeta, el pensador, el sociólogo, el periodista, el parlamentario y político, el hombre. Y concluye:

"Así habremos cumplido nuestro homenaje de justicia a quien con lo cimero de su talento y de su espíritu constituye —y ha de seguir mejor en el porvenir constituyéndolo— el honor, la dignidad, el orgullo de la patria".

* * *

Retrocederemos ligeramente en el tiempo, para captar las impresiones de Céspedes en torno al poeta trocado en político. El candidato a diputado Franz Tamayo había sido ungido por el voto popular en 1930 y elegido en seguida Presidente de la Asamblea. Pero

no hubo discusión, ni menos aprobación del proyecto de Ley Capital, considerado cuando más, como una nota de excentricidad del político paceño. Tamayo sin embargo, mantuvo la convicción de que si se hubiese aplicado su proyecto no se habrían entronizado más dictaduras ni gobiernos autoritarios y abusivos en Bolivia y así lo afirmó en 1947, como veremos en un capítulo siguiente.

Céspedes, que escribiría en junio del 31, un ensayo de excepcional valor sobre la figura y la obra de Tamayo (incorporado a este libro en las páginas siguientes) publica un artículo más breve, pero igualmente sustancioso, en el mes de abril [1], tomando a la chirigota tanto la decisión de Tamayo de dar función "co-legisladora" a la barra como el proyecto de Ley Capital.

Burlándose de la modesta capacidad intelectual de los Representantes, el joven periodista indica que "el egregio Presidente pone también una importancia cerebral en la testera, es decir, el "lugar de la cabeza". La actual cámara de diputados posee indiscutiblemente una cabeza que por su volumen y contenido suple eficientemente el hueco que la ausencia de otras cabezas da, produciendo una angustiosa impresión de vacío en el parlamento".

El artículo concluye desinflando el impresionante balón de la Ley Capital, con apenas un alfiler que equivalía a una estocada:

"En no lejano día, en plena Agora, don Franz Tamayo erguido y gesticulante, preguntará con voz imponente a la chusma, cumpliendo el artículo cuarto de la Ley Capital: ¿Qué os parece que lo *limpiemos* al presidente de la República?".

La masa, obediente al artículo quinto, naturalmente responderá que le parece muy bien y entonces se procederá a la eliminación del tirano, la cual será prac-

(1) Tamayo y la democracia pura" en "Ultima Hora", 30 de abril de 1931.

ticada indudablemente por Tamayo en persona, dándole al condenado un cabezazo en el estómago, todo esto para demostrar en la realidad, la bondad democrática de sus proyectos super humanos" [1].

Con el paso de los años, el joven escritor hizo un deslinde entre Tamayo político y Tamayo pedagogo, encontrando —como Medinaceli— que su mayor aporte a la cultura boliviana había sido *Creación de la Pedagogía nacional*. En su libro *El Dictador suicida* ("40 años de historia de Bolivia", según reza el subtítulo) publicado en el año 1968, el gran humorista que hay en Céspedes, además de impar narrador, hace el enjuiciamiento definitivo de Tamayo, esta vez en serio, contraponiendo su figura a la de Arguedas y su *Pueblo Enfermo*, como representativo este último de la mentalidad oligárquica, despreciadora del substrato indígena. "Tamayo proclamó con una prosa sin vacíos cual relieve barroco —dice Céspedes— el imperativo de dar a la vida nacional la sangre autóctona que le negaba la descolorida intelectualidad criollo-mestiza. Su ilustración clásica y humanista, de filósofo y esteta, afinó su sensibilidad autóctona cuando, al remontar la corriente arterial de la raza nativa, halló en el humillado supervi-

(1) No obstante, a raíz del secuestro del multimillonario Mauricio Hochschild, culpable de intervenir en un complot contra el gobierno Villarroel, en 1944, el representante Augusto Céspedes formuló en la Cámara una teoría sobre las formas de violencia que ejercía el superestado minero contra el país y los gobiernos que se atrevían a rebelarse a su dominio. Y añadía: "El señor Tamayo, presidente de esta asamblea, frente al problema de las tiranías latinoamericanas y bolivianas, inventó su famosa "ley capital", que consistía en reglamnetar el tiranicidio, otorgando el reconocimiento de la patria al voluntario que matase al tirano. Pero el tirano no es siempre el presidente atrabiliario o violento; no está precisamente en el Palacio Quemado, sino que tiranos son los dictadores económicos que esclavizan a toda una nación, los capitanes de industria, los grandes explotadores, aquellos a quienes en Estados Unidos se llamó "los barones del robo", los Hochschild, Patiño y Aramayo. Contra esos tiranos de la época contemporánea no hay recurso legal, ellos violan, burlan y atropellan todas las leyes. Entonces los secuestradores de Hochschild, quisieron cumplir, aplicar la "ley capital" en su verdadero sentido y por su cuenta operaron el secuestro de aquel tirano y por tal hecho, aunque no llegaron a completarlo, merecen el bien de la patria". (Augusto Céspedes, "El Presidente colgado", 2a. ed., Editorial Juventud, 1971).

viente del imperio destruído, el indio, la única fuente potencial de un estilo nuestro... exploró y cubicó los yacimientos de lo nativo y su potencial cultural, como nadie supo hacerlo hasta entonces en América. El antiimperialismo coetáneo de Manuel Ugarte y la posterior "Indología" de José Vasconcelos no alcanzaron la profundidad de la revolución interior planteada por Tamayo, a quien por eso y por precedencia, le corresponde el título de fundador de la teoría indoamericanista en el Continente".

* * *

Alborta Reyes publica en "Signo" la primera parte de un ensayo sobre Tamayo que, aparentemente nunca completó [1] pero nada es desperdiciable de cuanto dice en ese artículo.

Se pregunta al empezar por qué Tamayo, pudiendo haber expresado en su poesía a su pueblo y a su paisaje, tuvo que huir a la Hélade, frustrando la mayor posibilidad poética que tuvo el país de reflejarse a sí mismo; de qué manera acudió al Cáucaso en lugar de convertir a *La Prometheida* en una grandiosa tragedia aymara, con héroes nativos que se movieran en el vasto escenario andino. Y halla la explicación tanto en la moda novecentista que rendía culto al neo-helenismo parnasiano de Leconte de Lisle y el clasicismo de José María Heredia, cuanto a la hostilidad de los círculos cultos del país que le hostigaron al punto de obligarlo a exiliarse espiritualmente en un mundo extraño, que parecía superior al del medio, convirtiéndolo en un hombre acosado, que sentía muy hondo, *"ese puñal que el corazón te punge y en lloro y sangre tu vivir compunge"*.

La crítica formalista contemporánea de Tamayo —en opinión de Alborta Reyes— no le perdonó la iconoclasia de su forma poética, "mezcla de culteranismo a lo Góngora y neoclasicismo francés de tipo parnasiano de quien estaba saturado de humanismo clásico y dominara lenguas vivas y muertas". Irritaba a sus críticos "las excelencias incomprensibles de la forma, no el exótico ausentismo que tuvo también su castigo, pues pudiendo ser nuestro Homero resultó un maravilloso Heredia boliviano que había dejado evaporar esencias poéticas de bolivianidad subyacentes en el "invicto Cáucaso" mientras le aguardaban refulgentes de nieve y sol las grandes cordilleras de Amerindia".

Alborta Reyes añade: "Y ahora se trata de calar más hondo buscando el drama. La peligrosidad del arte tamáyico consiste en una incoincidencia: a pesar del tema luminoso del mito griego, —tomando siempre la Prometheida como paradigma— y justamente por ello, adquiere en su magnífica interpretación personal— cuyo acierto novedoso está en haber introducido en la trama esquiliana a "Psiquis", un sentido no diremos esotérico pero sí complicado que el mito heleno no tuvo o eliminó poco a poco en su busca de la espléndida libertad interior que comparece a través de la "Historia de la Cultura Griega" de Burckhardt y entrevemos en "las Dos Carátulas" de Saint-Víctor, como características de la plenitud y regularidad de todas las artes griegas, si las tomamos en función de estilo. En nuestro caso sucede que el Prometeo tamáyico se mueve sobre la hosca, insondable naturaleza indiana. Y este es el drama auténtico de "Las Oceánides". Psicológicamente, allá en el fondo, en el último tejido de la grande obra, chocan la concepción clásica de la tragedia y la profunda y mineralizada substancia andina. El síntoma de tal fricción interior reside en el cerebralismo predominante del poema, que hace difícil al lector atemperarse a su clima de inaudita belleza, ya que cierta tensión endurece en muchos pasajes la ternura de la cubierta melódica del verso y cristaliza en formas de belleza pura, desnuda, difícil, cuyo secreto es la armonía.

(1) "Recensiones sobre la poética de Tamayo", en la Revista "Signo", enero-febrero de 1957.

"Nosotros diríamos que se mueven con él, —como símbolos, y no como signos— en una yuxtaposición permanente que es apenas perceptible para el ojo atento del analista, los reflejos del paisaje natal. Están en el fondo de su mirada, en su sombra, en sus ecos, en su atmósfera personal de creador, pero no constan deliberadamente en su literatura y por ello pude haber acertado al colegir en otro estudio crítico que sólo simbólicamente había cantado al altiplano, a través de los pasajes de su Prometheida: "Sobre el invicto Cáucaso, de erectos riscos rígidos. . . "

No hay, para este autor, en la obra de Tamayo —salvo sus páginas pedagógicas y políticas— compenetración entre su genio potencial y la tierra que lo nutría. Y en consecuencia, tampoco el pueblo pudo sentirse identificado con una lírica que le resultaba extraña y remota:

"Resulta obvio asentar que no se trata aquí de empequeñecer con irreverencias el legado rítmico del aeda andino. El análisis objetivo y aun el espectral no excluyen ciertamente la admiración para obra tan multidimensional y biomórfica como la suya. Pero es una admiración sin gratitud. Porque así como la "Creación de la Pedagogía Nacional" encontró una ancha línea intermedia entre la Bolivia feudo-colonialista y artificial, rígida y perfilada sobre el fondo de la intolerancia y el privilegio, —y la reacción del pueblo pregonada por su voz más autoritaria, la de Tamayo—, para señalar los hitos de su unificación nacional sobre los planteamientos básicos de su cultura—, la aplicación concreta de esos postulados pedagógicos debió hacerse en el arte. Sobre las comprobaciones de la "Pedagogía" pudieron venir las intuiciones estéticas, la euforia emocional de un grande y entrañable poema.

"Fueron pocas ciertamente, las ocasiones en que se dignó aconsonantar la invalorable vibración de su numen poético con la realidad existencial boliviana. Y ello no bastaba. Bolivia debía ser revelada integral-

mente en las vivencias estéticas y sus dominios poéticos. Los grandes trágicos situaban siempre sus obras en atmósfera o clima que pudo ser en ocasiones mitológicas, incluso, pero que siempre les era propia, estaba a su alcance y podía ser aprehendido en su proximidad táctil. Así en el Mahabarata, el Ramayana, el mundo sobrehumano de la tragedia de Esquilo, las Sagas nórdicas, el Popol-Vuh de los mayas guatemaltecos, siempre hallaremos una labor de particularización generalizadora, simbiósica, que jamás rehuye el tema propio. Porque para Tamayo, y en general para el poeta nacional no se trata de forjar un poema más o uno menos de valores universales, sino ante todo de revalorar la bolivianidad en sus esencias y raíces. La presunción occidental le vedó constituirse en el primer trágico indoamericano. Por nuestra parte, creemos que hay una mística no metafísica —sin nieblas ni tinieblas—, una mística de la tierra, que el soberbio numen de Tamayo estaba destinado a sorprender para darle vida imperecedera, estróficamente".

Pero no hubo tal cosa. Y en consecuencia no se puede reclamar para Tamayo, dice Alborta Reyes, la "gratitud popular con que las gentes sencillas suelen pagar a quienes toman del subsuelo patrio los motivos y sugerencias apropiados para enhebrar con ellas una ligazón substancial en la que el verbo poético obtenga nuevas y desconocidas profundidades emocionales, alientos vibrátiles que compensen el tedio y la desgarrada miseria de la vida, transformando en un ardiente impulso esa petrificación psicológica en que va cayendo nuestro país, falto de estímulo para sus posibilidades psicológicas, que las tiene y muy cuantiosas, en vez de bailar al son de panderos ajenos".

* * *

Conviene ahora, después de haber escuchado a estos tres jóvenes disidentes, ceder la palabra al propio Tamayo quien, ignorando posiblemente estas críticas, asumió indirectamente la defensa de su obra y de

su actitud filosófica y literaria, en las cartas que dirigiera al escritor cubano Jorge Mañach y al mexicano Marti Casanovas, publicadas por José Carlos Mariátegui en su famosa revista "Amauta" en 1928. La carta a Marti Casanovas (de 1º de abril de ese año) abunda en precisas consideraciones sobre la supuesta antinomia entre americanismo y occidentalismo y afirma el credo estético que le acompañó toda la vida:

"Mi estimado amigo:

"Toco este punto tan importante de una de sus cartas: la necesidad de renunciar al espíritu occidental, tratándose de la creación del nuevo arte americano.

"Con el nuevo conocimiento que Ud. llega a tener en este momento del mundo americano, en su visita a México, Ud. —me parece— está sintiendo la enorme atracción de las cosas nuevas y grandes, grandes y nuevas son seguramente las americanas, sobre todo aquellas que manan directamente de las grandes fuentes históricas, raciales y culturales, de los dos grandes imperios indios, azteca y peruano. Ud. las está palpando de cerca, malgrado la brutalidad española que trató durante trescientos años, de destruir cuanto encontrara en pie a la hora de la conquista. Me doy justa cuenta de la impresión que Ud. siente: la proximidad de una grande alma autóctona, la contemplación de ruinas y restos maravillosos, en una palabra, el redescubrimiento, por un americano, de un mundo desaparecido o por desaparecer. Entonces la consecuencia es clara: Ud. buen americano, se inclinaría a aceptar la sola posibilidad de americanismo absoluto, absoluto en el sentido de renunciar a todo lo que no sea indio, indo-americano, como se dice ahora. Y cuando Ud. encuentra un americano, americano kath'exokhen, como yo, que habla de occidentalismo, etc., Ud. se yergue de protesta...".

"Entendámonos un poco.

"Yo he sondeado con el pensamiento y durante muchos años este nuestro mundo americano, y en lugar y medio bastante semejantes al mexicano que Ud. está laborando hoy. Pero a la vez conozco el mundo que llamamos occidental. Ahora bien, permítame Ud., saltando un poco la argumentación, decirle que fuera del

mundo occidental, no hay salvación para nosotros. Otra cosa es que los americanos incorporemos al occidentalismo con nuestra alma americana íntegra y muy orgullosamente íntegra. Lo que de ello resulte sólo podrá ser algo original y poderoso, algo que distinguiéndonos hondamente de las diversas almas occidentales, nos dé sin embargo carta de ciudadanía en la república occidental de la Cultura. Permítame un símil no del todo exacto, ya que no se me ocurre otro mejor: de la manera cómo los romanos se incorporaron a la cultura helénica —suprema—, de esa manera nosotros nos occidentalizaremos. Los romanos comenzaron confesando la supremacía, de los patronos y módulos griegos. Toda la máquina pensante, todo el método, la forma de las aspiraciones, la materia misma del trabajo intelectual, en una palabra, la educación toda, para el romano y su inteligencia, debía tomarse en Grecia por la sencilla razón de que en esta tierra privilegiada la humanidad había alcanzado su ápice de perfección y de eficiencia, y que por consiguiente sería la mayor locura pretender renunciar voluntariamente a ello. Igual nosotros. Ni el arte ni la ciencia podrán privarse en América de todo lo conquistado por el occidental que viene y se extiende del mundo griego (el Asia próxima) hasta la última Thule que podría significar la Gran Bretaña. Esto podría geográficamente complementarse con ciertas reservas de extensión, como la de incluir en la cuenta el mundo aryo indio en el que reconocidamente ubica el mundo occidental su origen. Es cosa sólo de explicarse un poco".

"Me viene un recuerdo. El empeño de los germanos del tiempo del **Sturm und Drang** (otros enamorados del autoctonismo como Ud.), de crear, para el arte sobre todo, un nuevo mundo, extra paganismo, y de pretender en el caso, sobreponer el Lied de los Nibelungos sobre la Ilíada, por ejemplo. Yo he estudiado el poema bárbaro en su texto medio alto alemán y en la excelente traducción moderna de Simrock; pero confesando la enorme maravilla bárbara, yo he acabado rindiéndome ante la majestad pentélica y eterna del poema griego.

Ya Goethe encontró a su paso el mismo problema, y acabó también por rendirse ante la verdad y la necesidad: germano cuanto se quiera (y allí está su fuerza), pero greco-latino como aspiración y como educación, —allí está su victoria. Para nosotros el destino tiene que ser el mismo: americanos cuanto podamos, con

alma libre y propia, y no con alma hispano-americana, esa limitación suicida y triste; pero fatalmente occidentales, esto es, aryano-europeos de cultura y de voluntad. Además, ¿está alguien seguro, definitivamente seguro, de que no hay vinculaciones prehistóricas entre el indio aryo y el indio americano?

"—Cuestión!

"Aclaremos esto de la exclusión de hispanismo y entendámonos. Si en España cuya lengua hablamos existen elementos culturales (como seguramente hay) que respondan a esta necesidad de cultura universal, allí también beberemos como en fuente lícita: pero no será por otra razón que la que nos mandase beber en fuentes francesas, italianas o alemanas. Nada de preferencias por razón falsamente sentimental y a priori. Queremos nuestra libertad de escoger fuentes y caminos. Queremos nuestra libertad de ir espiritualmente a España, o de no ir jamás a ella, según nuestro grado o nuestra necesidad. Por ejemplo, cuando yo desee una linfa latina, poderosamente latina, no será en España donde habré de buscarla. Lo que allí habré de procurar serán aguas propias y especiales de arabismo tamizado a través del alma e historia castellanas, cosa que jamás encontraré en la grande Italia Latina, por mucho que al gigantesco Dante se le hubiese descubierto orígenes e influencias árabes. Vea Ud., mi querido Casanovas, qué estudio interesante sería el que, tratándose de latinismo, fuese a investigar la suma de esa herencia y cultura que aun queda viva en dos naciones llamadas indistintamente latinas. España y Francia. Seguro que tal estudio nos daría más de una sorpresa y más de un desengaño que Ud. ya está vislumbrando desde aquí. Pero pasemos".

"El problema tocante a lenguas y concreto en polisintetismo americano frente al flexionismo aryano, en mi sentir no está aun resuelto ni hay la última palabra científica sobre el asunto. Yo puedo decir a Ud. que del sánscrito de Panini al aymara de Bertonio (los dos más grandes gramáticos conocidos) puede llegar a transverberarse más de un puente estupendo y salvador. Dejemos el punto como muy ajeno al motivo de esta carta".

"Hay que señalar una de las flaquezas que afecta la manía a priori de hacer arte americano a fortiori. Hay que notar cómo los grandes productos de la naturaleza, como el arte (arte griego, arte maya, arte egipcio), no son la obra voluntaria de un hombre o una raza, pero sí la obra genial de la naturaleza a través de un hombre o una raza. La poesía inglesa que culmina en Shakespeare ¿se imagina que fue labrada a posteriori de una voluntad concreta de hacer arte inglés? Al momento de crear, probablemente Shakespeare en lo menos que pensaba era en ésto. ¿Y en qué pensaba entonces? —Nada más que en crear. ¿Y qué se sentía en ese instante? —No inglés ni cosa que lo valga, sino hombre, hombre, hombre! De aquí su grandeza; y lo que se dice de Shakespeare se puede decir de Cervantes o de Sófocles. Aquí aparece un concepto un poco fatalista y determinista sobre la vida del arte.

"La acción anónima de la naturaleza a través de nuestras manos es enorme, enorme a punto de empequeñecer casi del todo la acción y responsabilidad del hombre individual y del artista. En este punto me viene un recuerdo de la ciencia india. En sánscrito llaman sutratma una cosa que en pobre traducción vendría a decir algo como "alma colectiva". Los indios atribuyen a la existencia de esa alma colectiva un papel director y conductor en la evolución de los grupos humanos, y su sólo enunciado señala a Ud. la verdadera significación de nuestro moderno concepto de las nacionalidades, por ejemplo".

"Ahora bien, yo debo decir que todavía no veo ese sentido colectivo (sutrátmico), racial, por no decir nacional en nuestra América aun demasiado en germen y en estado preparatorio. Las razas autóctonas duermen aun el sueño impuesto por la brutalidad de la Colonia, y las nuevas sangres inmigradas aun no tienen el tiempo suficiente para refundirse étnicamente en el nuevo crisol continental. Entonces, el arte fechado hoy, es lo que debe ser: calco necesario de los viejos modelos occidentales, con la siguiente agravante, que es en el occidente europeo donde toda humanidad ha hallado hasta ahora la expresión de lo más perfecto humano posible hasta hoy. Mi impresión es que no iremos más allá en mucho tiempo aún. ¿Querrá decir esto que esos moldes y módulos son insuperables? —No; nada hay insuperable; y muy probablemente es a nosotros, los nuevos viejos de este glóbulo terráqueo, a quienes corresponda alcanzar más de una superación humana. Pero eso vendrá de suyo, se caerá de su peso, como vino y se cayó del cielo ese maravilloso fruto del arte grie-

go u otro análogo. Y cuando llegan a forzarse las cosas y se sueña por un momento que el destino del arte depende exclusivamente de la voluntad individual del hombre, se corre el riesgo de caer en lo que estamos cayendo en América, al tratar de poesía: el calco simiesco de las extravagancias francesas de post-guerra, las cuales extravagancias, por pobreza y anemia momentáneas de la grande Francia, tampoco son otra cosa que la violenta extremación de las geniales extravagancias de un poeta viejo ya: Arthur Rimbaud. ¡Arte Americano! ¡Vanguardismo americano! Pero no hay que jugar con las palabras. Fíjese bien, sólo se trata del más tonto plagio de las mascaradas de orillas del Sena. Y como hoy junto al Sena, no hay talento, como no lo había al día siguiente de la sangría napoleónica, imagínese, Casanovas, lo que resulta hoy el consuetudinario plagio americano. Todavía no hemos acabado de ser grotescos".

"En un importante libro que me envía Zum Felde de Montevideo y en el que palpita el ansia del nuevo arte americano, como en todos nosotros, encuentro la nota típica, al tratar de poesía, la exaltación americana de Walt Withman. Según aquel libro, este poeta daría la primera nota de la futura sinfonía del arte americano, sin vinculaciones occidentales y sin antecedentes europeos. Es evidente que Withman y su poesía son americanos (del norte). No hay whitmanismo en Europa, y cualquier paralelo que se tentase con Verhaeren por ejemplo, resultaría ilusorio. Es evidente también que el whitmanismo sólo pudo florecer en el norte de nuestra América. Conozco calcos hechos a la orilla del Plata que resultan (como todo calco) de una extraordinaria pobreza. Pero nosotros, americanos de lenguas latinas, ¿tomaríamos como a un conductor al ilustre Walt? Whitman es un poeta sin duda, y casi un gran poeta inferior. Si la poesía es un arte de forma (como creo que eternamente será), Whitman es un poeta inferior, como es inferior el arte arquitectónico de la estupenda Manhattan. Todos los rascacielos imaginables no alcanzarán a borrar en el fondo de nuestras almas ciertas líneas edilicias de Presto o Atenas. Hay que haber estado en Nueva York para haber sentido la aplastante monotonía de aquel arte arquitectónico, sólo comparable al asfixiante ruido de fierro que ahoga la gran ciudad yankee. Y en Whitman, poeta que escribe más de un verso admirable (los versos admirables de este poeta son solitarios y únicos), sólo se encuentra este arte de rascacielos, con toda su brutalidad, su mo-

notonía y su falta de verdadera armonía. Y si no, recuerde Ud. aquellas infinitas enumeraciones que plagan toda la obra, especie de martilleo monótono que golpea el oído, vicio poético mayor. Me viene al recuerdo aquel famoso poema que empieza maravillosamente con este verso:

Give me the splendid silent sun with all his beams full-dazzling!

Y que después de abrumar al lector con una enumeración de cincuenta pisos, entreteje versos como el siguiente:

The life of theatre, bar-room, huge hotel, for me!

"Esta es una perla en el océano de las perlas, y no se comenta. Y la explicación de esto es que el yankee, aun genial como Whitman, jamás podrá incorporar a su naturaleza (como debiera) aquello del griego que es como la revelación de un mundo íntimo y supino, aquella palabra que decía "la mitad es más que el todo". Ese HEMISU griego que es la contraparte del **Meden agan** griego también, para entender y practicar lo cual se necesita facultades y refinamientos de espíritu que todavía no aparecen entre nuestros poderosos hermanos del norte. No deseo que lo que he de decir se traduzca como una injuria, amando como amo la belleza en todas sus manifestaciones, altas o mediocres; pero yo debo decir, querido Casanovas, que al través de esa poesía toda sembrada de geniales relampagueos, brota constante y orgánica, una incurable grosería humana. Ahora bien, la grosería, como urdimbre constitucional, nunca fue griega, espero que tampoco es latino-americana.

"No hablo aquí del fondo temático de esa poesía que si en verdad responde a alguna de las necesidades del espíritu humano, comporta también una mutilación del mismo, por una voluntaria renuncia a más de una nota del divino clavicordio que significa el alma humana. De las innúmeras alas con que sobre el mundo vuela la poesía, Whitman ha mutilado voluntariamente más de una; y yo que me considero americano como el que más, no acepto la maestría de una poesía limitada que correspondería a almas mutiladas o espíritus castrados. Para la poesía de América, o todo, o nada! Por lo demás, para agotar esta cuestión estétic habría que escribir no una carta sino un folleto en que se

toquen las fórmulas y frasesitas de moda, lo de la nueva sensibilidad y el arte deshumanizado, etc., que son las últimas baratijas importadas de ultramar, a la manera de las que traían Cortés y Pizarro.

"Para aceptar como fuente original y exclusiva cierta poesía nueva para los sureños, como la de Whitman, sería preciso que irrecusablemente reconociésemos la superioridad cualitativa de esa poesía sobre cualesquiera otras. Porque apenas ante los ojos del espíritu se presenta un modelo, una realización, una objetivación de arte y de poesía superiores, desde el punto de vista humano, ese momento la paradigmática poesía de Whitman quedaría relegada a segundo o ínfimo término. Por mí sé decir que cuando comparo a Whitman con Píndaro (el único poeta lírico) que puede comparársele, si cabe comparación entre el griego y el bárbaro), descontando las distancias que imponen el tiempo y el lugar, el saldo cualitativo a favor del griego es tan grande, que lo que de admiración puede quedar a favor del yankee es inapreciable, comparativamente. Yo proyecto la siguiente experiencia mental: puede darse el caso de un americano sin más experiencia lírica que la de Whitman. Encendido de admiración puede no reconocer mayor modelo; pero el momento en que el contacto directo con Píndaro le muestre la maravilla griega, al instante el ídolo yankee caerá en pedazos en el campo de las admiraciones líricas. Yerba exfoliada que el viento lleva".

"Fíjese Ud. mi querido Casanovas, que al aconsejar yo una íntima compenetración de nuestro arte con el clásico, no estoy deseando que escribamos Iliadas y Epinicios de calco y servidumbre. Esa manera de servirse de lo clásico se acabó ridículamente y una vez por todas con Boileau y Hermosilla. Lo que yo pido es la absorción de aquel espíritu de orden y armonía, de humanidad profunda y de humanísima razón. De razón sobre todo, ya que algunos no reconocemos entre los hombres cosa mayor que la razón; y como de humanidad a humanidad hay razones y razones, no reconocemos entre estas mayor razón humana que la florecida en Roma y Grecia. Podrá edificarse un imperio mayor que el romano —el inglés; pero es a condición que como razón de ser y existencia este sólo signifique una mayor aplicación, una mayor extensión de aquella **mens suprema,** y no suprema por romana sino por humana. La ruptura con todo greco-latinismo, no

es ruptura con entidad geográficamente inapreciable e históricamente nula hoy; significa ruptura con la mayor y más eugénica humanidad. Significa soterrarse voluntariamente en el sótano de una humanidad inferior. Esta es otra de mis razones para no aceptar cierto hispanismo exclusivo y excluyente, como aconsejarían ciertos hispanizantes de todo tiempo. Ciertas limitaciones son verdaderos suicidios; y de América podrán salir muchos errores, muchas pobrezas de espíritu, muchas puerilidades nocivas o inocentes; pero no una consciente e insensata negación de la vida".

"Nada de lo que digo deberá interpretarse como una reprobación de ciertas tentativas de arte típico americano (desde Martín Fierro hasta el mexicano Rivera). Fuera de que esas actividades están como cubiertas por la intangible libertad intelectual tienen además una importantísima significación: son la esperanza americana agitada por mano americana sobre el infinito horizonte de las posibilidades de porvenir. Un terrible quién sabe anima siempre esas tentativas. Pero es a condición de no confundirlas con las mojigaterías plagiarias de humanidades fatigadas por la guerra u otra causa. Es a condición también que las tentativas de lo desconocido supongan siempre la plena posesión y dominio de lo conocido. Que un día podamos decir: lo pasado tradicional humano fue muy bueno; lo sabemos y lo poseemos; pero esto americano nuevo que estamos haciendo es mejor!

Muy afectuosamente".

Franz Tamayo.

VIAJE ALREDEDOR DE UN MONOLITO PENSANTE

Por Augusto Céspedes

Con empeño de cateador minero, Mariano Baptista Gumucio se dedica a recoger muestras que él juzga valiosas en los parajes abandonados del periodismo boliviano. Me da la grata sorpresa de haber hallado en "El Diario" de junio de 1931 un artículo que escribí sobre Franz Tamayo. Al reeleerlo ahora creo necesario, sin retocarlo, añadir algunas glosas aclaratorias a ese retrato de aprendiz expresionista. Hasta ese año Carlos Medinaceli, ni Antonio Alborta Reyes o Fernando Diez de Medina, se habían ocupado todavía de reunir los fragmentos del polifacético maestro en un estudio completo. Yo intenté hacerle un retrato de cuerpo entero. Logré esbozarlo, con aciertos que hoy mismo suscribiría y con errores de perspectiva que reconozco. Mi iconoclasia juvenil inspiró cierto humorismo —no agresivo ni maligno— que brotó al ver al poeta y pensador mezclarse con los próceres aldeanos haciendo cabriolas en medio de la Diablada constitucionalista de aquél año. Tamayo había lanzado su reglamentación del tiranicidio!... Tal PASTICHE ateniense estimulaba al chiste, por lo mismo que él, con otras BOUTADES, los presentaba con toda solemnidad. Pero también supe exaltar en prosa digna del modelo la señera fisonomía mental "del más alto pensador que hayan dado los Andes". Primer artículo de muchos que escribí —y aún una

carta abierta (que no hubo dónde se publicara) que le dirigí desde el destierro con motivo de la masacre de Villa Victoria en 1949— siempre desconcertado y fascinado por aquel incongruente protagonista del drama cultural boliviano.

(Junio de 1977).

A. C.

* * *

1. *Tamayo en función del gesto.*

En los parlamentos libres y democráticamente elegidos no puede arraigarse ninguna anormalidad. Los diputados, medidos con el metro de la conciencia popular, están subordinados a la más gris de las igualdades porque el clima democrático propicia solamente la vegetación de las medianías, en un riguroso término standard. Estas graves reflexiones coinciden con la experiencia de la primera asamblea surgida de la revolución democrática, la cual no ha podido ofrecer mayor novedad que el viejo Tamayo, un hombre cuya virtud consiste en actualizarse mediante el recurso de la *pose,* recurso pintoresco que atrae siempre la atención de los espectadores.

Don Franz Tamayo añoraba, desde el voluntario confinamiento a que se redujo, en medio de los cebadales de sus latifundios, un escenario para su teatro personal. La revolución de junio se lo ofreció, dándole motivo para que escribiese unos artículos elogiosos de la Constitución y sus cadetes, llevándole a la Presidencia de la Cámara de Diputados y proporcionándole además temas para una conferencia que dice que dará.

Desde esas posiciones Tamayo actúa con apreciable éxito de boletería. No llega a inquietar. Acaso inquietaría a un sofista analizador de teoremas del razonamiento o a un escolástico, cazador de las mariposas-

causas. O atemorizaría si tuviese en sus manos la fuerza pública suficiente para poner en práctica sus sanguinarios proyectos. Pero está comprobado que la sangre que vierte Tamayo es incolora y solamente pensada. Por eso es inofensivo. No inquieta: divierte, pero téngase en cuenta que si sabe ofrecer diversiones del más trivial género circense, también las ofrece del más elevado encantamiento intelectual. Su intelectualismo pesa sobre sus acciones como su cabeza sobre su tronco: con gravitación ineludible. Cuando don Franz Tamayo intenta rehuir ese aplastamiento, se desorbita como el insecto herido en un centro motor. Pertenece al reino de la inteligencia pura donde debió permanecer siempre, sin lanzarse a hacer criollas giras electorales por las aldeas de la política.

Para definir ese compuesto proteico y diverso que es el hombre habría que considerar hasta qué punto es leal con su propia esencia Pero el hombre interior sólo puede apreciarse objetivamente, deduciéndolo a través de los actos, sean éstos consecuentes o no a su esencia. Entonces ¿cómo se puede asegurar cuáles accidentes son auténticos del ser y cuáles no hacen más que encubrirlo o falsearlo? No queda más recurso que partir de un supuesto metódico, apreciando como substanciales todas las expresiones libres, es decir aquellas que obedecen a fines inmediatos al sujeto mismo, y como artificiosas las que están mixtificadas por su sujeción a influencias extrañas.

Por ejemplo, la acción política en cuanto desnaturaliza la espontaneidad del criterio, subordinándolo al éxito, permite calificar el grado de inestabilidad psíquica del pensador.

Tamayo ofrece una primera dificultad: se ha rodeado de tantas paradojas que se hace previa una bomba analítica de gran potencia para apagar la flamígera cortina con que se ha envuelto y poder medir la exacta temperatura de su alma. Tamayo casi nunca ha fluído limpiamente. Su originalidad se ha empañado con una

suma de actitudes que él supone esquilianas, y que son, a lo más "marinéticas" [1]. Pero esas actitudes nos dan la primera evidencia: el gesto. Tamayo desearía sinceramente actuar al aire libre, en el escenario griego o en el actual "tazón" de Hollywood, lugares donde habría campo suficiente para sus ademanes. También su presencia habría resultado compatible con los tumultos de la Convención Francesa o los de las asambleas fascistas, pero dentro de la perspectiva de esos escenarios acaso Don Francisco no hubiese parecido tan grande como en la Cámara de Diputados de Bolivia. Aquí sus actitudes resaltan por lo pintoresco y extraño, semejando las de un postillón maniático que, en vez del silbido para conducir a la cuadriga de mulas, emplease ceremoniales mágicos. Pero véase que esas actitudes inarmónicas con relación a los demás, son armónicas con relación al autor. Hay en ellas una fuerza personal indudable, aunque tal fuerza se reduzca al nimio empeño de obtener la estupefacción de un público municipal.

El impetuoso Tamayo rasga el ambiente, antes que someterse a él como acontece con los gregarios, pero lo rasga de acuerdo con el gusto de los gregarios. Así agrada y es a veces popular, aunque de cuando en cuando deserta de la plebe altoperuana y obra por su cuenta. Valoriza el gesto más que la intención revelando un temperamento objetivista propio de su índole paceña al poner en su acción mímica un sentido independiente de toda trascendencia política [2]. De ahí viene que cada uno de sus gestos mantenga relación estricta con el espíritu que los engendra, pero no conserva encadenamiento unitario entre sí, dando por resultado esa apariencia contractoria que dificulta la definición de este enigma aymara.

Los puntos de partida para llegar al cogollo de este sujeto son diversos, por lo mismo que son accidentales. Hay que unificarlos, pues, en una integración profunda: todas sus maniobras objetivas se condensan en un fondo común sobre el que está proyectado el su-



Tamayo y Céspedes vistos por Juan Rodriguez Baldivieso, en "Ultima Hora", julio de 1977.

jeto de Tamayo *en negativo*. Con sus gestos, el hombre se ha encubierto como encubre sus trampas ante la vista un prestidigitador, pero esa rápida y múltiple facultad de exteriorización evidencia, por sí misma, un indudable valor teatral, ya que responde a una genialidad interior capaz de alimentar permanentemente actitudes sugestivas, que en otros hombres carecerían de sugestión.

De poses, poses, Tamayo llenó los contornos de su vida, vaciándose en ellas hasta sustituirse a sí mismo con un ser numeroso y pedantesco, realizando un caso pirandeliano en que el autor se pasa a su personaje de *camouflage*. El gesto entonces no es función del yo, sino que el yo es función del gesto. Tamayo sabe cambiar tan *radicalmente* que en ocasiones ya no es posible distinguir dónde ha concluído el hombre y dónde ha empezado el fantoche.

En raros momentos Tamayo se recobra y se reconoce. Escenificador de tragicomedias, les ha dado un valor absoluto, incomprensible para la burguesía intelectual que pone en toda actividad un concepto pragmático, teológicamente solidario a necesidades vitales. Pero, compruébase por Tamayo que la mímica puede tener existencia desinteresada y substancial, como todo arte. Ahora bien, la inestabilidad psíquica y racial de don Franz traiciona en algunas ocasiones sus tentativas, transformando lo que tenía que ser gesto esquiliano en mueca simiesca, pero esto nada quita a la originalidad primaria de su estilo.

2. *Tamayo "Flor de la raza"* [3].

Esa originalidad se alteró con el talento que tiñe las raíces mismas del mesticismo con un tinte de aristocracia. Debajo del gran talento de Don Franz las inclinaciones nativas reprimidas lo más que han podido es buscar un escape y desviarse, manifestándose en formas correlativas a las tendencias primigenias. La afición por los tejidos policromos con que se ornamen-

tan los indígenas del altiplano, desvía a los hombres cultos como Tamayo hacia una equivalente afición por las acciones del mal gusto, — chillonas, coloridas y excesivas como las innumerables polleras de las bailarinas aborígenes.

Pero el talento subsiste. En Tamayo conviven metafísicamente el europeo y orgánicamente el indio. Para ambos tipos don Franz exhibe un repertorio numeroso. Ahora es problemático, sumamente problemático, averiguar cuál es profundamente la realidad del ser que dirige tan contradictorias maniobras: Las Oceánides y los artículos pro-Montes, los Rubayat y los elogios a la chusma. Consideremos, desde luego, que los ademanes externos son las plásticas de una profunda actitud interior. Esto ya lo dijo Ortega y Gasset, y acaso algún otro antes que él. (Tamayo debe saberlo). Pues bien, el mundo inestable de versos, gesticulaciones, gritos y escándalos que Tamayo ha construído en el aire, no es más que el homólogo del profundo conflicto de su mestizaje étnico y espiritual.

Así, se me imagina Tamayo en conjunto como un monolito de estilo auténtico, al que absurdamente se le han colgado unos viejos trajes europeos. Con esta comparación banal procuro objetivar el conflicto de un alma autóctona, la limpieza de cuya pétrea desnudez fue envuelta con policromías de plebeyo mal gusto.

Pero antes, Tamayo entusiasmado de sí mismo, descubrió que la integración de su Yo se debía a la confluencia de dos espíritus occidentales, transmigrados hasta el altiplano por increíble sino: Beethoven y Goethe. Si no es precisamente ninguno de los dos, hay que suponer que le falta poco: para ser Goethe, solamente la pigmentación aria y el clásico equilibrio fisonómico y profundo del dios, y se parecería a Beethoven si además de tocar el piano —que dicen que lo toca muy bien— poseyese el poder creador representado en los rasgos del compositor de Bonn. Sin embargo, para darle gusto y añadiendo a la mezcla de los ante-

riores unas veinte partes de Choquehuanca y otras veinte de Soria Campero, todo ello vaciado en monolito, se llegaría a obtener la síntesis química del gran absurdo que es Franz Tamayo.

Hablé de la influencia tiahuanacota en este señor del radicalismo. Ciertamente esa influencia consta en su persona visible. La cabeza de Tamayo, labrada a base de planos, imita las obras de los escultores primitivos cuya insuficiencia técnica —antes que una intención subconsciente— consiguió crear estilos esenciales como el realizado en los litos de Tiahuanacu. De modo tal, distínguese Tamayo de los señores Beethoven y Goethe por la misma diferencia de forma que existe entre los dioses apolíneos y los fetiches papúas, por ejemplo, los cuales, representando como aquellos un mismo intento simbólico, resultan nada más que por la talla grosera, de inferior calidad. Pueblos clásicos adoraban a divinidades plásticamente perfectas, entretanto que sólo las sociedades primitivas rendían culto a toscos idolillos [4]. Nosotros los bolivianos, que estamos en este último caso, ya que no podemos volver al culto del Inti, podríamos contentarnos provisionalmente con Tamayo, en espera de un dios más equilibrado. Transemos y a falta de mejor imitación, admitamos a Tamayo como al Goethe aimara.

Dentro del primitivismo en que está esculpida la cabeza de Tamayo hay una belleza fuerte y bravía como una tormenta. Cráneo enorme, nuca ancha, pelambre centrífuga, frente exaltada, pesada, cuya verticalidad cae sobre los ojos adelantándose intencionalmente a todo el perfil, como un guardachoques, como un escudo. El ceño hinchado domina el panorama facial, todo movilidad sometida a la frente invariable; la nariz, los labios hendidos y las mandíbulas en tensión, reteniendo los gritos a punto de estallar, y los surcos terribles que proyectan de la periferia al centro reflejo de las sensaciones: todo se subordina a la frente, apuntalando el peso de este huracán cortado en pleno rumbo. (Discúlpese la figura excesiva aún para Tamayo).

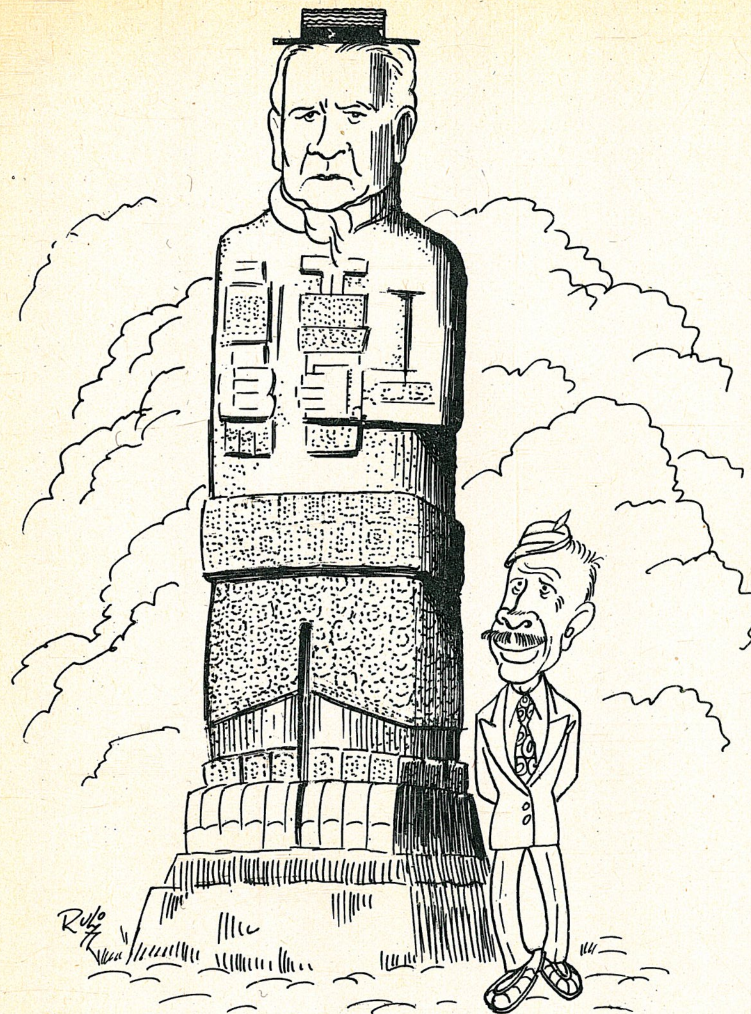
Habla Tamayo a gritos pequeños y agudos que componen desiguales imágenes. Entonces, las impresiones del orador actúan sobre sus músculos faciales torturados y veloces, formando una geometría que sigue de cerca la maniobra de los tumultos interiores. La palabra es inferior a la expresión facial: si Tamayo hablara tan notablemente como gesticula, sería un orador alucinante [5].

Cabeza grande, tronco pesado (como que es de piedra), extremidades cortas de paso rápido, saco largo y pantalones a la altura del tobillo, todo coronado no por la encina sino por un sombrero de paja que también sirve de molde para la fabricación de quesos en su hacienda, constituyen en Tamayo elegancia y armonía si los comparamos con la desproporción que existe entre la inteligencia y la obra escrita y hablada de este hombre. Ingresemos a ella, como los mineros, dispuestos al encantamiento y dispuestos al desencanto.

3. *Tamayo pensador.*

La obra de Tamayo es una escalinata que comenzando en la más fangosa ribera del Choqueyapu se eleva hasta detenerse frente al pórtico del Partenón. Hay en ella la prosa y el verso, la prosa fuerte, musculada y ósea como un atleta, y el verso con la meditación y la gracia del "Pensieroso" de Miguel Angel. Y hay también discursos en honor de los prohombres del país y proyectos como el de la Ley Capital, reglamentando el tiranicidio, principio de un derecho que Tamayo muestra a los sudamericanos como invento suyo, de mayor eficacia que la cafiaspirina, y que es, por otra parte, el justo complemento de la reglamentación de las revoluciones, original de don Rigoberto Paredes.

Estamos en medio de una obra deforme. A través de ella hay que andar cautelosamente, igual que a través de una habitación oscura, hasta encontrar el botón de la luz. Oprimámoslo. Entonces habrá una gran claridad.



Tamayo y Céspedes, vistos por Raúl Gil Valdez, en "Ultima Hora", julio de 1977.

Esta claridad es la del más alto pensador que hayan dado los Andes [6]. No puedo juzgarlo y simplemente lo describo.

Hablo en serio: las almas elevadas tienen siempre una ávida dehiscencia, una disposición permanente para fecundarse con el pólen que un antiguo viento lleva del árbol clásico hacia todas las zonas de la cultura. Tales almas se estiran hasta tocar, hasta conformarse siquiera en parte al esquema eterno. Algo hay de Tamayo, posiblemente la mirada, en contacto con el cielo griego. El monolito tiene la cara vuelta curiosamente hacia la contemplación de aquel paisaje invariable. O si se quiere otra figura: las espiras de su alma, como las hojas de una planta acuática, flotan siguiendo la dirección de las corrientes ocasionales, pero un garfio profundo las une a la metafísica esencial. Sin embargo, en este arbitrario no cabía totalmente lo apolíneo. El es más bien un incongruente faústico.

Variado y diverso, Tamayo se dedica a difíciles y complejos deportes mentales. Cuando este escritor encuaderna sus libérrimas expansiones intelectuales, sugiere y revela. El juicio vacila ante la definición de su obra fragmentaria y desordenada: Tamayo, talento amorfo, amenazado siempre por el absurdo y por el genio, presionado por la dificultad de sus abstrusas ideologías, cuando se ofrece al público en palabras no se entrega totalmente. Su obra, más que espontaneidad, manifiesta rebuscado afán de cegar con lámparas de mil bujías, los ojos de la muchedumbre intelectual. ¿Es su pensamiento inextricable, es evidencia de ineptitud para realizarse sencillamente o es más artificio intencionado para deslumbrar a los "bobos"?

En *La Prometheida o las Oceánides* hay forzado recargo de mitología. Es más que la obra de un poeta la de un erudito rítmico. Actúa ahí, como en todas las demás tentativas estéticas de Tamayo, el cerebral. Pero ese cerebral —nueva paradoja— compuso también con sólo notas de ausencia la "Balada de Claribel", que junto a la famosa elegía de Jorge Manrique y el poema

número 20 del contemporáneo Pablo Neruda, puede formar el tríptico de las más puras y saudadosas expresiones de la melancolía castellana.

Más allá los "Nuevos Rúbayat", estrofas graníticas, a veces tersas, pero casi siempre duras, a las que es preciso leer a golpe de cincel, rompiendo la aridez de los versos violentamente metrificados, para encontrar por dentro la oculta sabiduría. Los versos de Tamayo tienen la forma métrica, pero esa forma no es inmediato matiz de la inspiración, sino recurso superficial para decir un proverbio. Su verso no es el libre embellecimiento de la idea sino más bien limitación de su vuelo filosófico. Estrofas forzadamente alineadas parecen la traducción de otros poemas más límpidos, traducción en que la necesidad de la rima y el ritmo impuso restricciones a la fluidez del idioma original, que en este caso sería el idioma interior de las meditaciones sin palabras.

Todo el subjetivismo de Tamayo surge, en libros o en voces, maltrecho al exterior. Los versos en el cerebro del autor se componen musicalmente, pero su impotencia poética los despedaza de tal manera que al verterse sobre el papel resultan prácticamente amorfos y tropiezan, en menor grado que los de Unamuno, pero por idéntica causa, no en el entendimiento, sino en el oído.

Luego, los ensayos incompletos, las filosofías truncas. Impotencia de totalidad, que es lo mismo que impotencia de unidad, de la que adolecen los tipos intermedios, que ni enraizan como Nietzsche ni coronan como Goethe. Oscila Tamayo sin poder captar su propio destino intelectual porque está en conflicto consigo mismo, con su época y con su raza. Por eso, de los poemas de Tamayo, de la densa fronda repleta de inquietudes, alcanzan hasta el lector sólo ráfagas del aroma invisible. A momentos una instantánea aproximación intuitiva permite vislumbrar, como desde la ventanilla de un tren, aquel panorama interior, volcánico, terroso, erosivo, revuelto, en el que como única concesión a la armonía hay un charco sobre cuyas aguas ondula la gracia de una columna dórica. ¿Qué más?...

Libros y versos, gestos y discursos, brotan de Tamayo como abortos magnos. Nacen sin los contornos de lo perfecto ni lo normal, saltando violentamente del espíritu aimara, extemporáneos y desgarrados, para aparecer ante la vida con formas monstruosas dentro de las que palpitan, en anhelo supremo de permanencia, los malogrados ensayos y los síntomas geniales [7].

Alma condenada a la incertidumbre, la de Tamayo perdió su signo, igual que la raza. Como a la raza le queda entonces el clamor, el grito. Tamayo es el alzamiento de los indios en marcha, es una horda de almas desorientadas que avanzan en montón, al trote, al son de los pututus sobre la pampa gris, a 4.000 metros de altura sobre el mar. Acaso entre el clamor de los indios y de los pututus suene también la voz de un sistro. Hay que tener el oído muy fino para escucharle.

Junio de 1931.

NOTAS DE 1977

(1) Alusión a Philippo Marinetti, creador del futurismo italiano.

(2) No es solamente paceña. Sin la mímica de Tamayo, políticos de todas partes hicieron también teatro para disimular déficits ideológicos. Algunos hasta lloraban.

(3) Recuérdese que Tamayo obsequió con ese lauro a Ismael Montes, candidato a la segunda Presidencia en 1913.

(4) Apreciación superficial de mi seudocultura romántica. Después he visto que las figuras de la Oceanía, el Africa y la América antigua son creaciones de un arte naturalmente simplificado, más expresivo que la plástica formal greco-romana o renacentista.

(5) Lo era. Hablaba tan brillantemente como escribía.

(6) Y lo habría sido si no interfiere en su personalidad un eclecticismo ateneísta, que por otra parte denunciaba huecos como el desconocimiento de Marx y Freud.

(7) Aquí acuso una falla grave. No me referí a la "Creación de la Pedagogía Nacional" en que asoma el pensador boliviano. Falla disculpable puesto que el propio Tamayo abandonó esa ruta de liberación autoctonista para reforzar el credo liberal y ocuparse de las Oceánides.

("ULTIMA HORA", 28 de junio de 1977).

TODO CREPUSCULO ES LEJANA AURORA

(LA AMISTAD CON SALAMANCA Y LA FRUSTRADA PRESIDENCIA)

La grandeza de un hombre no se muestra nunca en una obra o en una acción particular como en el espectáculo que nos ofrece una gran existencia.

Emil Ludwig

1930, el año de la crisis mundial del capitalismo —y en el plano interno de la caída del gobierno Siles que pretendió insurgir con una generación joven contra los partidos tradicionales— y prorrogarse de paso en la presidencia, es también el del prólogo de la tragedia del Chaco.

¿En qué medida había cambiado el panorama social boliviano desde aquel de la generación que se sacrificó en la gesta independista de principios del siglo XIX?

"La sociedad boliviana de 1930 —asienta el historiador norteamericano Herbert S. Klein— seguía siendo en muchos aspectos la misma que la que había sido en 1825. A pesar del dramático crecimiento de las

ciudades, la minería y el movimiento laboral desde 1900, la mayoría de la nación aun seguía perteneciendo al sistema agrario latifundista de la Colonia. En tanto que la población urbana se elevaba firmemente en los decenios posteriores a 1900, y La Paz se convertía en una metrópoli de más de 150.000 habitantes para 1930, la población rural mantuvo su predominio y aun para fines de la década de 1950 representaba el 66 por ciento de la población nacional, o sea, más de 2.125.000. En cuanto a las condiciones de las masas campesinas en el siglo que siguió a la Independencia hubo un progresivo deterioro en su status. Considerando que aun en 1847 las comunidades indígenas con tenencia de tierras y auto-gobierno eran más grandes en número que los colonos y pongos sin tierra que vivían como siervos, pues llegaban a 478.000 fuertemente organizados en más de 11.000 comunidades libres, para 1900 ese número declinó a 250.000, y para el decenio de 1930 sólo habían quedado 502 de esas comunidades, con menos de 50.000 habitantes".

Y en cuanto a la mayoría indígena:

"La vida de los colonos bolivianos era muy dura, aun para las normas de América Latina, debido a que prestaban servicios personales al igual que los esclavos, y por la completa ausencia de pago en dinero o algún equivalente. Todo el trabajo, herramientas, animales de trabajo y a menudo las semillas eran proporcionados por los colonos para el cultivo de la tierra, controlada exclusivamente por los hacendados.

"El colono o pongo indígena proporcionaba su trabajo personal para los terrenos del patrono tres o cuatro días por semana, sembrando, desyerbando, o eventualmente cosechando y vendiendo los productos del hacendado. A cambio de este trabajo gratuito se le concedía el usufructo de tierras de la finca o del latifundio. Aparte del trabajo agrícola, el colono tenía que ceder parte de su tiempo al hacendado para el apacentamiento de sus animales y para elaborar algunos productos locales como queso o compuestos vegetales deshidratados. El colono tenía también que proporcionar transporte para los productos de la finca hasta los mercados más próximos, con sus propios animales o buscándolos en préstamo, y finalmente, lo más oneroso de todo, tenía que prestar servicio de pongueaje para el patrón, en la finca o en su residencia urbana".

El mismo autor, describe así la realidad política y económica del país para esa fecha:

"No solamente Bolivia en 1930 era una nación económica y socialmente atrasada, sino que su estructura política era igualmente retardada. A pesar de su apariencia constitucional de gobierno democrático representativo, pese a todas las intenciones y propósitos, Bolivia era una oligarquía. Solamente de 300.000 a 400.000 personas alfabetizadas podían llamarse a sí mismas ciudadanos con derecho a voto, de una población que se acercaba a los 2.000.000 de habitantes. Y de aquella minoría sólo unos cuantos centenares controlaban las fuentes del poder político. Hacendados, propietarios de minas, unos pocos industriales y sobresalientes comerciantes formaban una oligarquía con conciencia de clase, que dirigía la vida socio-económica y política de la nación. Unidos por lazos de matrimonio, con la posesión común de propiedades, miembros de los mismos clubes y educados en las mismas y pocas escuelas, esas familias principales dominaban la dirección de los grandes partidos y controlaban las posiciones claves de la burocracia estatal"[1].

* * *

Antigua era la amistad que profesaba Tamayo a Daniel Salamanca y habíase originado en las comunes batallas parlamentarias que ambos libraron frente al liberalismo gobernante. Salamanca, que como ninguno,

---

(1) Herbert S. Kelin, "Orígenes de la revolución nacional boliviana", Editorial "Juventud", La Paz, 1968.

fustigó durante veinte años a los regímenes liberales, socavando implacablemente sus cimientos, no hizo parte de los conjurados "republicanos" que dieron fin con el partido de Montes, en el golpe de estado del 12 de julio de 1920. De su disconformidad con esta quiebra de la continuidad constitucional y sus radicales diferencias de temperamento y estilo con Bautista Saavedra, surgió el "republicanismo genuino" frente al "personalista" de este último (convertido en "socialista" después de la guerra del Chaco). No podían ser más distintos los jefes republicanos: Salamanca representaba el apego indiscutido a la ley, diosa fría e inmutable; habría sido incapaz de tocar las puertas de un cuartel y era pulquérrimo hasta un grado enfermizo; reconcentrado, huraño, agobiado por una enfermedad estomacal crónica que convertía su digestión en una pesadilla, tenía plena conciencia de su valer y usaba de la ironía para lidiar con sus enemigos. Su calculada modestia escondía quizá una buena dosis de vanidad y desprecio hacia quienes no se hallaban a su nivel intelectual, particularmente los chambones jefes del Alto Mando que condujeron a tropezones la campaña chaqueña.

El secreto de su éxito político debe buscárselo en su oratoria que cautivaba por igual a artesanos y universitarios, pues en lo personal era hosco y enemigo de las tertulias de café o del trabajo de comités.

Su prestigio nacional, en las postrimerías del montismo era inmenso y se le llamaba "el hombre símbolo", atribuyéndole una servidumbre incorruptible a la ley y a las instituciones republicanas. Cochabamba le tenía por su hijo más ilustre. Solamente la astucia y la pertinacia conspirativa de Bautista Saavedra, vigoroso y desenfadado caudillo de los mestizos paceños, dispuesto a pactar con el diablo si fuese necesario, para llegar al poder, pudo arrebatarle en 1920, el solio presidencial que todo el país reclamaba para el tribuno cochabambino y que le sería concedido, demasiado tarde, una década después, también por aclamación nacio-

nal, y nada menos que para enfrentar la emergencia de la guerra.

* * *

En abril de 1922 la revista "Arte y trabajo" que dirigía en Cochabamba ese rebelde ácrata y magnífico que se llamó Cesáreo Capriles, colaborado por sus adolescentes escuderos que tanto prometían (y tanto dieron): los dos Augustos, Céspedes y Guzmán, Carlos Montenegro y José Antonio Arze —entre los más prominentes— publica unas "Romanzas para Doña Laurita Salamanca" —una de las niñas del tribuno valluno— firmadas por Franz Tamayo. Y por esa época dos de los redactores: Augusto Guzmán y José Antonio Arze, enjutos y armados ambos de lentes que revelaban su actívísimo comercio con los libros, visitan la ciudad de La Paz y se atreven a tocar la puerta de la casa del vate que se abre para muy pocas gentes. Dan a la sirvienta sus nombres —que todavía nada dicen a nadie— y añaden que son "estudiantes de Cochabamba".

Esa es la frase mágica. Un minuto después se asoma Tamayo cordial y los hace pasar personalmente:

—Ustedes vienen de la tierra de Salamanca. Todos los cochabambinos tendrán siempre abiertas las puertas de mi casa.

Como el de Tamayo, también era reducido el círculo de íntimos de Salamanca, cuya única distracción, cuando venía a La Paz, a cumplir con sus obligaciones de Representante al Congreso, eran los libros y las ocasionales tertulias con algunos amigos dilectos. En el curso de los años —y aún durante el ejercicio de la Presidencia— Salamanca recibía la visita dominical de Tamayo o a veces acudía también a la casona de la calle Loayza. Se hablaba poco de política y mucho de autores y de obras y Salamanca era, dentro de su parquedad habitual, un entusiasta animador de la obra intelectual de Tamayo, al que alentaba con juicios personales

o misivas, como la que envió con motivo de la aparición de *La Prometheida* (que Tamayo publicó en "El Hombre Libre") o la que le dedicó al recibir *Nuevos Rubayat* en septiembre de 1927:

"Mi querido amigo y señor:

Saludándole afectuosamente, quiero expresarle el placer con que he recibido sus *Nuevos Rubayat*, realzados para mí con la sencilla y hermosa dedicatoria que he estimado como una singular deferencia.

"He leído con atención, o más bien absorbido con ansia, sus admirables estrofas tan profundamente pensadas y sentidas y expresadas con tan grande maestría y dominio de la lengua. En el curso de mis lecturas iba conjeturando que en usted el pensador suele exceder al poeta. Su trabajo, obra de gran talento, es a mi juicio singularísimo porque nada parecido hallo en el ambiente, a lo menos en lo que de él conozco.

"Le debo agradecimiento pues en la pobreza de mi vida considero su envío como un regalo inesperado. Supérfluo decirle que he reconocido en el acto su Rubayat 12 sobre el cual tengo algún derecho, pues lo poseo escrito en su letra en un ejemplar del *Criticón*, con que usted me honró en tiempos ya pasados.

"Reciba los recuerdos de su afectísimo amigo".

Tamayo retribuye esos elogios con permanentes demostraciones de afecto —muy raras en él— y de admiración y le dedica el soneto en honor de don Luis de Góngora y Argote, que figura en *Scherzos*, y que habría rubricado con gusto el propio autor de *Soledades:*

Gran don Luis, la rosa ha florecido
en vuestras manos de oriental orífice.
A un pagano donaire de pontífice
al garbo unís de Príncipe garrido.

Ya Galetea y Tisbe han sonreído
cual dos estatuas a su amante artífice;
ya por siempre el canoro Dios munífice
guardará vuestras rosas del olvido.

Indaga el peregrino apasionado
vuestra morada de cruzado moro
en el país lejano de Eldorado;

Y una ciudad señala el Dios canoro
donde en Alahambras de cristal calado
alza la gloria sus Giraldas de oro.

No era tan sólo, como hemos visto por estas muestras, que ambos oradores y panfletarios se habían puesto al frente de los regímenes de Montes, Gutiérrez, Saavedra y Siles, sino que con el trato frecuente, había nacido una auténtica comunión espiritual que se alimentaba en el culto que ambos rendían a los clásicos greco-latinos y a los del siglo de oro español. La elección de Salamanca a la Presidencia de la República no significó en absoluto un distanciamiento, pues el orador cochabambino que odiaba el contacto de gentes descompuestas y filisteas como son las que forman las mesnadas políticas, hallaba un grato refugio en la conversación con el poeta paceño, sobre temas que nada tenían que ver con la movilización de los ejércitos de sufridos soldaditos del Ande, frío pero vigorizante, hecho para el vuelo de los cóndores y donde nunca reptaron alimañas; de los valles amenos y fértiles y de las llanuras solitarias y jocundas, a ochocientos kilómetros de distancia, a un paisaje extraño y horroroso, con fuegos abrasadores de día y fríos sobrecogedores de noche y en el que la sed y las enfermedades hacían más estragos que la metralla enemiga.

Tamayo colaboró devotamente a Salamanca como Presidente de la Cámara de Diputados y luego, por algunos meses como Canciller de la República. No era que el mandatario descuidara sus deberes para con el

país pues por el contrario, su dedicación al cargo no tenía límites y aún desde La Paz, quería estar en todos y cada uno de los movimientos de un ejército disperso en la inmensidad chaqueña. Es injusto descargar exclusivamente sobre sus escuálidos y cansados hombros, el peso de una derrota, ocasionada por múltiples factores, desde la estructura feudalista y oligárquica del país, hasta la distancia sin caminos, del frente de batalla, pasando por la torpeza e inverecundia de la mayoría de los jefes militares. El pueblo dio todo de sí, demostrando que no tenía ninguna enfermedad congénita, salvo su pobreza y su secular frustración: cuatro ejércitos se levantaron en el curso de los tres años de la "guerra estúpida", el último con 50.000 hombres...

La preocupación por los reveses militares y el estancamiento en las negociaciones diplomáticas, al par que la permanente pugna con el Alto Mando, consumían todas las horas del mandatario. Los domingos, sin embargo, acompañado de sus hijas, el chófer y un edecán (su esposa había muerto años antes) Salamanca solía dar una escapada en automóvil, por las cercanías altiplánicas de la ciudad, llegando en ocasiones hasta el puerto lacustre de Guaqui, o a los monumentos líticos de Tiwanacu, donde se detenía a conversar con el arqueólogo Posnanski.

"Completaba el descanso hebdomadario de Salamanca presidente —recuerda David Alvéstegui— la visita infaltable, en horas de la tarde, de don Franz Tamayo, en cuya compañía consumía las horas de ese descanso espiritual discurriendo sobre temas del más variado matiz, pero eso sí, invariablemente ajenos a la política doméstica. Era un alivio. Si el sol altiplánico recibido en pleno en la mañana sirvió para reparar algo de la débil fortaleza de su cuerpo, la charla vespertina con Tamayo sobre literatura, arte, filosofía o historia, desintoxicaba su mente del sinsabor cotidiano del quehacer político.

"Este hábito de las dilatadas conversaciones con Tamayo era también continuación de costumbres antiguas. Durante los largos meses que Salamanca pasaba en La Paz, concurriendo al parlamento, las tertulias con el señor Tamayo eran asiduas y también versaban sobre motivos muy alejados de la política. Gustaba mucho a Salamanca la cultura griega de Tamayo, pues también era él un apasionado helenista. Es posible que en las tertulias reanudadas en el palacio de gobierno el tema ático hubiese seguido teniendo preferencia. Pero, seguramente, no era el único. En cierta ocasión se enredaron en una momentánea discusión. En el curso de la charla Salamanca dejó escapar la afirmación de que la palabra *tata* tenía origen latino. Tamayo arguyó que no. Salamanca insistió y Tamayo también. Salamanca calló, probablemente dejando a Tamayo la impresión de haber salido vencedor. Más a la hora de la cena, fue llamado al teléfono el hijo del Presidente, Rafael Salamanca, que regresó a la mesa para comunicar a su padre las disculpas del señor Tamayo: fue suficiente al doctor Tamayo consultar el diccionario de la Academia española, en el que está consignada dicha palabra y certificada su procedencia latina" [1].

Los libros eran, naturalmente, motivo central de las disquisiciones entre los dos amigos, y en cierta ocasión, Tamayo entusiasmado por una oferta que le llegara de Londres, le envió una misiva al Presidente:

"Señor Presidente: Me permito mandar a usted un catálogo de libros franceses escogidos. Lo publican los señores Maggs Bros. de quienes he hablado a usted. Es el catálogo de su nuevo establecimiento en París, pues ellos son ingleses. Allí hay un Racine por 18.000 francos; y ya dije a usted que en Londres ofrecen un Quijote, primera edición por 80.000 libras esterlinas. Ese es el paraíso de los libros hermosos.

"Para escribir a usted me levanto de cama y volveré a ella, si hasta las 3 no mejoro, para ir a la Cámara.

(1) David Alvéstegui, **Salamanca**, tercer tomo, Ediciones Fundación Patiño, La Paz, 1962, pág. 269.

"Perdone la fantasía de su muy atento y respetuoso amigo".

Salamanca, que vivía en habitaciones de alfombras desvaídas y cortinas raídas por el uso y de muebles dañados y paredes averiadas por el asalto que sufriera el Palacio Quemado a la caída de Siles, a manos de la poblada, compartía las aficiones de su amigo pero su escrupulosidad le impedía, no solamente cualquier pequeña erogación que hiciera más grata la vida en el siniestro caserón de la Plaza Murillo, sino incluso cualquier gasto que diera solaz a su espíritu. Su sentido del ahorro fiscal le había llevado a rechazar un pedido de ayuda que le formulara el hermano del grande poeta Ricardo Jaimes Freyre, muerto en la pobreza en Buenos Aires, para repatriar sus restos y ofreció en cambio contribuir de su peculio con Bs. 200, de los Bs. 500 que se precisaban y que sugería se reunieran por colecta pública.

Y en esta ocasión respondió a Tamayo:

"Distinguido amigo:

"Deseándole salud y completo restablecimiento de sus dolencias, me refiero a su carta de la fecha, expresándole mis agradecimientos por el catálogo con que se ha servido acompañarla.

"Debo manifestarle que he contemplado dicho catálogo como se contemplan las estrellas, sin esperanza de alcanzarlas.

"Créame siempre su afectísimo amigo".

* * *

Pero no vaya a creerse que Tamayo viviese tan sólo ocupado de libros o dedicado a interpretar a Beethoven y Wagner en el piano. Es cierto que descansaba en Luisa para el manejo de sus intereses en la finca de Yaurichambi, de cuyas cosechas dependía el régi-

men económico de su hogar, pero también intervenía en la compra de semillas e implementos agrícolas, en la venta de los productos y en la vida de sus colonos para quienes reservaba un trato entre benevolente y severo, común a muchos patrones del Altiplano. Era inevitable que fuera padrino de varios de los niños de la hacienda con cuyos padres había jugado en su infancia. Se preocupaba de proveer a sus campesinos de medicinas o los curaba personalmente con recetas homeopáticas. También se empeñó en introducirlos a la cultura impresa. El editor y librero español José Gisbert recuerda a este propósito una anécdota: Tamayo le había pedido una partida de textos de alfabetización que debían llegar de España pues por entonces no había ningún libro de tal clase en el país. Los libros tardaban en llegar y la impaciencia de Tamayo subía de punto hasta que un día, cuando Gisbert alegó que el problema se hallaba en la aduana que tardaba excesivamente en dar vía libre al pedido, el poeta estalló:

—¡Sí, nosotros somos malos, pero ustedes son peores!

Con la llegada de los libros se restableció la buena relación entre los dos amigos.

Uno de los amigos dilectos de Tamayo, era también el empleado de una compañía importadora de automóviles que le llevaba a la casa de la calle Loayza, toda suerte de catálogos con nuevos modelos de vehículos y prospectos sobre repuestos. Ambos amigos pasaban muy buenos ratos discutiendo calidades y precios. Aunque no tuvo más de dos automóviles en su vida, a Tamayo le encantaba poder conversar sobre este tema, con alguien que realmente conociera los misterios de la mecánica y los avances de la técnica motriz. Hasta avanzada edad, condujo personalmente su viejo "Ford".

En cierta ocasión fue a buscarlo su amigo Guillermo Viscarra Fabre, con quien compartía el amor a la poesía, la música y el cariño a la ciudad natal. Salieron

a pie, en la noche, a dar un paseo por el Prado. La luna llena dominaba con su resplandor, todo el paisaje circundante. Impresionado por el espectáculo e imaginando que Tamayo compartía sus sentimientos, exclamó Viscarra Fabre:

—Qué hermosa luna, don Franz.

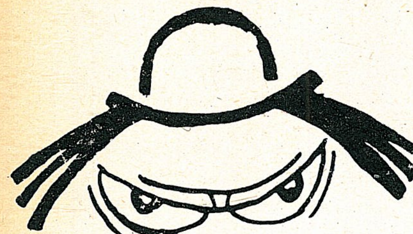
—Sí, muy hermosa, pero es pésima para las cosechas!

Antonio Alborta Reyes recuerda también algunas anécdotas en las que se vio envuelto, involuntariamente, con Tamayo. Ya dijimos que este escritor sin libros, siempre hizo ameno culto al ocio y en el año 1932, cuando Tamayo fue nombrado Canciller por Salamanca, el joven Alborta Reyes ya tenía unos años de empleado del Ministerio de Relaciones Exteriores. El Canciller pidió la lista del personal y una explicación sobre la eficiencia de cada funcionario. Naturalmente, el informe sobre Alborta Reyes fue desfavorable: llegaba tarde, abandonaba la oficina, charlaba demasiado y entre sus amigos figuraba Augusto Céspedes! Tamayo lo soportó por algún tiempo pero ante alguna otra falta venial del funcionario llamó al Subsecretario y le dijo:

—¿Todavía está ese bellaco aquí? Que lo echen y si resiste, acúdase a la fuerza pública!

Poco después Tamayo se enteró de un negociado con aviones Curtiss para el ejército, en el que estaban envueltos, como mediadores, altos funcionarios de la Cancillería, los mismos precisamente que habían dado el informe negativo que causó el despido de Alborta Reyes. Sin vacilar, también ordenó su inmediata remoción.

Alborta Reyes ya vestía uniforme militar y se dirigió al Estado Mayor para ser movilizado al frente. Pero allí se encontró con un coronel amigo que en lugar de mandarlo al Chaco, lo hizo nombrar Director de Tránsito en La Paz.









Caricaturas del pintor Crespo Castelú.

—"Allí me encontraba deliciosamente emboscado —relata Alborta Reyes—, gozando de un buen salario y de autoridad. Un día veo entrar a un pobre sujeto en medio de mis agentes. Parecía un cautivo de los asirios, tan abatido se le veía. Me explicaron que había derribado un arbolito y que debía pagar 60 pesos de multa o quedar preso de por vida. Era el chófer de don Franz. Al poco rato apareció Tamayo, quien ya había dejado la Cancillería y no tenía ninguna función oficial.

—¿Usted es el encargado de esta oficina? —me preguntó desafiante—. ¿En virtud de qué disposición se halla preso mi chófer?

Yo atiné a buscar con mano temblorosa el reglamento del tránsito y mostrarle un artículo sobre contravenciones.

No hubo modo de llegar a un acuerdo pues don Franz alegaba que él había conocido las principales ciudades de Europa y que no había visto nunca una disposición tan grotesca. Quedamos en que volvería en la tarde. Pero a mediodía yo me fuí a almorzar con los amigos y el condumio fue generosamente regado. Había olvidado totalmente la cita. A la fonda en la que estábamos llegó bien entrada la tarde, uno de mis jenízaros para informarme con gran secreto y cara de espanto, que había un mayúsculo revuelo en mi oficina. Dejé la grata reunión y volví rápidamente al Tránsito. En aquellos dichosos tiempos de la democracia, los empleados públicos no eran salamanquistas sino republicanos saavedristas o liberales, o sea, enemigos del régimen. En medio de la turbamulta de gentes vociferantes, se hallaba Tamayo exigiendo la libertad de su chófer sin el pago de la multa. Unos gritaban en pro y otros en contra. Del grupo se desprendió Carlos Crespo, Presidente del Concejo Municipal, quien me interpeló en un rincón:

—¿Qué lío ha armado usted? ¿No sabía de quién se trataba? Yo voy a arreglar el problema con este indio, pero usted se me va inmediatamente al Chaco!

Y en efecto, yo que le tenía más miedo a Tamayo que a los pilas, me incorporé de inmediato y partí al frente".

* * *

Con la anticipación prevista en la ley, Salamanca, su más celoso guardián y servidor, decide, en pleno conflicto, llamar a elecciones generales. Una de sus banderas más caras había sido siempre el respeto a la alternabilidad en el poder. Fresco además estaba el intento prorroguista que habían hecho los partidarios del Dr. Siles para que éste continuara en el gobierno y que provocó derramamiento de sangre y el exilio del Presidente derrocado. Precisamente a esa revolución seguida del corto interregno militar de Blanco Galindo, debía Salamanca su propia elección a la Presidencia. Aunque prácticamente toda la generación joven del país estuviese alejada en el Chaco, él cumpliría su deber.

Al hacerlo, no imaginó nunca que éste sería uno de los pretextos encontrados por el alto mando militar para derrocarlo y evitar todo juicio de responsabilidades en la conducción de la guerra. Peñaranda, escaso de luces, que había quedado en lugar del alemán Kundt como Comandante en Jefe, después de los desastres de Nanawa y Campo Vía, púsose desde el principio de la guerra —como la mayoría de los oficiales— en franca actitud de beligerancia frente al gobernante civil, ignorando o menospreciando las órdenes que como Capitán General, le enviaba desde La Paz.

Y como curándose en salud y asesorado sin duda por algún intelectual de los que acostumbraban rodearse los altos jefes en sus puestos de mando, para que les hicieran más ligera y airosa la tarea de redactar documentos y proclamas, envió en 5 de agosto de 1934, la siguiente carta a Salamanca:

"Excelentísimo señor: En forma confidencial, dejando a su propio criterio y sin mayor pretensión que

la de prestarle respetuosa colaboración, previniendo futuros males, ingreso a un terreno extraño a mi profesión, quizá si debido únicamente al puesto de alta responsabilidad que ocupo.

"Para la constitución de los poderes públicos no puede dejarse, sin prestarle atención, al pensamiento de sesenta mil ciudadanos capacitados para concurrir a elecciones, como electores o elegidos. Pienso que este gran número que se encuentra bajo banderas, es una enorme parte del pueblo en el que radica la soberanía nacional. Conocer y consultar su opinión es deber de todas las autoridades, y mal camino se tomaría si se constituyeran los poderes públicos llamados a resolver los problemas de la post-guerra, sin el concurso de los que acudieron al llamado de la patria. La opinión, el pensar, el sentir de esos ciudadanos no puede quedar en el vacío. Es preciso escucharles, y como son los que han sacrificado todo en aras de la patria, es oportuno tenerlos en cuenta.

"Nada concreto podría indicar a S.E. sobre el pensamiento de los combatientes; más hay fundadas razones para pensar que el electorado que se encuentra en la zona de operaciones tiene cierta inquietud y está pendiente del problema en cuestión. Si las elecciones se llevan a cabo sin su concurso, producida la desmovilización, no sería raro que se crean con derecho a organizar nuevamente y de facto los poderes públicos.

"Soy respetuoso de nuestras leyes y de nuestra carta política, por eso acepto, sin reservas, la decisión de S.E. de entregar el mando a la conclusión de su período; pero no creo que lo más viable sea convocar a elecciones. Estas luchas ahondan las pasiones, dividen a la familia boliviana, crean abismos insalvables, y, podría darse el caso que sean precursoras de funestas consecuencias.

"Por eso me dirijo a S.E. y me permito indicarle la conveniencia de llegar a una solución que esté de acuerdo con la ley y las aspiraciones del país con las

conveniencias del momento, cuya gran trascendencia no escapa a nadie, teniendo como única base la necesidad de atender exclusivamente el problema internacional pendiente y servir a las necesidades de la campaña hasta su feliz conclusión. Con este proceder el gobierno que preside S.E., en mi entender, habrá cumplido sus deberes con la nación.

"En todo caso, repito, esta es una simple reflexión inspirada en sano patriotismo, y mucho agradeceré a S.E. le preste la atención que merece".

Peñaranda habla de una "solución que esté de acuerdo con la ley y las aspiraciones del país" sin indicar de cuál pueda tratarse, como justificando veladamente un futuro pronunciamiento militar. Salamanca respondió de inmediato, con fecha 10 de agosto:

"Recibí su atenta comunicación del día 5 de este mes, a la cual me apresto a dar respuesta.

"Usted sabe señor general que nunca he llevado al ejército las cuestiones que atañen a la política interna del país, a fin de no afectar a la disciplina, más que nunca necesaria frente al enemigo extranjero. Por otra parte, es harto sabido que la mezcla de esos elementos es tan funesta al ejército como al país.

"El oficio a que contesto toca la política interna; y aunque habría preferido que ese oficio no existiese, debo reconocer que lo ha redactado usted en una forma discreta y reservada que yo aprecio debidamente.

"Entrando al fondo del asunto, que es el de la renovación constitucional del poder ejecutivo, encuentro que usted tiene razón en todas sus reflexiones. Considerando aisladamente la resolución tomada por el ejecutivo de convocar a elecciones, se ven con claridad los inconvenientes y los peligros que usted se sirve señalar.

¿Pero ¿qué otro camino se puede seguir? Acontece que los demás caminos presentan también inconvenientes que pueden considerarse de más graves.

"Al estudiar este problema, vemos la necesidad de considerar tres soluciones posibles, a saber:

"1.— Convocar a una convención nacional y entregarle totalmente la suerte del país.

"2.— Prorrogar el mandato del Presidente hasta la conclusión de la guerra.

"3.— Convocar a elecciones de renovación constitucional, conforme a las leyes.

"Comparando entre sí estas tres soluciones, luego se hecha de ver que las dos primeras, significan el rompimiento de las leyes institucionales del país con los caracteres de un golpe de estado.

"Usted conoce sin duda, señor general, desde la distancia en que se encuentra, cual es la situación política interna del país y sabe cuán poco se puede fiar del patriotismo de ciertos malos elementos. La política interna del país durante la guerra, es una página vergonzosa en nuestra historia. Un golpe de estado habría sido inmediata y provechosamente explotado por los vividores de la política para llevar a un trastorno no sólo en retaguardia sino en el frente mismo de las operaciones. Quiere decir, en resumen, que por cualquiera de estos dos caminos, habríamos comprometido la paz interna y la defensa del país. Esta reflexión fue la que decidió mi conducta.

"Y al contrario optando por la renovación electoral, en cumplimiento de las leyes y a pesar de los graves inconvenientes de esta solución, se conseguiría afianzar el orden interno y la defensa del exterior. Así ha sucedido en efecto".

* * *

Salamanca había asumido la Presidencia el 5 de marzo de 1931. Su mandato constitucional cumplíase pues en la misma fecha del año 1935. El gabinete, con

una sola excepción, aprobó la decisión presidencial de 21 de julio convocando a elecciones generales. Ya en su mensaje al Congreso de 1934, el mandatario había manifestado su decisión y, en cuanto al principal óbice: la ausencia de los combatientes que no podrían ejercer el derecho del voto, señaló: "Esta dificultad ha preocupado vivamente a la opinión y con harta razón al gobierno que no ha hallado medio alguno para salvarla. Todos los recursos que pudieron proponerse a tal efecto tropiezan con preceptos constitucionales insalvables. El gobierno no ha encontrado otro camino que el de cumplir lealmente los preceptos de la constitución política y en tal virtud ha convocado al país, a las elecciones necesarias para renovar oportunamente el personal del ejecutivo y de las cámaras legislativas".

Asumido el compromiso, el Presidente se inclinó por el nombre de Franz Tamayo, acompañado de Rafael de Ugarte, mientras el Partido Liberal proclamaba los nombres de Juan María Zalles y Bernardo Navajas Trigo. No fue tarea fácil, convencer al antiguo jefe radical. A los emisarios que Salamanca envió a la calle Loayza (Espada y Canelas), Tamayo les opuso una razón fundamental para su negativa:

—No soy político, soy poeta.

Y otra secundaria:

—No tengo dinero para una campaña. No sé cómo se las arregla fulano (un jefe opositor). Cosecho en mi finca cuatro papas. Como la primera, vendo la segunda, pago deudas con la tercera y vuelvo a sembrar la última.

Sus resistencias fueron vencidas al cabo, pero puso dos condiciones para aceptar la nominación: intervenir en la elección del nombre del Vicepresidente, a quien le dejaría el solio presidencial después de un tiempo y contar como Ministro, al propio Salamanca.

* * *

Fue una rápida campaña en la que Tamayo pronunció algunas arengas y visitó las ciudades de Oruro y Cochabamba.

Pero los acontecimientos se precipitaron. Después del desastre de El Carmen que constituyó otro rudo golpe a la moral boliviana, Salamanca decidió viajar nuevamente al Chaco, pero ya con el deliberado propósito de sustituir al inepto comando militar y poner en lugar de Peñaranda, al General José L. Lanza. El Presidente llegó hasta Villa Montes y allí impartió sus instrucciones, sin pensar jamás que la comparsa de los Peñaranda y Toro, se atrevería no solamente a desconocer sus órdenes, lo que ya hubiese constituído desacato incalificable, sino a subvertir el orden, restando tropas al frente, para rodear su alojamiento de cañones y ametralladoras: el ignominioso "corralito" de Villa Montes, contra un anciano indefenso tuvo lugar el día 27 de noviembre de 1934.

No se atrevieron sin embargo, los conjurados, a trastrocar por completo y en circunstancias tan difíciles para el país en guerra, el entero orden legal e invitaron al Vicepresidente Tejada Sorzano a que se hiciese cargo de la Presidencia, cosa que sucedió el 29 del mismo mes. Tejada Sorzano debía completar el período constitucional de Salamanca hasta el 5 de marzo de 1935. Pero los militares ampliaron su mandato, "mientras dure la campaña".

Los últimos meses de su vida, los pasó Salamanca en Cochabamba. Como tantos padres de familia, había perdido también un hijo en la contienda. No era ciertamente, el solo culpable —si acaso tenía alguna culpa— en los reveses del ejército boliviano: después de su alejamiento y bajo la responsabilidad de Toro, se produjo el descalabro de Picuiba: de 13.000 hombres del brioso cuerpo de caballería —las mejores tropas de que disponía Bolivia, fogueadas en numerosas acciones— retornaron apenas 2.000 soldados. 7.000 conscriptos hallaron horrible muerte enloquecidos por la

sed, y 3.300 cayeron prisioneros del enemigo, con todo su enorme parque.

El ex-Mandatario se consumía rápidamente sumido en el pavor de la tragedia de la que había sido tan directo participante. No obstante, mantenía su escrupulosidad hasta el mínimo detalle: al recibir su cheque del Tesoro Nacional por su último mes como Presidente de la República percibió un error y escribió de inmediato al Director de esa oficina haciéndoselo notar y devolviéndole la diferencia de tres días, los últimos de Noviembre, en los que, prisionero de los militares en Villa Montes, ya no había trabajado en la administración pública.

También le preocupaba la suerte futura del régimen legal, creyendo, con mucha ingenuidad, que el gobierno de Tejada Sorzano —prisionero ya a su vez del Alto Mando— retornaría al cauce legal, respetando el resultado de las elecciones generales. En ese sentido, escribió a Tamayo el 4 de febrero:

"Tocante al problema político de la renovación del ejecutivo, problema que el tiempo que corre va estrechando, no tenemos aquí indicio alguno. Es posible que en el asiento mismo del gobierno, se columbre algo de lo que puede esperarse. Tengo, señor y amigo, que hacer un sacrificio para dirigir mi atención a estos asuntos, pues la preocupación de nuestra situación militar me domina angustiosamente".

Tamayo se hallaba en la misma oscuridad y respondió así:

"Sobre la renovación del ejecutivo que usted me habla, sigue también oscura y enigmática aquí como para toda la república, me refiero a los detalles que darán a la usurpación que se ha consumado ya. Yo lo ignoro todo como usted, y sólo puedo referirme a lo que la prensa adicta al liberalismo gobernante (toda la prensa) da con presunciones posibles. Esos detalles no tienen para mí importancia seria, sino el fin de este

proceso que ya me parece del todo conocido. Con cámaras o sin ellas, la nulidad de las elecciones últimas me parece asegurada y todo bajo la capa del terror que en nombre de la guerra se ha tendido sobre todo el país. Naturalmente que el partido genuino y yo con él, sabremos cumplir nuestros deberes para con la nación y para con la verdad".

El 17 de febrero, Salamanca insistía en la necesidad de ejercitar presión sobre el gobierno para que convocara al Congreso:

"Muy apreciado señor y amigo:

"Ignorando aun su resolución sobre la insistencia en las reclamaciones encaminadas a salvar la independencia del Poder Legislativo, deseo hablarle de la urgencia con que se plantea el problema de la renovación del Poder Ejecutivo. Pocos días nos separan de la finalización del actual período constitucional, que debe traer forzosamente la organización de un nuevo gobierno o la dictadura, más o menos disimulada, del actual. Creo haberle expresado ya que no conozco, ni aún por conjeturas, la forma en que ha de resolverse ese problema.

"Juzgo que nosotros, frente a esta incertidumbre, tenemos una posición clara, fundamentada en la ley y creo que debemos hacerla valer oportunamente, antes de que se produzcan los hechos que nos cierren el camino. En otros términos, conviene dirigirse al gobierno reclamando la convocatoria inmediata del Congreso, para evitar en nuestra vida institucional, un hiato que no sería más que un período de fuerza, agravado por la situación bélica del país".

"El tema es de extraordinaria trascendencia y digno además de la privilegiada inteligencia de usted. Harto desearía, en bien de nuestro país, que usted lo abordase de frente, en una comunicación pública dirigida al gobierno".

"Es entendido que estas opiniones quedan subordinadas a su recto criterio.

"Ruégole disculpar mis continuas molestias y excusar la imperfección de esta carta, escrita a toda prisa en la última hora del correo.

"Consérvese con tan buena salud como se la desea su afectísimo amigo".

Tamayo replicó el 23 de febrero con otras consideraciones sobre la poca firmeza de los que ya se habían volcado al nuevo régimen:

"Muy estimado señor y amigo:

"Hace dos días que he recibido su carta de 17 de febrero corriente y que contesto con placer".

"Su última carta ha debido cruzarse con la mía fechada según creo el 18 de febrero. Como espero que a la fecha la ha recibido usted ya, creo que la parte principal de su última comunicación está contestada ya de mi parte. Allí daba a usted mi impresión radical sobre el actual estado político del país. Vale sin embargo la pena de añadir no ya razones sino hechos cuyo señalamiento aclara aún más nuestra situación.

"Desde el primer momento de la revolución que nos ha derrocado, yo pensé en actitudes como la que aconseja usted tocante a la reunión del Congreso. Y también desde un principio tuve serios temores sobre la eficacia práctica de tal actitud. Los últimos tres meses han ido lentamente confirmando mis temores. Sin muchas palabras, vengamos a los hechos".

"La defección del partido genuino en la Cámara es tan grande que alcanza lo imprevisto. El más alto jefe genuino del norte, don Gabino Villanueva, ha hecho declaraciones públicas preconizando la prórroga del actual presidente, "para salvar la patria" (para salvarla de mi presidencia genuina, se entiende). El más alto jefe genuino del sud, don Luis Calvo, no ha hecho declaraciones públicas, pero ha sido ya nombrado empleado del gobierno con gruesos emolumentos, y además acaba de enviarme su renuncia de diputado por Sucre. Esto por lo que toca a los jefes. Ahora se imagina usted, señor y amigo, la conducta de los demás genuinos, muy famélicos que siguen a ciegas a los pastores descarriados".

"En tales condiciones, si yo obtuviese la reunión del Congreso, sería simplemente para hacer consagrar por mi propio partido la anulación de mis elecciones. Ya una vez, hace veinte años, me pasó cosa parecida aunque en menor escala. Hice en la Cámara un gran debate para obtener que se consulte el voto de cierto diputado que acababa de entrar a la sala, no habiendo estado presente en parte del debate. Lo obtuve al fin, y el diputado consultado votó en mi contra. Imagine usted también la carcajada final. Y en este punto, permítame usted recordar a Gracián, siempre oportuno, quien dice: no es necio quien hace la necedad, sino el que después de hecha, la reitera. Esto no es textual, porque el castellano de Gracián es más romano que el mío, y ya no es buena mi memoria".

"Siguen los diarios anunciando victorias nuestras en las que habrá por fin que creer. Estas buenas noticias son siempre una compensación a los menudos disgustos que me da la política: y a propósito, yo debo pedir perdón a usted de escribirle casi exclusivamente sobre política, ya que me había habituado a escucharle horas y horas sobre temas más nobles y humanos. Pero usted sabe que uno no siempre puede hacer su voluntad".

"Una vez más afectuoso saludo de su muy atento amigo y seguro servidor".

Todavía el 23 de marzo, hizo Salamanca un último intento para mover a Tamayo en defensa de sus derechos:

"Su carta del 23 de febrero me llegó partido ya el correo del lunes. Es verdad que llegada a tiempo,

tampoco habría sido oportuna, pues la comedia de la prórroga se ha consumado ya en los más alegres días del carnaval".

"Tiene usted harta razón en quejarse de la poca consistencia de nuestros amigos, pues han faltado en masa, no sólo a la lealtad política sino a la patria, autorizando una monstruosidad contra sus leyes fundamentales. Pero esa razón no es suficiente. Usted sabe bien que el rebaño se dispersa cuando el pastor se ausenta. Lo que me causa un sentimiento de dolor indecible, es el pensar que en este difícil trance no ha tenido el país quién defienda sus más caros intereses. Pedí también inútilmente al doctor Ugarte, que se traslade a esa ciudad".

"Reciba el recuerdo y la salutación de su afectísimo amigo".

Una atonía moral se había apoderado del país y los más próximos al gobierno caído, guardaban silencio o buscaban acomodo con los nuevos triunfadores. Bien poco en verdad podía hacer Tamayo.

¿No había sido él además, quien escribiera que *"una afectividad exquisita o una inteligencia suprema son casi siempre ineptas para la acción. La acción es el dominio de la mediocridad y vivimos en la era de la acción"?*

* * *

El 17 de julio y a los 67 años de edad, murió Salamanca cuando se hallaba en una finca de su propiedad, acompañado de una de sus hijas. La noticia sacudió y conmovió al país y fue también un rudo golpe para el solitario de la calle Loayza quien ya meses antes, dando un portazo de desprecio a quienes afuera "se jugaban a los dados el manto de la patria", se encerró por diez años, como si hubiese muerto en vida.

* * *

Siento un nuevo dolor desconocido:
La infinita congoja de la altura.
Soledad, soledad, la muerte viva!
Dónde estoy? Oh dolor! Yo huello el risco
Que el suplicio enclavó de Prometheo.
El apolíneo soplo me ha arrojado
Sobre la cumbre de la atroz montaña
Nadie sabe el terror de las alturas
Que esmaltan sordas las eternas nieves
E irisan mudas las celestes fraguas!

EN UN PAIS SIN HORA Y SIN AURORA

No ha habido jamás grandes hombres dotados de pequeños caracteres y el placer de distinguir entre los principios teóricos y la conducta práctica de los grandes hombres no prueba sino a qué grado de irreverencia se rebajan tantos críticos. No basta, por supuesto ser un modelo de todas las virtudes cristinas para ser grande, ni siquiera para ser bueno. El que se alarma por lo que hay de diabólico en el hombre, o que se niega a admitirlo, no conoce al hombre más que a medias.

Emil Ludwig

Ocho años han pasado desde que los derrotados oficiales del Chaco, llevaran a cabo el victorioso "corralito" de Villa Montes, contra el Presidente Salamanca, arrastrando con la caída del mandatario, la de su ex-canciller, ganador en los comicios para sucederle. Tamayo no ha vuelto a tener ninguna actividad pública y sólo ha publicado, en todo ese tiempo, un libro: *Scopas,* dedicado a la memoria de su hijo Ruy Gonzalo, cuyo recuerdo lo atormenta.

Sale muy rara vez, cuando debe hacer trámites personalmente. En cierta oportunidad visita un Banco para enviar un giro y el empleado le pregunta su nombre y profesión: "Franz Tamayo, labrador", responde imperturbable.

Este cuarteto de los *Rubayat* parece anticipar el doloroso sentimiento de aquellos años:

Yo era en mi juventud un nigromante
Que hace oro el plomo y el carbón diamante,
Y hoy en la noche del olvido apenas
Un astrólogo ciego y delirante!

Desde su retiro de la calle Loayza, Tamayo sigue con apasionado interés, el curso de la II guerra mundial y le preocupa —anglófilo como es— la suerte del pueblo británico y la causa de los aliados. Una pequeña muestra de esa devoción es esta carta remitida al señor Antonio Ashton, funcionario de la embajada inglesa en La Paz, y amigo suyo:

"Tengo que pedir a usted un servicio que le ruego acordármelo. Hace algún tiempo recibí una carta de Londres en la que se me pedía ayuda para una obra pía. Se la mando.

"Mis trabajos, mis viajes me impidieron responder oportunamente. Hoy lo hago contando con la benevolencia de usted. Quiero enviar un pequeño óbolo de Bs. 1.000, insignificante si se tiene en cuenta la moneda desvalorizada. Y he pensado en usted para ayudarme a hacer llegar el modesto donativo hasta Londres. Se trata de un hospital para mujeres desvalidas que tienen sus maridos en el frente de batalla, en la gloriosa guerra por la libertad cristiana del mundo. Y usted, cumplido caballero inglés, estoy seguro que querrá ayudar a un indio americano, viejo amigo de la gran nación, para aportar un humilde signo de su gran amor y gratitud por Inglaterra. Con gracias anticipadas, soy siempre su atento amigo y servidor,

Tamayo".

"EL HECHICERO DEL ANDE"

En el año 1942, y a sus 32 años de edad, Fernando Diez de Medina, publica en la Imprenta López de Buenos Aires, un volumen de 310 páginas, bajo el título de *Franz Tamayo, hechicero del Ande* y el subtítulo de "Retrato al modo fantástico". Diez de Medina, que previamente había publicado dos poemarios, un libro de ensayos bajo el título de *El velero matinal* (en el que aparece el ensayo "Tamayo o el artista) y una biografía del xilógrafo belga Víctor Delhez, trabajó por largo tiempo en este nuevo libro, recogiendo cuanto material anecdótico pudo, sobre la vida de Tamayo. En la polémica posterior, a la que nos referiremos luego, dice Tamayo que después de algún tiempo en que le permitió frecuentar su casa, ordenó a su servidumbre que le cerrara el paso:

"Hace cerca de 5 años, el difamador en cuestión se coló de rondón en mi casa como Pedro en la suya, so pretexto de literatura y de interminables ditirambos personales. Yo tuve la debilidad de pasar por alto lo inusitado del hecho y de recibir con generosidad al intruso. Debo decir que estas generosidades me han pesado más de una vez en la vida. A la segunda y tercera visita yo comprendí qué especie de rana se me había resbalado en la casa, y dí orden a mi servidumbre de cerrar para siempre mi puerta a la visita. Hace cuatro años que el personaje no ha vuelto a verme aunque haya vuelto a la puerta para ser cortésmente despedido. Fue entonces —hace cuatro años— que el hombre comenzó a bombardearme con sus cartas. Un sitio en regla. Lo que el hombre pedía era que yo le entregue sobre tablas y so pretexto de hacer mi biografía, todo lo que literaria, social y políticamente significa don Franz Tamayo. La descripción de mi vida, mi correspondencia (!) pública y privada, las anécdotas de toda mi existencia, la historia de mis doctrinas políticas, de los partidos, de los hombres con quienes tratara en mi vida, y aquí algo estupendo que marca al

cretino, —el juicio que me merecían mis propias obras, y por fin —colmo de colmos— todas mis obras inéditas. Nunca contesté a estas demandas, yo que había escrito alguna esquela de agradecimiento ante las primeras adulaciones de prensa. Por fin, en las últimas cartas, se desenmascaraba el bandido con estas palabras que resumo: "Si Ud. no me manda lo que le pido, le prevengo que quedo en libertad para juzgar a Ud. en lo privado como en lo público". Yo había arrojado al canasto mucho de esta porquería epistolar, pero no tanto como para no estar hoy perfectamente documentado para entregar a mis abogados la documentación auténtica y suficiente para fundamentar un juicio criminal por dos causas: 1º tentativa de chantaje difamatorio, 2º consumación del mismo con la publicación del libro inmundo. Por el momento hago la siguiente promesa al público: antes de entregar los documentos al sumario secreto, los entregaré al público.

"Como nunca tuve miedo a los bandidos, ante la amenaza de chantaje me quedé de brazos cruzados esperando los acontecimientos. Estos acaban de realizarse".

Diez de Medina, en su defensa, sostiene que en este punto y en muchos otros, Tamayo miente:

"La historia de nuestra amistad, maliciosamente tergiversada por el irascible es cosa muy distinta de cuanto él dice. Antes de que Tamayo lo haga yo publicaré todas las cartas que cambiamos para que se juzgue dónde está la cordura y dónde la manía persecutoria. ¿Dos, tres años de amistad? Falso. Conocimiento hace quince, amistad que data de diez años; y muchos agradecimientos y zalemas que el papel guarda con más fidelidad que la memoria. Callé la versión de esa amistad frustrada —la lealtad del hombre sano contra el recelo indígena— por piedad: más ya que el presunto agredido lo quiere, fácil me será demostrar que un joven puede dar lecciones éticas a un gran artista".

El misterio sobre éste punto aumenta, cuando se considera que ni Tamayo llevó a cabo el juicio anunciado (quizá juzgó que ya no valía la pena después del mazazo que representó *Para siempre* sobre la cabeza de su biógrafo) ni Diez de Medina publicó nunca las cartas anunciadas, que habrían probado, cuando no una amistad profunda, por lo menos un largo comercio intelectual.

Volviendo al libro: Hasta hoy, *Hechicero del Ande* es "todavía, la mejor fuente para el conocimiento de la personalidad de Tamayo" al decir de Augusto Guzmán. Dividida en un preludio y cinco capítulos: "Andante con espressione", "Allegro alla Marcia", "Scherzo indio", "Presto Apassionato" y "Largo e Mesto", la obra presenta al público un retrato fabuloso del bardo, escrito con el estilo de pulcra elegancia y vigor, usual en Diez de Medina. Denegada su intención de conocer al hombre íntimo y escudriñar en el terreno de sus afectos y desafectos, sus filias y fobias, sus lecturas, sus ambiciones y frustraciones, Diez de Medina, buscó para componer su libro, el atajo de la fantasía. Dirá después que por consideración y respeto, no quiso utilizar la suma de anécdotas, casi todas malévolas que pudo recoger a lo largo de su investigación. Pero en todo caso, las pocas que aparecen, sobre el origen familiar de Tamayo y el presunto rechazo que la sociedad paceña habría hecho de Dn. Isaac por razón de su ayuntamiento con una mujer india, bastaron para provocar la furia de Dn. Franz.

El Tamayo que ofrece Diez de Medina, es, socialmente un resentido, políticamente un frustrado e intelectualmente un incomprendido a quien la profundidad y belleza de su obra y el poco aprecio que de ella tiene un ambiente rastacuero y pequeño burgués, empujan a un cada vez mayor aislamiento personal, convirtiéndolo casi en un anacoreta.

El resentimiento, de acuerdo a Diez de Medina, proviene del cruce de sangres y del repudio que éste

produce en la sociedad blancoide, que recelosa del genio del hombre, se burla de sus orígenes y hace mofa de sus desplantes.

Ese resentimiento social influirá también en la política, campo en el que Tamayo quiere trasplantar inútilmente, los grandes conceptos del radicalismo europeo a una sociedad feudalista aislada en los Andes. Diez de Medina sigue las teorías de Marañón para definir la patología del resentido-superior, que es, en su opinión, Tamayo. La herida de su mestizaje, unida a la conciencia de su talento, le harán también un fracasado en la política, eterno candidato a Ministro de varios Presidentes, con todos los que, cumplidamente, rompe al poco tiempo, cubriéndolos de denuestos. El "profesor de energía" que fuera Montes se convierte en "déspota", el "político medular" que parecía Saavedra, transformóse en "el tirano del quinquenio", el "jurisconsulto constructivo" según le pareció Siles, fue con el tiempo el "bandido que ciñó la medalla de Sucre" (y podría añadirse también que el "joven y sabio Presidente" que al principio fuera Villarroel, aparecería después como émulo de Hitler en el folleto *Tamayor rinde cuenta*).

Diez de Medina pasa revista a las actuaciones parlamentarias de Tamayo, a sus dos fracasos interpelatorios frente a los Ministros Zamora y Jaimes Freyre, a sus campañas de prensa en "El Fígaro" y "El Hombre Libre" (curiosamente no ofrece una sola línea sobre la pelea con Elío ni alude para nada al tremendo brulote "Crónica de los tiempos de Mari-Castaña" ante el cual *Pasa siempre* luce como una reprimenda benévola) y finalmente a su actuación como Canciller de Salamanca, y Presidente de la Cámara de Diputados, y luego candidato triunfante a la Presidencia de la República.

El hechicero del Ande, por encima del anecdotario discutible y discutido en su veracidad, de los juicios que le merece Tamayo como ser humano y como político, pervivirá por la admiración y el fervor con que

Diez de Medina juzga al Tamayo pensador y poeta. Sobresale el capítulo "Presto Apassionato" en el que analiza la poética de Tamayo, y en particular *La Prometheida*.

"Tamayo es ciertamente un enigma estético" asienta Diez de Medina, y añade: "Producto químico de extrañas y variadas influencias se expresa como el gótico por la multiplicidad de sus líneas nerviosas. Clásico y romántico a un tiempo mismo, tiene las estrofas más perfectas y las más desaforadas. Apolo y Ares. Un celoso guardián y un destructor de la forma lírica.

"Extravagante genial, de audacia deliberada, su poesía rezuma en un sentido estilístico mágicos aromas y ácidos fatales... poeta sin marco, teje sus leyes, el orbe personalísimo de su naturaleza pánica. Juega con el idioma y con la lógica. Como Esquilo, como Shakespeare —conservando la distancia necesaria— está por encima del gusto y de las reglas; y sus deformidades son inherentes a su misma elevación. Su secreto hay que sospecharlo en la sima oscurísima donde se mueven los grandes creadores; magos de la idea y del idioma".

La *magna opus* lírica de Tamayo, le sugiere estos comentarios:

La Prometheida evoca —por analogía, el clima sacro de las grandes epopeyas. Alienta el fuego intrépido en que parece que vive devorándose la honda poesía. Epica, lírica y dramática se confunden por sus versos. Tiene la profundidad metafísica, la majestad sonora, la epifanía cromática de los mundos poéticos totales, que por el contrapunto de los giros y las imágenes realzan la sublime variedad de las ideas. Sus estrofas fulgurantes traen resonancias de los Vedas, de Homero, y de Virgilio, del Ferdussi, y del Tasso, del Dante y del Ariosto, de Schiller y de Goethe, de Kleist y de Zaratustra —genitores del espíritu moderno— sin que les falte una ciencia del corazón que las emparenta con Cervantes y los clásicos de Castilla... "La Promethei-

da" es el diamante negro de la poesía americana. Es también la clave más intrincada y más completa para aproximarse a un grande artista; estética, psicológicamente, no hay mejor autorretrato de Franz Tamayo".

* * *

A lo largo de un río de exclamaciones de entusiasmo y adjetivos de admiración rendida al intelecto de Tamayo, Diez de Medina señala que algo falla en esta vida extraordinaria: no encuentra en ella piedad cristiana ni sentimiento religioso desinteresado. El Fausto aymara "no pronuncia el nombre de Jesús", obnubilado por su desmedido orgullo.

Lo que no es evidente, pues Tamayo ya en su primer libro *Odas* (La Paz, 1898) declara que su poesía responde a dos fuentes de inspiración: el cristianismo como fe religiosa y el americanismo como credo político. En 1917 publica un artículo en "El Fígaro" sobre "El Hombre símbolo" que constituye una de las oraciones más profundas y reveladoras que escritor boliviano alguno haya hecho en tributo a Jesús. (Son numerosas también sus invocaciones al cristianismo, en los mensajes posteriores a 1940).

El cristianismo de Tamayo, poco tenía que ver sin embargo con ninguna iglesia establecida y su búsqueda de Dios la hizo a través de la escuela teosófica de las señoras Blavatski y Besant. En todo caso, él se identificaba mucho más con el cristianismo primitivo, de los primeros siglos del imperio, que con la cruz que como aliada de la espada, trajo el conquistador español a tierras de América. A este propósito es útil recordar una declaración que hizo a la revista limeña "Amauta" en abril de 1928, cuando, al hablar de la revolución rusa, señalaba que, dejando de lado las prácticas de violencia de los soviets, allí se estaba practicando "un cristianismo puro, cristianismo medular, que se puede probar texto a texto, hoy mismo, y con grave embarazo de quienes estarían en la obligación de proclamar la palabra religiosa que informa toda nuestra vida espiritual desde hace dos mil años". Y en seguida destacaba toda la hipocresía en la que se asienta la civilización occidental y burguesa, que se proclama cristiana y es tanto o más violenta y materialista que el experimento soviético. "La idea cristiana que absolutamente es comunista e igualitaria, ¿qué importancia tiene en las sociedades llamadas cristianas de Occidente?" pregunta Tamayo. "Sin salir del caso, ¿quién está en contradicción con el ideal cristiano que todos proclamamos, el occidental burgués y capitalista o el mujik sanguinario, igualitario y lógico? ¿De qué lado está la verdad y lo que es más aún, la necesidad? Este es el problema con trazas de dogal en cada garganta. O tener que proclamarse en Occidente como Estado parasitario y predatorio, y como Iglesia hipócrita y farisaica, o tener que instaurarse asesino e incendiario por lógico servicio del ideal. Esta es una de las formas de la guerra que trajo el divino Cristo cuando textualmente armó al hombre contra el hombre y a los hijos contra los padres (Mateo. Cap. 10). Debo añadir una cosa terrible pero verdadera: hoy mismo la poderosa Inglaterra, la sabia Francia estarían en el deber de eliminar de nuevo a Cristo, único medio de salvar ese edificio milenario construido de injusticia social, de desigualdad humana y de opresión secular. Es verdad que aquí se presenta la objeción de la cultura. El tema es trillado: pero una cuestión de hecho favorece al mujik: Cristo jamás predicó la cultura: lo que predicó hasta morir fue el amor y la justicia social. ¿Entonces?"

* * *

Diez de Medina no escatima elogios a la hora de hacer la síntesis de su biografiado:

"Amauta milenario, sabio de todas las sabidurías, su fuerza concentrada corre pareja con su desprecio por el mundo. Su vida con altura y caída de cumbre; su obra maravillosa de artista y pensador; el gesto vertical, los mil pliegues de la voluntad; la soledad sonora de su procera senectud; todo, todo, conduce a la síntesis final: Tamayo es la montaña hecha hombre. Abruma y ciega. El drama escapa al ojo. Pero truena el ver-

so apocalíptico y estupeface. No hay mayor madurez mental en el continente. Pocos le alcanzan en variedad de actividades. Planta exótica!... Poeta y pensador, tribuno, luchador y hombre de Estado, su personalidad se da de bruces con el medio. Negado en la montaña, voces del mar y de los llanos le llaman: "Maestro! "La función pública no lo aleja del arte. Las polémicas del sociólogo alternan con los proverbios del filósofo; las luchas políticas con los versos del artista. Filólogo, hombre de leyes y de números, crítico acerado, investigador científico, humanista en el más amplio sentido del vocablo, toda disciplina intelectual le es familiar".

Señala para concluir que hay un divorcio con la época y que "otros tiempos saludarán el alba de su gloria". Lamentándose de que Bolivia olvide a Tamayo y América le ignore, predice que el día en que la inteligencia americana tenga conciencia de su obra, "le revertirá el terceto inmortal que él mismo dedicara a Goethe:

Hado sin nombre
Si no era un Dios, por poco
Fue todo un hombre.

PARA SIEMPRE

El crítico chileno Alone (Hernán Díaz Arrieta) que había comentado *El hechicero del Ande,* encontrando que era una biografía no sólo al modo fantástico, sino al "modo sorprendente" por su nunca vista mezcla de franqueza crudísima y admiración sin límites, por la descarnada exposición de hechos capaces de herir al personaje retratado en sus fibras más íntimas y, paralela o alternativamente, las reverencias y prosternaciones cuasi místicas ante su genio de poeta y pensador, se preguntaba, cómo iría a reaccionar Tamayo. "En la balanza de su amor propio muy sensible, ¿pesarían más los chorros de miel o las gotas de acíbar?

"Pues bien, esa inquietante incógnita acaba de despejarse.

"Tamayo ha contestado.

"Y con qué ímpetu!

"No formaría más estrépito ni arrojaría tanta lava hirviente, al estallar uno de los volcanes de la cordillera.

"Dieciocho páginas de la Revista "Kollasuyo" bajo el rotundo título "Para siempre", retiemblan a los impulsos de su cólera, centellean de injurias aceradas y parece que fueran a quemarse, incendiadas por el ardor de la iracunda réplica, de los apóstrofes tremendos, de las frenéticas embestidas contra el autor del atentado" [1].

El rechazo a toda colaboración que manifestara Tamayo a Diez de Medina cuando le cerró las puertas de su casa y se negó a contestar sus misivas, ya era buena señal del desagrado que sin duda mostraría al publicarse la obra. El propio Diez de Medina dice en su contra-respuesta que cuando le contó a un amigo su proyecto éste le dijo que Tamayo le arrojaría el Illimani a la cabeza. No obstante, Diez de Medina estaba tan enamorado de su tema que prefirió arrostrar todos los riesgos, con la secreta esperanza quizá, de que en el ánimo de Tamayo, pesaran más, a la postre, "los chorros de miel que las gotas de acíbar".

No fue así y la respuesta de Tamayo, publicada en "El Diario", y luego en "Kollasuyo", la revista de Roberto Prudencio, causó en el público boliviano un sacudimiento que muy pocos documentos literarios han producido en la historia del país.

Tamayo afirma al empezar que siempre ha puesto su palabra al servicio de la patria, del arte o de la cul-

(1) Artículo de Alone, bajo el título de "Franz Tamayo es el típico americano primitivo", reproducido por "Ultima Hora" de La Paz, 30 de noviembre de 1942.

tura, pero que ésta vez —rompiendo una tradición que cultivaron sus mayores, particularmente su padre Isaac — hablará en defensa de "las dos cosas más sagradas que tiene el hombre sobre la tierra: el culto de los padres y la defensa de los hijos indefensos". Alude en seguida a una frase pronunciada por Churchill: "No tengo costumbre de injuriar a los muertos" para indicar que una de las últimas majestades que aun queda en pie sobre la tierra, es la majestad de la muerte, que confiere a los individuos una suerte de divinidad. "Ahora bien —continúa— se necesitaría un alma de rufián para desconocer voluntariamente esta ley y esta tradición del mundo civilizado. Se necesitaría un intelecto de cretino para no entenderlo ni explicárselo. El presente escrito está destinado a denunciar que ese rufián y ese cretino vive en La Paz de Bolivia bajo el nombre de Fernando Diez de Medina".

En cuanto a la envidia de no haber sido Ministro, Tamayo aclara que "por dos veces y a dos presidentes yo alargué la limosna de mi nombre para cubrir desnudeces de gloria, después —entiéndase bien— después de veinte rehusas de plenipotencias y ministerios. Tamayo nunca miente. Tan cierto es esto que al día siguiente uno de los presidentes mandó publicar mi nombre entre los que colaboraban y honraban al gobierno".

Varias páginas de *Para siempre* están dedicadas a rebatir la tesis de que Isaac Tamayo y su familia, hubiesen vivido en una suerte de proscripción social. En los recuerdos familiares del autor figura José Ballivián sosteniendo en brazos a Isaac niño y luego la amistad de este con Adolfo Ballivián, que le valió un destierro; el compañerismo con Aniceto Arce y Mariano Baptista, quien, señala "fue el primero en dar la voz de alarma a mi aparición en el campo cultural de Bolivia. Entonces fuí yo respecto de Baptista lo que el muchacho Víctor Hugo para Chateaubriand y el muchacho Arthur Rimbaud para Víctor Hugo".

Pasan los años y luego la amistad entrañable que une al autor, con Daniel Salamanca, frecuente visitan-

te del hogar de los Tamayo. Son estos los presidentes que menciona "olvidando altos nombres de la sociedad y por docenas, en el entendido que esos varones no sólo representaban la capacidad política del país sino que eran también las figuras cimeras de la sociedad civil".

¿Y los demás Presidentes?

No es que Tamayo los hubiese olvidado, sino que esos otros gobernantes cuyos nombres no aparecen en el panfleto, no merecían el trato de su familia: habían convertido el Palacio Quemado "en antro de tahures o mancebía de prostibularios".

Cada una de las frases de evocación de los personajes concluye con el ritornelo:

"Pero los Tamayo no están en la sociedad...

"Triple cretino!".

Tamayo describe a la sociedad paceña, "grupo étnico colgado en las nubes como un nido de cóndores y que evoluciona ya secularmente" y hace un retrato de las mujeres adornadas de las virtudes de las romanas de tiempos de la República, pero con un punto en que las superan: la caridad cristiana; y luego de los varones, con "cierta monótona dignidad indolente", que se mueven con holgura en todos los campos de la vida nacional. Añade que por la línea paterna se halla emparentado con la mitad de la sociedad paceña o más...

"Entonces, si la sangre de la sociedad paceña en máxima parte, es mi propia sangre, ¿de qué puertas sociales que se me abren o se me cierran habla el cretino desorejado? ¿De qué favor o disfavor social para con Tamayo y sus hijos? Si la sangre de esa sociedad quisiera hablar por garganta propia, ¿qué garganta más alta ni más noble que la mía escogería para hacerse oír del continente? ¿O cree el difamador que la sociedad paceña para hacerse oír tendría que buscar labios inenarrables en las mancebías y en los garitos de ladrones?

"Hechos objetivos... Acabemos. En la medida simbólica en que el individuo puede proclamarse pluralidad, esta es mi palabra: la sociedad paceña soy Yo!

"Quiero extremar el argumento. El difamador puede argüir sobre la excomunión que las sociedades fulminan contra sus miembros cuando éstos han pecado contra Dios, contra la ley o contra el honor. Eso es cierto. Son excomuniones terribles. Las sociedades se cierran ante el culpable una vez para siempre. Fue el caso del canciller Bacon, el abyecto canciller, como reza la historia. Condenado por el Parlamento en delito de prevaricato y concusión, la gran sociedad inglesa se le cerró para siempre, y ni el perdón de la reina Elizabeth, con devolverle la libertad, pudo jamás devolverle la dignidad social. Así se procede en las sociedades serias y dignamente organizadas. A lo largo de su estirpe, los Tamayo jamás han ofendido a Dios, a la ley ni al honor. La sociedad no tenía por qué excomulgarlos, ni lo ha tentado jamás, ni pensado siquiera. Y si *per absurdum,* cretino triste, tal hubiera sido, he aquí lo que el día de mi muerte sucedería: imitando a otra sociedad más ilustre, la Academia francesa respecto de Poquelin Moliére, la sociedad paceña exigiría Paros o bronce en su seno y con mi nombre, y escribiría al pie: "Nada ha faltado a su gloria; sólo él ha faltado a la nuestra". Pero no será tal. Ese día crepuscular que tal vez no está lejos (lo sabe Dios, amo de las vidas), la sociedad paceña escribirá en bronce otra leyenda que diga: "Este es Franz Tamayo. Su gloria es mi propia gloria!".

"Y para siempre".

A continuación, hace la apología de su madre, que hemos mencionado en capítulo anterior.

Los siguientes párrafos están dedicados a la defensa de la pureza de la sangre india que corre en sus venas, acusando a Diez de Medina, de tener la misma fobia al indígena, "que la del porquero asesino que de-

golló en Cajamarca al emperador indio". A ratos su pluma parece divagar en la generalización, pero sus dardos flamígeros no se desvían:

"Así algunos degenerados, so pretexto de posteridad y gloria, acumulando infamia sobre infamia, calumnia sobre calumnia, rompen todas las vallas, se toman todas las libertades para hablar de sus semejantes, desde el pigmento de las caras hasta el pigmento de los zapatos, y sin piedad por el dolor mudo de las mujeres, sin piedad por el llanto de los niños indefensos y sin temor para con Dios, no se detienen ni hasta el sagrado de la tumba. Ciegos y sordos, no escucharon su propia vida, cuando a su paso por el paseo, musita la gente y dice: Estos enanos lo son por Onanes, o se hicieron Onanes por nacer enanos. Y a poco, si aparece algún coronel de malas pulgas que, rebenque en mano, los arrea a pelear con los Pilas, los enanos se vuelven del emboscamiento del Chaco sin haber visto Pilas ni en pintura y afectos de diarrea galopante.

"Posteridad... Es evidente. El difamador llegará conmigo a ella, como Zoilo a la grupa de Homero. Esta cédula que firmo es su pasaporte para la posteridad".

Ni siquiera en un punto accede Tamayo a disminuir el tono y la violencia de su diatriba: niega que Diez de Medina haya entendido una sola línea de su obra poética. Y añade, iracundo:

"Otra prevención a mis lectores, si los tengo: el cretino no comprendió jamás una vírgula de mi obra artística. Lo afirmo como soy Tamayo. Es demasiado bruto e ignorante para ello, y es así cómo se explica cómo el chantajista me pedía mi propia opinión sobre mis obras para vestirse después con plumas de crítico ajenas. Y en lo que escribe, por bajo de la erudición falsa y de los lugares comunes, demasiado comunes, sólo queda el castellano zapateril y pongueril con que algunos de nuestros cholos han emporcado la lengua de Cervantes en el libro y la tribuna. No negaré

que siente y guste algo de mi poesía; pero los fisiólogos enseñan que las mismas víboras y arañas gustan de la música, sin que por ello pretendan a críticos y expertos, ni dejen de ser víboras y tarántulas".

Al concluir, Tamayo vuelve a mencionar a sus padres: "He escrito lo anterior inopinadamente, a la fuerza, casi contra mi voluntad, sintiendo sobre el cuello la garra del deber como un grillete. Hasta ahora he cumplido sin falta mi deber de ciudadano. Acabo de cumplir mi deber de hijo. Para siempre".

* * *

En un país sin hora
Y sin aurora
Do un algo sin medida
Es más que vida,
Y en voz no trunca
Dice que siempre es Siempre
Y nunca hay Nunca!

* * *

PARA NUNCA

"Ultima Hora" acogió la respuesta de Diez de Medina, intitulada *Para nunca* tan esperada, como el ataque de Tamayo. El joven escritor no descendió al terreno que había escogido su biografiado. No hay en su larga y meditada nota ningún insulto personal, salvo el de acusar de senilidad a su contendor, y reiterar, con mayor suma de argumentos y citas de autores, su teoría del resentimiento.

Señala que "hablar de estirpes en América es majadería" y que nunca pasó por su mente, agraviar la memoria de los padres muertos de Tamayo a quien, en su opinión, sólo le interesaba él mismo.

Si en su entusiasmo primigenio, llegó a comparar a Tamayo con las mayores lumbreras de la lírica, en esta oportunidad prefiere pensar que todo es efímero y transitorio, incluso la gloria literaria.

"Sostengo —dice— que este hombre es un gran resentido, un gran artista y un alma muy pequeña. ¿Lo digo para siempre? No. Para nunca. El nombre eterno de la verdad en lo finito es "para nunca". Se olvida el mundo quien fue Homero, ignora la identidad de Shakespeare y habría de acordarse de Tamayo y de su biógrafo! Candor de los ancianos... El resentimiento es para siempre; se nace y se muere resentido. La verdad eterna, intemporal, fluctuante y transformable, para nunca".

Asegura que se equivocó Tamayo en firmar una cédula para la posteridad pues ella está en manos de las generaciones que les sucederán. Reitera que Tamayo representa el drama nacional: "soberbia en la persona, desvío en el designio, recelo en la conducta, rencor para la acción", y revela que los contemporáneos de su biografiado siempre lo consideraron un pasayo. El torrente de versiones y anécdotas que recogió (varias de las cuales, de todas maneras, se colaron en *El hechicero del Ande*) no aparece en su libro por "bondad de espíritu". Añade sin embargo: "Acepto los cargos de imprudencia o indiscreción, lo que no admito es la acusación de mala fe, porque ella no cuenta en mi código moral".

Retornando al problema de los antecesores, Diez de Medina asegura que en Bolivia todos somos mestizos y que en cualquier linaje se esconde un criminal o un imbécil: "la diferencia estriba en que mientras unos admiten ascender del limo a la arcilla, otros gimen por no haber nacido puros como la estrella, pura desde el día primero".

Aunque señala que él acepta a sus mayores como son, seres de carne y hueso, con pasiones, virtudes y defectos, poco tiempo antes Diez de Medina, se había

enfrentado a Arguedas, tanto porque no comulgaba con sus ideas, sobre la realidad boliviana, cuanto porque el autor de *Pueblo Enfermo*, atacó a su padre, de manera que incurría también en el exceso de suceptibilidad que reprochaba a Tamayo [1].

Prefiere llevar el conflicto, de la simple pugna entre dos personas, a la lucha entre dos generaciones, la de Tamayo, a la que califica "del resentimiento", "caótica, enciclopedista, henchida de teatralismo, soberbia estéril e incapacidad para acercar sus células constitutivas... Qué odios, qué miseria, qué desborde de fuerzas destructoras en los tiempos de Montes, de Saavedra, de Salamanca y de Tamayo! Dislocados en la prédica dispersos para la acción, unidos sólo en la venganza contra el más fuerte, estos demócratas de doctrina son todos oligarcas en el gobierno. La generación del Resentimiento pudo llevarnos al desastre irremediable si el milagro del Chaco no nos salva con un pie ya sobre el filo del abismo".

Con el tiempo, Diez de Medina cambiaría de opinión sobre los representativos de esa generación. En efecto, en una polémica que sostuvo en 1957 con Augusto Céspedes sobre la manera en que se debía escribir la historia de Bolivia, su impresión es definitivamente elogiosa. "Conocí personalmente a los tres presidentes —dice— y puedo afirmar que con sus virtudes y defectos, son nobles personalidades de nuestra historia. Yo los veo como figuras trágicas, en pugna siempre con el destino y con su época. Estadistas positivos se ocuparon más de construir que de propagar la excelencia de su obra. Sólo la perspectiva del tiempo justificará a tan eminentes políticos... los tres asumieron plenamente la alta responsabilidad de conductores de nación. Montes sacrifica el Litoral para edificar la nación moderna, lejos del dogal y del peligro chileno. Saavedra despierta a la clase media y la lleva a gobernar, prendiendo también la inquietud política en las masas; su estilo enérgico, afirmativo anuncia ya el nacionalismo larvado de los estudiantes que lo combaten. Salamanca, después de un magisterio didactizante en el Parlamento carga sobre sus espaldas cansadas la inmensa responsabilidad del conflicto del Chaco... Para ellos gobernar no fue sólo capricho y atropello, sino organizar y decidir en trances supremos en los que todo el peso del Estado recaía sobre su voluntad realizadora. La pérdida del Litoral, la revisión del Tratado de 1904, el drama del Chaco sólo se explican a través del medio social, confuso, invertebrado, de las fuerzas políticas en pugna, y de las recias personalidades de Montes, Saavedra y Salamanca que fueron, finalmente, expresión por una parte, y guías por otra, del anhelo colectivo de nación" [1].

A esa generación, vapuleada primero y exaltada después, Diez de Medina opone en *Para nunca*, la suya propia, a la que llama "de la Fe", imbuida de un nacionalismo espiritual, promotora de una mayor intervención del Estado en la vida económica del país, partidaria de las iniciativas antes que de las palabras, y habla de una "irrupción vikinga" de hombres nuevos, adornados de caracteres positivos.

Acaso previendo la conversión que sufriría su pensamiento con los años, estampa esta frase: "cuando la nieve caiga a nuestras sienes seremos a nuestra vez defensores de la tradición y el orden; es el sino bioló-

---

(1) En una entrevista que le hice en "Semana" de Ultima Hora, (13—5—77), a una pregunta sobre el juicio que le merecía Arguedas, Diez de Medina respondió: "Arguedas atacó torpemente a mi padre, don Eduardo Diez de Medina, cuando yo tenía 20 años. La reacción filial hizo que me estrellara contra él. Como Arguedas persistiera en seguir atacando a mi padre, creí oportuno reproducir mi "Insurgencia de la juventud" en **Thunupa**, editado muchos años después. Claro está que he rectificado mi actitud iconoclasta. En mi "Literatura boliviana" le doy sitial eminente. Reconozco que **Raza de bronce** es la novela precursora del indigenismo continental y considero que su **Historia de Bolivia** es realmente monumental".

(1) Ver Revista "Pukara" de la Prefectura de La Paz, año II, enero-agosto de 1971: "40 años de historia de Bolivia", polémica entre don Augusto Céspedes y don Fernando Diez de Medina.

gico de las generaciones: desconocer, crear y ser desconocidas".

En *El hechicero del Ande*, Diez de Medina había sostenido que *La creación de la pedagogía nacional*, partía de una base falsa, al exaltar exclusivamente el aporte indígena y denigrar de la vertiente hispana, en la formación de la nacionalidad. En *Para nunca* va más allá al sostener que estos libros encierran "dos actitudes, dos éticas, dos estéticas distintas: Tamayo deprime para herir, denostar y vaciar el propio despecho. Yo critico para corregir y aleccionar".

Apoyándose en testimonios de la escuela rusa, Diez de Medina reitera con varias citas el diagnóstico del resentimiento, que aplica a Tamayo. En su auxilio acuden Lazurki, y a continuación Max Scheler, Freud, Adler y Jung, y otra vez Nietzsche con su *Genealogía de la moral*. La airada réplica de Tamayo, le hace pensar a Diez de Medina que su biografiado es un caso digno de psicoanálisis, un psicópata que paradójicamente ha encontrado, con el pretexto del libro ditirámbico un camino de salida a su rencor contra la sociedad.

Al espíritu de encuevamiento, vanidad, odio, soberbia estéril, que cree encontrar en Tamayo, Diez de Medina, inventa la fórmula de "Anti-Tamayo" que según él sería común a las nuevas generaciones, fórmula que encierra una esperanza de superación.

Al principio se burlaba de la cédula para la posteridad que le firmó Tamayo pero ahora también expide él otra patente: "El prestigio literario de Tamayo surgirá de los cascos de mi corcel andino. Y es por el portal de mi *Hechicero* cómo pasará el sujeto a la posteridad: gran mestizo, gran resentido, grande artista".

Pero a estas alturas, le parece excesivo el título que le confiriera en su obra: "Ciertamente —dice— el prisionero de la calle Loayza no es ni puede ser un *Hechicero del Ande*. Le falta peso, estatura, vuelo y osadía. ¿Quién midió el abismo entre el modelo vivo y la criatura ideal?".

Para nunca se cierra con estas palabras:

"El grande hombre que "habitó un sueño como habitar el Ande" ya no es. Murió "el silencio que era más que el mar que canta". Ahora sólo queda —para siempre, para nunca— el sórdido pavor de la tragedia boliviana: el más grande de sus hijos tenía que ser también el más pequeño" [1].

(1) "Thunupa" de Fernando Diez de Medina, Gisbert y Cía. La Paz, 1956, págs. 153 a 194.

En la entrevista aparecida en "Semana" de Ultima Hora (13—5—77), comentando la lejana polémica con Tamayo, Diez de Medina declaró: "Tamayo hombre es algo muy distinto de Tamayo artista. El hombre, genial pero extravagante, me interesa poco ahora. Reservo toda mi admiración para el pensador y el poeta. Quiero recordar dos incidentes tocantes a la polémica que sostuvimos. Su primera esposa francesa me escribió que todo lo que yo decía en el "Hechicero del Ande" era verdad pero que no publicara su carta mientras don Franz Tamayo viviera. Promesa que cumplí. Y don Remy Rodas Eguino, hombre público y persona de probidad intachable, me contó que una vez, conversando con Tamayo éste le espetó categórico: "He sido injusto con Diez de Medina". Esto me basta"...

TODA ALTURA ES FUNESTA

(VILLARROEL Y LOS FUSILADOS)

Se ofrece a la vista de todos el espectáculo de un ser excepcional que conduce su vida de acuerdo a su propia voluntad, que se ríe de sus adversarios, desprecia a la muchedumbre y sigue su estrella. Esto impresiona a todo el mundo, y aún aquellos que le son hostiles le admiran en secreto.

Emil Ludwig

"Autoexiliado en su casa —relataría muchos años después Augusto Céspedes— "Tamayo despertó al ruido de la revolución del MNR y los militares jóvenes en 1943 y volvió a la arena parlamentaria, donde, a sus 65 años, creyó hallar un centro de gravedad para su filosófico nacionalismo. Los diputados le acogimos como a nuestro cacique y admiramos su notable intuición cuando diagnosticó el mal de las autonomías que él llamó "autarcias" de acuerdo a la raíz griega. Pero el terrateniente no admitía el cambio social. Se despidió de la Cámara con un discurso y el bloque del MNR me encargó responderle. Hice entonces el elogio de su

cabeza: "La única que nuestra generación revolucionaria ha respetado..." [1].

Después de diez años de silencio, retornaba la voz de Tamayo al Parlamento, hechizando a los convencionales y a la barra co-legisladora. El tiempo de ostracismo voluntario había agigantado su figura a la que la melena abundante y ahora de nieve, prestaba un halo casi religioso. ¿Quién iba a contradecirle en esa Asamblea en la que una nueva generación de políticos noveles hacía sus primeras armas? Ante el gesto voluntarioso y dominante y la expresión galana y al mismo tiempo cortante, entrenada en cien lides oratorias del pasado, los demás convencionales guardaban respetuoso silencio, temerosos de contradecir o impacientar a quien —como otra generación en 1930— habían elegido Presidente por aclamación.

Al contacto con políticos, periodistas y público, Tamayo recuperó a plenitud su viejo papel de *magister dixit* y en la sesión del 11 de septiembre de 1944 pronunció un discurso en el que se refirió a la situación mundial como emergencia del conflicto bélico del que la humanidad salía penosamente. Recordó los tiempos de la Liga de Naciones y los esfuerzos que en favor de un nuevo orden jurídico internacional hiciera el Presidente Wilson, encontrando tan sólo incomprensión y encono. Y añadió que entonces, ante el silencio de las potencias de América del Sur, "sólo una voz se levantó para opinar sobre los grandes problemas propuestos entonces por el gran Presidente Wilson y esa voz fue una voz boliviana, que desgraciadamente acabó ahogándose con la voz del Presidente de la América del Norte, esa voz de Evangelio a la que se sumó la modestísima voz de Bolivia". ¿Cuál era esta voz? No lo dice el orador, pero se refiere a la suya propia! ¿En Ginebra? ¿Desde La Paz? Ningún asambleista se habría animado a preguntar ni él estaba para dar explicaciones

(1) "Un viejo retrato del joven Franz Tamayo" en "Presencia literaria" (18 de marzo de 1973).

a nadie. En todo caso, añadió Tamayo a estas palabras, la lectura de un documento de 14 puntos sobre los que había meditado en las dos semanas anteriores y que en su opinión servirían bien al propósito frustrado un cuarto de siglo atrás —en la primera post-guerra mundial— y que tenían una vigencia aún mayor en vísperas de la reunión anunciada de jefes de Estado de las potencias vencedoras del Eje. Ellos son:

"1º— En la comunidad de naciones la posesión del poder y la fuerza impone a los poderosos obligaciones y deberes cuyo descuido trae daño inmediato a las naciones menores, y al fin aporta ruina o amenaza de ruina para las poderosas.

2º— No se reconoce soberanías absolutas. Todas son interdependientes del bien e interés comunes. Este bien e intereses comunes, concretamente son: la paz del mundo y la justicia entre naciones.

3º— En la comunidad de naciones la justicia es común, el derecho también. Ningún acto de violencia o de injusticia individual debe dejar indiferentes a la natural pereza o natural egoísmo de las naciones. La injusticia cometida contra una debe considerarse como cometida con todas. La Doctrina Monroe y el anfictionado panameño de Bolívar, son ensayos y balbuceos nacientes del nuevo derecho internacional.

4º— Todo poder político que no se emplee, principal aunque no exclusivamente, en servicio ajeno, acaba por devorar a su poseedor.

5º— Ciertamente las naciones poderosas no pueden renunciar del todo al empleo del poder en beneficio propio; pero sólo en la medida en que su uso es indispensable a mantener su vida y conservar su poder.

6º— La conservación del poder en unas pocas manos, es un fenómeno natural y está en la naturaleza de las cosas. Desconocerlo, teórica o prácticamente, puede llegar a ser origen de los mayores desórdenes y desgracias.

7º— Las naciones poderosas y ricas podrán ayudar con dinero a los pequeños países; pero ello no es obligatorio, y exigió sería del todo injusto. En el fondo tales erogaciones de dinero en los pequeños países, deberá significar inversiones comerciales, industriales u otras, a base de justas y legítimas ganancias para los inversores. En principio aceptamos que tales inversiones en países nuevos y tierras ricas, son de mútuo interés y lucro para ambas partes.

8º— Se reconoce el derecho para las naciones pequeñas o menores, de exigir de las poderosas el mantenimiento de la paz del mundo y la justicia entre las naciones.

9º— La limitación de soberanías no alcanza igualmente a las grandes potencias que de hecho la tienen mayor. Este privilegio queda compensado por la mayor obligación y responsabilidad de las grandes potencias para mantener una paz justa en el mundo.

10º— El arbitraje obligatorio debe imponerse para todas, con reserva de las grandes potencias. La razón de este privilegio está en que un arbitraje total no sólo puede afectar a la suma de poder y fuerza que están obligadas a poner en servicio de la comunidad. Si tal fuerza y poder periclitasen, el daño final sería para la comunidad toda.

11º— Las naciones cristianas deberán tratar a las no cristianas como si lo fuesen.

12º— Las naciones reconocidamente agresoras y que dieron prueba de su voluntad para agrandarse y enriquecerse sólo por la conquista, deberán ser cuidadosamente supervigiladas.

13º— Las naciones remisas ante el nuevo derecho internacional quedarán fuera de la comunidad por su propia voluntad y acción negativas.

14º— En estos postulados, la referencia a grandes potencias, señala a las cuatro que en este instante están aproximándose a la victoria por la democracia y la libertad del mundo".

Como todos los documentos de Tamayo, este de los "14 puntos" provocó ditirambos de sus admiradores y mofas de sus adversarios. Los primeros no dudaron en suponer —el propio Tamayo hizo una declaración periodística en ese sentido— que su discurso podría haber inspirado a los gobernantes de las grandes potencias que se reunieron pocos meses después en Yalta! La "Revista de Bolivia" en cambio publicó en su carátula de septiembre de 1944 una caricatura de Tamayo, dibujada por el pintor Armando Pacheco, en la que el Presidente de la Asamblea aparece sosteniendo dos tablas, y al pie el monólogo:

—Moisés en el Sinaí, apenas diez puntos... Yo en el Illimani; 14!

* * *

¿Qué indujo a Tamayo a aceptar, de manos de los jóvenes oficiales de la logia militar "Razón de Patria", la candidatura a la diputación por su ciudad natal y luego la presidencia de la Asamblea Constituyente en 1943 rompiendo su total aislamiento de la sociedad y la vida política, que databa del año 1934, cuando otra generación militar le birló por la fuerza el sillón presidencial ganado mediante elecciones?

Difícil decirlo. Quizá era inevitable la aproximación de los conspiradores que renegaban del viejo ejército que había fracasado en el Chaco y de los partidos tradicionales que también volcaron las espaldas al hombre caído con Salamanca en 1934, y el viejo amauta que desde 1910 predicaba el orgullo nacional como terapéutica a los males patrios. El hecho es que éstas afinidades sutiles, dieron paso a una tácita alianza.

Puede adelantarse incluso otra suposición: la de un móvil de revancha que habría actuado en el subcons-

ciente de Tamayo, frente a los rivales políticos —liberales o republicanos— que al lado del comando militar chaqueño, contribuyeron a su caída en el año 1934 y entre los que figuraba prominentemente, su viejo y archi-enemigo Tomás Manuel Elío, quien —ironías del destino— fue el canciller boliviano que firmó la paz en Buenos Aires, en junio de 1934. ¡Cuánto debió haber dolido y enfurecido a quien como Presidente de la República, iba a seguir la política de Salamanca de continuar la guerra hasta obligar al Paraguay a una conciliación decorosa para Bolivia, al ver al antiguo rival, estampando su firma en un tratado de paz por el que Bolivia renunciaba a todo el Chaco!

Esas gentes, de los partidos tradicionales súbitamente, desaparecían del escenario con el golpe de Villarroel (para reaparecer poco tiempo después ya que en Bolivia no hay cadáveres políticos) creando las condiciones para que resurgiera la estrella tamayana.

Otro factor que debió influir en la simpatía de Tamayo hacia los jóvenes oficiales golpistas fue el hecho de que su hermano José, que después de la guerra apareció como dirigente socialista, formara parte del primer gabinete de Villarroel, a cargo de la Cancillería, como socialista independiente (en Buenos Aires, donde residió largos años, José Tamayo era confundido con el dirigente Alfredo L. Palacios, con el que compartía no solamente las ideas, sino el sombrero y el tipo de bigotes con las puntas enhiestas).

En su folleto *Tamayo rinde cuenta* (1947) en el que explica su conducta como Presidente de la Asamblea, elude una explicación satisfactoria y atribuye la responsabilidad de su elección al pueblo paceño que habría buscado instintivamente un estadista (él) para el momento de la crisis. Dice Tamayo:

"Hacia 1944, consolidado el nuevo gobierno revolucionario, nadie conocía la verdadera trascendencia del mismo. Todos, incluyo yo, suponíamos que sólo se trataba del centésimo asalto militar al gobierno consuetudinario en Bolivia. De esos asaltos endémicos, ningún partido, nadie había quedado libre y limpio. Quién más, quien menos, todos estaban salpicados de sangre boliviana en la secular hazaña de asaltar al poder. Así todos contemplamos la novedad política esperando la repetición de la manida experiencia de siempre. El pueblo no".

"El pueblo no! El pueblo no sabe nada pero lo adivina todo en la calma oceánica en que vive, se apartó en silencio del pensamiento de los topos que lo dirigían. El pueblo que nada sabe pero adivina todo, presintió por encima de sus sabios la tempestad próxima, única en su historia por la magnitud del crimen proyectado. Por primera vez en su historia el pueblo sentía subconscientemente la proximidad de la muerte, como no la había sentido nunca. Y entonces el pueblo, en el silencio en que se cumplen las grandes cosas, sin consultar a nadie, de su cuenta, libre y genial, fue a buscar un hombre, especie de momia política enterrada ya en un olvido de 10 años, para ponerlo sobre el timón del barco predestinado. Y en las elecciones de julio, el pueblo me impuso *in absentia,* sin habérmelo consultado siquiera, la diputación por La Paz.

"Naturalmente, para lograrlo, el pueblo acalló de una bofetada muda a todos los logreros de siempre, a los tradicionales, mis enemigos, a los no tradicionales, mis enemigos, y por fin al poderosísimo partido de gobierno, mi enemigo también. Todos daban batalla electoral por su causa y sus intereses contra mí.

"Pero yo deseo escarbar un poco más con mi escalpelo esta arcilla viva en que estoy esculpiendo la imagen de la conciencia nacional. ¿Por qué el pueblo obró así? ¿Qué más intentaba o quería?

"Mi interpretación es ésta:

"En julio 44 el pueblo no buscaba un político como los de siempre, *leader* popular, mitad héroe, mitad pelele, y que no va más allá de la proeza clásica ya: pro-

testas, interpelaciones, renuncia. Sabía el pueblo que con tal hazañería, que conocía de coro, y sólo buena para edificar el pedestal de barro de los demagogos, no se modifica la historia, no se cambia las actuaciones malas o desesperadas ni se alcanza la realidad salvadora del pueblo mismo. El pueblo buscaba y quería un verdadero hombre de estado que al momento de la crisis mortal, trabajase hasta el sacrificio, para volverse luego hacia él con el resultado y el provecho innegables que le satisfagan, con el retazo de pan de trigo y no de piedra con que se afronta al niño hambriento y desheredado. En aquel momento el niño hambriento era el pueblo, y el pan de trigo y no de piedra, fue la vida de sesenta bolivianos arrancada a los pajonales de Chuspipata".

¡Chuspipata! Allí habían sido fusilados y arrojados a un barranco siniestro, en medio de la noche, varios ciudadanos de prominente actuación en la vida pública boliviana, entre los que se contaba a Luis Calvo y Carlos Salinas Aramayo, luego de un conato sedicioso que tuvo su epicentro en la ciudad de Oruro. Los militares de "Radepa", acusando a los conjurados de "traidores a la patria" resolvieron la medida extrema de eliminarlos sin forma ni figura de juicio y al día siguiente de los hechos, el gobierno transmitía un comunicado que se iniciaba con las escalofriantes palabras: "Hasta el momento han sido fusilados por haber sido principales dirigentes del movimiento sedicioso, los siguientes..."

A la docena de ciudadanos sacrificados de esa manera, ¿seguirían otros nombres? Es algo que no se sabrá jamás. En todo caso, la reacción de la opinión pública alcanzó tal magnitud que hubiese sido imposible, aún para los fanatizados ejecutores del escarmiento, proseguir con su obra.

Pero antes de esa tragedia —la de Chuspipata— que provocaría a su vez, como reacción, la caída del régimen Villarroel y el bárbaro colgamiento del Presidente y algunos de sus colaboradores, prodújose por



Tamayo visto por Armando Pacheco, en la Revista de Bolivia, 1944.

decisión de la logia "Radepa", el atentado criminal contra José Antonio Arze, jefe del Partido de la Izquierda Revolucionaria, a quien siguiendo instrucciones del Mayor Escóbar, un foragido descerrajó dos tiros, al amparo de la noche. Uno de los disparos hirió a Arze por la espalda. El jefe izquierdista había ganado la diputación por La Paz y el intento buscaba evitar su presencia en el Parlamento. Era el 8 de julio de 1944. Auxiliado por su madre y su hermano, Arze fue trasladado a una clínica donde los médicos se esforzaban por salvarle la vida.

El 22 de agosto al atardecer, la sesión de la Convención discurría sin mayores altibajos cuando de pronto, hizo su aparición, auxiliado por dos hombres, una figura macilenta, consumida por el dolor físico: era José Antonio Arze, que en valeroso y definitivo gesto de valor civil, acudía a prestar su juramento como Representante del pueblo paceño, ante el pasmo de la mayoría oficialista y el entusiasmo de la "barra" a la que Tamayo había atribuído siempre función co-legisladora.

"Con la energía que demuestra una voluntad de acero, Arze ha hecho una jugada política maestra —relata Moisés Alcázar— y ha ganado la partida por sorpresa. Este triunfo de la voluntad asombra al mismo Presidente de la Asamblea que, presa del estupor, estático, mudo de asombro, cree estar frente a un espejismo. Los cirios aparecen encendidos como por obra de magia, avivando la sorpresa encolerizada de la mayoría. La muchedumbre, como pocas veces ha ocurrido en el Congreso, enloquece de júbilo, accionando frenética, ululando amenazante. Las manos se enrojecen con el aplauso y las cuerdas vocales parecen a punto de reventar por los alaridos de entusiasmo. Público y diputados son presa del delirio colectivo: Viva Arze, Viva el mártir! gritan febricitantes".

Los jefes de la mayoría tratan en vano de oponer recursos dilatorios al juramento del hombre que parece a punto de derrumbarse, pero todo es inútil. Prosigue la narración de Alcázar:

"A esta altura, Tamayo se yergue magnífico y dice:

"He aquí la voz de la ley, señores convencionales: Yo, personalmente, no conozco los documentos que cursan en este momento sobre esta credencial u otras en el seno de la Comisión de Poderes, pero lo que conozco y me consta es el texto auténtico de mi credencial. Ahora bien, en esa credencial que no ha sido tachada, la mía, está incurso el nombre del ciudadano Arze como diputado legítimo por la ciudad de La Paz".

"Esta actitud justiciera y valiente de quien siempre transigiera con la mayoría camaral, le vale el delirante aplauso del pueblo congregado: Viva Tamayo! Viva el gran Tamayo! repite la muchedumbre una y diez veces. Y aquel amauta del ceño fruncido y la melena hirsuta, se dirige al martirizado demócrata y con la teatralidad que acostumbra le toma el juramento:

—Juráis por Dios y por esos Santos Evangelios, cumplir fiel y lealmente el mandato que os ha confiado el pueblo?

—Sí juro.

—Si así lo hiciéreis Dios os ayude, o si no El y la Patria os lo demanden.

"Un rugido inmenso y prolongado atruena el recinto. Está colmada la aspiración popular para con ese hombre que alcanzó una de las cifras más altas del electorado boliviano y que después refrendó su credencial con su sangre derramada en la inicua emboscada" [1].

Después del juramento, Arze, ya sin fuerzas, volvió a retirarse para no volver más a la Cámara. De su lecho de enfermo, parte a los Estados Unidos donde sus amigos y partidarios confían en que recupere su salud. A su llegada a ese país formula unas declaraciones sobre la conveniencia de que el gobierno norteamericano intervenga en Bolivia, para dar fin con el régimen de Villarroel. No es el estadista ni el patriota, que habla, sino la víctima de un atentado canallesco. Sus declaraciones son magnificadas en Bolivia, donde Arze aparece como partidario de una intervención "armada" de los Estados Unidos. Entonces, la Asamblea aprueba un voto, expulsándolo de su seno, por haber incurrido, con sus declaraciones, "en delito flagrante de traición a la Patria".

(1) Moisés Alcázar, **Crónicas Parlamentarias**, Talleres Gráficos Bolivianos, La Paz, 1957.

El Presidente de la Asamblea que no ha concurrido a esa sesión por hallarse delicado de salud, desde su domicilio, envía una nota:

"Desde mi lecho de enfermo me adhiero al voto que constitucionalmente expulsa de la Asamblea al diputado J. Antonio Arze. Dios guarde a Bolivia.— Tamayo".

* * *

Más tarde, en su rendición de cuenta, Tamayo insiste en que no figuró en el campo de quienes se ofrecían al nuevo régimen y esta afirmación debe ser sin duda cierta, pues demasiado era su orgullo. Lo creíble es que los jóvenes oficiales revolucionarios le llenaron de homenajes y zalemas para ganar su apoyo:

"Mientras tanto, ¿qué hacía don Franz Tamayo, acusado hoy de colaboracionismo? Pues hacía lo que ha hecho tantas veces: espectar, callar. Yo no ofrecí colaboración ni cosa semejante, ni aparecí jamás en los pasillos de Palacio. Abrumado de honores inesperados por el Presidente Villarroel, ciertamente que en los primeros ocho meses del nuevo gobierno se me ofreció las más altas situaciones públicas, que rehusé cortésmente siempre. El campo colaboracionista no me vio ni en pintura ni en sospecha. Ese campo estaba ocupado por otros demasiado conocidos para señalarlos".
"Fue en julio del 44 que las cosas comenzaron a

cambiar para mí. Cuando el pueblo me impuso *in absentia* una diputación, el partido de gobierno, derrotado por el pueblo y con mi nombre, tuvo que tragar en silencio mi victoria política sobre él. El único sinceramente contento por mi elección había sido Villarroel. Abierta la Cámara, no lo sé de cierto pero lo supongo, fue Villarroel quien impuso mi Presidencia, que en el primer momento fue hecha por aclamación. Yo agradecí y reproché a la Asamblea tales aclamaciones que a título de mayoría absorbente, coartaban la libertad del voto secreto en las minorías".

El folleto estaba destinado no solamente a salvar responsabilidades —que no las tenía en absoluto— sobre los fusilamientos de noviembre de 1944, sino a tratar de probar que el discurso que pronunció en la Asamblea condenando la revolución de Oruro "que significaba la vuelta a la guerra civil después de medio siglo", pero al propio tiempo invocando el espíritu cristiano para que, habiéndose probado ya el triunfo del gobierno, cesara "la ola de ejecuciones cruentas e inútiles" habría salvado la vida a otras 60 personas cuya suerte, antes del discurso, estaba echada. La legión de sus enemigos, y los gacetilleros que no satisfechos con los colgamientos de Villarroel y de sus colaboradores en julio y septiembre de 1946, pedían que rodaran más cabezas, le acusaban de no haber renunciado como gesto de protesta, a la Presidencia de la Asamblea, a lo que Tamayo replicaba:

"Y aquí quiero responder una vez por todas a los insensatos que me han imprecado con preguntas unas más descabelladas que otras. "Que por qué no había evitado yo los fusilamientos"; "que por qué después no había renunciado en son de protesta contra la tiranía fusiladora"... Quiero responder aquí con toda la indignación de que soy capaz: el 23 de noviembre ¿qué me interesaban los muertos? Sólo Cristo tiene oficio de resucitar Lázaros. Mi deber de hombre de estado cristiano era de salvar a los vivos, y los he salvado, gracias sean dadas a Dios para siempre!

Añadiendo más adelante:

"El 20 de Noviembre se había producido una revolución con trazas de guerra civil. Parte del territorio y parte del ejército estaban en armas contra el gobierno reinante. Acto continuo se habían producido fusilamientos de opositores por el gobierno, que al final resultaron ser simples asesinatos políticos. Todo esto muy lejos de la Cámara misma".

"¿Qué tenía que ver el jefe del Poder Legislativo con todo ello? ¿Ni qué cualquiera de los Arzobispos de la República? ¿Alguna ley señala a estos funcionarios el deber de beligerar políticamente contra los crímenes de la oposición o contra los crímenes del Gobierno? ¿No estaban 130 diputados señalados por la ley para hacer ese trabajo de reivindicación del derecho y la justicia, ese trabajo de control y fiscalización política? En buena lógica, el solo camino posible para el jefe del Poder Legislativo en intención de controlar y contener los fusilamientos ilegales, era declararse en franca beligerancia revolucionaria contra el Ejecutivo, salir de la ley y recurrir francamente a la fuerza pura. Eso es justamente lo que hizo el pueblo el 21 de Julio, y eso es justamente lo que Tamayo no hizo nunca ni hará jamás. Mientras todos en Bolivia no tienen más fe ni más acción que la fuerza bestial, así sea en el Gobierno, así sea en la oposición, alguien debe quedarse siendo el paradigma de la legalidad y de la justicia democrática. Alguien debe llevar a la tumba las manos limpias de sangre boliviana y demagógica. Alguien debe confirmar con los actos la prédica de respeto a las instituciones, al honor y a la paz".

Tamayo recuerda, en ese documento, a dos ciudadanos (Salamanca y él) que 40 años atrás se consagraron a estudiar los males que sufría la República, el principal de ellos, la demagogia. Salamanca había acertado en la sintomatología del mal, "trabajo utilísimo pero incompleto"... "Yo fuí más lejos y alcancé mayor precisión" al denunciar el *banditismo gubernativo*

(para el que propuso, como remedio, en 1930 la "ley capital"). "Era una audacia tan grande, sólo comparable a la de Pedro Domingo Murillo. Y la ley se quedó en la penumbra donde maduran las grandes cosas y yo creí haber cumplido mi deber final...".

La conclusión es que de haberse aplicado la drástica ley, no se habrían producido en Bolivia vejámenes ni crímenes contra las ciudadanos de parte de un Poder omnímodo.

Tamayo señala que la especie de su estrecha colaboración con el régimen depuesto al que califica también de tiránico, prendió entre sus enemigos de siempre, los periodistas y los estudiantes, pero no en el pueblo del que nunca había sido adversario. Lejos de ello, Tamayo, dice, él,

"Jamás lo había asesinado.

Jamás lo había encarcelado.

Jamás lo había desterrado.

Jamás había vendido o entregado su territorio.

Jamás había tocado a su magro denario fiscal.

Jamás había hecho lucro literario o monetario vendiendo calumnias y difamaciones contra el pueblo boliviano y su noble sangre".

Todo lo cual era rigurosamente cierto. Tamayo duró nueve meses en la diputación, de julio de 1944 a abril de 1945, cuando renuncia a la Presidencia de la Asamblea. Villarroel gobernaría quince meses más, hasta julio de 1946 cuando es acribillado a balazos en una habitación del Palacio Quemado y colgados sus despojos de un farol de la Plaza Murillo. En esos quince meses, alega Tamayo, "nunca le he visto ni conversado con él y lo deploro profundamente. Era el único amigo de veras que tuve en ese gobierno. La última vez fue en la clausura del Congreso de Presidentes (de los tres Poderes del Estado); y hoy al recordar aquella

amistad extraña e inaudita, especie de adoración fanática y extática que Villarroel me consagraba y rendía, hoy con los ojos no bien secos todavía, pongo aquí este voto que arranco de la piedad más honda de que soy capaz: que Dios, el gran amnistiador, le haya perdonado sus terribles errores".

Y Tamayo concluye con frases de calculada soberbia, como para exacerbar más a sus detractores:

"Un politicastro de mis enemigos, me mandó un día mensaje que en tono condolente decía:

"Si Tamayo hubiese renunciado cuando los fusilamientos, su talla política habría crecido gigantescamente".

"Aquí hay un error de perspectiva humana".

"Ciertos hombres no necesitan crecer porque han nacido crecidos. La talla de Tamayo a los veinte, será igual que a los setenta".

"Y aquí una hipérbole lírica no exenta de pedantería: el león desde que nace y aún antes, siempre es león".

En un solo punto, Tamayo se confiesa colaborador de Villarroel: el de las escuelas indigenales. "Aunque tengo graves reparos sobre ellas, sigo alimentándolas, con pesadumbre para mi modesto peculio. Sigo cumpliendo la ley. ¿Alguna vez he dejado de cumplirla?".

Desapoderado en la diatriba y el ataque, no puede dejar de señalar, entre la jauría de sus enemigos que le cobran cara su participación en el régimen villarroelista, por lo menos a uno: "jimio vicioso y salaz, chulupi o chamacoco, que se estira y compara con Tucídides para alcanzarme con sus injurias. Tiene en su haber la entrega de territorio boliviano y haber enlodado la dignidad de la República en tierra extranjera. En una rígida lógica boliviana, hoy es embajador de la República" [1].

---

(1) Se refiere a Fabián Vaca Chávez, abogado, diplomático, periodista y poeta nacido en Trinidad en 1883 y fallecido en La Paz en 1949.

Tamayo llega al exabrupto de equiparar —como hacía la prensa vengativa de ese tiempo, la figura de Villarroel con la de Hitler y a la logia militar que acompañó al Presidente colgado, con el nazismo alemán. No hay razón para no creer, como afirma reiteradamente, que en su fuero íntimo hubiese censurado los estúpidos y crueles fusilamientos de noviembre y que hubiese tratado de desvincularse en lo posible del poder Ejecutivo de ese tiempo. Pero es evidente también, que cinco meses después de los lamentables sucesos de Chuspipata y Caquena, se inauguraba, por iniciativa de Villarroel, el Congreso de los Presidentes de los tres poderes del Estado (único de ese carácter que se haya realizado nunca en el país) oportunidad en la que Tamayo pronunció un discurso con conceptos como los siguientes: "Poco o nada tengo que agregar a la claridad y precisión con que el Excmo. señor Presidente de la República acaba de mostrar, en toda su extensión el feliz pensamiento patriótico que ha tenido para convocar a los dos jefes que representan el poder legislativo y el judicial a esta conferencia llamada a coronar una aspiración nacional con éxito feliz, al que contribuiremos con un trabajo leal y activo en cuanto nuestras facultades lo permitan... El Excmo. señor Presidente cuyos sentimientos no tienen pragmática académica, pone en servicio de la nación su joven sabiduría de gobernante que alcanza un concepto concreto y casi diría técnico en cuanto se refiere a los problemas de carácter jurídico y social que le están encomendados como a jefe de Estado".

* * *

Colgados los cadáveres de Villarroel y de algunos de sus colaboradores en faroles de la Plaza Murillo y perseguidos sañudamente los colaboradores de su régimen, se creyó que una era de paz se impondría en el país. Pero los vencedores no habían olvidado ni aprendido nada: un infortunado incidente protagonizado

por un oficial del ejército en retiro, provocó otro estallido de furia de los grupos que todavía tenían el gusto de la sangre en la boca. Asaltado el Panóptico donde purgaban sus penas los villarroelistas, la Plaza Murillo volvió a adornarse con la fúnebre decoración de otros tres colgados.

En octubre del mismo año y como una respuesta al tipo de régimen que se había instalado en el Palacio Quemado, los mineros reunidos en Pulacayo aprobaban un documento que parecía haber sido escrito con un taladro sobre la roca viva y al compás de dinamitazos: planteaba la ocupación de las minas, el armamento de los trabajadores y un eventual gobierno obrero-campesino: era el prólogo de la guerra civil...

* * *

Yo soy el arco tenso!
Viejas tinieblas férreas
Del milenario olvido,
Que devoráis los ortos
Y sepultáis los astros!
Sois el terror brumoso
Del amor y la gloria,
Y el taciturno hielo
Del genio y del valor!
Sobre el verde árbol lúcido
Que esmaltan blancas flores
Y ornan pomos de oro,
De vuestros velos lóbregos
Llueve aleve y letal
La tenebrosa nieve
Del sepulcral silencio
Viejas tinieblas férreas
Del milenario olvido,
Yo soy el arco tenso
Que lanza el áureo dardo!
Golfo amargo y helado

De las ingratitudes
Tendido a todo remo
y abierto a toda proa,
Y una emboscada muda
Como una red de muerte
sus hielos y sus hieles
Toda virtud ponzoñan
Hielan toda terneza
y desmayan de lejos
a las almas que vuelan.

NO SE ES IMPUNEMENTE PODEROSO

(LA FORZADA MEDITERRANEIDAD DE UN PAIS QUE NACIO CON LITORAL)

En todas las horas decisivas de su vida han obedecido todos los grandes hombres a su voz interior, jamás a su interés. Por entre la espesura de un bosque inexplorado todavía han abierto su camino sin brújula, guiados únicamente por el llamado de su alma, que jamás les ha engañado y al que han obedecido sin reflexionar, en todo momento de crisis.

Emil Ludwig

Al año siguiente de publicado su folleto y dos años después del sacrificio de Villarroel, la ciudad de La Paz, festeja el cuarto centenario de su fundación. El diario "La Razón" prepara una gruesa edición de homenaje a la ciudad y confía a Walter Montenegro la tarea de entrevistar al bardo, en su retiro de la calle Loayza, considerando que tal homenaje estaría incompleto sin la presencia del pensador y poeta...

El artículo-entrevista de Montenegro se intitula "La suprema soledad de Tamayo" y está escrito con enorme simpatía y admiración hacia el personaje, al extremo de decir que Tamayo "es en lo filosófico-literario (con Santa Cruz en lo político) el más alto producto de los 400 (o los 4000) años que enraizan el encuentro de La Paz, desde los milenios de Tiwanacu.

"Pueden aullar los chacales pero esa es la verdad.

"Sembró huracanes y cosechó tormentas en la vida pública a que le llevó inevitablemente la misma dinámica de su valer: tormentas que en gran parte fueron simple producto de las desproporciones resultantes entre su dimensión un tanto monstruosa y la miniatura del medio. Al cabo de todo ello ahí está Tamayo, en una antigua casona de la calle Loayza, encerrado en la soledad inexpugnable de su orgullo.

"¿Que cometió errores? Posiblemente los cometió. La montaña tiene cimas y simas o no es montaña. La imperfección en el hombre capaz de máximas realizaciones y también de errores es el mejor síntoma de esa enfermedad de virus divino que es la grandeza: la perfecta salud es la animalidad perfecta" [1].

Al filo del medio siglo, Tamayo ya cuenta 71 años de edad. Ha quedado atrás, casi olvidada, su fugaz intervención en la política, bajo el alero de los jóvenes oficiales de "Radepa" y los revolucionarios del MNR. Augusto Céspedes, desde su exilio en Buenos Aires, le escribió una carta pidiéndole que se pronunciara sobre la masacre de obreros en el barrio de Villa Victoria pero la misiva no alcanzó eco. Tamayo ignoró también la guerra civil de 1949. Su nuevo encierro aumentaba el embrujo que su personalidad ejercía sobre la conciencia pública. Muy de tarde en tarde, visitaba sus tierras, o hacía una escapada, en su automóvil, a ver la construcción de una modesta casa en la zona de San

---

(1) "La Razón", 20 de octubre de 1948

Pedro (ocupada después, por su viuda, la señora Luisa Galindo). Pero en 1950 volvió a desperezarse el león con un rugido que dejó helados a los funcionarios del gobierno Urriolagoitia y sacudida a la opinión pública boliviana.

Para entender la airada reacción de Tamayo, deben considerarse primero estos antecedentes:

Si hay un *leit motiv* en el pensamiento de Tamayo, como hombre público, es el de su santa furia por el enclaustramiento boliviano. Nacido en el año de la guerra infausta, creció bajo el peso de las terribles condiciones de sofocación que imponía el vencedor de 1879, al país victimado, que además de haber perdido una inmensa costa litoral y dos puertos importantes, se veía obligado a rehacer su vida, y desarrollar su comercio, a través de ese único conducto con el mar, para lo cual debía, por fuerza, aceptar un tratado "de paz y amistad", que es justamente el que firmó el Presidente Montes en 1904.

* * *

Tamayo tuvo la suerte inmensa y rarísima, para un niño boliviano, de asomarse al Océano, bien fuera por puerto extraño, en los viajes que realizó llevado de la mano de su padre. La impresión que le produjo el majestuoso espectáculo ha quedado eternizada en *La Prometheida:*

"Oh infinita epopeya
Del vasto mar genial!
Yo he visto los embates
De las salobres aguas
Y las apoteosis
Del piélago cantor!
Los matinales tumbos
En que se lava el día,
Las trombas espirales
Cual torres de esmeralda,

Las marejadas nómadas
Como palacios ebrios
Y el regio orgullo que hincha
La vasta pleamar!
Yo sé la faz de esfinge
De los verdes escollos
Y el florecer de mármoles
Que son los archipiélagos.
Yo sé el nidal de nácares
De las borrascas gélidas,
El rencor tumultuoso
De las resacas álgidas
Y las corrientes sordas
Como ríos traidores!
Yo sé el falaz espejo
Bajo el bajel sonámbulo,
Y en la noche letárgica
Los imanes recónditos,
Los fósforos fugaces
Y los rumores mágicos
Del pérfido cristal.
Yo sé el canto del nauta
Sobre las proas frágiles,
El verde sortilegio
Del agua en su pupila,
Y el alma que tremola
De ola en su barcarola!
Oh vértigos y vórtices!
Yo he bebido, he vivido
El poema del mar!

* * *

Tamayo, que en sus años mozos admiró a Montes, lo acusó con el tiempo inmisericordemente por la firma de ese tratado. Llegó a decir frases terribles como ésta: "Y en un estado de cosas así, cuando rigiese en Bolivia un régimen de hombres que en el Parlamento y en el Gabinete fuesen analfabetos cuando no ladrones y ladrones cuando no analfabetos, se podría tentar

la aventura de escamotear con un tratado imbécil, la honra y el porvenir de Bolivia. Y el tratado se firmó. La obra comenzada por Melgarejo y Daza quedó consumada y perfeccionada con sello de justicia y de derecho. Baste decir que Montes gobernaba Boliva".

Cuando desempeñaba las funciones de Canciller en el gobierno de Salamanca, Tamayo había invitado a varios ex-dignatarios de Estado, entre ellos Ismael Montes, por entonces Presidente del Banco Central, para considerar con ellos, la respuesta boliviana a la Comisión de Neutrales que buscaba un pronto arreglo entre Paraguay y Bolivia, que pusiera fin a la sangría. Montes se limitó a escribir en la propia esquela de invitación, antes de devolverla: "Don Ismael no concurrirá a la Cancillería mientras esté confiada al individuo que hoy la conduce". Modesta venganza frente a las contumelias que le infiriera antes y después, Tamayo, por la firma del tratado.

Y en otra ocasión, hablando del país vecino: "Porque los bolivianos deben saber una cosa y es que si en Chile la gente lleva zapatos, se lo deben a la riqueza expoliada al Perú y a Bolivia. Bien es verdad que los más pedantes de sus escritores hablan aún de que Chile ha civilizado a Bolivia. Pero a ésto sólo hay que preguntar qué nacionalidad tiene la prostitución autorizada en Bolivia".

Después de su fracaso en la Liga de Naciones en Ginebra (1921) cuando, entre la indiferencia de los delegados y la hábil maquinación de la diplomacia chilena, la reclamación boliviana quedó olvidada, Tamayo escribió numerosos artículos sobre el dogal de la mediterraneidad, habló en el Parlamento siempre desde la posición "reivindicacionista", interpeló en un célebre debate al Canciller Ricardo Jaimes Freyre, tan pronto se hizo éste cargo de esa Secretaría, invitado por el Presidente Saavedra, por opiniones previas que Jaimes Freyre había expresado como diputado, en sesión reservada, sobre el dictamen de los tres juristas a quie-

nes la Liga había confiado el estudio de la demanda boliviana, que descalificaba el intento de nuestro país de exigir la revisión del tratado de 1904. Obviamente, la opinión de Jaimes Freyre, como diputado no podía comprometer su actitud como Canciller y esa fue su línea de defensa. En el ardor del debate, Tamayo alegó que el Presidente Saavedra en privado, le había dado la razón, frente a su Canciller, extremo que Saavedra negó de plano. El voto de la mayoría favoreció a Jaimes Freyre y quedó flotando en el aire la especie de que Tamayo, también candidato a la Cancillería, había obrado por despecho...[1]

En todo caso, en el documento de 1950 exculpa al primer Presidente que tuvo el partido republicano con estas palabras:

"Bautista Saavedra.

"Nunca estuve de acuerdo sobre las excelencias de este político boliviano. Pero me enoja que sus admiradores, sobre una pila de dislates no hayan jamás hablado de la sola verdadera gloria de Saavedra. Si ellos callan, quiero hablar yo. Saavedra jamás, en su larga vida, se unció a la taifa de traidores practicistas de hace 40 años. Aunque muy menor fue un gran patriota de la estirpe del Mariscal de Zepita. Gloria a Saavedra".

A tal punto llegaba su rechazo a los liberales, que en el discurso que pronunció aceptando la candidatura a la Presidencia de la República, a la asamblea del partido republicano genuino, en octubre de 1934 manifestó enfático:

"Es seguro que tenéis alguna noticia de mi constante voluntad para rehusar este alto honor de la can-

(1) La Casa de la Cultura de la Alcaldía Municipal de La Paz, bajo la eficaz dirección de la señora Bertha Alexander de Alvéstegui, publicará próximamente un volumen bajo el título de "Tamayo y la reivindicación marítima de Bolivia" en el que he reunido la mayor parte de los estudios, discursos y artículos tamayanos sobre este particular, así como otras páginas de política internacional. — (N. del A.).

didatura presidencial. Sabéis ciertamente que por mucho tiempo opuse razones personales y otras, todas valederas y que mi voluntad habría vencido si en los últimos tiempos no se hubiera presentado una nueva y patriótica, muy capaz de anular toda resistencia al servicio público. Por mucho que me duela, debo decirla.

"Lo que me ha obligado a aceptar el sacrificio (tal lo considero) ha sido, conciudadanos republicanos, la gravísima amenaza que significa para la integridad territorial de Bolivia, la vuelta del Partido Liberal al Poder. Yo podría escribir aquí un capítulo apasionado y violento, capaz de encender en cólera a toda la nación; pero he de abstenerme. Me basta señalar el peligro ya que en este instante la nación está tan despierta y tan consciente que pocas palabras bastan para hacerle comprender todo el mal de que debe cuidarse".

Y poco más adelante, otro puntillazo mortal, a sus viejos adversarios:

"El pueblo sufrido y resignado ante la intransigencia paraguaya, frente a un adversario que rehuye toda justicia civilizada y pacífica; frente a la denegación de todo arbitraje ennoblecedor y justo; el pueblo boliviano comienza a resignarse a un destino doloroso de violencia bélica; y ante las sugestiones de los eternos transaccionistas y practicistas acepta perder el Chaco — ¿A cañonazos? sí; a talegazos, no!... Y al buen entendedor, salud".

Volviendo al año 1950; de tiempo atrás, la diplomacia boliviana intentaba una nueva negociación al problema de la mediterraneidad; el embajador Ostria Gutiérrez en Santiago, había conversado con el Presidente Gonzáles Videla encontrando un ánimo favorable hacia el casi centenario problema de la mediterraneidad boliviana en tanto que, en el Norte, gracias a la habilidad del embajador Guachalla, el Presidente Truman ofrecía la mediación de su país. La gestión culminó en el famoso cambio de notas de fechas 1º y 20 de junio de 1950 por las que ambos gobiernos conve-

nían en la negociación directa, destinada "a buscar la fórmula que pueda hacer posible dar a Bolivia una salida propia y soberana al Océano Pacífico, y a Chile, obtener las compensaciones que no tengan carácter territorial y que resguarden efectivamente sus intereses". La nota chilena añadía que ese país consultaría oportunamente al Perú, "en cumplimiento de los tratados que tiene celebrados con este país".

La cuestión de las "compensaciones" a Chile, tenía sin embargo un aspecto que no revelaban los documentos oficiales y que la revista "Ercilla" de Santiago, se encargó de difundir: Bolivia, tendría que dar a Chile el derecho de utilizar, para irrigación y energía eléctrica, las aguas de los lagos Titicaca y Poopó, a cambio de un corredor de diez kilómetros de ancho a lo largo de la frontera norte de Chile.

La noticia de "Ercilla" causó un verdadero tremor en la opinión pública boliviana. De *motu proprio*, o a pedido de Alfredo Alexander, el director del vespertino "Ultima Hora", que le profesaba una admiración sin límites, Tamayo escribió un "Mensaje" fechado el 25 de julio. En el mismo, fiel a su convicción "reivindicacionista" del inmenso territorio perdido en la malhadada guerra de 1879 y curtido en los desencantos de las sucesivas ofertas incumplidas que hizo Chile a partir de esa fecha, Tamayo inicia su exhortación con un proverbio: "La riqueza hidrográfica de un país hace parte substancial de la riqueza territorial, igual que la sangre en relación al cuerpo. Tomar las aguas y pretender que no se toca el cuerpo es querer cubrir un crimen con una estupidez".

Su primera frase busca el deliberado efecto de llamar la atención de todos, envuelta en el ropaje de una pretendida humildad:

"Aunque dudo que la ciudadanía se interese por las opiniones de un hombre que la extrema edad ha puesto ya casi fuera de los lindes de la vida, quiero, con todo cumplir mi último deber para con Bolivia".

Empieza por afirmar que el recurso buscado por los estadistas chilenos (el corredor) ya se halla desprestigiado en Europa, su tierra de origen: "el callejón polaco, era un plato de lentejas que al final resultaron podridas". Añade que no habrá boliviano, aún el más inculto, que a la pregunta de si quiere un puerto para su país, deje de responder afirmativamente, pero cuando la pregunta sea formulada correctamente, esto es con la contra-parte de las compensaciones de agua del Titicaca y otras fuentes, "el pueblo boliviano, especialmente paceño, ciertamente desea conocer la cara del boliviano que públicamente responda que sí".

A continuación, Tamayo imagina un cuadro del futuro, el de "la miserable oveja boliviana que va a beber una gota de su lago natural y propio. Ahí está el gendarme chileno que le dice: "Esta oveja miserable (por oveja y por boliviana) está robando las aguas de este lago, que son legítima propiedad chilena. Intervención armada". Y el del labriego, "miserable y boliviano también, que toma un poco del agua de su lago para regar su minúsculo terrazgo. Y el gendarme: "Robo". Este labriego ladrón está robando las aguas de legítima propiedad chilena. Intervención armada".

Al lector que imagine que este cuadro es puramente lírico y por consiguiente falso, Tamayo le recuerda lo sucedido en 1879: "¿Acaso la gota de agua y labriego bolivianos no se llamaban hace 71 años "diez centavos de impuesto al salitre"? Esa gota de agua (los diez centavos) fue suficiente para justificar el mayor crimen cometido en el siglo diez y nueve".

Tamayo afirma que ha habido siempre una constante en la política chilena con relación a Bolivia que se expresa a través de dos actitudes: los halagos y las promesas primero y luego el puño de hierro.

Seguidamente, el augur ofrece a los chilenos dos noticias sobre el estado de Bolivia:

"En Bolivia ya no gobierna el presidente borracho del tiempo de López Neto.

"En Bolivia ya no gobierna el partido político avezado y acostumbrado a recibir dinero en cambio del territorio despojado".

Tamayo descarta de plano la posibilidad de que el Perú, co-propietario del Lago, pudiera aceptar la fórmula y añade que no existiendo ningún señuelo para ése país (como el plato de lentejas polaco para Bolivia) se trataría de una maniobra de Chile para mostrar al Perú como "el único obstáculo de cruel egoísmo que impide a su hermana Bolivia obtener el puerto soñado" y distanciar así, aún más, a los aliados de 1879.

Toda la negociación le parece a Tamayo una cortina de humo, para los preparativos bélicos que estaría haciendo Chile, a fin de apoderarse del corazón del territorio boliviano, donde se halla el lago sagrado.

Sus últimas frases descartan en tal emergencia, la posibilidad de que los norteamericanos que estaban luchando por entoces en Corea y que habían liberado a Europa del nazismo, intervinieran en defensa de Bolivia: "Temo que ni una sola gota de la sangre de un ratón yankee se derramaría por nosotros. No he olvidado el sainete del Lacahuana" [1].

"Aún tendría mucho que decir —concluye— pero las frases me faltan. Quiero terminar con una palabra mía, muy mía:

"Dios guarde a Bolivia.

"Pero esta vez necesito extenderla un poco más:

"Dios guarde a Bolivia y al Perú para siempre".

Nadie puede dudar de la buena fe con la que actuaron los negociadores bolivianos y el propio gobierno de Urriolagoitia. Pero la catilinaria de Tamayo fue suficiente para sepultar en ignominioso olvido, la iniciativa (del lado chileno, se sabría después, se trató tan

---

(1) Nombre del barco norteamericano en el que el gobierno de ese país hizo un intento de mediación entre Bolivia y Chile durante la guerra de 1879.

sólo de un gesto de inteligencia y buena voluntad del Presidente González Videla y de su canciller Walker Larrain, que no habría tenido eco en el Parlamento ni en el ejército).

La opinión pública boliviana se sintió electrizada por la palabra del viejo tribuno, aunque hubo voces como la de Roberto Prudencio, que siempre profesó veneración por Tamayo, pero que en esta oportunidad, en conferencia pronunciada en la Universidad de La Paz, se puso al frente sin ambages. "Lamentablemente debo confesar —dijo— que no he hallado más que frases líricas y no es con frases líricas que se puede resolver una cuestión de tanta monta para el país. Los problemas políticos e internacionales no pueden ser tratados en verso...".

* * *

En el mismo año, los jóvenes de la segunda generación de Gesta Bárbara, utilizando la columna de Mario Guzmán Aspiazu en "Ultima Hora", promueven un concurso sobre la trilogía del anhelo boliviano: trigo, estaño y mar... reuniendo los trabajos publicados en un fresco y conmovedor volumen que lleva el mismo título. Figuran ensayos de Mario Miranda Pacheco, Carlos Montaño Daza, Armando Soriano Badani, Julio de la Vega, Jacobo Libermann, Alcira Cardona Torrico, Valentín Abecia B., Mario Rodriguez, Ramiro Bedregal, una evocación de la primera Gesta Bárbara, la de Potosí, de Gamaliel Churata, su gran animador, y sendas introducciones de Alfredo Alexander Jordán y Humberto Palza Soliz, directores del vespertino paceño. Los jóvenes se hallaban bajo el influjo de las corrientes de izquierda, particularmente del partido jefaturizado por José Antonio Arze, pero buscaron —como hiciera Joaquín Espada treinta años atrás— el padrinazgo de Tamayo. Lo recordaría después en una nota periodística, Mario Guzmán Aspiazu ("Sagitario"):

"Una lágrima rodó sobre su rostro y el cordaje de su espíritu vibró largo rato.

—"Si soy tu alma que ha sufrido tanto..."

"Era —o es— el pequeño verso de Herrera y Reissig.

"—¿Lo recuerdan...? ¡Brillante! —dijo Tamayo.

"Una bufanda blanca. Y la lágrima. Nos pareció que se había detenido para siempre en la arruga de su rostro. Polvo en el piano y polvo en los libros del viejo anaquel. Y el verso de Herrera y Reissig como una varita que tocaba un espíritu sublimado por la tensión.

"La conversación fue tocando todos los linderos. Carlos Montaño Daza le había llevado aquel día a Tamayo un ejemplar de *Trigo, estaño y mar,* una serie de breves artículos de "Gesta Bárbara". Tamayo volvía a sacudir sus emociones y su ira contra el enclaustramiento marítimo" [1].

Guzmán Aspiazu recogió desordenadamente, los temas que en dos horas de charla, les brindara Tamayo, desde Platón hasta la literatura rusa, pasando por San Pablo, Nietzsche y su poema de Claribel, al que menospreció comparándolo con "Cori-canastita", una pegajosa canción de la época...

Como palabras liminares, en ese libro que anunciaba, sin proponérselo, la eclosión popular de 1952, Tamayo había escrito un escueto mensaje:

"Para su libro apostólico, los muchachos de "Gesta Bárbara" me piden una palabra que no tengo. En mi indigencia la toma prestada de Goethe, que desde su tumba dice a nuestros muchachos:

Valor y coraje!
Valor perdido, todo perdido
Más valiera no haber nacido!"

Al cumplir el siglo la mitad de su ciclo, el periódico "La Razón" realiza una encuesta entre los intelec-

(1) "Ultima Hora", 4 de agosto de 1956.

tuales y políticos para establecer cuál había sido la personalidad más importante de Bolivia desde 1900.

Intervienen muchas personalidades de la época, de La Paz y del interior de la República. La mayoría menciona los sólitos nombres de los jefes políticos que habían dejado su impronta en el medio siglo, como Montes y Saavedra, pero casi ninguno deja de señalar a Tamayo. Coinciden en ese nombre los dos extremos del espectro político: el jefe de Falange, Oscar Unzaga de la Vega, diputado por Cochabamba, vota solamente por Tamayo. "Ninguna personalidad —dice— puede ser más representativa por sus dimensiones y su simbolismo, que Tamayo, en esta primera mitad de siglo. Ningún valor es más auténticamente boliviano: más nuestro con su grandeza contradictoria y con su amarga soledad de cima"; mientras José Antonio Arze, jefe del Partido de la Izquierda Revolucionaria, pone en su lista de siete ciudadanos, el de Tamayo, con estas palabras: "Franz Tamayo es sin duda el poeta más eminente que ha producido nuestra tierra y uno de los hombres con mayor cultura humanística en las Américas, acaso paralelizable en este caso sólo con el mexicano Alfonso Reyes. Su paso en la política nacional no ha dejado otras huellas que las de la extravagancia y la desorientación, huellas que llevan sin embargo la impronta que les ha dado una inteligencia vigorosa expresada en un estilo fascinante por lo personalísimo".

Próximas las elecciones de 1951, el MNR que en seis años de persecución y conspiraciones había logrado un enorme caudal de apoyo popular, realiza una convención en La Paz para elegir a sus candidatos. Inseguros sobre el apoyo que podían lograr en las clases medias, y urgidos por los universitarios del partido, los convencionales votan por la fórmula Franz Tamayo, Víctor Paz Estenssoro, para la Presidencia y Vicepresidencia, respectivamente. Los jóvenes nacionalistas basan su elección en la lectura de *Creación de la pedagogía nacional* (que el gobierno Villarroel había reeditado) y en el recuerdo de Tamayo como Presiden-

te de la Asamblea que eligió al Presidente sacrificado en la Plaza Murillo. Pero la fórmula en verdad, no podía prosperar pues ni Tamayo había sido consultado ni Paz Estenssoro podía resignarse a un puesto de segundón. En efecto, cuando se le hizo la consulta a Buenos Aires, el jefe del partido responde que solamente aceptaría el primer lugar en la nómina. No obstante, el hecho de que la agrupación política más importante y con mayor militancia del país, hubiese pensado en el nombre de Tamayo, para asegurarse un triunfo que ya veía firme, demuestra el peso que tenía en la opinión pública, el solitario de la calle Loayza. Unzaga de la Vega, de su parte, predica a sus seguidores falangistas, el culto tamayano.

* * *

Para Tamayo, sin embargo, había pasado ya la hora de la acción y se anunciaba el crepúsculo, cuando todo se le revela efímero y vano, como ya le pareciera en sus lejanos *Rubayat:*

Afán de eternidad, sueño de roble,
ser de durar, anhelo necio y noble!
Pasar! Pasar es la lección ubicua
que todos rezan, hasta el monte inmoble!

Sin embargo, su corazón se abre a los amigos elegidos y su mente todavía bullente capta en algunas sesiones de apasionada lectura, las enseñanzas de un historiador inglés al que él se adelantó en varias décadas, cuando hablaba de la adversidad como acicate que los pueblos vencen para ser merecedores de un mejor destino. Y el agradecimiento al admirador más joven, se plasma en una carta apresurada y nerviosa pero llena de zumos de sabiduría y de intuiciones precisas:

"La Paz, 15 de septiembre de 1951.

Señor doctor don Enrique Baldivieso
Ciudad.

Querido Enrique:

"Devuelvo su interesante Toynbee que he leído con cuidado. Estupenda la enorme extensión de la materia: 21 civilizaciones y aún... Inevitable acordarse de Spengler y las consiguientes comparaciones y diferencias. Toynbee es un excelente obrero, un gran obrero, pero Spengler es casi un poeta. Peor para Spengler, aunque me duela a mí. Las comparaciones que siempre son inútiles, porque nunca cambian el fondo de las cosas, sirven sin embargo al estudioso para aclarar desinteligencias. Tal vez mucho de lo que sobra en el alemán falta en el inglés. Quizá Spengler encuentra demasiadas identidades, donde sólo se trata de lejanas analogías. Temo que la información documentaria e histórica es insuficiente para ambos, y que nuevos descubrimientos, nuevas exhumaciones, en el viejo mundo como en el nuevo, lleguen a modificar ciertas conclusiones demasiado categóricas hoy día. Decía yo a Moncayo que me asiste la esperanza de que un ángel guardián está todavía defendiendo más de un Machu-Pichu en nuestra América contra el banditismo colonial español (la palabra es de Spengler) y contra la *barbarie republicana* subsiguiente, y defendiendo bajo tierra o bajo el monte del bosque impenetrable riquezas de ciencia y cultura para los americanos de mañana".

"Cuando hablo de Spengler, casi poeta, me refiero a esa imaginación creadora típica del artista y que tanta falta ha hecho a sabios como Spencer y quizá al mismo Aristóteles. La contraparte hallamos en Platón y en Filón Judío, para no citar más. Si usted se fija bien, los más grandes descubrimientos se deben a esa imaginación creadora tan desdeñada en los laboratorios occidentales".

"Aquí un cálculo de Toynbee que ciertamente no cae en el campo de la imaginación creativa y que sin embargo debería llevarle hacia ella. Sobre 21 civilizaciones en 6.000 años, Toynbee calcula millones de ellas en el futuro próximo, cálculo aritmético y lógico. Ello me recuerda lo de otros sabios que calculan que nuestra vía láctea, es una entre billones de galaxias apenas entrevistas, y las más soñadas. Nuestra vía láctea resulta un copo de nieve en medio de inmensa nevada. Tales son las proporciones. Pero aquí la fuerza comprensiva del espíritu humano (hablo del tallo, de la espiga pensante de Pascal). El hombre mínimo (es la minimidad arquetípica) es capaz sin embargo de sorprender ciertas leyes capaces ellas mismas de abarcar cuanto existe. Hemos visto en los últimos tiempos de la ciencia occidental cómo se confirma ciertas nociones de la ciencia india. Una ley de esa ciencia india dice en su traducción inglesa: *as above so below* (como arriba, abajo). Tal sucedió con la vida atómica que ha resultado análoga a la vida solar. La grandeza de la inteligencia humana no está tanto en descubrir hechos maravillosos, cuanto en descubrir leyes más maravillosas aún".

"Esta carta que debió ser mero mensaje de envío y gracia, a propósito de Toynbee, se hace más larga y pesada de lo preciso, y corre el riesgo de aburrir al querido amigo Enrique. Por ello la cierro con un vigoroso *shake-hand* de su viejo y afectuoso amigo.

TAMAYO".

* * *

En septiembre de 1949 concluye la guerra civil con la derrota de los insurgentes del MNR en las ciudades de Cochabamba, Santa Cruz, Sucre y Potosí. En las minas, el ejército restablece la calma dejando enlutados a más de cien hogares proletarios. El Presidente Urriolagoitia, que sustituyó a Hertzog, había probado ser el

hombre enérgico que reclamaba la gran minería para acabar con el país alzado. Pero a punto de concluir su mandato, el Presidente chuquisaqueño llama a elecciones y éstas tienen lugar en mayo de 1951, con el inobjetable triunfo de la fórmula Paz Estenssoro-Siles Zuazo, como abanderados del MNR.

Paz Estenssoro triunfa desde el exilio en Buenos Aires y no volverá al país sino un año más tarde. Siles Zuazo que ha dirigido toda la lucha dentro del país, saliendo de la clandestinidad, pese a su espectacular triunfo, presiente que ni el gobierno ni la gran minería, cederán el poder fácilmente, y se prepara para volver a la oscuridad y conducir a su partido en una nueva etapa de sacrificios. Pero antes, visita a Tamayo, a quien trató en la Convención de 1944. El subjefe del MNR seguramente no ignora el juicio que vertiera el viejo parlamentario en una entrevista de prensa de 1950 cuando el periodista le preguntó sobre los convencionales que se distinguieron durante su mandato:

—Siles Zuazo, un mozo valiente.

En la desvencijada sala de la casa de la calle Loayza, tiene lugar la reunión entre el ex-Presidente de la Asamblea villarroeista y el joven diputado de entonces, convertido en flamante Vicepresidente de la República después de años de pelea sin cuartel. Siles Zuazo, acaso buscando el aval moral de Tamayo, o queriendo halagar al viejo tribuno le pide un consejo sobre la actitud a tomar, contando ya con el veredicto popular. Tamayo le contesta con vigor:

—¡Qué puedo decirle yo si ustedes tienen el Illimani detrás!

El pueblo transformado en la montaña tutelar, en el símil tamayano, vio que se burlaba su voluntad mediante la imposición de una junta militar y hubo de reaccionar como un furibundo vendaval, para que no continuara la falsificación. Pero esa historia viene después.

* * *

Vivir con el recuerdo
Las batallas perdidas
Por victorias soñadas
Y los triunfos borrados
En las almas inmémores!
Palor de astro poniente,
Rumor de hoja volante,
Voz de fontana exhausta,
Soledad desolada
de un cielo sin estrellas
Sobre un mar sin orillas!

LA EDAD NO PRESERVA EL ERROR

(FRENTE A LA REVOLUCION)

El genio ha aportado dicha o desgracia a todas las naturalezas fuertes. No han encontrado ni el reposo ni la satisfacción; la obra, la acción, suscitan ininterrumpidamente el deseo; más exactamente la necesidad de una obra más, de otra acción nueva, y es raro el caso en que la paz del alma haya sido el premio de ese esfuerzo hacia el poder, el saber o la creación artística... Todos han sufrido en su vida personal el peso de esos deberes constantemente renovados que se imponían a sí mismos y por eso en vez de aumentar ha disminuído su alegría de vivir.

Emil Ludwig

Desconocidas las elecciones de 1951 que, aún con el voto calificado dieron el triunfo inobjetable a la candidatura de Paz Estenssoro y Siles Zuazo, se hizo cargo del gobierno, mediante una orden del Estado Mayor, firmada por el General Ovidio Quiroga, la junta militar presidida por el General Hugo Ballivián. Era, como diría un ex-candidato a la presidencia de la República e

ilustre hombre público, don Luis Fernando Guachalla, la "muerte de la democracia boliviana", por lo menos de aquella exclusiva que discriminaba a la masa indígena y analfabeta, del mayestático derecho. El partido vencedor se dio de inmediato a la conspiración y producidas las fisuras que las ambiciones dictaron en el seno de la junta militar, ganó a su favor, nada menos que al Ministro de Gobierno, General Seleme, a su causa. Este, día antes de ser defenestrado por sus colegas de gabinete, entregó armas a los conspiradores, sin sospechar que, con ese gesto, abría la sepultura de un régimen económico y social que se había prolongado prácticamente desde el incario...

La revolución del 9 al 12 de abril, representó una transformación radical en la vida política boliviana: la reforma agraria liquidó el latifundismo y el régimen de servidumbre feudal e hizo aparecer en el escenario social a las masas nativas preteridas; la nacionalización de las minas de estaño concluyó con la hegemonía de Patiño, Hochschild y Aramayo. A estas medidas se unieron el voto universal y la destrucción temporal del ejército, como facetas sobresalientes de ese cambio.

Tamayo, como otros cientos de propietarios y terratenientes, se vio súbitamente ante una eclosión social cuyo alcance y magnitud pocos habían imaginado. Hasta ese momento, su alejamiento de la política había sido definitivo, aunque su palabra era escuchada y recogida con religiosa unción.

Nada volvería a ser igual en Bolivia, después de la semana santa de 1952. La vieja sociedad patriarcal en el campo, donde pese al decreto de Villarroel, seguía impertérrito el régimen de *pongos* y *mitanis* que prestaban servicios gratuitos al patrón y eran considerados como parte de la venta, en las transacciones de las haciendas, había permanecido inmodificado desde los tiempos en que la clase criolla sustituyera a los encomenderos españoles. Todo esto se hizo trizas en tres días de combate y de pronto, sin esperar a que una

ley santificara el nuevo orden, los indios tomaron las casas de hacienda, devoraron el buen ganado de reproducción, se emborracharon en muchas días de euforia y dispararon los viejos fusiles que habían usado en el Chaco. La revolución nacional —por lo menos en el campo— se convertía en una revolución social...

Tamayo no volvió más a sus propiedades y tampoco quiso que sus abogados lidiaran con sus antiguos colonos, en los estrados judiciales, la extensión de parcelas que le tocaba, de acuerdo a la Ley de Reforma Agraria.

Discípulo de Goethe, Tamayo compartió con el maestro alemán la devoción por la verdad (así fuera *su* verdad) y la misma ambigüedad ante el fenómeno del cambio provocado por una revolución social. Si por una parte, el autor de *Fausto* sostenía que odiaba toda revolución porque no destruía menos bienes de los que creaba, manifestaba por otra: "la manía de la duda no me agrada en modo alguno pero me gusta mucho un ataque directo contra una autoridad usurpada. Esta puede prevalecer durante siglos, sin prejuicios para un pueblo obscuro e imbécil, que sin ella hubiese estado peor aún. Pero en fin, cuando la verdad es necesaria para la satisfacción de nuestras verdaderas necesidades, caiga lo que caiga, a derecha o izquierda, no me asustará". Y más adelante: "Si tuviera la desgracia de tener que estar en la oposición, haría la insurección y la revolución antes que arrastrarme en los círculos obscuros de la eterna censura a lo establecido. En mi vida nunca pude llevar una oposición inútil contra el todopoderoso torrente de las masas, o del príncipe dominante".

Goethe vio con horror la revolución francesa y todavía a tres décadas de distancia escribió: "aquellas crueldades estaban demasiado cerca de mí; me indignaba cada día y a cada hora, mientras que sus consecuencias bienhechoras no podían descubrirse todavía". Le alarmaba que se quisiera imitar artificialmente el experimento en Alemania, cuando en Francia, en

cambio, había sido "la consecuencia de una gran necesidad" [1].

* * *

Pero curiosamente, Tamayo, hombre intemporal, encuentra mentores en hombres de otros siglos y de lejanas geografías: en un estudio sobre "autoridad y poder" publicado en 1926 y en el que anota las profundas diferencias entre dos conceptos que el común de gentes confunde, señala que el poder es la facultad material de hacerse obedecer mientras que la autoridad es la facultad moral de gobernar. "Aquel —añade— se basta de la fuerza pública, material, ésta necesita del consentimiento general. Casi todos pueden obtener el poder, muy pocos son capaces de poseer la autoridad. Porque es un concepto concreto así, la autoridad no se obtiene, se posee. Cuestión de asentimiento y consentimiento generales, el hombre de autoridad la tiene en pleno uso del poder. En este punto se confunde con el llamado prestigio político que no es otra cosa que el reconocimiento que hacen todos de las capacidades políticas de uno solo. Es así cómo el poder se puede obtener diversamente, por favor, por violencia y hasta por cobardía, la autoridad jamás. Son tan profundos los resortes que mueven en lo individual como en lo colectivo la facultad de autoridad en el hombre, que se ven cosas maravillosas". Y a continuación después de referirse al caso del Mariscal Sucre, como ejemplo de lo que es verdaderamente la autoridad, señala otro paradigma mucho más remoto, pero para él actual y vivo:

"No quiero cerrar estas reflexiones de hoy sin hacer un recuerdo casi personal por la íntima gratitud que en mí despierta el nombre de un político inglés del siglo XVIII. Quiero nombrar a Edmundo Burke, cuyas enseñanzas desde la juventud fueron y son capitales para mí. Jamás político inglés tuvo menos poder

(1) Citado por Romain Rolland en el capítulo sobre Goethe, del libro "Compañeros de ruta", Librería Hachette S.A., Buenos Aires, 1957.

material en su país y jamás político alguno llegó a ejercer mayor influencia, a poseer mayor autoridad política que Burke, de suerte que si en vida tuvo siempre una gran suma de esta autoridad en sus manos, de muerto llegó a constituir con sus discursos y sus folletos, una especie de arsenal mágico en que todos los partidos, todos los conductores, de Disraeli hasta Gladstone, todos buscaron armas dialécticas para defender sus causas y al hacerlo, defender la patria" [1].

¿Es casual que Tamayo cite como paradigma a un pensador inglés del siglo XVIII que es además, junto al francés Joseph de Maistre, el mayor teórico del conservadorismo europeo?

Fueron ambos los más coherentes enemigos de la revolución francesa y de cuanto ésta significó como culto a la razón. Apelaban más bien a la experiencia y la tradición. De Maistre repudiaba el cambio apoyándose en la secular sabiduría del catolicismo; Burke sostenía que fuera de la Constitución británica y el régimen parlamentario cualquier innovación era perjudicial a la sociedad.

Mientras el primero afirmaba que "no corresponde al hombre tratar de mejorar las instituciones cambiándolas... Todos los hombres sienten esta verdad, sin ser capaces de explicarla. De aquí la automática aversión de todos los buenos por las innovaciones. La palabra reforma, en sí misma y antes de toda investigación será siempre sospechosa sabiduría y la experiencia de todos los tiempos justifica este instinto" ([2]), Burke se muestra como el campeón de los valores tradicionales —ya consagrados por el uso— y de la necesidad de preservarlos. "¿Es en la destrucción y en la demolición donde se demuestra la habilidad?", pregunta. Y su respuesta es contundente: "La plebe puede ha-

(1) "La Razón", 9 de mayo de 1926.

(2) De Maistre, **Essai sur le Principe Generateur**, en "The making of the modern mind", por John Randall, Jr., de la Universidad de Columbia.

cerlo por lo menos tan bien como las asambleas. El más estrecho entendimiento, la mano más ruda es más capaz, puesta a esta tarea. La rabia y la locura demolerán en media hora más de lo que la prudencia, la deliberación y la previsión pueden construir en cien años... Preservar y reformar al mismo tiempo es cosa muy diferente... El espíritu de innovación es generalmente resultado de un temperamento egoísta y concepciones limitadas. La gente que no quiere mirar hacia atrás, hacia sus antepasados, tampoco querrá mirar hacia adelante, hacia la posteridad... Por una política constitucional que actúa siguiendo el esquema de la naturaleza, transmitimos nuestro gobierno y nuestros privilegios de la misma manera como gozamos y transmitimos nuestra vida y nuestras propiedades. Las instituciones políticas, los bienes de la fortuna, los dones de la Providencia, nos han sido legados y los legamos en el mismo orden. Nuestro sistema político ocupa un puesto de justa correspondencia y simetría con el orden del universo, en el cual por disposición de una sabiduría estupenda, que da forma a la grande y misteriosa corporación del género humano, el conjunto en un momento dado, no es ni viejo, ni adulto, ni joven sino que está en situación de inmutable constancia, y avanza a través de las variaciones correspondientes a la perpetua decadencia, caída, renovación y aumento. Así, al conservar el método de la naturaleza en la dirección del Estado, en lo que mejoramos, no somos nunca totalmente nuevos, en lo que retenemos no somos tampoco totalmente anticuados... La disposición que se inclina a conservar y la capacidad de mejorar, cuando andan juntas, serían mi norma de estadista".

Este último concepto parecería encerrar la fórmula a la que Tamayo se acogió en política, aún en los tiempos de la segunda década del siglo cuando alarmó a conservadores y liberales oficialistas con su radicalismo libertario. El reinvindicaba para sí y los suyos, una nobleza de sangre indígena que habían reconocido los gobernantes españoles y a ese aristocrático gentilicio se unía su apego al sistema patriarcal y

feudatario de las propiedades hacendarias... en las que trabajaban siervos. Con tales cimientos se había edificado el edificio de la Colonia en tres centurias, y también el de la República en poco más de un siglo. ¿Qué necesidad había de cambiar esa base y poner en peligro toda la estructura? Tal era la pregunta que formulara Burke en la Inglaterra de Jorge III (y que se volvía a plantear Tamayo en el invierno de su vida, en la segunda mitad del siglo XX): "Uno de los primeros y principales principios mediante los cuales se consagran las leyes y la nación misma provee, tiene por objeto evitar que no ocurra que los propietarios temporales y los inquilinos vitalicios de la nación, despreocupados de lo que han recibido de sus antecesores, o de lo que corresponde a su posteridad, actúen como si fueran sus propios dueños, o que piensen que tienen derecho a suspender el mayorazgo o derrochar la herencia, destrozando a su gusto toda la organización original de la sociedad, aventurándose a dejar ruinas a los que vienen tras de ellos, en vez de habitaciones, y enseñando a estos sucesores a no respetar sus ideas, como ellos no respetaron las instituciones de sus abuelos. Esta irresponsable facilidad de cambiar el Estado tanto y tan frecuentemente y de tantas maneras como hay flotantes caprichos y fantasías, quebraría la unidad y continuidad de la nación. Ninguna generación podría volver a eslabonarla nuevamente. Los hombres serían poco más que insectos estivales" [1].

* * *

1953 fue para Tamayo el de más fecunda actividad en el campo de los mensajes. En ese momento de crisis, de muerte de una sociedad y de palingenesia de otra, cuyos perfiles aún no se definían, Tamayo se prodigó en epístolas de respuesta a quienes le pedían consejos y orientación. Solamente en el mes de abril, se

---

(1) Burke, **Reflections on the Revolution in France**, en "The making of the modern mind", por John Randall, Jr., de la Universidad de Columbia.

dirigió a los estudiantes del Ayacucho, a los obreros, al Ministro de Defensa y al periodista Carlos Velarde (José Fellmann Velarde).

En la primera misiva, Tamayo reinvindica, a medio siglo de distancia, el valor de *Creación de la pedagogía nacional:*

"La base de esta incursión patriótica dialéctica de los estudiantes del Ayacucho, parece ser mi libro "La Pedagogía". La responsabilidad histórica de ese libro me alcanzará más allá de la tumba, y ello es justo. Los hombres sólo deben ser juzgados por sus obras, no por las ajenas... Los libros, en el curso de los años y de la tentativa científica, tienen el derecho de modificarse, cambiarse y aun transformarse. Tal es el caso de Kant, el padre del pensamiento moderno. La segunda edición de su obra comportó tales cambios, por no decir contradicciones, que originó el mayor escándalo y debate en la alta erudición metafísica alemana. Ello no pudo impedir que un rey salvaje le impusiese mordaza".

"La **Pedagogía** podría invocar el mismo derecho. Este libro después de cuarenta y tres años de publicado y más aun de pensado, podría invocar el derecho de modificarse y aun contradecirse en gracia a los muchos años y al natural progreso de la ciencia y de la vida. Pero ese libro nació bajo un hado tutelar que sigue protegiéndolo, sospecho yo que por razones profundas que sólo yo me sé".

"Mi primera declaración a los estudiantes será: después de medio siglo, la **Pedagogía** sigue siendo la expresión de la verdad de una conciencia y del trabajo de un intelecto honrado. En 1953, ni una palabra, ni una tilde del flagelado libro será cambiado por su autor".

"Una de las grandes enseñanzas de la **Pedagogía** es que los bolivianos debemos estudiar los problemas bolivianos en Bolivia y para Bolivia, de suerte que no suceda lo denunciado en mi libro, que las verdades europeas por el sólo hecho de atravesar el Atlántico, se convierten en mentiras bolivianas".

"Lo que hay de fundamental en la **Pedagogía** es el ímpetu americano arrancado del fondo de nuestras razas indias, razas extensas desde la Osa hasta la Cruz del Sur. (Sea dicho de paso, nuestros hermanos yankees creen como en sueños en la pureza absoluta de su origen ario europeo; pero ignoran que entre ellos y los antiguos pieles rojas hay mucha menos distancia que entre ellos y las sangres del viejo mundo originario. Esa es la ley del medio, otra de las enseñanzas de la **Pedagogía**, enseñanza aparentemente plagiada diez años después por Spengler y otros europeos. No creo en el plagio, pero sí en las coincidencias no infrecuentes en la historia del intelecto humano. Véase Spengler, II, pág. 140, edición original)".

"Ese ímpetu y ese grito de la **Pedagogía** consiste en la admonición de volver a la fuente propia, al espíritu propio, a la tradición propia, en cuanto sea compatible con la fatalidad del progreso contemporáneo. Porque el arado de palo es lo tradicional, no podemos renunciar al arado mecánico moderno, etc., etc.".

"El genio creador de la raza está en ese fondo de alma que no es occidental, ni modernista, ni mítico. Ese fondo, que es voluntad característica, originalidad suprema, repudia todo maridaje de ideas ajenas, todo contubernio de pasiones heterogéneas, de formas distantes, buenas tal vez para otros hombres, (y aquí mismo ello es discutible), y cuyo repudio en América consiste en la evidente incomprensión e inadaptación de parte de la masa".

"Ese grito admonitorio está disperso en todas y cada una de las páginas de la **Pedagogía**. Es la obsesión de ese libro, su luz redentora, su nervio vital, creo yo, vivo mientras haya raza y sangre americana".

"Hoy llamo yo a esa fuerza y a esa idea informadora de mi libro **Authencia Americana.** Esa palabra griega que introduzco en la lengua, quiere decir dominio propio, acción propia y forma propia del alma y de la historia propia" [1].

Tamayo, el hombre de las contradicciones, en estos últimos mensajes retorna a las vivencias e ideas que captó durante su permanencia en Europa, en las primeras décadas del siglo. Su siguiente Mensaje, a los obreros, invoca las virtudes del trabajo, y desahucia el socialismo por demagógico, mendaz y disolvente de patrias. Dice así:

(1) "Ultima Hora", 27 de abril de 1953.

"Dije ayer "obreros de la patria" y no obreros de Bolivia, ex profeso. Estos son trabajadores de una área geográfica tal; los obreros de la patria, son los constructores de la patria material e inmaterial también, el hogar solariego que, gracias a Dios, tenemos todavía los bolivianos. A estos hombres de la patria se dirigen las presentes líneas".

"A la manera de las plagas que aparecen periódicamente, (tal la peste que asoló Europa hace siglos o el cólera morbo que la invadió el siglo pasado), así se presentan también crisis de ideas y pasiones, diríase epidemias que turban la vida pacífica de los pueblos. Desde mediados del siglo pasado, las crisis sociales agitan al viejo mundo y su reflejo pasa al nuevo. Ciertas necesidades sociales evidentes y justas, caen en manos aviesas e interesadas que pronto provocan las más graves turbulencias. Como enseñanza objetiva y no meramente libresca, quiero mostrar a los obreros de la patria boliviana el ejemplo de la Francia histórica, en cuyo relato vivo muchos pueblos pueden estudiar casi clínicamente, diría, los fenómenos del mal colectivo".

"Hasta Bismarck, Francia ha sido considerada como la primera potencia militar de Europa. Fuera de su gran cultura reconocida, el coraje y virtud militar de los franceses, ha sido siempre la admiración de todos. Llega la primera guerra de este siglo, y todavía Francia muestra dos cosas que son semilla de su victoria: su estupenda ciencia militar y su admirable empuje de pueblo guerrero que no consiente en ser esclavo. Después de un enorme sacrificio de sangre y de dinero, vuelve a la paz, pero sólo a preparar la segunda guerra en que todos los factores y resultados cambian".

"En un pueblo debilitado por la guerra pero aun victorioso, aparece, se intensifica, la crisis socialista (no quiero darle otro nombre), y con toda la astucia aprendida en libros y doctrinas foráneas; (el caótico Hegel y discípulos) comienza o continúa su trabajo de zapa en lo mejor del heroico pueblo, digo, los obreros franceses. Bien es cierto que la misma Francia está llena de teorizantes socializantes, desde Luis Blanc hasta Prudhon, y cien".

"Aquí debo señalar con su nombre a los héroes de la tragedia: los demagogos. Como el tifus, la demagogia es un mal político muy antiguo y endémico en nuestra Humanidad. Históricamente lo encontramos ya en Grecia. Después encontramos en todas partes conocidas".

"El procedimiento demagógico es tan sabio que nos es útil señalarlo en detalle. El demagogo nato que históricamente aparece en todos los pueblos, no tiene más resorte de acción que explotar los fondos de obscura animalidad latente en todo hombre de mujer nacido. Esos fondos existen en todo pueblo, así sea cultísimo o no, igual en Atenas como en Timbuctú".

"La prédica sistemática de mejorar la vida, a cualquier costo que sea; el despertar de no se sabe qué obscuras envidias del que tiene poco respecto del que tiene más; la vida muelle y fácil en cambio del trabajo penoso pero dignificador; el metódico despertar de los instintos bestiales que pueden llegar en cultísimos pueblos hasta el canibalismo (Francia del 93); todo ello constituye el fondo del alma y el arsenal de armas de que se han armado siempre toda suerte de demagogos de todos los tiempos imaginables. Y todo, como un aluvión metódico y siniestro, comenzó desde muy antiguo, desde fines del siglo pasado, a invadir la óptima tierra francesa y la noble alma del obrero francés. Para el caso, había campo propicio y fácil, el régimen parlamentario. Allí se daban cita todos los promisores de paraísos sociales; quizá también de vagas venganzas tradicionales, reales o imaginarias. El proyecto de los demagogos era la posesión renovada del poder público, la elección y reelección representativa con que de continuo las muchedumbres premiaban a sus salvadores. Las flores culminantes de la pantomima política eran el affaire Panamá, el affaire Dreyfus y los que le siguieron. En cambio la fórmula invariable como señuelo para el obrero francés era: trabajar menos y cobrar más. Trabajar menos cada día, y alcanzar mayores salarios. La nación riquísima, la más rica de Europa, lo pagaba todo, ¿por razón de justicia? No. Por razón exclusivamente socialista".

"Desde mucho tiempo, el obrero francés era el mejor alimentado y el mejor alojado de Europa, y bajo la reciente acción parlamentaria y demagógica todos los obreros vecinos y circundantes, le miraban con justificada envidia".

"Pero las grandes leyes de la vida no se sofistican, por muchos años que dure el engaño. El triunfo del obrero francés que

consistía en el mínimo trabajo y el máximo salario, encontró un día la hora de la prueba, quiero decir, la hora de crujir de dientes: la guerra".

"Ya en la primera guerra de este siglo, Francia sintió vacilar sus fuerzas minadas por la demagogia, y sólo el puño férreo de Clemenceau logró mantener y sostener a la nación vacilante. Años después, la segunda guerra señaló el fin de la siniestra aventura. No había bastantes aviones, porque los trabajadores, por las leyes llamadas socialistas, trabajaban un tiempo tan limitado que no bastaba. Tampoco había tanques suficientes. Ningún tanque francés pudo afrontar bien al tanque alemán. El sueño funesto de la Maginot, adormecía la energía nacional. Y entonces se vio algo estupendo: tres millones de héroes franceses bajo la acción de Stukas y Panzer alemanes, en una semana apenas, fueron copados y barridos como manadas de ovejas paralíticas. La victoria de la demagogia, disolvente de patrias, se había consumado maravillosamente. Y Francia sufrió una derrota sin parecido, desde Azincourt y Crecy hasta Waterloo. Y fue no ya sólo la servidumbre o la esclavitud, sino algo peor, los campos de concentración alemanes, bajo el régimen de sadismo inenarrable y nunca visto. Hitler triunfaba en toda Europa Occidental. Hay que añadir que, sin la ayuda ajena, Francia habría perdido la libertad para siempre; y es una tragedia de la que todavía no ha salido del todo.

"Dije: la demagogia disolvente de patrias... Hablando de ciertos traidores bolivianos, Augusto Céspedes escribió: "los planes que no tienden sino a debilitar las defensas orgánicas de Bolivia". Esos planes de una sapientísima quinta columna —sabía hasta lo diabólico—, fueron practicados por los demagogos franceses y en decenios de régimen parlamentario. Las defensas orgánicas de Francia habían sido destruídas para siempre".

"Y ahora volvamos a Bolivia y sus obreros".

"Estas líneas no tienen más intención que la manifiesta".

"Como tengo profunda fe en la inteligencia de nuestra raza, he deseado señalar, un poco escolarmente, con ejemplos ajenos, la necesidad de pensar y reflexionar, autonómicámente, en plena authencia boliviana, hasta encontrar la verdad. He notado que la verdad es difícil de encontrar, y aun más difícil de aceptar, y en mi búsqueda, el punto a que de mi cuenta llego hoy, es: no hay

socialismo original ni plagiario que esté sobre la justicia. Y la justicia es la verdad".

"La verdad... Quisiera respaldarla con la palabra de algún sabio antiguo o moderno; mas no ha menester. Me atengo a la de Cristo que basta y sobra:

"Obreros cristianos: por la verdad os salvaréis" [1].

Mensaje ávidamente leído... no por los obreros, sino por quienes se veían desplazados del poder político, los grupos que bajo distintas denominaciones, incluso usando el marbete del socialismo, habían estado gobernando hasta esa fecha. La vieja clase política boliviana, en la que figuraban muchos enemigos de otros tiempos de Tamayo, ahora lo aplaudía en silencio, pues lo cierto es que este mensaje no fue nunca leído por sus destinatarios, cuyos dirigentes se hallaban ocupados en organizar la Central Obrera Boliviana y establecer un poder paralelo al del triunfante MNR. Todos ellos, sin excepción se declaraban más a la izquierda del socialismo "republicano" por ejemplo, del que ya había abominado Tamayo, en el Congreso de 1931...

* * *

El 23 de abril Tamayo se dirige nuevamente a los muchachos del Colegio Ayacucho, que le habían pedido una palabra sobre la liberación del indio. Naturalmente, el ex-propietario de fundos se halla a varios años luz de la retórica revolucionaria que el gobierno difunde a través de la prensa, la radio y el cine. Su respuesta debió desconcertar a los jóvenes:

"Hoy la juventud boliviana comienza a agitar los mismos problemas bolivianos, seculares ya, que en gran parte fueron también señalados en la "Pedagogía". Y mi sentimiento es que la juventud boliviana, después de tanto tiempo, no ha aprovechado las enseñanzas de ayer"... "En una voz que recuerda la voz de nues-

(1) "Ultima Hora", 27 de marzo de 1953.

tro padre y libertador Bolívar, hoy nuestra juventud habla de la liberación económica del indio; pero aplicando los criterios de la "Pedagogía", veamos lo que hay en el asunto".

"De los seis billones de papel inconvertible e inflado de que hoy goza Bolivia, el ochenta por ciento o más está en manos de los indios... La casi totalidad de la riqueza móvil boliviana, está pues en poder de los indios; a punto que a ciertas horas y en ciertos centros comerciales, llega a escasear incómodamente el circulante. ¿Lo sabe la juventud libertadora de indios? No, porque ni siquiera se ha planteado el caso, como lo estoy planteando hoy".

"La riqueza móvil boliviana está en poder de los indios. Para probarlo, deseo poner en la mesa de debate, no palabras sino realidades".

"Los paceños estamos contentos del crecimiento rápido y firme de nuestra ciudad. Del antiguo poblacho de cincuenta mil habitantes, hoy La Paz es urbe de 350.000 o más. Así han crecido las grandes ciudades antiguas y modernas también. Pero para no hacer ciencia de similor, hay que estudiar el caso paceño y no yankee o europeo".

"La Villa Victoria y otras muchas villas de que ha crecido La Paz, sólo están hechas y formadas por familias indias que abandonando el trabajo rústico del agro (como hoy se dice con evidente elegancia latina), abandonando el agro, han venido plenamente ricas, a hacerse propietarias y regnícolas urbanas (perdón la palabreja)".

"Liberación económica del indio... He traído no palabras sino realidades bolivianas a este debate. Espero que la juventud que con toda audacia pide responsabilidades concienciales al viejo pensador, responda con la misma integridad y honradez con que respondo yo" [1].

Su raigal aversión al comunismo y a cualquier forma de socialismo, venía de lejos, pues ante la asamblea republicana genuina que lo eligiera candidato a la presidencia de la República en el año 1934, había des-

(1) "Ultima Hora", 23 de mayo de 1953.

concertado a su auditorio proclamando el "respeto a la libertad de los bolivianos. Mano fuerte con el nihilismo turanio-mongol que sopla del Este de Europa, que amenaza destruir una civilización milenaria, obra del genio greco-latino y del espíritu occidental y que acaba dando al mundo el estupendo espectáculo de ciento treinta millones de seres humanos encorvados y agonizantes bajo el *knut* de la barbarie. Frutos podridos antes de madurar, nacieron seguramente en razas rezagadas y de ideologías que palpitan latentes en las profundidades de toda humanidad y que periódicamente, a través de siglos, si no de milenios aparecen en la superficie de la historia, como gérmenes del mal, corrientes regresivas hacia una animalidad primitiva y que a los ojos del pensador altísimo hasta llegaría a justificarse como la presencia de un contrapeso o de un reactivo necesario para despertar nuevos impulsos humanos hacia las cumbres del ideal..." [1]

Mencionar al comunismo soviético que desvelaba a Salamanca, bajo el apelativo de "nihilismo turanio-mongol" equivalía a hablar en griego en una reunión de fabriles, pero en Tamayo que siempre aturdía, fastidiaba o deslumbraba a sus compatriotas, no lucía incongruente.

Retomando el hilo de nuestra narración en el punto que lo dejamos, abril de 1953: el portavoz del régimen revolucionario del MNR, José Fellmann Velarde, Subsecretario de Informaciones, bajo el seudónimo de Carlos Velarde, con el que firmaba una columna diaria en "La Nación", se dirigió a Tamayo, reprochándole que hubiera tomado partido (el de la reacción) en la política nacional, y pidiéndole claridad en sus planteamientos. Tamayo se burla amablemente, de la osadía de Fellmann Velarde, formula en la segunda parte, una despiadada acusación al Partido de la Unión Republicana Socialista (PURS) que gobernaba en 1950 y al partido li-

(1) "El Universal", 1o. de octubre de 1934.

beral, y menciona por primera y única vez, en su larga vida pública acaso como una concesión al régimen gobernante, a la gran minería, con una acusación lapidaria, para concluir con una nueva condena al socialismo:

"Un escritor, joven probablemente, a quien conozco sólo por su labor periodística —don Carlos Velarde— me pide ayer claridad en mi palabra, y me señala de haber tomado partido en la política nacional.

"Es muy serio lo que el escritor ha hecho conmigo. Me pide claridad, y es lo menos que un hombre honrado puede pedir a otro, peor si se trata de los grandes intereses de la patria. El profundo Vauvenargues decía: "La claridad es la honradez del filósofo". Pedir claridad a un hombre es obligar a salir de la cortina de humo, de mentira y de engaño donde se esconde todo bribón que sólo medra por la anfibología, el sofisma dubio y el dolo. Cortina de humo... es igual o peor que las de hierro, famosas en el mundo entero. Toda cortina de humo es siempre el signo de una profunda maldad humana. Detrás se vela lo espantoso consumado o por consumarse. Yo conocí a cierto escritor europeo que se velaba la cara (cortina de humo) para esconder un lupus monstruoso que lo devoraba. Como hay lupus individuales, también hay lupus colectivos".

"Es grave el acto del señor Velarde para conmigo; tiene, sin embargo, un lado grato para mí. Es un recuerdo de la Pedagogía donde yo he enseñado "la audacia sabia y la osadía inteligente". Si el caso es fruto de mi enseñanza pasada, en buena hora sea".

"Como en mi respuesta al señor Velarde lo menos importante es lo personal, en mi faena de hoy deseo despachar lo más fácil y casi insignificante: mi afiliación a partido político boliviano".

"Hay error de buena fe en el señor Velarde. En realidad, desde noviembre de 1934, yo he dejado y abandonado toda acción de política partidista en Bolivia. Mi intervención por 5 meses en la Asamblea de 1944, fue imprevista y casual, fruto de una imposición de mi ciudad natal, y que no rompió mi voluntad de apartarme de toda acción partidista. El asunto está liquidado en mi manifiesto de 1946".

"Pero la ciudadanía necesita pruebas de todo orden, afirmativas y negativas para juzgar a sus hombres públicos, sólo responsables ante ella".

"¿A qué partido político me habría afiliado, según el señor Velarde? ¿Al grupo de traidores derrocados el 9 de abril que tentaron entregar entre gallos y media noche (cortina de humo) el Titicaca a Chile, y que según datos oficiales, lograron entregar una provincia paceña al nefasto vecino que, desde hace un siglo, devora a Bolivia y se prepara a seguir devorándola? ¿O me habría afiliado al partido que consolidó por dinero el despojo del Litoral, y acabó vendiendo el Acre? Es envidiable la inocencia paradisíaca de ciertos periodistas".

"Pero hay todavía otro partido, hipócrita y feroz, sin bandera, sin nombre y sin programa (cortina de humo), pero así y todo más poderoso que todos los partidos. Su obra: esquilmar y agotar por 50 años a Bolivia, y, su hazaña suprema: asesinar por miles, mineros en las minas y obreros en las ciudades".

"Dicen que hay otros y varios partidos juveniles que no conozco y donde tampoco se me conoce. Es una triste ley humana. Siempre hay una distancia entre jóvenes y viejos, sólo menor a la que establece la muerte. No hablaré, pues, de ellos".

"Pero tocante a partidos políticos, el escritor habla también de socialismo, un poco escandalizado de que lo señale yo como una peste. La materia en el fondo es cuestión de otro debate, y en el punto, lo importante es lo personal. Da el escritor la sensación de que yo de hecho me quedaría como fulminado por la sola confesión de antisocialismo. Pero es la pura verdad, y ha tardado el caballero en reconocerlo. País de moda por excelencia el nuestro, cuando el reflejo europeo de que hablé apareció en Bolivia, todos los políticos bolivianos se hicieron socialistas de la noche a la mañana. El primero en la sarabanda fue el inefable Saavedra que de mero Republicano, devino socialista. Otros partidos, con mayor impudor, hicieron lo mismo. Había que conformarse a la moda, sin saber mucho de lo que se trataba, pena de aislamiento popular. En el fondo, logrerismo seco y neto".

"Mientras tanto, el viejo Tamayo, jamás ha dicho en su larga vida de político militante, de socialismo ni de ser tal. En la antigua Pedagogía no hay rastro de ello. Desde la plena conciencia y

desde hace medio siglo, Tamayo era suficientemente honrado y consciente de su oficio político, para mentirse a sí mismo y mentir a la nación con la pavada socialista de moda en Europa entre toda suerte de logreros doctrinales o de francos demagogos políticos. Ni un artículo, no un libro, ni un discurso de los centenares que he pronunciado, pregona jamás el socialismo plagiario como provechoso para Bolivia. Ciertamente que el socialismo en sí, comporta cuestiones y problemas desde muy antiguo, cuestiones que deben ser resueltas (hasta ahora ninguna lo ha sido) en cada caso y en cada pueblo, sin plagio ni macaquismo posible. Y en cuanto al factor humano, precisa la presencia de magistrados patriciales probados en la suprema virtud de desprendimiento y probidad, complementariamente asesorados, guiados, por las más altas capacidades de la ciencia nacional y no escogidos al azar del interés de grupo. Y es así cómo en toda nuestra América macaquista, vemos el sonado socialismo, conducido por técnicos que son meramente de la domesticidad del gobernante. Lo grave de todo esto es, que en Europa y en Yankilandia, se lo sabe, se lo tasa y se obra en conformidad. Desde hace muchos años, hay en Alemania sabia, una palabra que dejo sin traducir: Affenland.

El espanto y piedad del señor escritor por el posible Anathema sit contra Tamayo, debe serenarse ante la realidad nueva para él. Son cosas de la juventud. Además, los jóvenes políticos, no están obligados a conocer el pasado de sus mayores.

"Aquí acabo la primera parte de mi tarea de respuesta. Debo hacer notar a quien convenga, que estas cuestiones meramente personales no importan el más soñado bledo de los bledos al pueblo que nos escucha y a quien procuramos servir.

"Otras cosas importan al pueblo sobre que, si el señor Velarde lo permite, seguiremos platicando poco a poco" [1].

* * *

En ese mismo año, debatíase una cuestión candente: ¿Qué hacer con el ejército que había sido derrotado por la insurgencia popular en La Paz y Oruro, el ejército que fuera el brazo ejecutor de las masacres de obreros y de campesinos en las últimas décadas? Nadie llegaba al extremo de pedir su disolución total, en un país de cinco fronteras desguarnecidas y que había sufrido a lo largo de su historia, sucesivas dentelladas de todos sus vecinos, y en el seno del gobierno se discutía la posibilidad de formar un "nuevo ejército" que representara a las clases que oficialmente detentaban el poder, trabajadores, indios y la clase media de las ciudades, y que se identificara con los postulados revolucionarios. Aun no se había reabierto el Colegio Militar de Irpavi, cuando el Ministro de Defensa se dirigió a Tamayo, pidiéndole su opinión sobre tan importante cuestión. Tamayo respondió:

"Señor Ministro: Al confirmar mi carta de 2 de mayo corriente, someto a su alta autoridad las opiniones que se ha servido pedirme. Todo sea en mayor y mejor servicio de la patria".

"La pluralidad de naciones civilizadas y cristianas que tenemos la dicha de integrar en el mundo, no tiene más base de vida y estabilidad que el conjunto de instituciones jurídicas que después de milenios de experiencia y sacrificio han alcanzado los hombres. Desde las tribus primitivas que aún existen en América, como nuestros tobas y otras, hasta el florecimiento cultural y jurídico de las repúblicas organizadas, el camino practicado es largo, larguísimo y penoso. Los padres y creadores de Bolivia, Simón Bolívar y Sucre, después de cruenta lucha contra el poder colonial, nos legaron y entregaron una patria libre, y lo que es más, una patria organizada y viva; organizada sobre instituciones libres también, el máximo progreso teorético y doctrinal alcanzado por las naciones. No sabría decir yo si el don de la libertad política fue entonces mayor o menor que el don de las instituciones jurídicas. Probablemente todas se identifican e incorporan unas en otras de manera inseparable, pues la libertad política es la mayor institución jurídica de un pueblo civilizado. Venimos pues a que las instituciones públicas de que hemos gozado por más de un siglo, mal grado errores políticos y pasionales de toda suerte, constituyen la esencia y substancia del Estado Boliviano. Ahora bien, la Institución militar boliviana hace parte integrante de ese con-

(1) "Ultima Hora", 30 de abril de 1953.

junto de instituciones jurídicas y sabias que nos legaron los Libertadores".

"Aquí permítame el señor Ministro felicitarle con honda emoción patriótica, por su voluntad francamente manifiesta de poner el poder público que tiene al servicio del instituto militar y su reorganización. Espero que la historia se lo reconozca un día".

"El punto a que deseo llegar es el siguiente: la institución militar está tan profundamente arraigada en el corazón de los bolivianos, que creo que el pueblo jamás renunciará a ella, como tampoco renunciará jamás a sus demás instituciones tales como la institución del sufragio, la institución parlamentaria, en suma el conjunto de verdades de derecho sobre que la República está edificada. No hay que olvidar que esas mismas verdades fundamentan a todos los Estados civilizados que conocemos".

"Bolivia ama sus instituciones. A punto es que en más de un siglo de vida azarosa y desgraciada, siempre ha logrado salvarlas. Ni las guerras extranjeras en que hemos perdido la mitad del territorio, ni la ascensión de los más siniestros caudillos del pasado, unos más ignorantes o más audaces que otros (lo que en retrospección histórica señalé hace años como el banditismo gubernativo endémico en Bolivia), nada ha podido romper su voluntad de pueblo cristiano y libre; y así, Bolivia ha salido siempre de la tragedia y debajo la tormenta, como una pobre madre desnuda y flagelada, con el pequeño tesoro de sus instituciones bajo el brazo. Le han matado a sus hijos en guerra de robo y audacia; le han despojado de sus riquezas minerales y otras; le han mutilado en sus territorios, le han quitado todo cuanto se puede quitar a un pueblo noble y débil, pero nadie hasta hoy se ha atrevido a quitarle sus instituciones".

"Pensando en los muchos militares y más aún en los muchachos de veinte años que pronto se agruparán alrededor de su jefe legal que es usted, señor Ministro, le ruego que me permita o me perdone añadir algunas reflexiones que aun pretenden ser enseñanza para la juventud".

"En la vida de la cultura, la edad de veinte años es siempre crítica y llena de riesgos. A esa edad, los muchachos ya saben muchas cosas, pero ignoran muchas más. Es la hora de las dubitaciones, de las audacias breves y de las cobardías intelectuales.

Como la cultura es cosa de años y los muchachos no los tienen, la crisis se agrava por la aparición de doctrinas nuevas y ajenas que necesariamente tienen que llegar y es bueno que lleguen. Por esas rutas crepusculares hemos pasado todos. En todo tiempo hubo tales crisis, pero nunca tan típica y agudamente como en este siglo en que aparece el comunismo característicamente ruso, triunfante desde la primera guerra pero propagado desde mucho tiempo antes".

"El estudio de estas materias que constituyen la cultura del hombre y concretamente de la juventud, es cosa de tiempo y de trabajo. Lectura metódica de libros, enseñanza oral de maestros desde la escuela hasta la universidad, ¡qué se yo! La propaganda es premiosa y el tiempo corto. Los mejores de nuestros muchachos se sienten como obligados a adoptar resoluciones de pensamiento y de conducta que, a veces, comprometen, todas sus vidas.

"Yo no puedo, ni el señor Ministro me lo permitiría, poner aquí, aun resumida, una exégesis del debate comunista y anticomunista. Como yo siempre he considerado el comunismo como el más terrible retroceso y vuelta hacia la primitiva animalidad humana, quiero dejar aquí con la venia del señor General, algunas enseñanzas para los muchachos que mañana habrán de reconstituir la más alta institución nacional, el Ejército, la principal defensa orgánica de la nación. No se diga que las defensas orgánicas de Bolivia se están debilitando; pero aún, que se están destruyendo, como señaló conocido publicista contemporáneo. Mi esperanza es que nuestros muchachos, bajo la dirección de usted, sabrán desmentir toda desesperanza y todo pesimismo".

"Procuraré ser breve y apodíctico, cual corresponde".

"Cuando los muchachos vean en el viejo o en el nuevo mundo doctrinas u hombres que sistemáticamente destruyen las instituciones de los pueblos, allí deben reconocer al comunismo más auténtico, aunque se lo niegue y reniegue audazmente. Los hombres deben ser juzgados por los hechos no por las palabras".

"Ciertos pensadores, no pudiendo levantar y elevar las masas de retardada cultura moral e intelectual hasta el nivel de las clases naturalmente desenvueltas y superantes, no han visto mejor remedio que rebajar a los hombres cultos y superiores al nivel de los incultos e inferiores, para establecer un siniestro nivel de

igualdad suicida. Y es así cómo la masa, que los ingleses llaman **Mob** y los griegos llamaban **Oklos**, debe gobernar y someter a aquellos que por sí solos pueden crear la ciencia, la riqueza y toda superación humana. Empleando el lenguaje simbólico de Pascal, entre los dos extremos humanos, el ángel y la bestia, no pudiendo sublimar a los unos, hay que bestializar a todos".

"La destrucción de las instituciones humanas como se lo ha visto ya en el viejo mundo, no deja en el inmenso Aceldama de los pueblos desolados más que una institución, si tal cabe, y es la bestia central entre cuyas patas se abisman todas las libertades y aspiraciones, todas las vidas agonizantes de doscientos millones de mujiks euro-asiáticos. Tal es el caso típico del caudillo mongol que acaba de morir. Para hacérselo posible se inventó la cortina de humo de palabras para embaucar imbéciles, y la cortina de hierro para cubrir y defender el lupus colectivo de que hablé otra vez. Porque el comunista nato tiene vergüenza de mostrar la cara (cortina de humo), y tiene miedo de mostrar su crimen (cortina de hierro)".

"Los muchachos son de su natural insolentes y atrevidos. Si tales me preguntan más, nada tengo que decirles, a no ser que sea el ensueño triste y misterioso de cierto pensador místico.

"... porque el salario del pecado es la muerte...".

"Con el más profundo respeto" [1].

A lo largo de su vida pública Tamayo había sido mucho más claro y definitivo sobre este punto... como paladín del civilismo. De entre todas sus intervenciones, vale la pena recordar un artículo que publicó en "La Razón" (25—4—1926), en el que toca la antinomia que se remonta a Roma, entre "las armas y la toga", deplorando en Bolivia la "oscura tradición militarista y despótica que jamás careció de apóstoles y corifeos, desdichadamente siempre más victoriosos que los otros". En cambio,

"el civilismo fue siempre entre nosotros el esfuerzo del menor egoísmo y del mayor bien común. Sea nobleza nativa, sea superior espíritu religioso, sea mera educación intelectual, el civilismo abrigó bajo su bandera a todos aquellos hombres que contemplaron el poder sólo como un medio temporal para llegar al bien común y no encontraron a primera tentativa otros medios que los de la paz y los recursos que ofrece un fundamental espíritu humanitario. El concepto muy moderno y darwiniano de considerar toda política como un campo de lucha absoluta, está muy distante de su espíritu. Esa fiebre de dominio del hombre, sin otra razón que el dominio mismo, queda ausente de sus finalidades y de hecho como rezagada a un plano de animalidad inferior inútil a toda civilización. Se trata generalmente de hombres de educación o al menos de instinto jurídico, inclinados más a la equidad que a la justicia, y más a la justicia que a la violencia y de cuyos procederes políticos, por fatal declive de la naturaleza humana, siempre está más cerca de la derrota que de la victoria. Se ha denunciado en tales hombres, y ello como una acusación una deficiencia de energía práctica y eficiente. Ello es posible, pero no está probado.

"Significa el militarismo político la contraparte de todas estas cosas brevemente señaladas. No hay para qué describirlas ya que por antítesis se señalan solas. Basta decir que no es precisa la presencia material del hombre de origen y educación militares en el poder como condición indispensable para el reino del militarismo. Aquí el espíritu basta. Digo mejor el instinto. Porque es instintivo en tal hombre el impulso de dominio individual y de victoria a todo trance, y es así cómo se ve con relativa frecuencia gobernantes y gobiernos de apariencia civil que en el fondo son típicamente militares, en el sentido que estoy dando a esta palabra (anti-civilismo) y viceversa, gobernantes genuinamente militares en cuyo espíritu sin embargo aparece una invencible tendencia civilista. El más glorioso ejemplo: Sucre.

"Un examen general aunque tachable de superficialidad, nos llevaría fácilmente a esta conclusión: en nuestros cien años democráticos hay un enorme predominio de militarismo político. La investigación de las causas no son de este lugar, y otros hombres deberán buscarla. Pero hay que decir que, sea tal fenómeno secular causa de nuestros males actuales o resultado de nuestra condición general de bolivianos, el hecho está allí innegable y triste, con ese predominio de militarismo político hemos llegado

(1) "Ultima Hora", 18 de mayo de 1953.

a donde hemos llegado. Y entonces, parece tiempo de estudiar de nuevo el esfuerzo de todos aquellos hombres de ayer que en un empuje secular también, se han pasado la antorcha del civilismo de mano en mano y de generación en generación, y que aparecen hoy día como los más legítimos representantes de la verdadera democracia boliviana. Para nosotros hombres de hoy, el ejemplo y el camino trazados están ya, lo que nos ahorra el trabajo de darlo primeros o de señalarlos sin precedentes".

Es el mismo Tamayo, que en 1934 guardó orgulloso silencio ante el golpe militar que puso fin al gobierno de Salamanca y con él, a su derecho de acceder a la primera magistratura y que, exacerbado por la ola de rumores que afirmaban que se presentaría al Congreso para exigir su proclamación como Jefe de Estado, quebró su mutismo mediante un mensaje a la nación en el que señalaba: "Tendré que puntualizar de manera que no haya dudas gratuitas. Yo no me he considerado ni me considero ya Presidente electo de Bolivia desde el 27 de noviembre de 1934, fecha en que un motín militar depuso al Presidente Constitucional de Bolivia, y por ese solo hecho destruyó una vez más la Constitución Política de la República. Los dos Presidentes, el actual y el recién electo, fuimos derrocados conjuntamente con el régimen legal... Reiterando para los que no entienden o no quieren entender: yo no soy ya Presidente Electo de Bolivia, y si hoy pretendiese por encima de las ruinas de la Constitución, alcanzar el poder público, temo que sería un simple usurpador del mismo, lo que no haré, ya que tal crimen no manchará mi frente, gracias a Dios libre de atentado contra las leyes de mi patria. Y es así cómo está completa ya la teoría de necios que pasa a trechos por la historia de Bolivia: Linares, Frías, Salamanca y yo...".

* * *

Alfredo Alexander, Director de "Ultima Hora", y personaje de gran figuración en los regímenes anteriores a 1952, comentó en dos notas editoriales, los men-

sajes tamayanos, particularmente el último referente al Ejército, señalando entusiasmado: "Le ha tocado al maestro —en el último tiempo— el papel que tuvo Sócrates en la antigua Grecia: todos requieren del pensador boliviano su palabra y una respuesta satisfactoria a las preguntas que le formulan. Estudiantes, obreros, dirigentes políticos, militares, han acudido a él, como quien busca en Tamayo la Verdad tan necesaria y tan difícil de alcanzar en los instantes de duda.

"También nos recuerda Franz Tamayo, requerido por los desorientados, al héroe legendario que en *El Precursor* exalta Jalil Gibran Jalil, el poeta libanés muerto a la misma edad en que Jesús cumplió el mandato de su Padre. Las gentes con la fe perdida acudían a él en demanda de la sabiduría de su palabra. Y también a Próspero en *Ariel* cuando el viejo maestro colmaba el ansia de sus discípulos, "mientras afuera sobre el surco tenebroso de la tierra, las estrellas parecían las manos de un sembrador"... En lenguaje sibilino, contrastando la álgida situación que a juicio suyo confrontaba el país, frente a la luminosidad del pensamiento de su mentor, añadía: "Franz Tamayo está poniendo la proa de este barco, que es la patria en línea recta hacia la ruta de las grandes conquistas que debe emprender un pueblo, precisamente en su hora crepuscular, cuando hay el peligro de que las sombras confundan a todos. Esta es la hora estelar: cuando está en el cenit el pensamiento de los grandes conductores. Si no se les escucha sobrevendrá la noche y sorprenderá a los hombres en el camino perdido o en el Aceldama, del que tan elocuentemente habla el maestro" [1].

* * *

La muerte se ha llevado ya a todos sus viejos antagonistas, desde los "presidentes bandidos", Pando, Montes, Saavedra, hasta otras figuras como Guzmán, Siles y Arguedas. (Elío murió en 1971).

---

(1) "Ultima Hora", 20 de mayo de 1953.

Un ataque cerebral cortó la vida de Pando, dando ocasión a uno de los escándalos más sonados de la historia de Bolivia, pues se acusó de asesinato premeditado a los liberales y diez años después la justicia envió al paredón a uno de los imputados, ni siquiera adolescente cuando sucedió el supuesto crimen; Montes, que mereciera tan duros epítetos de Tamayo, había sin embargo, participado, como soldado en las campañas del Pacífico y del Acre y pereció al volver del Chaco a donde lo llevó su voluntad patriótica de ofrecer un último servicio al país; Saavedra falleció en Chile mientras esperaba una oportunidad de retorno, en el último de sus exilios, abandonado por sus jóvenes discípulos ganados al *socialismo militar;* también pereció Siles mientras representaba a Bolivia en la embajada en Lima; Arguedas, reincorporado al país después de larga permanencia en Francia, figuró como Ministro de Peñaranda y jefe del Partido Liberal, hasta que una enfermedad le consumió en los Yungas paceños, pocos días antes de la caída de Villarroel.

Las últimas sombras de liberales y republicanos que habían gobernado al país por medio siglo, fueron devoradas por el incendio de las jornadas de abril de 1952. Surgía en el país una nueva clase de sociedad, con muchas injusticias y excesos pero menos exclusiva que la anterior. Ni Tamayo —hombre del viejo orden— podía entenderla, ni habría cuadrado a su rígida moralidad buscar un acomodo con los nuevos gobernantes quienes pese a las sucesivas declaraciones de inconformidad que él hacía con lo que venía sucediendo, se habrían sentido felices de contarlo como al viejo profeta de la liberación indígena y al pedagogo del orgullo nacional.

Extrañamente, en un país de pasiones desbordadas y de feroces intolerancias, Tamayo no sufrió, como varios de sus antagonistas, ni la humillación de la cárcel o el confinamiento ni el ludibrio del exilio. El asalto de su casa de hacienda de Yaurichambi, por un corregidor liberal que azuzó a los campesinos en su con-

tra, a la caída de Salamanca, y el rompimiento de los vidrios de su casa en la calle Loayza en la misma oportunidad, fueron los únicos vejámenes físicos que rondaron su figura. En la prensa y en gacetillas y volantes, sus enemigos descargaron todo el vitriolo que pudieron en diversas ocasiones y a lo largo de los años. Pero nada más. Otra clase de pruebas le tenía reservado el destino.

Aproximábase el fin y habíanse acumulado en su corazón, toda suerte de amarguras. Casi ignorada su obra poética, desconocidos sus *Proverbios,* menospreciadas sus ideas pedagógicas, dispersos sus artículos de prensa en viejas colecciones de periódicos que nadie consultaba, olvidadas en las colecciones de *Redactores* del Congreso, también llenos de polvo, sus interpelaciones y discursos, poco resta del escritor y nada del político. De los tiempos de opulencia que la familia conoció en vida de don Isaac, cuando podían viajar a Europa y permanecer, por varios años en el viejo mundo, auxiliados por una renta saneada, no queda más que la vieja casona, un par de fincas ahora ocupadas ya por los siervos de antaño y un maltrecho automóvil "Cadillac", modelo 1928, molido por los viajes al Altiplano.

La parca había sido cruel también con su propia familia, arrebatándole a todos sus hijos varones. En los últimos años, sólo quedan a su lado su abnegada compañera Luisa Galindo que lo engríe con sus comidas preferidas y lo riñe como a un niño cuando se ha resfriado por no arroparse bien, y sus dos hijas Elvira y Teresa.

El poeta había, evidentemente, prefigurado esta suerte y quizá se hallaba preparado:

Sólo el silencio a los Dioses alcanza
Cuando impíos mataron la esperanza.
Alma que vana lloras: contra el cielo
Es el silencio la mejor venganza!

Su hondo escepticismo sobre el misterio y la futilidad de la vida no había hecho más que acentuarse con los años y ahora, en el crepúsculo podía repetir el mensaje de sus *Nuevos Rubayat:*

Mar de la pena, valles del olvido
Montañas de la gloria — yo he corrido
Toda esa geografía delirante,
Y hoy falta el orbe ya a mi pie rendido!

* * *

Vas a la sombra y vienes de tinieblas.
Como hilar nieve, cual telar de nieblas,
Urdes las horas y soñando en vela,
La nada labras y la muerte pueblas!

* * *

Todo así es vano y cuanto vive fuye,
Todo, suicida triste, se destruye.
La vida es polvo y el destino viento,
Y ni la muerte al fin nada concluye!

* * *

CUANDO ESTE CORAZON AL FIN ESTALLE

Todo ser activo, sean cuales fueran las actividades o movimientos con que evidencia su personalidad, trabaja de día en día en la obra que en el momento de la siempre oportuna muerte se presenta como un monumento perfecto de su poder, torso de su impotencia, ruina de su decadencia, como un templo de sus sueños, castillo de sus actos, choza de su desprecio, sala de fiestas. Siempre edifica, siempre es sintético.

Emil Ludwig

Quizá fue un error hundir las manos en el lodo de la política buscando la inasible estrella de la redención humana o fatigarse en las tareas del Congreso y en las batallas de la prensa cuando al cabo sólo se recogerían abrojos y espinas.

Al servicio de la política había consumido innumerables horas: organizó un partido, fundó dos periódicos, pronunció en la Cámara decenas de discursos y escribió centenares de artículos. Por la política ganó irreconciliables enemigos y fue objeto de la mofa y el escarnio. Menguado balance de medio siglo de combates

civiles. Y sin embargo, para él, nada más trascendente y definitivo que la poesía. "Jamás en parte alguna —se lamentaba en su mensaje de octubre de 1930 a la juventud intelectual de Costa Rica— la poesía se ha tomado tan a juego como entre nosotros. Hace años escribí un proverbio que decía: "Porque el arte es un juego divino, muchos creen que es cosa de juego". Y esa creencia todo latinoamericana es un grandísimo error. Error porque al fin de todo significa la prostitución de la cosa más improstituible que hay en el mundo. Clavad esta verdad en vuestros corazones: nada, ni la religión, ni la ciencia, ni la filosofía, está por encima de la poesía. Es preciso haberla tocado de cerca en los profetas hebreos o en los poetas griegos, en Shakespeare o en Goethe, para darse cuenta de lo que ella significa para el hombre y por el hombre. He visto en nuestra América hombres políticos, esto es, lo que llamamos con tal nombre, políticos que en medio de la indignidad humana más grande, hacían consciente y consuetudinaria mofa de todo arte y toda poesía. Puedo deciros que si no siempre, casi siempre detrás de cada político de estos hay un inaudito pobre diablo abyecto e inenarrable... La poesía es cosa grave, muy grave. El alma de los hombres, el alma de los pueblos se inmerge en su onda sublime y luminosa como ninguna encina en las entrañas de la tierra. La poesía es cosa tan profunda, tan humana, que por poco se ahonde cualquier actividad histórica, se la encuentra como un substracto de eternidad y de luz".

En *Scopas,* Tamayo revela el duro precio que debe pagar el creador para afirmar su obra y su apetencia de un universo ignoto, más allá de los dolores, las frustraciones y las mezquindades de la vida diaria. En labios del escultor pone el interrogante que desgarra el alma del artista:

¿Conoces la agonía del artista
Al instante fatal que inspira y crea?
Fluye su genio como sangre vívida

De vientre maternal que alumbra a gritos.
No hay dolor igual. De las tinieblas
Se arrancan formas como jirones mútilos
De alma. Y esas tinieblas desgarradas
Son el artista mismo. A sus criaturas
Si da un contorno, de su carne talla,
Y si un gesto es la mueca de su pena
Transfigurada en luz. Cada sonrisa
Que en barro admira el vulgo cuesta lágrimas
Ocultas, y si es Niobe estupefacta
La desesperación en Paros fúlgido,
el creador desesperó al crearla!

Y es Aglae la que señala el misterioso país celeste, el único, donde "la obra de belleza es para siempre":

Honda es la noche de las almas donde
Brillan luceros a miriadas. Lejos
Luce la luz, aunque visible siempre
De los profundos constelados llueve
Sobre el doliente esfuerzo humano como
Polvo de estrellas la esperanza mágica.
Honda es la cáligo que en el alma tienta
Su proeza nocturna. En bronce y piedra
Murallas torvas— son menos compactas
Que esas tinieblas. Flechas inmortales
Que son audacias y deseos fieros
Las rompen. Por la brecha inenarrable
Pájaro azul, se evade en sueño humano.

¡Oh altitud! ¡Libertad del limo esclavo!
¿Conoces el país ultraestelar
Y la ambición de un rey prez de mendigo?
Ya allí no hay vida porque es la ultravida.
Pacen allí los astros fulgurantes
Como bestias humildes. Cruzan su ámbito
Cual moscas tímidas los Dioses torvos
Que nos aterrorizan. Allí habitan
Mariposas que fuesen tempestades,
Y son almas de cuanto existe efímero
Allí se mira el sol como en su fuente,

Chispa que bebe de la eterna hoguera.
El mar allí y el huracán sus ímpetus
Copian sin fin de la vorago incólume,
Y son un sueño como el tiempo fúlgido.
Cambia su ritmo la medida y son
Milenios un instante, una galaxia
Mínima arena al viento. Al hombre efímero
Esa tierra es saudade y amartelo.
De amarla vive propia e imposible.
La mira última y la siente íntima,
Y aunque le es prístina, la teme póstuma
Suplice y éxul de una patria espléndida!

Siempre de ese ultramar llegaron nuncios
Como naves celestes o aves míticas,
Y alumbraron la tribu tenebrosa.
Un profeta es piloto de esas barcas,
Un artista halconero de esos álites.
A la doliente grey tenebrecida
Llegan como un efluvio amor y vida,
Que no hay vida en la tierra sin el cielo.
¿Y por qué vienen? ¿Cómo y cuándo vienen?
Un misterio es y un sacrificio horrendo.
Un artista es el cazador celeste
De las celestes formas. Su criatura
Hechá está a un tiempo de la etérea arcilla
Y de su carne humilde. Mientras otros
En pasta de verdad su ser labraron
Y se dieron maná viviente al mundo,
El trocó en pulpa de belleza inmácula
El barro triste de su pecho exangüe.
Como el ciervo a la fuente, a él van sedientos
De un néctar inmortal los labios áridos
Y de sus manos cae el don mirífico
Que no es blando vivir más dicha extática.
Sólo el artista cuando crea dice:
"Comed y hartaos de mi cuerpo y sangre"
No basta al hombre el pan de trigo hodierno
Que harta al bruto también. Pan de luz quiere
Que es gozo y dicha y por pan de luz muere!

* * *

En 1954, la radioemisora norteamericana "La voz de América" se dirigió a Tamayo reiterándole su invitación para que participara en un programa sin fines de lucro, consistente en declarar su filosofía personal bajo el título de "This I believe" (Esto es lo que yo creo) y para el que ya habían comprometido su concurso personalidades como Albert Einstein, Pablo Casals, Mme. Pandit, Max Huber. La idea de la Radio era "demostrar que el pensamiento de los hombres tiene una raíz común y que el hacer conocer ese pensamiento remueve el sentido de la hermandad de la familia humana".

La voz de Tamayo quedó grabada con estas palabras:

"Lo que pienso de los asuntos que hoy embargan la esperanza y temor de los más de los hombres, es lo siguiente: Condenso todo cuanto puedo.— La colisión de intereses y pasiones (grupos, pueblos, hombres de Estado), sólo aparece en el plano inferior de las realidades accesibles y comprensibles para todos. Los más de los hombres sólo entienden y aceptan esas realidades visibles, y no más. Ahogan su inteligencia, y por consiguiente su acción, en un mar de síntomas y detalles, en el fondo secundarios, pero por otra parte indispensables para la polémica conducción de la vida. Pocos se abstienen del vértigo de la lucha, porque abstenerse del todo, es también imposible (el **Apekhou** griego). Pocos tienen la fuerza de alcanzar un plano superior al plano superficial en que todos vivimos y luchamos, y alcanzar un plano superior de mejor verdad y mayor realidad. (Una cosa triste: hasta en la verdad hay gradaciones). ¿Y qué se ve en ese plano superior?"

"En esas alturas de la vida de los hombres contienden fuerzas y potencias de bien y mal. Se traducen en las luchas entre pueblos y en diversas formas. No hay historia humana desvinculada de esas potencias".

*

"En el ajedrez humano de alfiles y caballos beligerantes, lo importante sería conocer la voluntad y razón de los ajedrecistas verdaderos y ocultos. Que el alfil Churchill o el caballo Stalin ha-

gan jaque o den mate, es menos importante que el entender la razón y voluntad de las potencias que juegan esas fichas humanas".

*

"Aunque la historia no ha guardado ni un milésimo de las guerras humanas, en todas se reproduce el mismo ajedrez señalado. Algunos videntes que pasan por locos o por poetas, han procurado entrever el fondo de las realidades aparentes, Kurus y Pandavas, Griegos y Troyanos han tenido tales videntes. Ciertas fábulas punibles y aun ridículas en apariencia, son tal vez... símbolos sublimes. Cuando los dioses del Olimpo descienden parcializados a luchar entre los hombres, se entrevé que el vidente alcanzó planos velados al hombre de la masa. (Homero, passim). Una cosa que siempre me ha sorprendido en Homero: tanta puerilidad de un lado, tan suprema belleza de otro".

*

"Los videntes no son iguales. Unos tienen más sombra en los ojos, otros más luz. San Juan entre los primeros. Para emplear una mala palabra moderna: San Juan es un pesimista. Véase el en **to ponero keital** I Epístola 5. 19. En este punto el sublime pensador está errado. Mejor acierta el Rishi vedantino cuando después de comprobar la paridad de las fuerzas de bien y mal en el mundo, atribuye a las primeras un quantum mínimo de superioridad, que a la postre las hace siempre victoriosas. Por ese quantum sigue viviendo el mundo".

"Es imponderable la influencia de los pensadores en la historia viva y activa. Mas los pensadores mueren siempre, pero el pensamiento no muere jamás".

"Amenaza de guerra III.

"Antecedente. Hace diez años en el Congreso de mi país, dije lo siguiente: quien gana la segunda guerra no son los cañones angloamericanos, sino el espíritu cristiano con que están fundidos. Mutátis mutandis, las cosas se reponen hoy día. No creo en la posibilidad de la guerra, por dos razones muy serias. Los comunistas jamás harán la guerra directamente y a aponte sua, y no

la harán sencillamente porque saben que la perderán. El Occidente tampoco hará la guerra, aunque sabe que la ganará ciertamente; pero no la hará porque es cristiano y aquí está la pierre d' achoppment, que puede convertirse en piedra de escándalo. El espíritu cristiano es cosa muy seria y tan trascendental, que de ella, los mismos cristianos no se dan suficiente cuenta. Aun sin feligreses ni catecúmenos, el Espíritu cristiano reina en la historia humana, diría yo, casi como una fuerza cósmica. Espíritu cristiano había antes de Jesucristo, pues ya lo dijo él mismo: "Yo era antes de Abraham".

La Paz de Bolivia, 31 de diciembre de 1954.

Tamayo".

Fue éste, su canto de cisne.

* * *

Afuera, en la calle, proseguían los homenajes. Fernando Diez de Medina, colocándose por encima —o más allá— de los agravios que recibiera en 1942, publicó una carta pidiendo la solemne coronación del poeta y la publicación de sus obras completas por el Estado, en tanto que Gamaliel Churata, que escribía para la Radio oficial "Illimani" notas editoriales con el pseudónimo de "El hombre de la calle", exigía la creación de una cátedra Franz Tamayo en todos los ciclos de enseñanza. Los periodistas de La Paz le declararon Maestro del Periodismo boliviano.

Después de la revolución, la Federación Universitaria, dominada por los jóvenes del MNR, y por intermedio de Mario V. Guzmán Galarza y Raúl Alfonso García, había decidido darle el título de Maestro, conferido en otras décadas a personalidades del mérito de Daniel Sánchez Bustamante y Jaime Mendoza. Pero encontrando que ese título, "Maestro de la Juventud" le quedaba pequeño, lo proclamaron "Maestro de generaciones". Se hizo un solemne acto en el Auditorium de la Universidad de San Andrés, acto al que asistieron, en representación de su padre, que alegó encontrarse delicado de salud, sus hijas Teresa y Elvira.

También le había invadido el escepticismo sobre la apreciación que los demás harían de su obra poética. Oscar Cerruto le escribió de Buenos Aires refiriéndole que una importante editorial argentina, de la que él era asesor literario, se hallaba interesada en publicar sus obras completas y que el prólogo sería escrito por Arturo Capdevilla o Arturo Maraso, admiradores de su obra. De esta manera, su poesía alcanzaría por fin, difusión y renombre continental. La entusiasta solicitud de Cerruto recibió una seca respuesta, no del poeta, sino de uno de sus hijos que fungía de secretario: "En cuanto a la publicación de las obras de mi padre, no ha lugar".

En los últimos meses fue el silencio total. Pero hizo una excepción con los periodistas, pocos días antes de su partida definitiva. A requerimiento de ellos, les envió un breve mensaje que decía:

"Una palabra para los colegas periodistas, en la grata ocasión de hallarnos, de nuevo, en la arena, y será sólo un recuerdo.

"Deseo que el periodista auténtico jamás olvide el propio respeto del que necesariamente, se desprende el respeto para con los demás. Sólo respetándose y respetando a los otros se sirve el noble oficio: y sólo en tal respeto plenario se puede gozar y usar de la plena libertad de pensamiento y expresión, libertad que es el signo del hombre de veras libre y del país de veras civilizado. El resto, barbarie.

"Tal mi experiencia vitalicia de ochenta años severamente vividos.

"Confraternalmente.

Tamayo

La Paz, 10 de mayo de 1956.

* * *

A mediados del mes siguiente, una trombosis cerebral paralizó en su lecho al escritor. Las pócimas homeopáticas nada podían hacer ante el caos que la sangre trastornada provocaba en la masa craneal que había concebido los pensamientos más lúcidos y los poemas más bellos de la literatura andina.

Convocado un médico alemán, el Dr. Walter Spiel, siguió, hora por hora, la agonía del enfermo y lloró, conmovido, cuando el anciano, que aparentemente había entrado en la inconciencia, recitó en alemán uno de los versos que más amaba, de Goethe. Después, el corazón, como ave enloquecida, pareció querer escapar del grueso torax aymara. Y no hubo más. Había llegado, para siempre, *"la hora más honda y más callada"*.

Fue inmenso el cortejo que acompañó sus despojos al cementerio general. Pocos le habían conocido y tratado en vida pero ahora sucedía que todos se volcaban a la calle para rendirle un homenaje postrero. Era el día en que el pueblo "sin tener ya que pedirle permiso para acercársele, fue a acompañarlo en silencio, camino a la tumba" como dijera Alberto Crespo Rodas, añadiendo este certero juicio sobre la incomunicación entre el escritor desaparecido y su país: "No sé qué quiso demostrar el pueblo entonces. No lo había comprendido nunca y por eso ante tan invencible dificultad a veces echó mano del epíteto zumbón. Tamayo y su medio estuvieron separados por un abismo incolmable, por una ausencia de simpatía. En cierta forma, su vida creadora fue un drama, puesto que era un pensador, un poeta sin lectores. Libros de Tamayo, editados treinta años atrás, seguían sin venderse, amarillentos e intactos en las librerías de La Paz. Por algo fue una extraña y dolorosa incongruencia intelectual en Bolivia. Sus compatriotas adivinábamos confusamente que aquellas páginas contenían frases de suprema belleza o pensamientos vigorosos y originales pero nada más. Mientras tanto nos dolíamos acerbamente de tener cerrados los accesos a ese conocimiento. Le decían el primer poeta de Bolivia, pero casi nadie había

leído sus versos, sino cuando más, la zarandeada *Balada de Claribel*"[1].

La tumba de Tamayo, en el cementerio general de La Paz, tiene escrita en tosco madero una frase que él vaticinó en uno de sus panfletos cuando hizo hablar a la ciudad:

"Este es Franz Tamayo, mi gloria es su propia gloria".

De su desaparición física han pasado 21 años y no pocos homenajes oficiales, como vimos en la introducción de esta obra. Pero Tamayo continúa siendo el gran olvidado. Su viuda pasa sus últimos días sorteando estrecheces sin cuento. Ella y sus dos hijas han renunciado ya a la posibilidad de que la Universidad de La Paz que tan rumbosa se muestra para pagar misiones a Europa o recompensar con prestaciones sociales abultadísimas a sus ilustres catedráticos, pague lo justo por la biblioteca del poeta que tiene secuestrada desde hace tantos años; la casa de hacienda de Yaurichambi se desmorona a pedazos y por sus ventanas sin vidrios corre el viento del altiplano con su gélido mensaje de muerte; en la calle Loayza ya no existe hace tiempo la casa N 84 y en su lugar se levanta un impersonal edificio en el que ni siquiera figura la placa que ofrecieron poner los prósperos propietarios nuevos cuando ordenaron que las picotas dieran fin con la vieja vivienda del pensador.

* * *

¿Por qué en las horas de prueba, los bolivianos recuerdan a Tamayo? ¿Cuál es en suma su legado para ésta y las nuevas generaciones? Despejado el caudal erudito y el fárrago libresco con los que se defendiera de beocios y envidiosos, quedan las mil aristas de sus gemas poéticas y las semillas henchidas de sus refle-

---

(1) "La soledad de Tamayo", en "El Diario", 31 de octubre de 1965.

xiones que podrían contribuir a la escritura de un evangelio del hombre andino. Urge recuperar ese legado y difundirlo, como el mejor aporte de Bolivia a la cultura de los americanos. El mismo señaló los derroteros que ahora otros van abriendo: "En América —decía— las generaciones deben preparar la vida como si un día el viejo mundo debiera sumergirse en el océano y dejarnos solos en el planeta" o cuando hablaba de la identidad del continente: "Trescientos años de colonia se esforzaron por hacer *nuevas Españas* doquiera y en cierta medida lo lograron. Hoy nuestra tarea es inversa: hacer América de América. Para ello hay dos labores, una constructiva y otra destructiva, o inversamente, si se quiere" y aún más específicamente: "El mayor daño que pueden hacer las culturas extrañas es que no nos permiten ser nosotros mismos. A veces hay que tentar una extraña y sublime guerra de independencia para nuestro espíritu".

Mucho queda por hacer, para rescatar el mensaje tamayano, su vida y su obra. Nadie ha recogido sus discursos parlamentarios ni sus artículos de prensa.

Poco se conoce de sus viajes a Europa y de sus estudios en el viejo mundo. Su propia vida familiar, la relación con sus padres, con sus hermanos, con su primera esposa, con sus hijos, son hasta hoy un misterio. La familia posee originales de obras poéticas que permanecen inéditas. No se han hecho tampoco estudios sobre las influencias y afinidades que tuvo desde los autores clásicos hasta los modernos. Se sabe que leía a Platón, Esquilo, Sófocles y Eurípides entre los griegos, y a Horacio, Virgilio y Ovidio, entre los romanos en sus lenguas nativas, y que en su juventud amó a Hugo y a Alfred de Vigny. Frecuentó también con delectación a Taine, Renán, Baudelaire, Verlaine, Mallarmé, pero pronto buscó alimentos más substanciosos y se dirigió a las brumas nórdicas: Schopenhauer, Kant, Hegel, Goethe, Nietzsche. La explicación se halla en uno de sus proverbios: "Los franceses, maestros de sociabilidad y civilidad, pero no saben vivir solos. De aquí

que en Francia, en dos mil años de grandeza humana no hay uno tan grande como Beethoven, Shakespeare o Leonardo". Y en su afán escatológico, indagará todavía en fuentes más antiguas como los Vedas. Cristiano sin iglesia, buscará a Dios incansablemente sin poder explicarse el misterio de la creación. No vacilará, en su empeño, en tomar en serio las elucubraciones teosóficas de las señoras Blavatski y Besant, introductora esta última de Krishnamurti a Occidente...

Su convicción sobre el papel que representa el sufrimiento para la redención de hombres y pueblos —que Toynbee aplicaría magistralmente a su estudio de la Historia— quizó provenía de Goethe: "Quien no haya comido su pan con lágrimas / no haya gemido sentado en su cama, / durante largas noches cargadas de pesares / tampoco conocerá los poderes celestiales" o talvez, remontando el río de la cultura, de Esquilo con su escueta fórmula de *pathei mathos*, aprender del sufrimiento.

El "retrato astrológico" de Tamayo revela que, influido por los signos zodiacales de Piscis y de Tauro, tuvo un temperamento fino y delicado, profundamente susceptible y por soñador, lindante en el descuido y la indiferencia. Una fantasía desbordante convierte al pisciciano en niño de una precocidad idealista desarraigada, casi por completo de la realidad, que se le muestra como demasiado prosaica y despreciable. En contraste con ella el ser nacido bajo el influjo de esa constelación, alza en torno suyo un mundo lleno de belleza y de armonía y es amante o creador de arte. Por el signo de Tauro poseía una personalidad dogmática y obstinada, que no admitía consejos ni toleraba contradicciones. Egoísta y egocéntrico, por lo general silencioso e inflexible, escondía bajo una aparente serenidad, profundas pasiones. A ese signo parecerían obedecer también los rasgos de su rostro: recio, firme, casi de forma cuadrada, con maxilares salientes, ojos separados y grandes, de mirada enérgica aunque bondadosa,

nariz ancha con fosas amplias, cabeza predominante en relación al cuerpo.

* * *

Habrá que estudiar también, con mayores elementos de juicio que los conocidos hasta ahora, al Tamayo político y al estadista, a quien se atacó tan duramente, aprovechando los flancos que ofrecía su permanente oposición a los gobiernos, salvo la amistad intelectual con Salamanca y el afecto paternal hacia Villarroel. Allí se verá que, por muchas contradicciones aparentes que se advierta, emerge la figura rectilínea de un varón íntegro, en una democracia imperfecta, del civilista respetuoso de la ley que quería acabar con la "chacota" republicana, para erigir una nación de verdad en la que el sano orgullo, fuera "una de las formas positivas de la vida". Acaso, como su maestro Goethe, odiaba más al desorden que a la injusticia y el mayor reproche que se le pueda hacer es no haber advertido a tiempo los cimientos de arcilla en que se sostenía una república plutocrática en la que la glebá indígena y las clases medias urbanas sostenían los juegos florales de la trilogía de grandes mineros y el régimen semi-esclavista en el agro. Adversario de los positivistas y de los liberales, tenía sin embargo con ellos, afinidades ideológicas que le impidieron trascender, políticamente, al país nuevo —sin siervos en la sima ni barones en la cima— que lo reclamaba como a su profesor de energía.

Sus ideas políticas lucen ciertamente incongruentes con la realidad de un país enajenado y sometido a la voluntad de una oligarquía monopolizadora de la principal riqueza de exportación, un país tan urgido de reformas sustanciales como era la Bolivia de la primera mitad del siglo XX. Su radicalismo era más un código ético y de conducta que un programa político para un pueblo expoliado y dividido en castas como en la antigua sociedad egipcia. De otra parte, en Tamayo se daba con soberana e insalvable fuerza, la vieja contradicción entre el intelectual ensoñador que quiere reformar

el mundo valiéndose de abstracciones y altos pensamientos, y el político volcado a la acción, que requiere batirse con todas las armas para capturar el poder, olvidando en el camino, escrúpulos morales. Mientras el primero medita y vacila, el segundo atropella y decide. Uno buscará (como Burke) la autoridad, el otro, el poder. Estaba pues escrito que, pese a sus empeños, Tamayo no sería Presidente, ni siquiera Secretario de Estado, mientras todos sus enemigos dejaban su efímera impronta en los consejos ministeriales del Palacio Quemado. Esa contradicción se ha hecho patente en todos las casos en los que, en el ámbito americano, un intelectual llegó al gobierno. Los ejemplos de Rómulo Gallegos en Venezuela, Natalicio González en Paraguay o Juan Bosch en la República Dominicana, son suficientemente ilustrativos del fracaso que le espera al idealista y al hombre de pensamiento enfrentado a los reclamos de la administración y a las luchas bastardas y las apetencias desmedidas de las facciones. Tal habría sido posiblemente la suerte de Tamayo si los altos jefes del Chaco hubiesen permitido que Salamanca pusiera en sus manos el terrible presente de la banda presidencial, después del descalabro bélico.

Dejando en el limbo de las cosas increadas la imagen del Tamayo estadista y gobernante, queda para la posteridad, la obra del pensador, del poeta, del pedagogo y el polemista.

Sus ideas no le sirvieron para escalar al gobierno ni enfrentaron nunca el desafío con la realidad pero es indudable que fueron poderosos arietes con los que derribó adversarios como muñecos de paja, hizo tambalear gobiernos, minó las bases de instituciones y partidos e hizo que su nombre trascendiera más allá de la muerte. "¿Acaso hay una dinamita más poderosa que las ideas?", se preguntaba en 1917 cuando sólo en ellas confiaba para dar vida al partido radical, en ausencia de apoyo oficial o recursos económicos. Y seguía interrogando: "¿Hay una fuerza más sutil, más vivaz, más libre, más benefactora o nociva, según se la maneje,

que las ideas que minan la historia, que la derriban y la reedifican periódicamente? ¿Quién ha hecho la monstruosa Alemania de hoy? No son Moltke ni Bismark, instrumentos tardíos y externos y que son como la flor remota de una planta de la que no fueron semilla ideal sembrada en el hondísimo corazón de la raza por ciertos hombres gigantescos que se llamaron Hegel y Fichte, y que hoy, si resucitasen no podrían menos que decir, al ver su patria: "Es nuestro sueño inmaterial convertido en nación tangible". ¿Y quién hizo la volcánica Francia del 93? No era el hambre como se dijo, ya que el pueblo la había sufrido durante siglos. Fue el pensamiento enciclopédico —libros, prosas, versos, desde el dístico epigramático hasta la montaña enciclopedista— el que preparó la catástrofe formidable que de la lejanía de los años, a los ojos del vicioso y clarividente Luis XV tenía todo el aspecto fantástico de un diluvio. Tal es la fuerza de las ideas".

* * *

En ninguna expresión aflora con más fuerza el bolivianismo de Tamayo, que en la del libelo, en la que fue maestro indiscutido e imbatido. Así como Burkhardt en su consagrada obra sobre el Renacimiento dedujo que los príncipes italianos del siglo XV y XVI poseían el arte de coagular como obras de arte la ciencia del Estado, Tamayo, en estas latitudes bárbaras, descubrió el secreto de convertir en trabajos de orfebrería sus libelos, que fueron muchos y mortales. Es en la diatriba que halla el talento de Tamayo su propia expresión. Una forma de libelo, como arquetipo perdurable de una frustración colectiva en un país atrasado, resulta por ejemplo, el "ekeko", muñeco de greda cubierto de bienes que recubre de humorismo indiano el instante fugaz de los rencores burlones del nativo y está henchido de la violencia pasional del conquistador. Pero no nos desviemos del tema. Tamayo conjuga sus aptitudes polémicas y se muestra como un artista del duelo florentino con daga y espada, empuñados a un mismo

tiempo, hiriendo siempre de muerte a sus rivales. Pero en lugar de la daga, símbolo de traidores, él se vale del látigo. Desde las "Crónicas de los tiempos de Mari-Castaña" hasta sus últimos mensajes, posteriores a la revolución de 1952 y tamizados por la discreción de la edad provecta, se encuentra nítido el genio del esgrimista que emplea golpes insólitos, esguinces, alusiones dobladas y desdobladas, trampas y rampas secretas, todo ello sostenido por la fulgurante magia de una prosa que embriaga como el resplandor del sol andino sobre las nieves eternas.

Ese "monolito pensante" que dijo Augusto Céspedes, tenía en realidad, fuego en el corazón, y ese fuego a veces despedía llama y otras luz, pero siempre incendiaba cuanto tocaba, como los grandes libelistas de América, desde Juan Montalvo y Gonzalez Prada hasta Rubén Darío y Pablo Neruda, pasando por el propio Vargas Vila hoy olvidado, demostrando que la literatura en ellos era también arma de combate civil.

Tamayo empleó su furor polémico contra gobernantes y escritores, pero también contra leyes e instituciones. Del Círculo de Bellas Artes a la Reforma Agraria, nadie se libraba de sus estocadas. Siempre cambiando de manos el látigo y la espada, se lanzaba atrevidamente a la riña sin pedir ni dar cuartel. No hay un ejemplo comparable en América —y menos en Bolivia— de un condotiero de su talla, cuyo código de honor, (aunque él hubiera hecho burla de ese concepto) se aproximaba mucho más al de los Samurai del Japón feudal que al de los frívolos caballeros de la Italia renacentista.

Y no se crea que se trata de un género menor. Aristóteles se ocupó del libelo —diatriba en la lengua helénica—, entre las producciones de la Poética y la Retórica, como hicieron a su tiempo los autores romanos, solazándose con el Epigrama. Voltaire, en el anecdotario que contiene su Diccionario filosófico, se refirió también al "atroz libelo". Encontramos así, entre el pen-

samiento de Burkhardt que hemos mencionado y las decantaciones artísticas de Tamayo en sus libelos, una coincidencia fundamental, con la diferencia de que las arremetidas de Tamayo no se coagulan en su posición conservadora sino que cambian por efecto de su genio, reflejando siempre las frustraciones del ser nacional. Con los recursos de su prodigiosa capacidad de síntesis, crea, cuando polemiza, un arte popular, gárrulo, de colores fuertes y aromas nativos, sin perder nunca la tensión asombrosa de su estilo.

Es en tal clase de documentos —mucho más que en la poética o en los discursos parlamentarios— que la comunidad boliviana se veía reflejada en la obra de Tamayo, agonista que ni en el tránsito hacia la morada de sus dioses tutelares pudo refrenarse de atacar la medida que significaría al fin de cuentas la liberación social de las mayorías indígenas, cuando habló de "ese crimen inspirado por el genio turanio-mongol, trasladado a nuestros altiplanos y cordilleras: la reforma agraria". Ni en la hora crepuscular de su vida pudo amenguar su pasión de gran panfletario. Era entonces, en las circunstancias en que el poeta y el pensador se despojaba de su clámide y descendía del Olimpo con el torso descubierto, para batirse, sin medir las consecuencias, en la arena manchada de sangre, cuando la masa popular se sentía más identificada con él. Pero el hechizo no duraba mucho tiempo y el gladiador volvía a escalar el camino de la montaña, con las heridas del combate, en el cuerpo y en el espíritu. Nadie le acompañaba entonces.

* * *

Crecido en la amargura del aberrante enclaustramiento mediterráneo, testigo de la comedia sangrienta que jugó el Brasil para quedarse con el territorio del Acre, compañero del Presidente Salamanca durante la tragedia del Chaco, ciudadano conspicuo de una comunidad sumida en el desaliento y la frustración, Tama-

yo convocaba a la fiesta del orgullo y la fe en las potencialidades de la raza sometida y esta es la parte de su mensaje que ha quedado grabada mejor en el corazón de los bolivianos.

Político, pensador, poeta y pedagogo, Tamayo deslumbra y ofusca por la variedad de disciplinas que cultivó y la profundidad y belleza de su lenguaje. A él también pudiera aplicarse la frase que dedicó Thomas Mann a Tolstoi: "Cómo se parece al mar y el mar a él!" De su siembra se recogerán todavía múltiples cosechas y cada generación dará una nueva interpretación a su voz, única y múltiple. Y en tanto, quedará el misterio para ser descrifrado por quien se aproxime con sed de comprensión y hambre de amor:

"Fue noble, triste y grande!
Habitó un sueño
Como habitar el Ande.
Hombre sin dueño,
Fue Hermes y Apolo!
Volverá un día, grande
Y siempre solo!"

SE LO QUE SEAS

(CRONOLOGIA DE LA VIDA Y LA OBRA)

1879

— Nace en La Paz el 28 de febrero, en una casa de la calle Mercado. Fueron sus padres, el escritor y político Isaac Tamayo y Felicidad Solares. Francisco, quien pocos años después adoptaría el nombre de *Franz*, "porque le parecía más bonito", fue el primogénito de sus hermanos Max, Adriana, Herminia, Isaac, José y Elena.

— Con la invasión del ejército chileno a territorio de Bolivia se inicia la guerra del Pacífico en la que Bolivia pierde su extenso litoral de 120.000 Kms^2.

1886

— Pasa un mes en el colegio de los jesuitas y otro, en el colegio fiscal "Ayacucho" para no volver más a las aulas. Profesores particulares le enseñan algunas materias. También aprende a tocar el piano.

1889

— Isaac Tamayo, nombrado Representante diplomático en el Brasil, lleva a su primogénito a Río de Janeiro. En esa ciudad, Franz publica su primer poema en una revista carioca.

1898

— Publica *Odas,* donde intenta plasmar en la poesía la historia del país desde el momento en que entran en colisión los conquistadores españoles con el imperio incaico. El libro está dividido en dos partes y comprende 24 odas, de las cuales, 14 figuran en la primera parte: La historia, La Profecía de Huaina Capac, Atahuallpa en la prisión, La ciudad del sol, Los héroes anónimos, Guerra civil, A España, Los amores de ultratumba, El apostolado, A Abigaíl Lozano, Al Vizconde de Chateaubriand, Manco Inca XIII, Voz suprema, Epílogo.

El libro II contiene 10 Odas: Preludio, Obscura similia, La Libertad, *Por los más...,* La República, El Ideal, El Reino de Dios, Himno, Apocalipsis, Los adioses.

En su prólogo, Tamayo se muestra enemigo del modernismo, al que acusa de un

"empeño descarado de reducir el Arte a los estrechos límites del cultivo de la forma; el afán febril de originalidad y singularización, que generalmente degenera y aborta en extravagancia; la miopía intelectual respecto del porvenir; la indolencia morbosa respecto del presente; el desprecio por la antigüedad; el espíritu de lujuria que respiran todas las creaciones modernas; la preponderancia de la imaginación sobre la inteligencia... Hoy el poeta es un libertino y la musa una bacante. Hoy se hace el **arte por el arte** y el arte es un fin. De aquí que el arte, en nuestros días, o es inmoral o es falso, lo cual, miradas las cosas en su fondo, no es más que otra especie de inmoralidad".

Por el contrario, cree encontrar

"una fuente de poesía inagotable en las viscisitudes populares, cuando éstas se estudian desde lo alto de los principios absolutos de moral y de justicia".

Por entonces, deposita su fe en el cristianismo y el americanismo,

"pues siempre se ha juzgado, antes que boliviano, americano".

En contraposición al Arte modernista, define así su credo estético:

"una poesía profundamente cristiana, que se base y resida más en la verdad que en la elegancia de las frases; una poesía en la cual jamás se pierda de vista un fin trascendental y humano y altamente moral; una poesía que contribuya y converja (como todo en la tierra) directamente a la realización del fin humanitario; una poesía que no excluya nada, ni lo real ni lo ideal, porque ambas cosas existen verdaderamente; una poesía que nazca, viva y desarrolle con el hombre y para el hombre, es decir que no sea ajena ni a nuestra naturaleza ni a nuestros destinos".

El libro está escrito en octavas reales, endecasílabos, heptasílabos, estrofas alejandrinas y serventesios. Algunas de las Odas fueron escritas en 1895, cuando Tamayo tenía 16 años de edad.

1899

— Estalla la revolución en La Paz en protesta contra el proyecto de ley de residencia del gobierno en Sucre, y bajo la bandera del "federalismo", triunfan las fuerzas revolucionarias del Norte, con el apoyo de la masa indígena aymara.

— La familia Tamayo emprende viaje a Europa a la caída del gobierno conservador, del que Dn. Isaac fue miembro prominente. El padre de Tamayo se ve ante un conflicto de conciencia entre la lealtad a su partido o su devoción a la tierra natal pues, como consecuencia de la revolución que provoca la caída de los con-

servadores la sede del gobierno es trasladada de Sucre a La Paz. Los Tamayo recorren Inglaterra, Francia y Alemania y retornan a Bolivia en 1904.

1902

— Alentado por el Brasil, Plácido Castro se levanta en el Acre proclamando una "República independiente". El General Pando, Presidente de la República, acude a este territorio al mando de sus tropas. La agitación pro-brasileña habíase iniciado ya en 1899 produciéndose varios hechos de armas.

— Tamayo es elegido representante de Bolivia ante el Comité Internacional de estudiantes con sede en París, para la campaña que dicha institución realizaba en favor del arbitraje como fórmula de solución de los conflictos internacionales. En La Paz se forma un Comité universitario para apoyar la gestión de Tamayo, en el que figuran Juan Francisco Bedregal como Presidente, y Armando Chirveches, Abel Alarcón, José Luis Tejada Sorzano y Felipe Segundo Guzmán como secretarios.

1903

— Se firma el Tratado de Petrópolis por el que Bolivia cede al Brasil una extensión de 355.243 Km^2. a cambio de un millón de libras esterlinas.

1904

— A fin de regularizar la situación creada como resultado de la derrota de la alianza perú-boliviana frente a Chile en la guerra de 1879, y atenaceado por el "dogal aduanero" que impone Chile, el gobierno Montes firma un tratado con este último país renunciando a la soberanía en el Litoral, y recibiendo en compensación 300.000 libras esterlinas y el compromiso chileno de construir el ferrocarril Arica-La Paz.

1905

— Con algunos cursos vencidos en la Facultad de Derecho y habiendo realizado estudios particulares rinde examen de abogado y es aprobado por el tribunal examinador.

— Publica *Proverbios-sobre la vida, el arte y la ciencia* (fascículo primero) 103 pp. Una breve selección:

Todo error es una enseñanza y toda juventud un error. ¡Ay de quien no aprovecha la primera enseñanza y el primer error! *** Sólo hay una manera de aprender a mandar, es aprender a obedecer *** El hombre reflexivo se propone a cada instante el problema de la vida; el hombre de acción lo resuelve a cada instante. ¿Qué media entre los dos? Un lazo invisible y sin embargo real, hecho en parte de razón y de voluntad, que se llama generalmente carácter *** La cultura es un esfuerzo constante hacia una forma ideal dada; y todo ideal es un signo y una medida *** Nada prueba haber sufrido mucho; lo que algo prueba es haber sido superior al sufrimiento *** El orgullo es una de las formas positivas de la vida *** Hay una economía de las ideas que es tanto o más útil que la de las riquezas *** Ciertos espiritus jóvenes aman la independencia y la libertad de acción. Dejarlos: pues si son bastante fuertes y justos, siempre encontrarán su vida y su ley; y si no lo son se perderán bajo el mejor maestro y en la mejor escuela *** El tiempo roe y desgasta la vida, con la diferencia que para ciertas vidas es el gusano sobre el fruto, y para otras el cincel sobre la piedra *** Hay educaciones que son una destrucción. La educación griega fue uno de los elementos de la muerte de Roma *** También el miedo es una fuerza *** ¿Cómo se llama el alma del crepúsculo? Melancolía *** ¿Qué significa la conquista de América para el tronco latino-español? Una barbarización, en el sentido ideal, una degeneración en el sentido étnico *** La fuerza sana es siempre serena, y una de las manifestaciones de la serenidad es la alegría *** No pidáis a la juventud otra cosa que amor y alegría. Cualquier otra edad no os dará nada mejor *** El ensueño completa al hombre y la muerte lo perfecciona *** Juventud! dichosa edad, la sola que puede reirse de la sabiduría porque no la necesita! *** El pensamiento es una

curiosa araña que a veces se aprisiona en su tela *** La más alta prueba del genio es la disciplina Preciso es que el genio la agote para hacerse superior e independiente respecto de ella *** El porvenir del mundo está en los laboratorios *** La vida, mientras sobre ella no derrama su pensamiento el hombre es asombrosamente simple. *** A veces todo está: el surco abierto, la simiente lista, el instante propicio y el fecundo sudor cayendo gota a gota... ¿qué falta? Osar *** Dos cosas opuestas que son la misma degeneración: un niño reservado y un viejo impúdico *** El orgullo sienta a la virilidad, como la indiferencia a la vejez *** También el dolor tiene su miel *** En el fondo nadie sabe por qué ni lo que quiere. Si como se dice la libertad es un misterio, la voluntad es un momento ciego *** La vida sólo se aprende en medio de la vida. ***

1908

— En el viejo mundo, Tamayo asiste a clases en la Sorbona y sigue estudios clásicos llegando a dominar las lenguas alemana, francesa, inglesa, así como el latín y el griego. Es seducido por la lírica francesa y la filosofía alemana y su obra poética y sus pensamientos sufrirán posteriormente la influencia de Víctor Hugo, Schopenhauer, Goethe, Nietzche. De los clásicos latinos, admira sobre todo a Horacio.

— Retorna de Europa, después de tres años de ausencia, casado con una joven francesa, Blanca Bouyon con la que tiene dos hijas, que fallecen tempranamente. El hogar se disuelve a los cinco años y la joven vuelve a su país.

1909

— Publica en folleto, *Doce artículos* sobre política, que habían aparecido en el periódico "El Tiempo", el mismo año.

1910

— Dirige "El Diario".

— Traduce del alemán la obra fundamental del Prof. Middendorf: "Introducción a la gramática aymara".

— Dicta la cátedra de Sociología en la Universidad de San Andrés, hasta el año 1912.

— Publica en forma de libro los 55 editoriales que aparecieron en "El Diario" del 5 de julio al 22 de septiembre; bajo el título de *Creación de la Pedagogía nacional*. La obra está ordenada en diez secciones: Introducción, capítulos I al IV; Del Bovarysmo científico en materia pedagógica, capítulos V al VIII; Un paralelo, capítulo VIII; La Raza, capítulos IX al XIII; Lo que se debe enseñar, capítulos XIV al XXIV; Cómo se debe enseñar, capítulos XXV al XL; El carácter nacional, capítulos XLI al LII; Valor de la historia, capítulo LIII; Valor de la ciencia, capítulo LIV y La energía, capítulo LV.

Influenciado por la filosofía alemana, Tamayo recoge ecos de Ratzel, Nietzche, Goethe y sobre todo Fitche. Los *Discursos a la nación alemana*, dirigidos a un pueblo deprimido y desorientado parecieran haber inspirado la acción redentora que se propuso Tamayo en relación a sus compatriotas. También hállase el ascendiente de Taine en cuanto al medio y las ideas sobre la raza. Sostiene que el problema pedagógico boliviano no se resolverá en Europa pues no se trata de recrear en los Andes, nuevas Francias o nuevas Alemanias sino formar, con los elementos que ofrece la raza, un país original que aproveche las técnicas y la alta cultura de Ocidente, pero sin vender su alma, sin perder su identidad y sus viejas virtudes. Constantemente tiene ante sí, el ejemplo del Japón, país que ha hecho ese recorrido, poniéndose a la par de los países europeos pero sin perder su legado cultural.

Expresa por tanto, que debe desecharse el "bovarysmo" pedagógico que consiste en copiar sistemas

educativos concebidos para otros pueblos y señala que la cuestión fundamental no está en la simple instrucción, en el atiborramiento de materias dentro de un "bachillerato imbécil" (el mismo de 1977!) que pretende "cabezas universales" con todo género de ciencias y doctrinas de acuerdo al enciclopedismo del siglo XVIII, sino lograr el carácter nacional. La pedagogía debe ser pues formativa y educativa antes que proveedora de simples conocimientos. Descartando el altruismo que pensadores de los grandes países predican al resto del mundo, como un opio enervante, proclama que el único ideal humano es "la preparación de las fuerzas de la nación no en vista de un posible y necio siglo saturnino de paz y de concordia universales, sino en previsión de que la vida es lucha sin tregua, lucha de intereses, lucha en todo terreno y en todo género, lo mismo en los mercados que en los campos de batalla".

Encuentra que la escuela, tal como existe en Bolivia, pervierte al indio y envilece al cholo y que las Universidades, comparativamente más numerosas que las de Francia constituyen un sarcasmo por la presunción de sus objetivos y la mezquindad de sus resultados.

Dentro de un enfoque que ha sido calificado de racista, por Fernando Diez de Medina, pues no toma en cuenta para nada al segmento de origen hispano de la población en sus especulaciones, sugiere una clase de educación para los indios, dueños de "gran voluntad y pequeña inteligencia" y otra para los mestizos, inteligentes pero aquejados de desorden, indisciplina y superficialidad. Para los primeros requiere una pedagogía de amor y paciencia y para los segundos una escuela disciplinaria y concentrada en pocas materias. La regla de oro debe ser (¿cuándo la escucharán los planificadores de la educación y los maestros bolivianos?) enseñar poco y bien y no mucho y mal.

En suma, Tamayo propone una pedagogía que parta de la idiosincracia del niño boliviano, sobre quien el medio ejerce decisiva influencia; plantea también —

contradicción aparente— que en el descubrimiento de esa pedagogía intervengan eminencias europeas que con los métodos científicos más modernos señalen las formas y contenidos que deberá tener la educación y finalmente señala que el objetivo último de la escuela es el de

"enseñar el orgullo personal y señoril; que más tarde se traducirá en orgullo nacional... el orgullo de sí mismo y el culto de la fuerza en todas sus formas... el gusto de vencerse, el desprecio de los peligros, el desdén de la muerte y todo lucro enervador de la misma... el amor de la acción en todas sus formas y combatir la pereza de la raza, secular y tradicional. Este es uno de los lados más vulnerables de nuestra naturaleza. Sufrimos de una ataraxia crónica y endémica, individual y colectiva, física e intelectual y de la que nacen infinitos males en todo orden".

A quienes como en el año de gracia de 1977 siguen construyendo escuelas del tipo que lamentaba Tamayo y buscando afanosamente en el exterior créditos multimillonarios para un sistema viciado e inoperante como es el de la educación boliviana, la voz del pensador sigue resonando acusadora, a más de medio siglo de distancia:

"Es una manera sin duda alguna, muy llana de resolver toda dificultad la de pedir dinero. Es una pedagoía de mendigos viciosos que en vez de buscar el trabajo fecundo y eficiente, prefiere extender la mano".

Tamayo proclama en cambio la voluntad de poder, como suprema inspiración pedagógica:

"Cuando se trata del problema educativo u otro, la primera cosa: querer, la segunda: poder. Lo demás viene solo y por sí. Esta voluntad hay que despertarla en la raza y sacarla al sol. Se pretende que tenemos riquezas fabulosas en las entrañas de nuestros montes y en nuestras llanuras y valles; pero no se habla de la verdadera riqueza, que es más que oro y que todo, que es la fuerza de nuestra sangre y la voluntad de nuestra alma... Hay que instituir la energía nacional como doctrina y profesión".

En esta obra se adelanta a Toynbee al señalar el acicate creador de la adversidad en el desenvolvimiento de los pueblos, aplicando esa idea a los moradores del Kollasuyo.

"Se olvida que Inglaterra —dice— no ha sido más que una yesera y los Países Bajos un pantano y que es un hecho frecuentemente confirmado en la historia que la grandeza de una raza está en proporción de las dificultades vencidas en su lucha con el medio y con los elementos ambientes".

1911

— A la sombra del Partido liberal, gobernante, y en realidad como la juventud de esa agrupación política, funda el Partido Radical, secundado por Tomás Manuel Elío y un grupo de jóvenes intelectuales paceños.

1912

— Publica en folleto *Crítica del duelo* que pronunciara en la inauguración del año académico, en la Universidad de San Andrés, y en la que explica de qué manera se ha institucionalizado en la sociedad la práctica del duelo, tan absolutamente reñida con todo razonamiento jurídico. Traza a continuación los orígenes de la razón y causa del duelo, qué es el concepto del honor, probando que este era totalmente ajeno a griegos y romanos, los primeros, atentos, en su infinita sabiduría, tan sólo a las necesidades humanas y no a los sueños o las locuras y partidarios de la mesura, los segundos afectos a la *Virtus* que inspira el Derecho. En su opinión, el Honor es más bien un producto bárbaro de las tribus semiferoces que asolaron el territorio del imperio romano,

"desheredados de la naturaleza y como víctimas de un Hado cruento. El honor así comprendido sólo ha podido germinar en una humanidad extremada y desesperada. Imaginaos esos boreales que espoleaba un hambre secular, desnudos bajo un eterno

invierno, fuertes como osos, hambrientos como lobos y que presienten en medio de sus brumas y de sus nieves, el divino Mediterráneo azul y genial".

Se trataría pues de "un vicio fisiológico, una tara atávica" que lleva a los individuos a una intolerancia ciega y a reacciones morbosas de susceptibilidad. A ese trasfondo bárbaro se une la influencia de la religión cristiana que ha querido desmaterializar al hombre, alejarlo de la modesta realidad terrestre, para llevarlo a vivir "dentro un absoluto irreal" que menosprecia la simple razón. Nacen así instituciones como la caballería, en la que se esconde el concepto del honor moderno, o el elogio de la santidad y del martirio, todo ello, otra vez con renuncia de la razón. Desmenuza la idea del "honor" como una excrecencia patológica e irracional y en cuanto al duelo mismo afirma categórico:

"O sois un hombre honesto o no lo sois; si lo uno, el Duelo es inútil; si lo otro, el Duelo no os purifica. muy al revés. Y obrando voluntariamente, ceder la vida es de necios, quitarla de criminales y en fin batirse así es de furentes".

— Folleto del Centro Jurídico que recoge el discurso de su Presidente, el Dr. Franz Tamayo en la sesión de gala del 31 de octubre en el que ofrece una precisa clave para entender el alma del poblador andino:

"No he menester encareceros los mil títulos que la gran ciudad del norte ha mostrado siempre a la faz de la República para merecer su afecto y su admiración. Al lado de sus gloriosas hermanas, la sabia Chuquisaca, la fecunda e ingeniosa Cochabamba, Potosí de innúmera riqueza, Santa Cruz, máxima esperanza del porvenir boliviano, y otras urbes no menos ilustres —guarda La Paz como ofrenda inagotable a la patria común, la fuerza de su alma solitaria y su voluntad silenciosa y pensativa".

"Una extraña sabiduría fluye de las manos de la madre naturaleza. Parece que al distribuir sus gracias y sus disfavores, esa madre a la vez piadosa e implacable, tuviese un sentido supremo de las necesidades y fatalidades de la vida; y al dar lo que da a

los pueblos y a las tierras que alimenta, lo da en severa medida, cuando ha menester, sin falta ni sobra. Una armonía superior que no siempre el hombre comprende, rige las cosas de este mundo. Y es así que en estas tierras como desterradas y exiliadas en una sublime altura de montañas, natura se complugo en criar una raza resignada pero fuerte, pobre pero virtuosa, solitaria pero suficiente, y que en el azaroso juego de las fuerzas de la existencia, supo escoger el lote menos envidiable, —el del sufrimiento y el del esfuerzo". ... .

"No habéis menester buscar en nosotros las gracias del espíritu ni las dulzuras de un vivir sonriente y fácil. Mamó la raza una leche amarga, y el suelo que la nutrió fue parco hasta la indigencia. Otros dirán la dulzura de sus valles primaverales educando gentes de blanda y generosa índole. Otros dirán la asombrosa feracidad de sus tierras criando hijos ricos de ingenio y de imaginación fecunda. Mas semilla de hombres cuya alma fue como el espejo del desierto y de la grandeza andinas. Señores, como su montaña materna, el alma colla es una cumbre; y si me permitís extender el símil, a semejanza de la montaña eterna cubierta de nieve inviolada, alimentó una voluntad de vida también inmoble y sempiterna".

Y a continuación, previene a los jóvenes contra el "fetichismo" de la ciencia y los incita *goetheanamente,* a

"vivir intensamente, integralmente; amar y respetar la vida, máximo don de los dioses. Y para ello no vale buscar fórmulas secas ni teorías huecas pues la vida jamás salió de los laboratorios ni de las bibliotecas, más de nosotros mismos, de nuestra sangre y de nuestro espíritu, única fuente y último recurso!".

1913

— Escribe en "El Diario" una serie de artículos presentando a la opinión pública al nuevo partido. Extractos:

"El partido radical es el primero que en el pais ha intentado edificar con ideas, vencer con ideas. Es el primero que ha arrancado concientemente la política del estrecho terreno de un caudillismo más o menos disimulado, más o menos aparente. Es el primero que ha hecho la experiencia de sembrar en el alma nacional aquello que es más expansivo que la pólvora, más duradero que las pasiones, más sólido que el sólido poder: el pensamiento... Extraño fenómeno! Otras veces, en otras tierras, los partidos han nacido de facciones populares. de centros militares o de núcleos donde convergen intereses totalmente materiales. El partido radical boliviano ha nacido en las bibliotecas y viene de las Universidades. Tres cosas trae en la mano: una ciencia de la vida, una audacia razonada y una honradez intachable e intachada. Trae también un nuevo molde para forjar los nuevos hombres públicos y para fundir las nuevas cosas políticas. El país mira azorado y no es extraño. ¿Qué puede pensar de una falange de pensadores, de una legión de estudiantes? No está habituado acaso a ver otra cosa que el desfile de partidos indistintos y difusos, guiados por jefes más o menos conscientes? ¿Qué puede esperar de hombres que no traen dinero y que por toda arma esgrimen sus ideas? Utopías dicen los miopes, realidades responderá, ccmo responde ya, la historia".

— Folleto del Partido Radical que recoge los discursos cambiados en el banquete ofrecido por la juventud radical en honor del Dr. Montes, Presidente electo de la República, entre Franz Tamayo e Ismael Montes. En su discurso, Tamayo se refiere a la acción "tutelar" de los gobiernos liberales, a la necesidad de destruir los viejos vicios que han hecho de Bolivia,

"la república más miserable del continente... La demagogia cancerosa y endémica, el fanatismo religioso parasitario y estéril, la relajación de las costumbres privadas y sociales" a los que debe combatirse" más que con la facción de leyes prematuras o plagiarias, más que con la palabrería sonora e infecunda, con el propio ejemplo con la práctica de lo que predicamos, con el estudio infatigable, con el ejercicio de las virtudes comprobadas, con el respeto del derecho ajeno, con la reverencia incondicional a la ley y con la sumisión al principio de razón". Presenta al Radicalismo como una minoría, pero a la vez "una aristocracia de las virtudes y las inteligencias— no lo digo por mí que apenas cuento" y con-

cluye brindando por Montes, "la más alta flor de la raza y el más rico fruto de la energía nacional".

— Es elegido por primera vez, Diputado por su ciudad natal.

— En el "Círculo de Bellas Artes" departe con Ricardo Jaimes Freyre, Armando Chirveches, Juan Francisco Bedregal, Alcides Arguedas, Juan Muñoz Reyes.

1915

— Publica el texto de su conferencia sobre *Horacio y el arte lírico*, ensayo en el que, comentando la poesía del clásico latino, Tamayo expresa su propio pensamiento sobre la lírica:

"Para Horacio lo fundamental es decir cosas inauditas en latín, violentar la sintaxis para obtener efectos poéticos más extraños y líricos. En Horacio un arte sabio pone la esmeralda junto al oro y los zafiros tenebrosos junto a los diamantes imperiales. Las amatistas se ciñen de platino helado y los berilos traen el recuerdo del mar lejano. Ese fulgurar del estilo, ese esmalte que cobran las palabras por el solo hecho de juntarse de cierta manera, esa magia envolvente y conquistadora que se desprende de ciertos ritmos y ciertos sones, es la mayor ciencia técnica dentro de la más grande simplicidad... El misticismo medieval, el subjetivismo y un romanticismo invencible, hacen que el genio creador ni pinte ni esculpa: musicaliza. Si Horacio manifiesta: "Ut pictura poesis" la lírica moderna responde: "Ut musica poesis".

— Funda "El Fígaro", nombre escogido por el propio Tamayo, así como el lema del periódico: "Burlándome de los lobos, desafiando a las protestas, presto me río de todo para no tener que llorar".

— Interpela al Ministro de Hacienda Julio Zamora "sobre la inconveniencia de reunir en la misma persona las calidades de Ministro de Estado por una parte, y las de industrial negociante con el Estado y par-

tícipe de los monopolios fiscales, por otra" (septiembre). Al término de la interpelación la Cámara desecha el voto de censura al Ministro Zamora reclamado por Tamayo.

1917

— Publica *La Prometheida o las Oceánides* (tragedia lírica) escrita en endecasílabos y heptasílabos. La pieza, en un acto, contiene 4.037 versos sin rima. Los personajes son Psiquis, Palas, Athena, Apolo, Ares, Iris, el Coro de las Oceánides, Melifron, el ruiseñor y la acción tiene lugar en el Cáucaso, al amanecer.

En esta recreación de la leyenda de Prometeo, Psiquis invoca su amor a Prometheo, encadenado en el Cáucaso y condenado a sufrir que un buitre lo devore por orden de Zeus que no le perdona haber querido levantar a los hombres de su postración. El coro compadece a la oceánide y le pregunta por qué ama a Prometheo y ella replica que le conmueve su genio y su dolor. Aconsejada por el coro, Psiquis llama en auxilio del Titán a Ares, Dios de la Fuerza, que llega precedido por Iris y escoltado por el Miedo y el Terror, pero el Dios le dice que le es imposible ayudarla y desaparece. A continuación es convocado Apolo a quien Psiquis entona su canto de amor a Prometheo y le pide ayuda. El Dios le contesta que Prometheo se salvará por la Lira. Athena, a su vez revela a Psiquis que Prometheo se halla más allá de la muerte y la ninfa comprende que para unirse a su amado también debe sacrificar su vida. Los Dioses acuden al Cáucaso a presenciar la muerte de la heroína y surge entonces el canto de Melifrón, el ruiseñor invisible.

Se han dado numerosas interpretaciones de esta obra teatral, considerada como el texto poético fundamental de Tamayo y escrito no para ser representado sino leído. Según Medinaceli, expresa "en sutil símbolo, la angustia del Ande sediento del mar". Por su par-

te, Osborne sostiene también que el Prometheo del poema tamayano, es un símbolo de la Bolivia mediterránea y encadenada: "aunque a menudo se ha considerado artificial su impulso helenizante —dice el crítico inglés— nadie negará su pulcritud de forma, su riqueza lexical, su destreza rítmica, su audacia metafórica, y algo que no se menciona con tanta frecuencia, su profunda angustia, su tremenda emoción hasta el punto de que aún hoy me pregunto si se trata de una proeza lírica tan solo, o si además no hay en ello una confesión (irreprimible) de la colectiva e individual tragedia boliviana: su mediterraneidad y su aislamiento entre las cumbres". Y cita, a este propósito, un fragmento de *La Prometheida:*

Odio los montes, odio!
Toda altura es funesta.
O es pedestal de gloria
o es peana de suplicio.
Todo igual! Más el hombre,
trasunto de ave, pájaro
que en vez de volar piensa,
miró siempre nostálgico
al sol y a los azures:
tal su amor de la altura.

Guillermo Francovich afirma que "es un poema en que la realida adquiere perspectivas grandiosas, en que todo alcanza categoría sideral y cósmica y el alma se siente transportada a un mundo que se dilata por él esplendor de su propia belleza, pero que un día desaparecerá como un sueño".

Humberto Vásquez Machicado, basándose en las propias ideas de Tamayo sobre la identidad de la poesía con la música, compara *La Prometheida* con una sinfonía de corte wagneriano en la que pueden advertirse cuatro movimientos: el primero un *scherzo*, constituído por el diálogo de las Oceánides con Psiquis, luego el *allegro staccato*, representado por la intervención de Ares, llena de fuerza, pero a la vez incapaz de remediar la aflicción de Psiquis; a continuación un *Adagio*, formado por los anuncios de Apolo y finalmente el *Andante maestoso:* las predicciones de Athena y el adiós a la vida.

— Funda y dirige el periódico "El hombre libre", en sustitución de "El Fígaro".

— "Crónica de los tiempos de Mari-Castaña, fantasía literaria", inmisericorde panfleto publicado en "El hombre libre" con motivo del rompimiento político y personal con Tomás Manuel Elío.

— Bajo el título de "El Hombre símbolo" publica un estudio sobre Jesús, como el "hombre ideal" o el "ideal hecho hombre". Algunos párrafos:

"¿Qué cosa es Jesús? Seguramente Jesús es una realidad histórica incuestionable; pero ante todo es una realidad ideal, y es en este sentido que aquel nombre inmortal significa la más asombrosa condensación de fuerzas históricas y humanas. Despojad al cristianismo de su fuerza espiritual y sólo queda la triste aventura de un obscuro alucinado en la más obscura de las tribus semitas. Pero no es esto Jesús. Si tal fuera veinte siglos y todo el occidente del planeta no estarían como preñados de su palabra cada día más vivaz; si tal fuera los imperios no se habrían derrumbado bajo su soplo devorador, ni las naciones se hubiesen reedificado a su empuje constructor; si tal fuera, no se encontraría en los fondos y repliegues más profundos del alma contemporánea, el verbo extraño y desconcertante del profeta; si tal fuera no se vería que todas las aspiraciones de reforma y refección de las sociedades, no son, en su grito agónico, otra cosa que una apelación hacia una democracia más real, y una fraternidad más positiva, esto es, hacia un evangelismo práctico".

"¿Pero qué es lo que confiere una fuerza pragmática tan asombrosa a la doctrina de Jesús? ¿Acaso los Pitágoras y los Zoroastros no han especulado sobre verdades tan eternas y ciertas? ¿Por qué las palabras de filósofos como Sócrates, de profetas

como Moisés, de legisladores como Solón, las flores más altas de la ciencia y de la virtud humanas, no han llegado a provocar ni un milésimo de las revoluciones que obró Jesús?

"Es que Jesús no es el mero inventor de unas cuantas verdades, a la manera de nuestros modernos sabios de laboratorio; Jesús es el descubridor de la formidable mina de fuerzas condensadas que duerme al fondo de cada alma de hombre, y en suma, nuevo y más verdadero Prometheo, robó una vez por todas el verdadero fuego del cielo, digo la verdad y el poder, para entregarlo al servicio de los hombres como él.

"Jesús es el descubridor del mundo interior. ¿Quién me sigue no camina en tinieblas", —esto es, quien me sigue acaba encontrando lo único digno de buscarse, el propio yo, lo único digno de conocerse, el conocimiento de sí mismo.

"Pero hay más. Al frente de los profetas de todos los tiempos que hacen vibrar la eterna fibra adorativa del hombre y hacen pasar ante sus ojos toda suerte de dioses más o menos muertos y más o menos terribles, Jesús enseña que no hay más culto que el de la verdad y el del amor, simbolizados en su persona y entonces el símbolo divino se convierte en mandato y dictamen: hay que buscar a Jesús si se quiere encontrar y poseer la verdad. Pero, ¿dónde está Jesús? ¿Dónde hemos de buscarle a través de los siglos y de las desolaciones? El mismo nos dejó el derrotero formidable: Jesús no habita en el cielo azul, más desierto y más implacable que todos los Saharas; Jesús no está enclavado en el leño más infamante que todas las picotas; Jesús no habita los templos de barro que construyen los hombres y donde se le busca siempre en vano; el verdadero habitáculo de Jesús, donde se puede encontrarlo siempre, es el fondo del alma de cada hombre, el corazón redivivo de la raza, y en suma Jesús nace y renace eternamente en cada hombre que aparece sobre el haz de la tierra, porque Jesús no es un hombre, sino todos los hombres y es la humanidad hecha símbolo...

"...Jesús, símbolo a la vez que realidad, todo espíritu y a la vez todo trascendencia material, domina los siglos y las generaciones con una fuerza incontrastable e innegable. Y aquellos que pretenden uncir aquella fuerza que representa el hombre-símbolo,

al carro de sus intereses materiales, son víctimas de la más extraña de las ilusiones y del más terrible de los extravíos, pues no comprenden que de su propia obra saldrá su propia ruina. Y aun cuando el corazón del hombre quisiese arrancar de sí todo afecto y toda aversión hacia el hombre-símbolo, siempre quedará la inteligencia fría y la razón indiferente, diciendo: el más divino de los hombres y el más humano de los dioses".

1919

— Candidato a la Presidencia de la República, por el Partido Radical.

1920

— Para la revista "Germinal", dirigida por Joaquín Espada A., escribe un ensayo sobre "El reino de la bestia" en el que a propósito de la post-guerra que se inicia, hace un balance de la contribución latinoamericana a la cultura y la política mundial similar al que, décadas más tarde rubricaría Giovani Papini, y ofrece algunas recetas esquemáticas para enderezar rumbos:

"Pasadas las décadas épicas de la guerra de la independencia donde el alma americana había verdaderamente alcanzado cumbres de real grandeza moral y espiritual, bajo la acción de una ley histórica desconocida y que semeja una ley de mareas y reacciones, nuestra historia ha caído en los fondos de la mediocridad, más aún, de la más reconocida inferioridad. No hablo tanto de los caracteres externos del siglo que hemos vivido antitéticamente contrapuesto al de nuestros grandes hermanos del norte: fuimos pobres, estériles, impotentes, inorgánicos. Fue en Alemania, tierra de ciencia y de esfuerzo, aunque no de sabiduría, donde se encontró el nombre condenador para el gran continente austral: se nos llamaba affenland. Y la raíz de estos males que el extranjero encontraba a flor de piel debíamos buscarla en las profundidades de nuestra alma misma, por mucho que nuestros políticos y reformadores se empeñasen, como hoy mismo, en descubrirla en la superficie siempre irresponsable y casi insensata. Fuimos mediocres e inferiores, como seguimos siéndolo en gran

parte, porque las verdaderas fuerzas invisibles que son la raíz de todo progreso visible, habían desaparecido del fondo de nuestra alma. Las grandes virtudes de sacrificio y humanidad que habían logrado en titánico esfuerzo la libertad del continente, no existen más, o existen apenas. El error se ha infiltrado en nuestras inteligencias y el egoísmo en nuestros corazones. Con tan malos fundamentos morales y espirituales, nuestra vida aparente y fenomenal debía ser lo que es: un régimen de mentira, un florecimiento de miseria, una ruina que comienza siempre y no acaba jamás. Mientras las más de las naciones aportaron su contribución grande o pequeña al hórreo común de la civilización de la especie, nosotros en cien años hemos llevado nada o casi nada. Y sin embargo tentamos todas las grandes tentativas: la democracia, la ciencia, el arte, las grandes empresas de cultura humana, el cultivo de la tierra... y en todo fuimos mediocres cuando no ínfimos. Es el reino de la mentira y la inversión de todos los vuelos humanos. Un sombrío destino pone en todas nuestras obras el signo de los planos más bajos de la naturaleza humana. En los pueblos que han sabido vencerse, aquellas pasiones y afectos que constituyen la contraparte animal del hombre, aparecen siempre dominadas y sofrenadas por aquel elemento superior y celícola gracias al cual la vida adquiere un sentido ya no despreciable y un destino realmente digno. Bajo la presión de esta desrazón práctica, todas nuestras cosas aparecen como invertidas o subvertidas y cual si **SPONTE SUA** estuviesen reñidas con la razón. Y de tanto vivir un absurdo práctico hemos acabado por pensarlo también y por creerlo y lo que es más, por encontrar cómodas razones y teorías que pretenden justificarlo. Creemos que los pueblos se hicieron para servicio de los gobiernos, y no éstos para el de los pueblos, creemos que la ciencia debe ser adquirida para satisfacer nuestras concupiscencias personales y no para aumentar el bienestar de la colectividad; creemos que el arte, y muy particularmente el arte de escribir, debe esquilmarse como una heredad o una vaca en vez de ser el divino instrumento elevador y sublime del hombre interno que entre nosotros llevamos; creemos en la fecundidad de la pereza, en la eficacia de la mentira, en la licitud de todo procedimiento que lleva al éxito aunque aleje de la honestidad; y es así cómo este **CONTINENTE DE JIMIOS**, al decir de los alemanes, ha visto las

más extraordinarias actitudes de hombre, especie de caricaturaras de razón y distorsiones de realidad, cosas caras para novela y sin embargo abrumadoras de verdad: el poeta mercachifle, el prosador celestino, el legislador-picapedresco, el orador sofista, el magistrado-buhonero, el político-empresario, el gobernante ladrón o peor, y todos famélicos, febriles, inexorables, corredores en la carrera de un estadio trágico e inverosímil, y así a la manera griega atletas de un gimnasio de tinieblas y de crimen. Es la erupción de todos los apetitos, y consecuentemente de todas las brutalidades y turpitudes".

"Es el Reino de la Bestia.

"Ahora bien, una de las verdades que se desprende de la inmensa guerra, como una claridad de sangre y de luz para la conciencia, es que el Reino de la Bestia, por sabiamente organizado que esté, en cualquier punto del planeta, colectiva o individualmente, a la hora fatal señalada por los Dioses, debe encontrar su eclipse y su crepúsculo. Puede el Reino de la Bestia haberse edificado en siglos de trabajo, sobre cimientos de ciencia y coraje, con la ayuda de todas las astucias y cálculos: un día debe pasar. Debe llegar un día en que las virtudes oprimidas, las conciencias acalladas, los derechos rotos y las inocencias amordazadas, rompan el yugo diabólico y restablezcan la armonía de las cosas justas...

"Pero éstas como resurrecciones del ideal humano no se cumplen gratuitas, azarosas, aleatorias. Verdaderas refecciones de la historia y del destino, su ley depende sobre todo de la historia y del destino, su ley depende sobre todo de la voluntad humana. Es la voluntad del hombre la que prepara todo: el campo, el surco, la simiente y es esa misma voluntad la que fomenta la divina germinación de las futuras formas que regeneran eternamente la vida. En una palabra, hay que trabajar y hay que dar de sí mismo; y en esto consiste sobre todo lo que un poco vaga e imprecisamente llamamos la cultura humana. Dar de sí mismo; grave problema que muchos enuncian y pocos entienden. En el campo de los afectos que es el principal, significa la reeducación de las pasiones casi siempre inferiores y animales, sobre todas la pasión propia que condensa todos los apetitos y desenvuelve todos los gérmenes de guerra. Más como aceptamos que uno

de los caminos más directos a este campo moral es la inteligencia misma, resulta que esta gran función cultural corresponde sobre todo a la inteligencia, y a la inteligencia en todo lo que tiene de afectivo, de pasional y de estético. Así como las pasiones matizan y modelan la inteligencia, aceptamos que por ley reactiva la inteligencia puede reaccionar tan poderosamente sobre el organismo pasional que puede llegar a modificarlo y transformarlo. No es otro el fundamento de toda educación".

— El Presidente Bautista Saavedra, que toma el poder después del golpe de estado del 12 de julio, partidario de la tesis "reivindicacionista" en el problema con Chile, acredita ante la Liga de Naciones en Ginebra a Félix Avelino Aramayo, Franz Tamayo, Florián Zambrana, Demetrio Canelas y José Espada Aguirre. El 1º de noviembre la Delegación Boliviana presenta la demanda redactada por Franz Tamayo, pidiendo la revisión del Tratado de paz firmado entre Bolivia y Chile en 1904, de acuerdo al artículo décimo noveno del Tratado de Versalles que establecía que "la Asamblea, de tiempo en tiempo, podrá invitar a los Estados miembros de la Liga a proceder a un nuevo examen de los tratados que hayan llegado a ser inaplicables, así como de las situaciones internacionales cuyo mantenimiento pudiera poner en peligro la paz del mundo".

— Chile sostiene la incompetencia de la Liga para revisar tratados y la Delegación boliviana, en vista de la indiferencia de la Asamblea y en previsión de una derrota, posterga su demanda para la asamblea del año siguiente, a la que ya no asiste Tamayo.

1921

— El Círculo de Bellas Artes de La Paz resuelve la expulsión de Tamayo mediante voto firmado por Alcides Arguedas, Juan Francisco Bedregal, Gregorio Reynolds y Fabián Vaca Chávez, por no haber pagado oportunamente sus cuotas a la entidad, pero en el fondo, por discrepancias en torno al contenido de la revista del Centro.

1922

— Interpela al Canciller Ricardo Jaimes Freyre "por sus opiniones contrarias al buen derecho patrio en el asunto con Chile" y el debate sobre el supuesto "practicismo" de Jaimes Freyre se prolonga del 10 al 26 de enero. Tamayo pierde la votación en el congreso y el Presidente Saavedra respalda a su Canciller.

1924

— Publica *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia* (fascículo segundo) 113 p. Una selección:

El pensador es un alquimista teórico, el político uno práctico. Ambos ensayan el arte de transmutar ideas en pasiones y pasiones en realidades o al revés. *** Lo que más agota al fuerte es la continua satisfacción, y la necesidad podría aun resucitar muertos. *** El más grande cristiano, Pascal: nuestro mayor pagano, Goethe; el mayor ateo, Buddha. *** En el arte dramático hay dos acciones, una escénica y otra psicológica o interior. Ambas se combinan indefinidamente. *** Subyace bajo el arte del sonido uno que podría denominarse el arte del silencio. Este es más difícil de conocer y más aún de ejercitar. A veces un espacio insonoro dice más que la nota vibrante. Siempre lo inexpresable será más que lo expresado. *** La ciencia es inquietud de la inteligencia; la sabiduría paz del corazón. *** Hay cierta tontería con trazas de agudeza. Es la peor por incurable. *** El orgullo que es un vicio sirve a veces a la virtud. Algunas veces sólo por orgullo se deja caer en flaqueza o en error *** No midáis el favor de los Dioses por los bienes recibidos sino por los males no llegados. *** Hombres hay en quienes las ideas pronto se convierten en pasiones; otros maravillosos en quienes luego las pasiones se convierten en ideas. Aquellos fabrican la historia; estos la iluminan. *** Sabemos transformar todas cosas en pensamientos pero no todos pensamientos en cosas. Una es facultad de hombres, otra de dioses. *** La más alta felicidad es siempre inconsciente. Toda dicha se ignora a sí mis-

ma. *** Es sabio preverlo todo; más sabio dejar algo al destino. *** Un libro que no está tejido del hilo mismo de la vida es vano y perecerá. *** La obra del mismo pensador es siempre desigual: unas veces muerde la carne de la vida como una pulga, otras la ahonda como una puñalada. *** Pensar es al pensador lo que esculpir para la piedra: la desgasta pero la esculpe; y así quien piensa es a un tiempo escultor y escultura. *** En Francia la cordura se envuelve de futileza, y en España la locura se emboza de gravedad. Como en América aprendemos de Francia y heredamos de España, sólo alcanzamos la futileza de los unos y la locura de los otros. *** Los más no viven en la esperanza de vivir. *** Una de las mayores penas de la vida es que según avanza, todo, hasta el arte, se desvaloriza. *** Cada vez hay más la ciencia de las religiones; cada vez menos la ciencia de la religión. *** Es el dolor para el sabio una claridad, para los mansos una llama purificadora, para los más un veneno inevitable. *** Dolor que no enloque, envilece. *** Los sufrimientos son como cordilleras mágicas: se alcanza una cumbre y siempre aparece otra mayor. *** La magia y la flaqueza de Grecia es su sumisión al instinto de la belleza. *** Es probable que la ruina romana provino de su culto y sumisión a la fuerza pura. En Roma fue el derecho el más glorioso servidor de la fuerza. *** La serenidad griega está en los libros y estatuas griegas más que en los griegos. Y lo que hoy sobrevive de Grecia es su ataraxia ideológica y divina y no su turbulencia real y humana. *** La necesidad es sentida de todos y entendida de nadie. De ella vienen todo mal y todo bien; se aumenta con la ignorancia, y es fuente de toda ciencia. No hay mayor desdicha, y por ella nace toda felicidad. Los dioses y los hombres, la ciencia y las religiones, todo está bajo su férula; y es tan absoluta y ubicua que parece ser la esencia íntima y última ratio de todas las cosas. *** Siempre ennoblece el dar; siempre desmedra el recibir. *** La verdadera libertad es siempre un hecho interior. *** Cuando el pensamiento es visible se llama acción, cuando la acción es invisible se llama pensamiento. *** No se sabe si la muerte enseña algo; pero sí se sabe que es una forma de libertad. *** Sueñan quienes hablan del crepúsculo de los dioses. El paganismo vencido aparente es un vencedor real. Ni Eros que es el deseo, ni Afrodita que es la belleza, ni Ares que es la fuerza, ni Zeus que es el poder, ni Danae o el Becerro que son la codicia, dejan de fanatizar a los hombres, y cómo! Así perduran las cosas debajo de sus nombres muertos. *** Las ideas, como las semillas: más que ellas importa lo que proliferan. Las más altas son las que hacen pensar más; las más nobles las que hacen sentir mejor. Así, según el hombre, se saca de unas calor de vida, de otras luz. *** Tan hondo fueron Homero y Shakespeare en la naturaleza que desaparecieron. Pronto la posteridad dudó de su identidad. Son casos en que la suma verdad acaba por consumir toda personalidad. *** Toda guerra es siempre amenaza para el imperio y esperanza para la servidumbre. *** Una cosa triste y maravillosa es que detrás de la mayor verdad siempre aparece otra verdad más verdadera. *** La influencia real de Don Quijote es hoy mayor que la del mismo Cervantes, a no ser que se identifique a ambos lo cual sería falso e injusto. *** Es una profunda necesidad del hombre, obre bien o mal, de dar una razón de su obra. *** Qué importa no poder sobre los demás si ya es bastante poder sobre sí mismo. *** Nada más ingénioso que el miedo. *** La filosofía, sobre todo en su forma clásica, es como una poesía matemática. *** Shakespeare y Cervantes sabían el arte de hacer hablar a la sabiduría por boca de la locura. *** Siquiera una vez en la vida es útil haberse aproximado voluntariamente a la muerte. *** Dichoso el dolor cuyo sollozo estalla hacia afuera. *** Una infancia sin gracia, una juventud sin pasiones, una virilidad sin orgullo, una vejez sin sabiduría acusan pobreza o aberración de naturaleza. Todo el milagro de la naturaleza consiste en adecuar una forma de vida, en el lugar e instante justos, a cada individuo. Como siempre aquí hay una ley de relación. *** El hombre da, la mujer se da. *** Guardaos de la canalla: sus miserias afectan y sus alegrías rebajan. *** Como hay un arte de dar, existe una necesidad de rehusar. *** No pidais a los dioses la carencia de males sino el medio de combatirlos. *** Un verdadero dolor es siempre raro y caro como un verdadero diamante. *** Escribir profundamente es en cierta manera entregarse. *** La mayor realidad conocida, vivir; el supremo placer, crear. *** Solitario destino: otros viven diversamente, dispersamente; mas el pensador se consume en sí, como la cera, alumbrando. *** Una relación de polaridad existe en la especie. Como todo lo que vive, esta se agrega y desagrega, y estas dos fuerzas, centrífuga

y centrípeta, se polarizan en ambos sexos. De tal manera en la historia que es como una estratificación sintética de la especie, se descubre un elemento femenino de estabilidad y conservación, mientras el factor masculino es todo evolución. *** Para un grande espíritu las batallas y victorias decisivas son siempre interiores. *** No se posee uno mientras no sabe que se posee. *** La razón aconseja que pongamos alguna vez una gota de locura en el vino trivial de nuestra vida. *** Dad siempre: es la forma más elevada de la acción; no os deis jamás: es la forma más peligrosa de la pasión. *** El fuego del corazón da en unos llama, en otros luz. *** El hombre es una brújula cuyo polo está dentro de sí mismo. *** Algunas verdades aparecen absurdas porque se las oye por vez primera, y muchos errores perduran como verdades porque se repiten siempre. *** El tiempo es un vaso fatal y móvil: unos lo llenan de oro, otros de escoria, otros de nada. *** Por alto que florezca el árbol en el cielo dorado y azul, arraiga siempre en la tierra humilde y negra. *** Un espíritu inquieto, un alma rebelde son para sí como para los demás, un peligro y una esperanza. *** Para los Icaros: mientras el hombre viva en la tierra debe contentarse con ser terrestre y mientras nazca de mujer con ser humano. *** El hombre que sueña con agotar el conocimiento es como un prisionero que intentase aprisionar su propia cárcel: la naturaleza. *** Unos ponen una ciencia o una técnica al servicio de sus pasiones, — son los artistas; otros ponen una voluntad al servicio de una idea, — son los sabios y los héroes. *** Con sólo la filosofía del justo medio no habría progreso; pero sin ella la vida tampoco sería estable. *** Todo progreso es esfuerzo y todo nacimiento desgarradura. *** Me place hablar de mí mismo como de un otro. *** La palabra más profunda de todas las lenguas, yo. *** Ni el lloro, ni el cálculo, ni la plegaria pueden contra el dolor. Lo sólo eficaz es la voluntad de no sufrir. *** Mejor se vive de sí mismo que de los demás, pues así se acaba viviendo para sí mismo y para los demás. Y este es el más alto fin. *** Hay una escala de intensidad y variedad en el dolor que el sabio convierte en escalera. *** Toda experiencia interior es una aventura; toda aventura es una experiencia. Las hay que cuestan la vida, y otras peores que dejan la vida, y cuestan el alma. *** No hay que hacer del arte el tirano sino el servidor de la vida. *** No ama la suer-

te a los apurados, y es ancilar toda premura, y señoril el reposo. *** La magia de la vida es tal que las más amargas horas, contempladas a distancia ya se miran con dolorosa añoranza y con misteriosa gratitud, probablemente porque en ellas se vivió más hondo que en otras. *** La maravilla de la poesía consiste en esto: siendo una alta forma de acción humana, es toda interior, y debiendo ser como todo lo interior, invisible, es sin embargo la mayor epifanía. Alcanza la apariencia de los fenómenos materiales sin su caducidad, y el esplendor de los ensueños y de las ideas sin evanescencia e inconsistencia. Es la mayor tentativa de inmortalidad, y marra menos que la ciencia en la tarea de divinizar al hombre. Las pocas e incompletas victorias de la vida sobre la muerte se alcanzaron por manos de la poesía. *** Para la especie como para el individuo la hora típica de la moral parece sonar con la vejez y el instante de la fatiga. No hay adolescente moralista como hay adolescente poeta. *** Hay en todo estilo un movimiento dramático que es la vida misma del pensamiento escrito, porque por bajo de toda forma que afecta es su propio ritmo e intensidad. Ese ritmo cuanto menos visible, más hondo, y cuanto más hondo, más vital y perdurable. *** Toda juventud es ignorante y poderosa; y a la vejez más despreciable no le falta alguna sabiduría aún en el instante de acostarse en la tumba. *** El castellano bárbaro de nuestra América, a fuerza de afirmarse, acabará por crear una grande lengua propia, en su esencia ininteligible para España. Hoy mismo ya ni nos entienden ni les entendemos. *** Siempre hay un hombre interior y jamás un hombre íntimo, pues cuando se siente lo de dentro enseguida se presiente lo de más adentro. *** El signo más agudo de la vida es la pasión. *** Para ciertos espíritus olímpicos un solo pensamiento de nobleza o verdad que inspira la miseria de los hombres es suficiente paga y consolación. *** Hay un estilo cuya fuerza no viene ya de la perfección de su forma, pero de la profundidad de su sentimiento. Cuando se siente mucho, por mal que se escriba se escribe siempre bien. *** Siempre se dialoga con alguien: los pensadores con los muertos, los hombres de acción con los vivos, y los creadores con los aun no nacidos. *** Ciertos libros son como lámparas mágicas: sólo alumbran para la posteridad. *** Miente el presente lo que la posteridad desmiente; y hoy es prohombre quien mañana rubor de la es-

pecie. Así el presente confunde las vejigas de viento con los orbes de luz. *** Casi siempre la grande erudición significa una impedimenta para la inteligencia. Gran fuerza necesita esta para seguir volando libre bajo el peso de ideas de tantos. *** Se aprende de los demás, por no poder más, y es la juventud; se aprende de sí mismo para enseñarlo a los demás, y es la madurez. *** No enseña menos el mal de la vida que el bien. Aprende el fuerte de aquel, de este el generoso, de ambos el sabio. *** El mayor índice del filisteo es la carencia o la simulación del estilo. *** La conciencia de la muerte da al pensamiento un aire de inmortalidad que es tristeza y serenidad. Saber que hay que morir es poseer una verdad que trasciende más allá de la muerte. Todo conocimiento es una especie de posesión; y conocer la certeza de la muerte es como poseerla y casi dominarla. Ese conocimiento que todos tienen no es igual en todos. Unos lo entrañan más, otros lo piensan menos; algunos lo transforman en sumidero de energías, otros en fuente de serenidad; y los más que lo saben como si no lo supiesen. *** Los miserables poseen la esperanza, los fuertes la fe, los buenos la caridad. La más intelectual de las virtudes, la fe, la más sublime, la caridad, la más práctica, la esperanza. *** Casi siempre la filosofía admira lo que no entiende mientras la ciencia niega lo que no explica. *** El innato horror a la muerte viene quizás de que ya se ha muerto otras veces. *** Se hace ciencia señalando y comprobando las cosas sabidas, y también las no sabidas. Señalar bien o exactamente lo que no se sabe es el primer paso para saberlo. *** No todo enseña igual. Ciertas tareas u oficios son más instructivos, otros más lucrativos, y los peores infecundos de bien y mal. Es de un buen hado reconocer a tiempo su propio campo. Algunos pasaron la vida sólo buscándolo; otros aun viviendo breve lograron la mayor vida. *** La palabra fin no existe en la naturaleza. Cuando algo acaba es que algo a la vez comienza. *** Unos escriben para mostrar lo que saben, otros simplemente para enseñar. *** El pensador en América debe usar de dos lenguajes, uno infantil, casi pueril, para hablar a sus coterráneos, y otro viril y completo para hablar a sus demás coetáneos. *** Todos los libros que hacen pensar son buenos; no todos los que hacen sentir son provechosos. *** Con la última conquista romana comienza la decadencia. Todo ideal alcanzado es un comienzo de muerte.

1926

— El Presidente Siles lo invita a desempeñar el cargo de Consultor de la Cancillería, que Tamayo acepta por corto tiempo.

1927

— La Revista "La Sierra" del Perú, pide sendos mensajes a la juventud de Indoamérica a Franz Tamayo y al argentino Alfredo Palacios. Algunos párrafos del mensaje tamayano:

"El ideal democrático por el que derramaron su sangre nuestros mayores está más eclipsado que nunca, más amenazado que en cualquier tiempo y ello no tanto por enemigos materiales que si son temibles lo son mucho menos que los inmateriales, digo las ideas y los pensamientos de los hombres. No acongoja tanto el reino de la espada instaurado en varias de nuestras repúblicas, hecho luctuoso de suyo, no acongoja tanto la ciega acción de nuestros hermanos que hablan inglés y que nos oprimen con el peso de su dinero siempre y con el de sus espadas a menudo, no acongoja tanto ver cómo en ilustres naciones del viejo mundo que necesariamente nos sirven de espejo y paradigma, también la fuerza sin justificación doctrinal reina y gobierna sobre el silencio de la inteligencia y de la conciencia. En nuestro propio continente libre y libertario se levantan voces americanas para asentir concientemente a la violencia y renegar del ideal democrático. Este parece el peor de los males... Es preciso condensar dentro de nosotros mismos el mayor acopio de fuerzas espirituales de que somos capaces. Aún cuando pudiésemos oponer la fuerza a la fuerza no lo aconsejaría yo. En los momentos más severos de la historia, las batallas y las victorias definitivas las ha dado y obtenido siempre el espíritu servido de la inteligencia y de la voluntad. Tiene el espíritu un arsenal de armas propias a su servicio. Tiene la fe en la justicia con que el hombre sufre en paciencia todo lo ineluctable y aún más. Tiene la voluntad de sacrificio y recompensa, granítico fundamento sobre el que se edifica lo estable en los siglos y bajo del sol. Tiene la voluntad de decir No a toda injusticia y toda mentira humana..."

"...Que los injustos y los violentos nos tomen el cuerpo y y las cosas, pero no el espíritu... El camino ¡Oh hermanos!, está en nosotros mismos, trabajar, trabajar, trabajar. Cuidar el propio cuerpo sano y fuerte para alojar en él un espíritu sano y fuerte también. Mirar sin miedo a la pobreza como a la maestra del esfuerzo fecundo y del trabajo liberador. Guerra a los vicios, los del cuerpo, que huelen mal y los del alma que huelen peor, el servilismo, la adulación, la mentira, la pereza que quiere comer y goza sin trabajar ni producir; la inepcia que quiere honores sin merecerlos, la astucia y la falacia cuya sola fuerza consiste en engañar a los simples y en cebar a los viciosos que pueden servirles a su vez".

"Una última palabra sombría pero necesaria.

"Nuestros hermanos del norte tienen el culto del becerro de oro y por él perecerán. Otras naciones más grandes que ellos perecieron de lo mismo y las leyes eternas de la vida no mienten jamás... He aquí la fórmula: para otros lo material en que la bestia reina. Para nosotros, el espíritu inmortal".

— Publica *Nuevos Rubayat*, libro que contiene 262 cuartetos. En cuanto a la forma, Tamayo sigue el ejemplo del poeta de Nisapur, pero se aleja de Omar Kayyham en cuanto a su propia concepción de la vida. En los versos endecasílabos de Tamayo se encuentran reflexiones sobre la Verdad, la Sabiduría, el Tiempo, la Rebeldía humana, el enigma divino, la Poesía y la Ilusión, el Misterio metafísico, la Historia y otros temas, entremezclados con trozos autobiográficos.

1930

— A la caída del régimen de Hernando Siles y como candidato a Diputado por La Paz, presenta a consideración del electorado su proyecto de "Ley Capital" en la que proclama el derecho del pueblo al tiranicidio, para acabar con el "banditismo gubernativo".

1931

— Es elegido Presidente de la Asamblea legislativa.

1932

— Guerra con el Paraguay, conflicto que significa para Bolivia la inmolación de 50.000 vidas jóvenes, la mayoría indígenas, y la pérdida de todo el Chaco Boreal con el que Paraguay duplicó su territorio.

— El Presidente Salamanca invita a Tamayo a que se haga cargo de la Cancillería.

— Voto del Concejo Municipal de La Paz: "Vistos y considerando: Que el H. Diputado por la ciudad de La Paz, en actual ejercicio del cargo de Ministro de Relaciones Exteriores y Culto, ha emitido aserciones injuriosas contra el pueblo de su nacimiento, atribuyéndole sentimentos subalternos de regionalismo que están muy lejos de germinar en el seno de la colectividad paceña que tiene dadas pruebas de su amplio bolivianismo.

Resuelve: Protestar contra la calumniosa imputación del Canciller de la República al pueblo de La Paz y declarar al ciudadano Franz Tamayo persona ingrata a la localidad e indigno de seguir representando en el Parlamento al pueblo que ha denigrado".

— Publica *Scherzos*, plural españolizado del verbo italiano *scherzo* (en plural *scherzi*) que equivale a "broma" o "juego", y en el título se transparenta la intención del poeta, que expresa esa intención ligera de su canto, en *seguidillas*, estrofas de siete versos formadas por heptasílabos y pentasílabos. El contenido del libro es el siguiente: Preludio, I.— Scherzo Matinal; Interludio Primero, "Canta Anacreonte". II.— Scherzo de Primavera; Interludio segundo: "Canta Horacio"; III.— Scherzo del Ruiseñor; Interludio tercero: "Canta

Goethe"; IV.— "L'Allegro"; Interludio cuarto: "Fessi Rerum"; V.— "Il Pensieroso"; Interludio quinto: "Balada de Claribel"; IV.— Scherzo del Aire; Interludio sexto: soneto en honor de Góngora; VII.— Scherzo Báquico; Interludio séptimo: "La víbora invisible"; VIII.— Scherzo del Fuego; Interludio octavo: "Cusi Coyllur"; IX.— Scherzo de la muerte; interludio noveno: "Romance de Europa"; X.— Scherzo Sinfónico: Epodón.

1934

— El Partido Republicano Genuino, en el gobierno, lo elige como candidato a la Presidencia, acompañado de Rafael Ugarte (cuñado del Presidente Salamanca), como candidato a la vicepresidencia. José María Zalles, por el Partido Liberal es el candidato opositor.

En los comicios del 11 de noviembre es elegido Presidente de la República pero el día 27 del mismo mes, el comando militar derroca al Presidente Salamanca en Villa Montes y anula las elecciones. Un populacho aleccionado arroja piedras a las ventanas de la casa de Tamayo en la calle Loayza, y los campesinos asaltan e incendian la casa de Yaurichambi, azuzados por el corregidor liberal de la región.

1939

— Publica *Scopas,* canto dedicado a la Belleza, como única realidad sagrada, ultraterrenal. El argumento gira en torno a Scopas, escultor, cuyo amor se disputan Doris y Aglae, la primera representante del amor sensual y la segunda del espiritual. El diálogo entre los tres personajes transcurre en el taller-jardín, del artista, donde se encuentran varias esculturas salidas de su cincel. Intervienen también tres coros: "de Esperanzas", de "Amores" y "de Potencias". La obra está dedicada a la memoria de su hijo Ruy Gonzalo, fallecido mientras hacía el servicio militar durante la guerra del Chaco y a quien en el Preludio, Tamayo llama

simbólicamente con el nombre de Adonais, del griego "adoná", goce sumo.

— Los estudiantes de La Paz proponen su candidatura a Rector de la Universidad de San Andrés, que Tamayo rechaza.

1942

— Publica el folleto *Para siempre* airada y demoledora réplica a la biografía *Franz Tamayo, hechicero del Ande* (retrato al modo fantástico) que le dedicara Fernando Diez de Medina.

1944

— A raíz del golpe de estado de la logia militar RADEPA (Razón de Patria) y el Movimiento Nacionalista Revolucionario contra el gobierno Peñaranda, se convoca a una Asamblea Constituyente y Tamayo es elegido, por quinta vez, Representante por La Paz (mandato que ejerce de julio de 1944 a abril de 1945).

— Los Representantes lo designan Presidente de la Asamblea, por aclamación y Tamayo coloca en el pecho de Villarroel, la Medalla de Sucre.

— Pese a la oposición del oficialismo Tamayo toma el juramento como Representante a José Antonio Arze, jefe del Partido de la Izquierda Revolucionaria y a otros dirigentes de la oposición.

1945

— Publica *Epigramas griegos,* en número de 302, bajo la influencia, según manifiesta en la introducción, de la *Antología griega,* recolección de versos breves de autores clásicos helenos. Los epigramas están escritos en hexámetros trímetros y se refieren a motivos estéticos, vivencias personales y loas a grandes poetas del pasado.

1946

— De un voto resolutivo de la Federación Universitaria de La Paz: "Que el escritor Franz Tamayo en el último período de su encanallecida vida pública sólo sirve para sostener un régimen de violencia contrario a los principios que predicó en sus años de aparente lucidez mental...

Resuelve: Manifestar su solemne desprecio al excelso poeta y excecrable ciudadano que en el ocaso de su miserable existencia, etc." ("Tribuna Universitaria", director José Jiménez Vega, 30 de abril de 1946).

— 21 de julio: el Presidente Villarroel es derrocado y su cadáver colgado de un farol de la Plaza Murilo. Corren la misma suerte algunos de sus colaboradores.

1947

— En la fiesta de Corpus Christi (junio) es asaltada por los colonos la casa de hacienda de Quena-Amaya en el Altiplano, de propiedad de la familia Tamayo.

— Publica el folleto *Tamayo rinde cuenta,* en el que explica su conducta durante el gobierno de Villarroel y su intervención a fin de que no se produjeran otros hechos de sangre como los fusilamientos del 20 de noviembre de 1944 en Oruro y los Yungas paceños.

1950

— (26 de julio) publica en "Ultima Hora" de La Paz, un mensaje al pueblo boliviano oponiéndose a una posible negociación de un corredor marítimo a cambio de las aguas del Lago Titicaca.

1952

— Triunfa la revolución del Movimiento Nacionalista Revolucionario. Organízase la Central Obrera Boliviana, se nacionaliza las minas de Patiño, Hochschild y Aramayo, se decreta la Reforma Agraria y el voto universal.

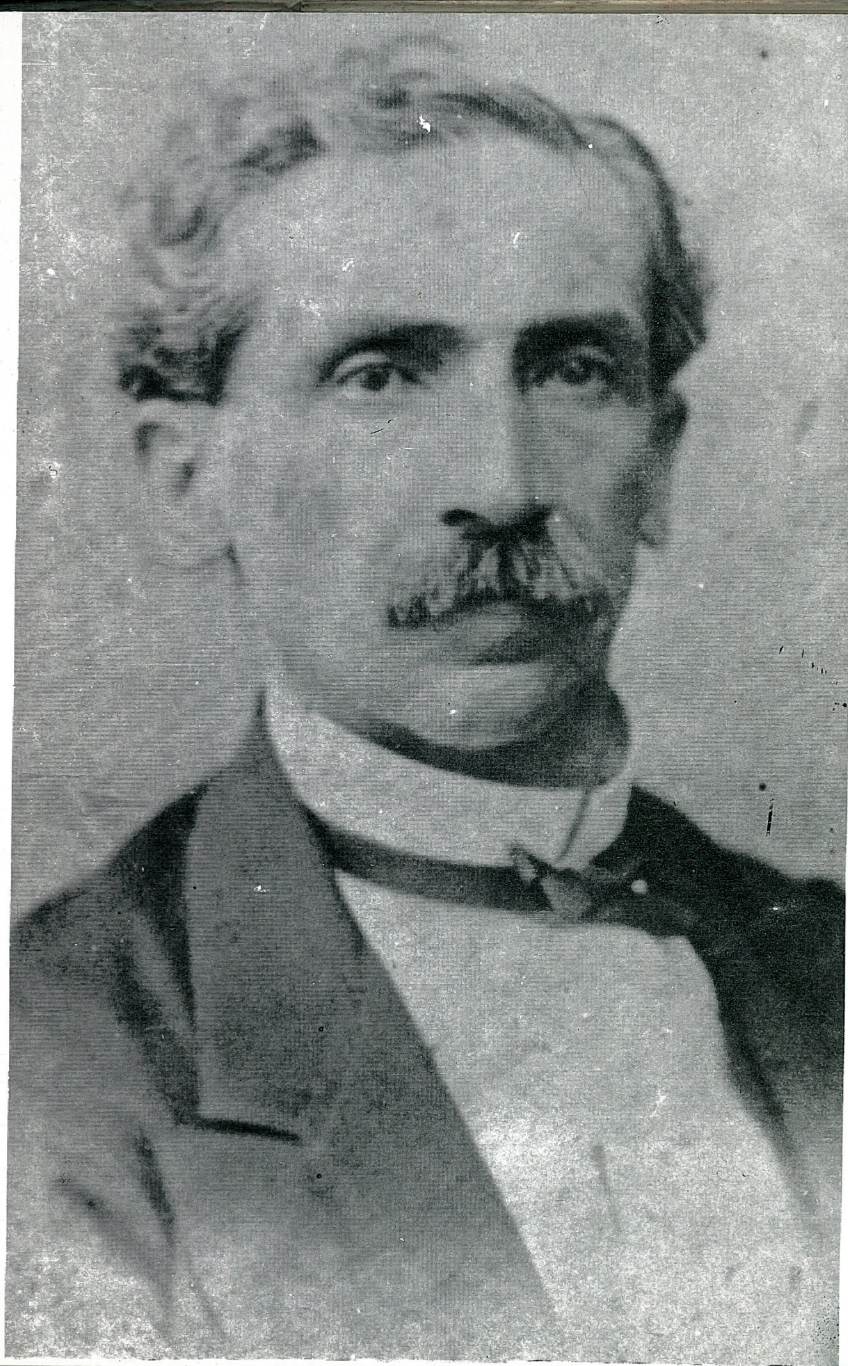
1953

— Mensajes a los estudiantes y a los obreros.

1956

— Fallece en La Paz, el 29 de julio.

ICONOGRAFIA



Don Manuel Torcuato Tamayo, abuelo de Franz.



Isaac Tamayo padre de Franz, a los 40 años.



Tamayo a los seis años de edad. La fotografía tiene una dedicatoria a su madre en el dorso.



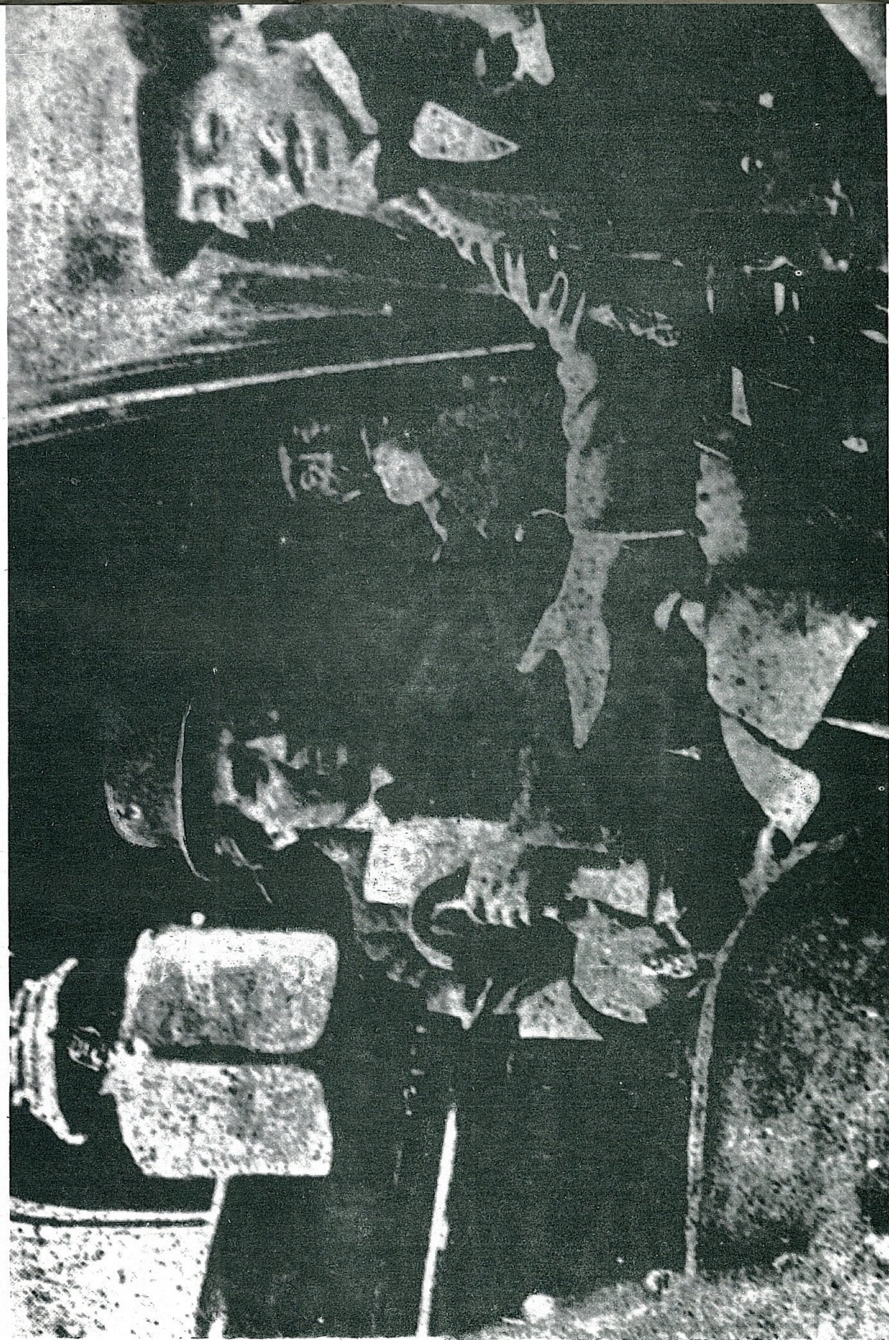
Tamayo a los 22 años cuando estudiaba en París.



Luisa Galindo en sus años mozos, cuando Tamayo se enamoró de ella.



Tamayo a sus 25 años.



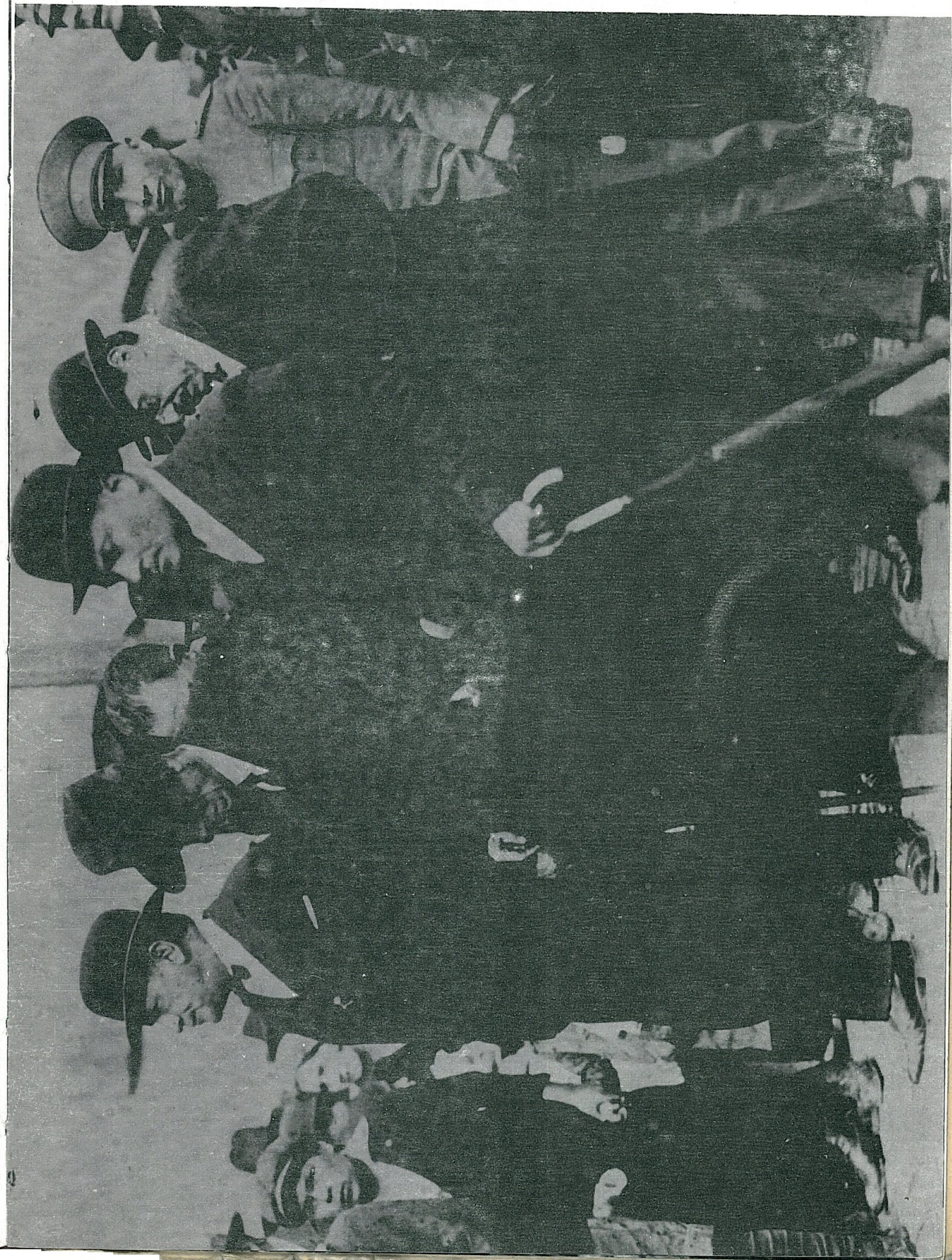
Tamayo a su llegada de Ginebra, después de haber formado parte de la delegación boliviana ante la Liga de Naciones, con el jefe radical don Daniel Sánchez Bustamante.



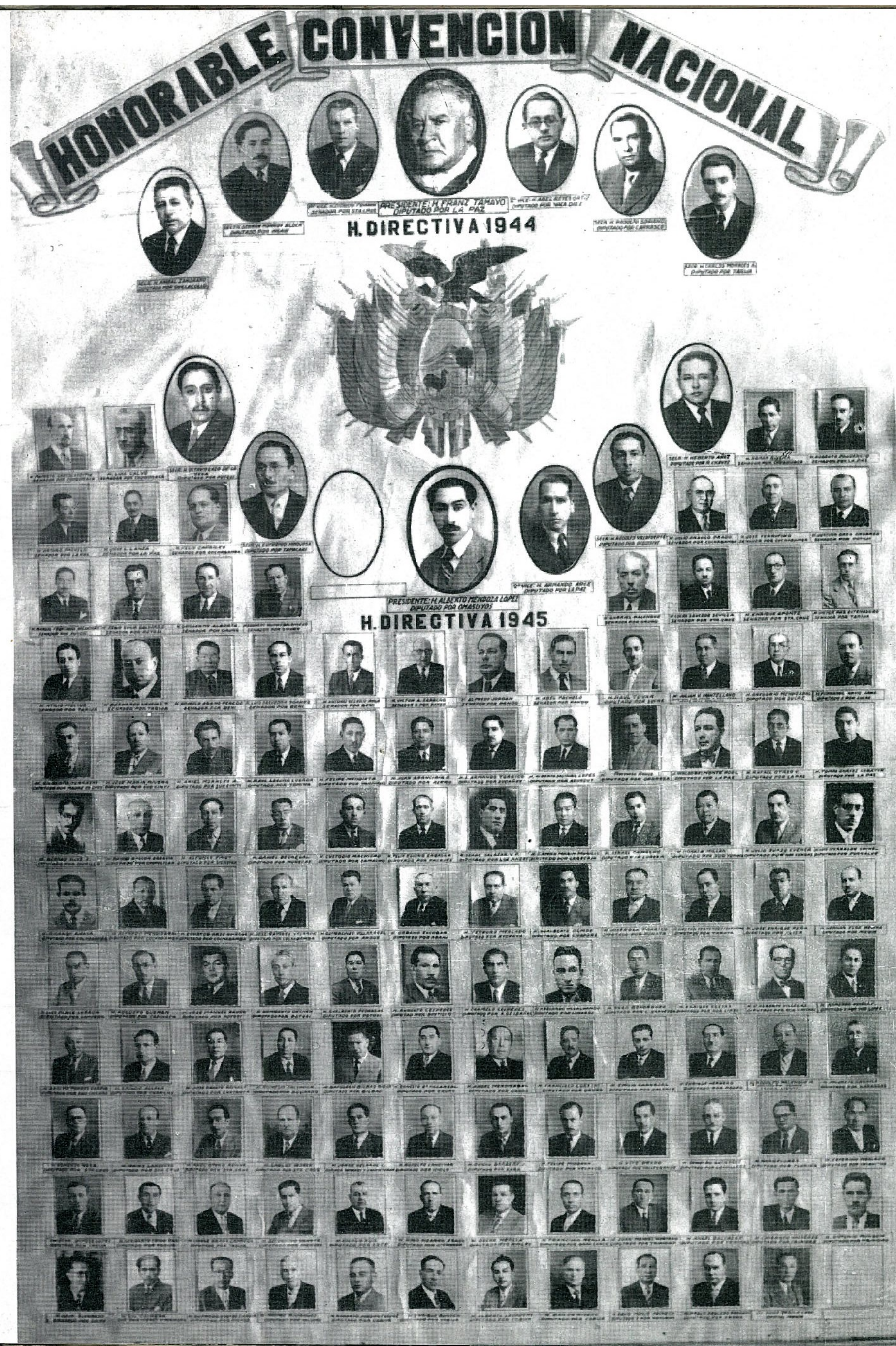


Tamayo en 1931 cuando presidía el Congreso Extraordinario.

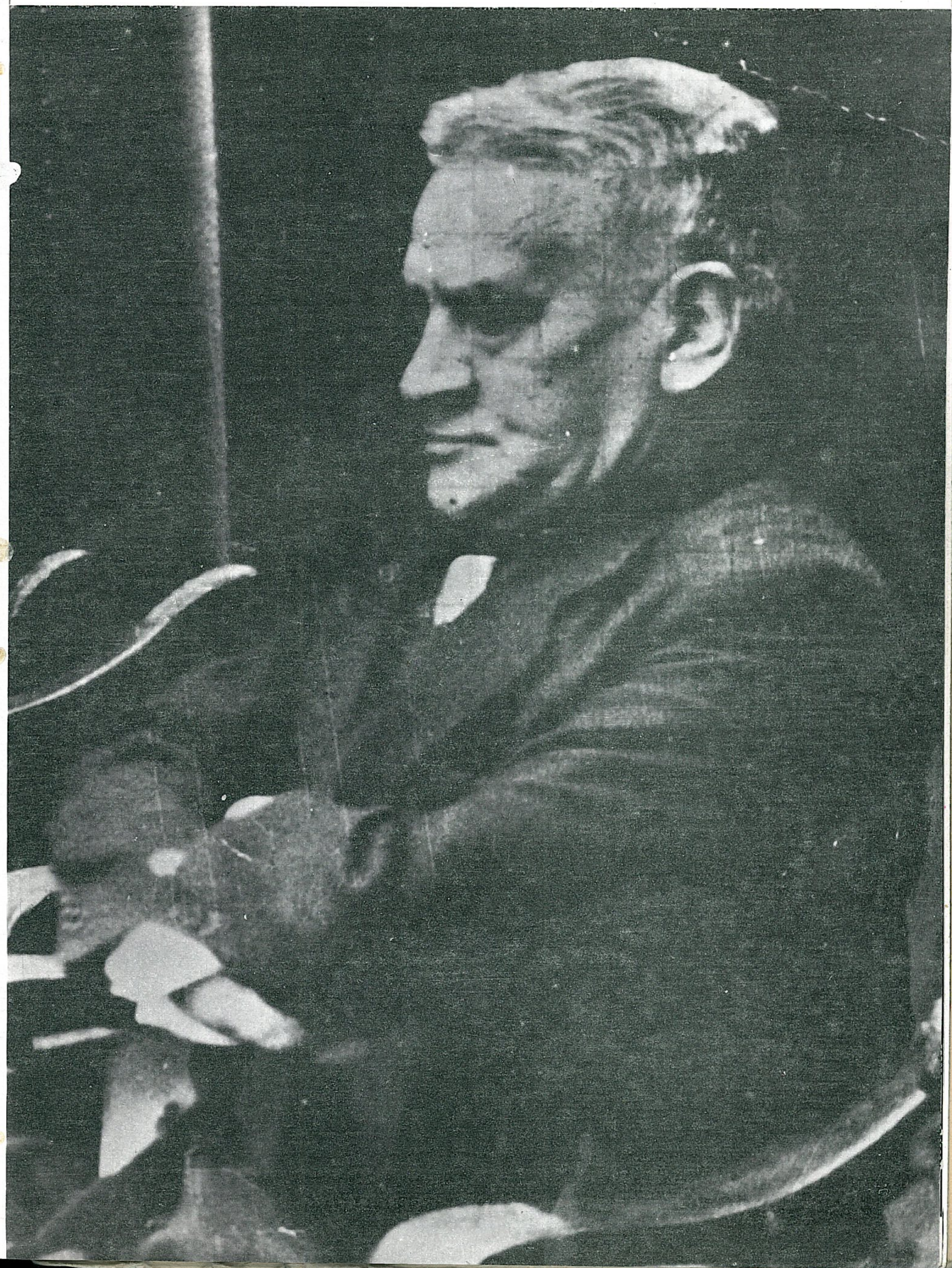
El Congreso Extraordinario de 1931. Al centro, izquierda, Franz Tamayo.



(De izquierda a derecha: Franz Tamayo, el Presidente Daniel Salamanca y Demetrio Canelas, en el entierro de un combatiente del Chaco.



La Convención Nacional de 1944 presidida por Franz Tamayo.





Presidente de la Asamblea, 1945.

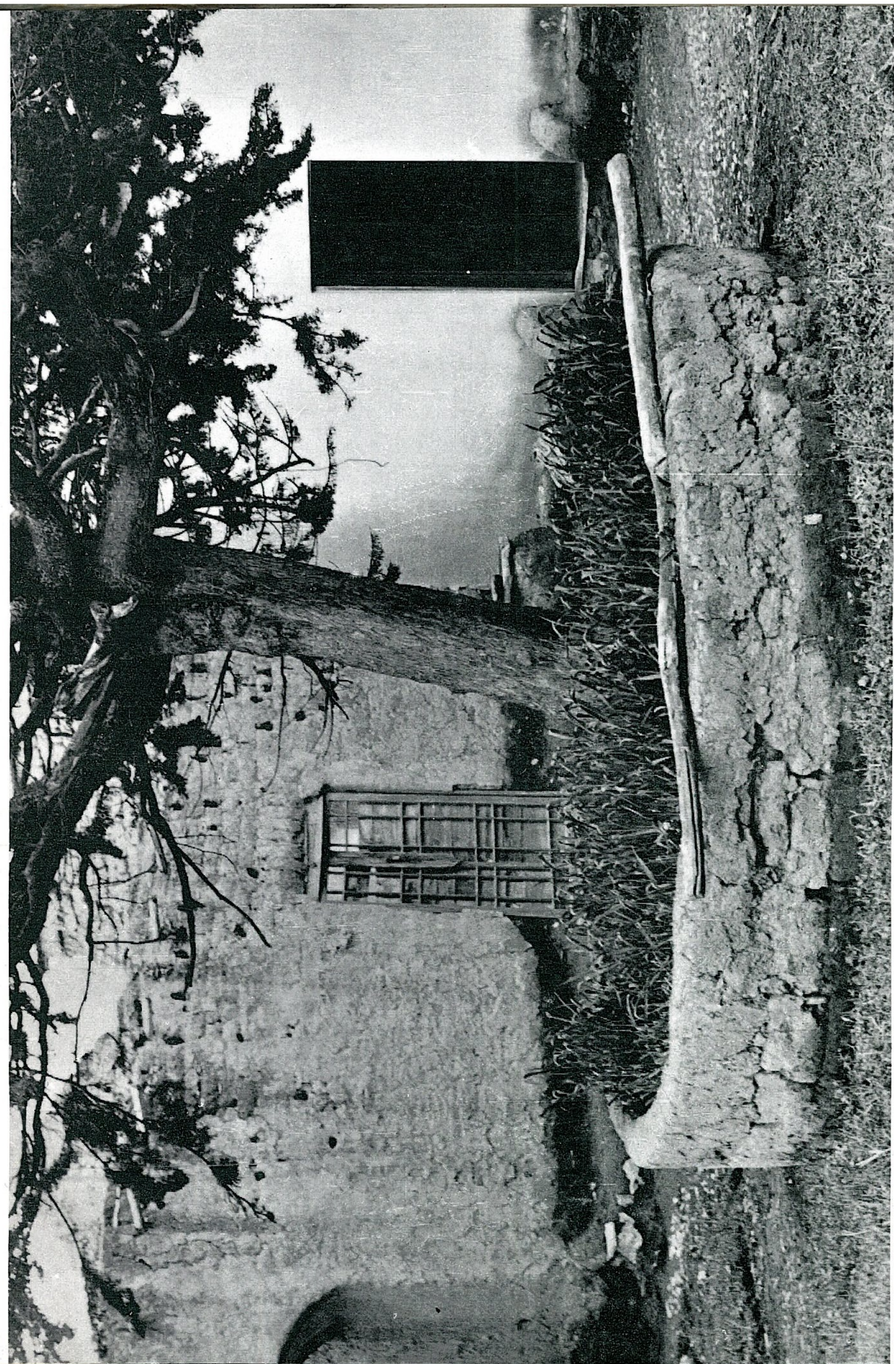


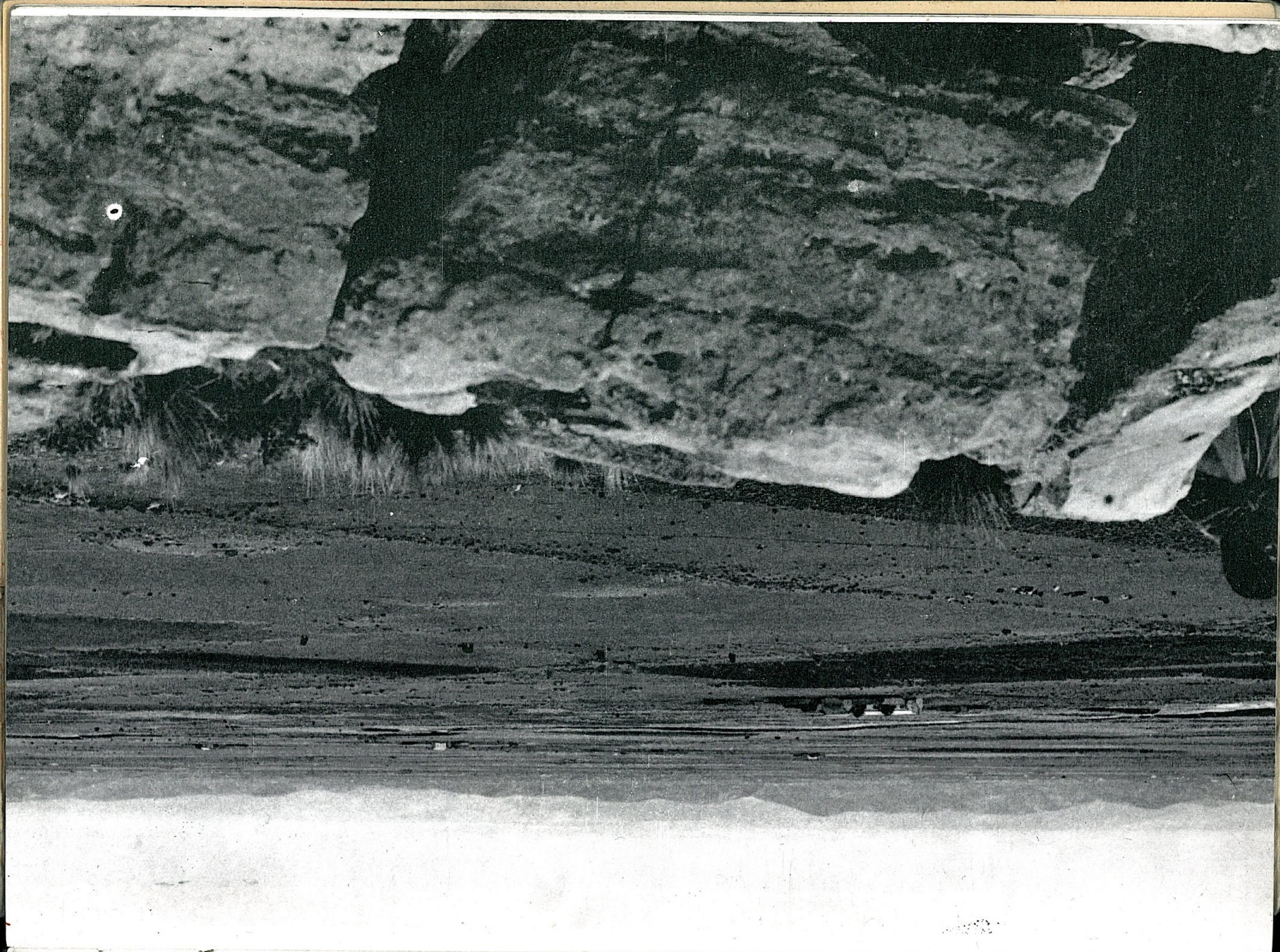
Tamayo y el Presidente Villarroel (1944).

Fotografía tomada por Dn. Julio Cordero en 1944.

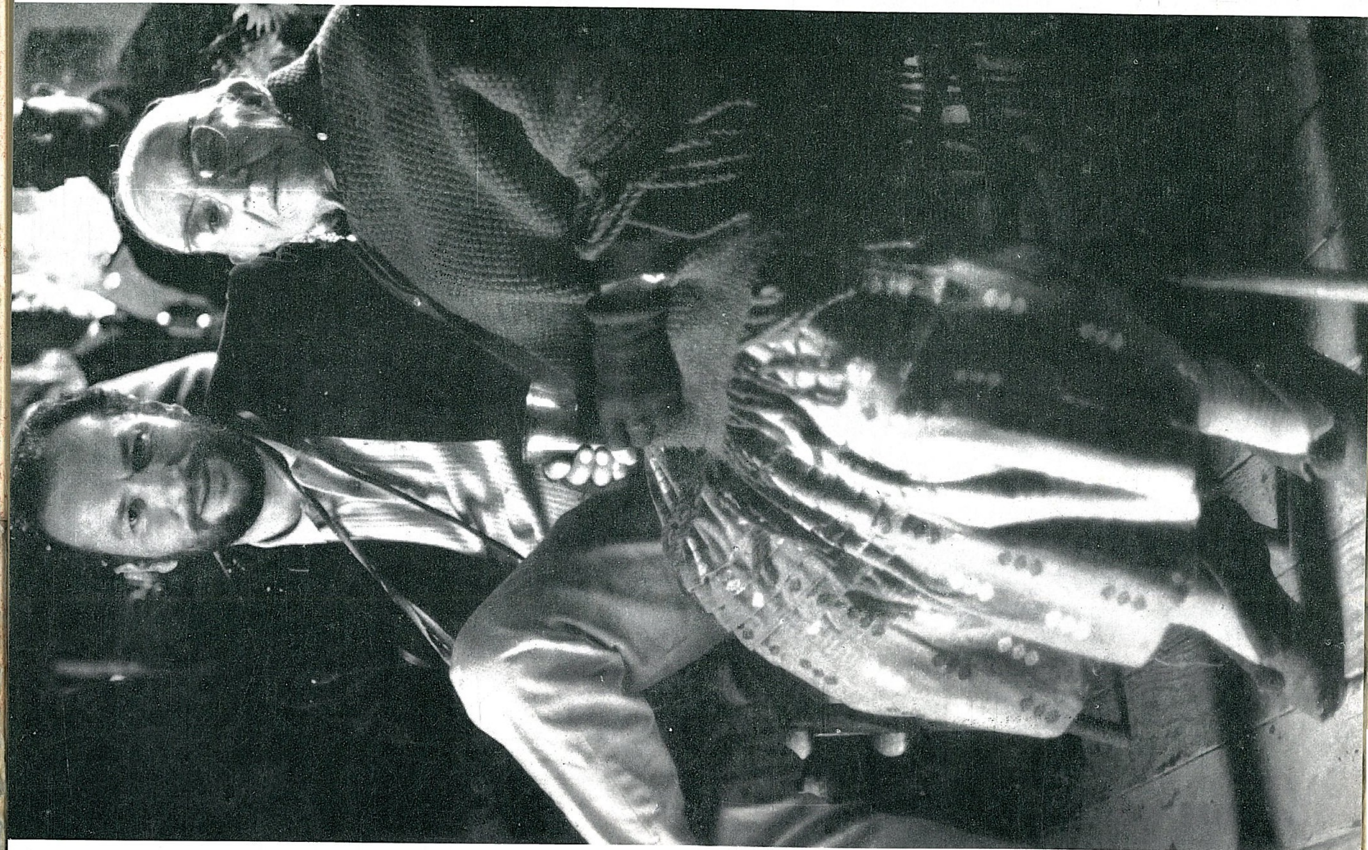


Asomado a su balcón de la casa de la calle Loayza, en los últimos meses de su vida.





Patio de la casa de hacienda de Yaurichambi (Fotografía de M. B. G.)



En este montículo, a pocos metros de la casa de hacienda de Yaurichambi, Tamayo escribió parte de su obra poética. (Fotografía de M. B. G.)

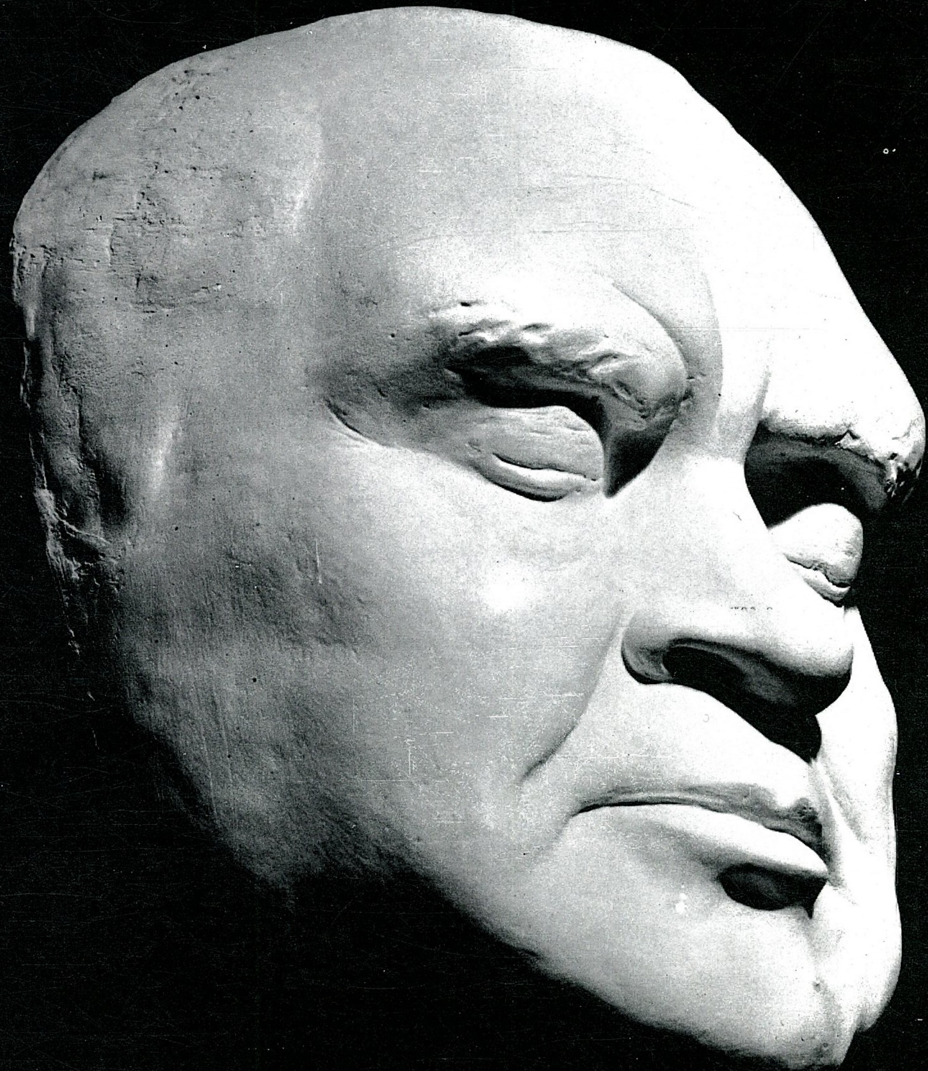


Doña Luisa Galindo con el autor, en Yaurichambi en el año 1970.

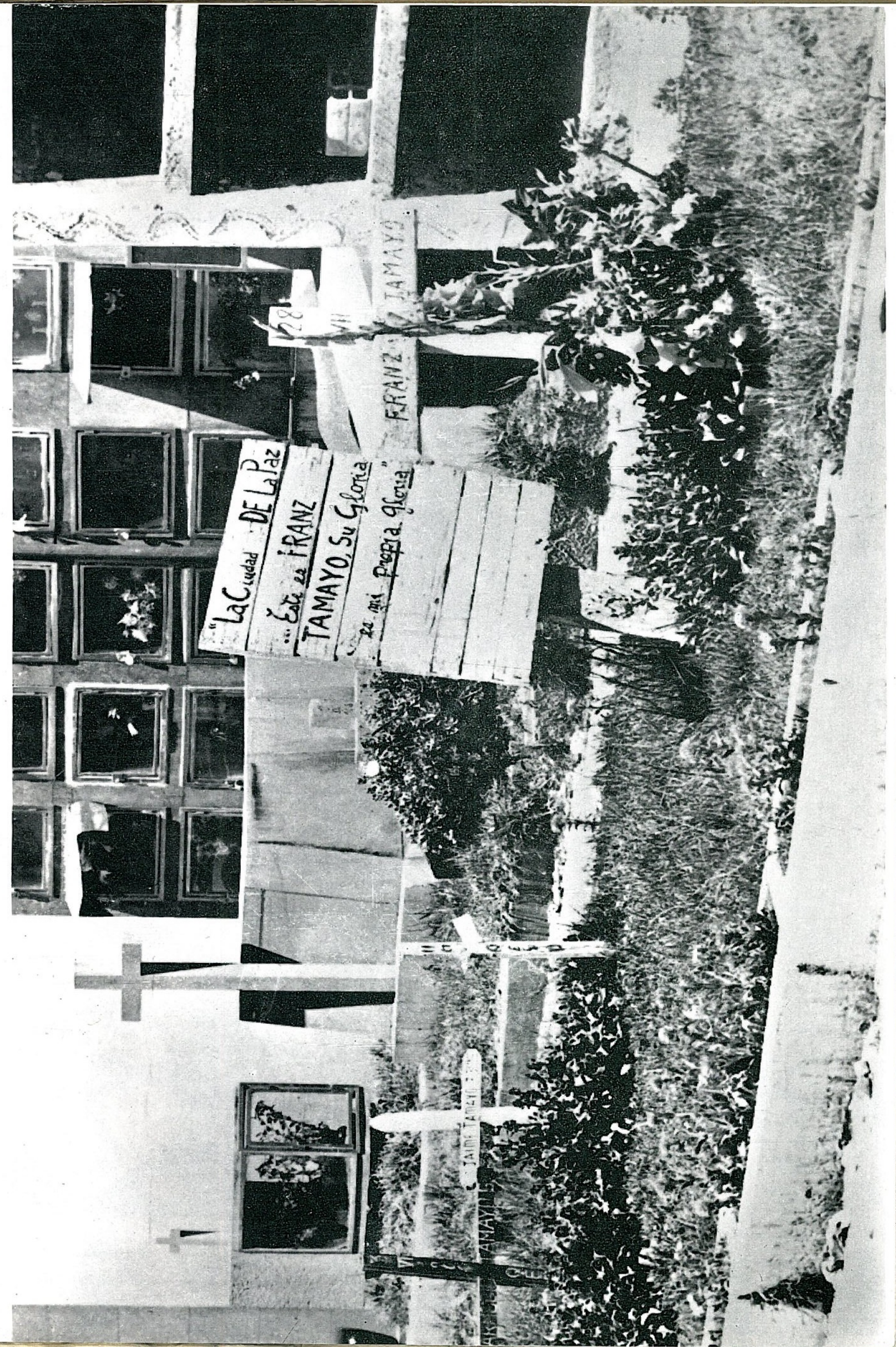


Doña Luisa Tamayo conversando con el autor, 1975.

Doña Luisa de Tamayo, fotografiada en la sala de su casa de San Pedro, con el retrato de su esposo, al fondo (1975)



Mascarilla fúnebre de Tamayo.





Tumba de Tamayo en el cementerio general de La Paz. La modesta armazón de madera reza: "Ciudad de La Paz: "Este es Franz Tamayo, su gloria es mi propia gloria". Al lado, una cruz, también de madera, con el nombre del poeta. (Fotografía tomada en 1977).

Las dos hijas de Tamayo, Elvira de Bascopé y Teresa de Portocarrero, en los funerales de su madre, la Sra. Luisa Galindo v. de Tamayo, el 1º de marzo de 1978.

TAMAYO VISTO POR ALGUNOS ARTISTAS BOLIVIANOS

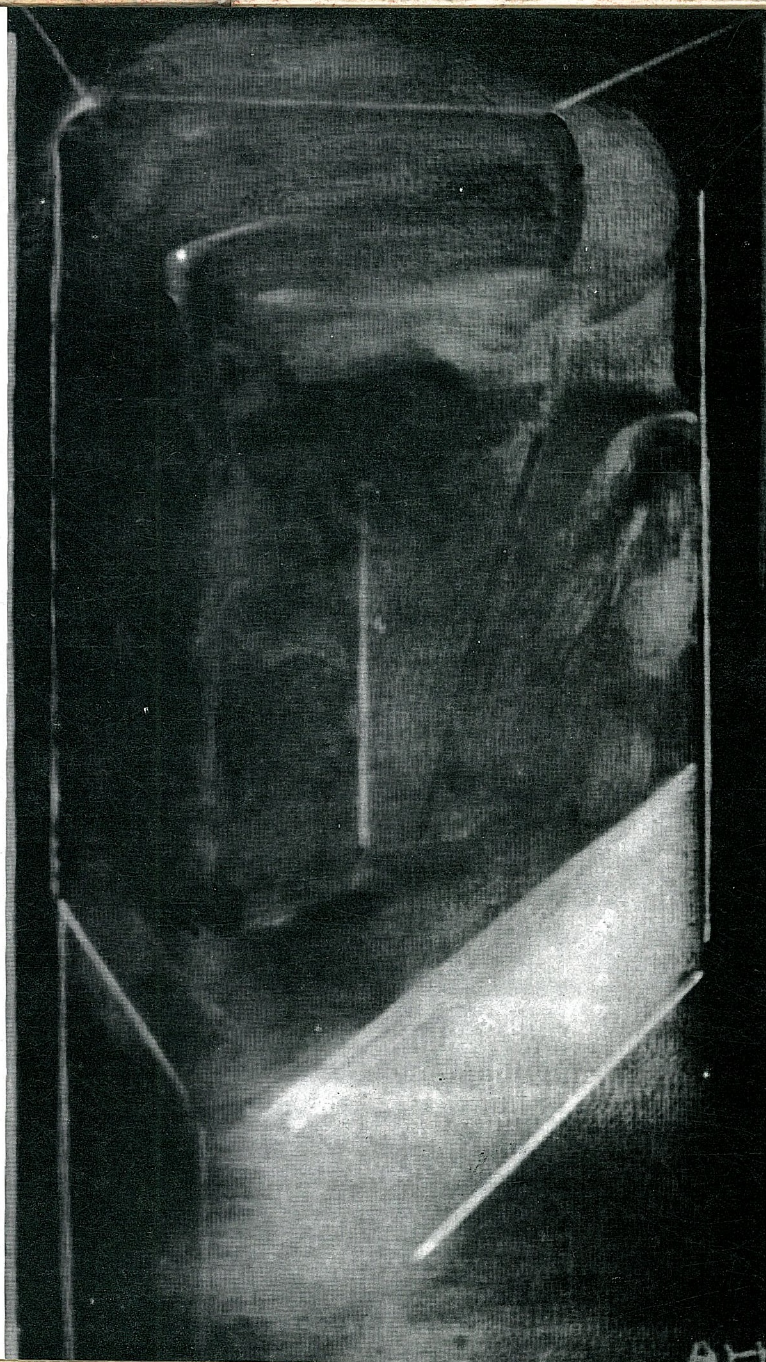




Boceto de Cecilio Guzmán de Rojas (1948).

Dibujo a pluma de Gil Imaná (1950).





Tamayo leyendo periódicos, dibujo de Gustavo Lara Torres, 1978.

Oleo de Enrique Arnal (1975).



Tamayo en el patio de la casa de Yaurichambi, pintura de Rossana Baptista Alvarez (1978).

BIBLIOGRAFIA SOBRE TAMAYO

DIEZ DE MEDINA, FERNANDO: El velero matinal. La Paz, 1935, pp. 13-60.
Thunupa, ensayos. La Paz, 1947, pp. 130-132 y 187-211.
Literatura boliviana... La Paz, 1953, pp. 285-290.
"Franz Tamayo, Hechicero del Ande" (retrato al modo fantástico). Imprenta López, Perú 666, Buenos Aires, 1942. La Paz, 1954 y 1968.

GUERRA, JOSE EDUARDO: Itinerario espiritual de Bolivia. Barcelona, 1936, pp. 185-187.

VILLARROEL CLAURE, RIGOBERTO: Elogio de la Crítica y otros ensayos. La Paz, 1937. pp. 155-165.

REVISTA "KOLLASUYO" Nº 55, año VI, julio y agosto, dirigida por Roberto Prudencio Romecín; número dedicado a Tamayo, con el siguiente sumario: "La Prometheida" de Franz Tamayo", por Mario Saielli; "Franz Tamayo", poema de Gregorio Reynolds; "Franz Tamayo", por Juan Bardina; Tamayo", poema de Augusto Pacheco Iturrizaga; "Los grandes escritores andinos, Franz Tamayo", por Luis Velasco Aragón: "Franz Tamayo y su libro "La Prometheida", por Raúl Jaimes Freyre; "Escritores bolivianos, Franz Tamayo", por Roberto Prudencio.

FINOT, ENRIQUE: Historia de la Literatura Boliviana. México, D.F., 1943, pp. 273-280.

FRANCOVICH, GUILLERMO: "Una mística de la tierra", en la filosofía en Bolivia. Buenos Aires, 1945, (sobre Franz Tamayo), pp. 157-160.
"El pensamiento boliviano en el siglo XX", colección Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica, México - Buenos Aires, 1956.

"FRANZ TAMAYO", Cuadernos quincenales de poesía, Nº 1, Dirección de Cultura de la Alcaldía de La Paz, octubre de 1956.

REVISTA "SIGNO", dirigida por Juan Quirós, Nº 2, enero-febrero de 1957, número dedicado a Tamayo, con el siguiente sumario: "Tamayo, soledad y muerte", por Porfirio Díaz Machicao; La poesía de Tamayo, por Roberto Prudencio; "Franz Tamayo", por Humberto Viscarra Monje; "Tamayo y La Prometheida", por Guillermo Francovich; "Los Scherzos de Tamayo", por Harold Osborne; "Lo apolíneo en Franz Tamayo", por Luis Felipe Vilela; "Tamayo", poema de Alcira Cardona Torrico; "Verbocromía en Tamayo", por Carlos Medinaceli; "Aportes de Tamayo a la sociología", por Humberto Guzmán A.; "Tamayo y la pedagogía nacional", por Humberto Guzmán A.; "Tamayo y la pedagogía nacional", por Federico Blanco Catacora; "Tamayo", poema de Gonzalo Vásquez Méndez; "Recensiones sobre la pética de Tamayo", por Antonio Alborta Reyes; "Tamayo", poema de Beatriz Schulze Arana; "Tamayo pensador", por Arturo Vilela; "Tamayo educador", por Félix Eguino Zaballa; "Tamayo periodista", por Juan Cabrera García; "Franz Tamayo anecdótico", por Rodolfo Subieta; "Elegía a Tamayo", por Antonio Avila Jiménez; "Tamayo o la voz de Bolivia", por Alberto Mendoza López.

ALCAZAR MOISES: "Crónicas parlamentarias", Talleres Gráficos Bolivianos, La Paz, 1957 (2a. edición) contiene tres capítulos sobre Tamayo: "Jaimes Freyre frente a Tamayo", "Tamayo y el Referendum", "Un ataque inesperado a Gabriel René Moreno".

REYNAGA FAUSTO: "Franz Tamayo y la revolución boliviana", Editorial "Casegural", La Paz, 1957, 238 pp.

MAROF TRISTAN: "Apuntes sobre Franz Tamayo", en Ensayos y Crítica. La Paz, Edit. Juventud, 1961. pp. 159-165.

CHAVEZ TABORGA CESAR: "A medio siglo de una polémica pedagógica", en la revista "Minkha". La Paz, enero-junio de 1961.

PALZA SOLIZ HUMBERTO: "Comentarios a la Creación de la Pedagogía Nacional", en el volumen "Fundamentos de la extensión universitaria". Publicaciones de la Universidad Mayor de San Andrés, La Paz, 1963.

AVILA ECHAZU, EDGAR: Resumen de la literatura boliviana. La Paz; Gisbert y Cía. S.A., 1964.

DIAZ MACHICADO, PORFIRIO: "Prosa y Verso de Bolivia", Antología, 1er. tomo. Ed. "Los Amigos del Libro". La Paz - Cochabamba, 1966, pp. 245-257.

FERNANDEZ NARANJO NICOLAS: "Concepción del mundo e ideas filosóficas de Franz Tamayo". Folleto del Centro de Estudios de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de San Andrés, La Paz, 1966, 40 pp.

SANDI, MARVIN: "Meditación del Enigma". Prólogo de Pedro Laín Entralgo. Seminario de Estudios Hispanoamericanos. Madrid, 1966. pp. 130.

"HOMENAJE A TAMAYO", volumen de 197 páginas, publicado por la Dirección de Cultura de la Municipalidad de La Paz, bajo la dirección de Alcira Cardona Torrico, contiene discursos y las convocatorias de los premios "Franz Tamayo", así como las resoluciones con condecoraciones póstumas al bardo. 197 pp.

DIAZ ARGUEDAS, JULIO: "Franz Tamayo, el poeta filósofo" (bio-bibliografía). Ediciones Isla, La Paz, 1967, 86 pp.

GOMEZ DE FERNANDEZ, DORA: "La poesía lírica de Franz Tamayo", Editorial "Los Amigos del Libro". La Paz - Cochabamba, 1968. 299 pp.

MEDINACELI, CARLOS: "Estudios críticos". Segunda edición, corregida y aumentada. Ed. Los Amigos del Libro. La Paz - Cochabamba, 1969. pp. 351-361.

ROCA, JOSE LUIS: "Bolivia en Arguedas y Tamayo", separata del tomo XXVI del "Anuario de Estudios Americanos". Sevilla, 1969.

SILES GUEVARA, JUAN: "Las Cien Obras Capitales de la Literatura Boliviana", Ed. Los Amigos del Libro". La Paz - Cochabamba, 1975, pp. 439-466.

GUZMAN, AUGUSTO: "Franz Tamayo" en "Poetas y escritores de Bolivia". Ed. Los Amigos del Libro. La Paz - Cochabamba, 1977. pp. 143-150.

INDICE

Página

La presente edición se terminó de imprimir el día 7 de abril de 1978, en los talleres de Litografías e Imprentas Unidas S. A., Calle Colón Nº 618, en La Paz — Bolivia.

(Viene de la solapa anterior)

— PIDO LA PAZ Y LA PALABRA, La Paz, 1970.

— UNA ESCUELA PARA LA VIDA, La Paz, 1970.

— DE LAS GUERRILLAS A LA ESCALADA NUCLEAR, Montevideo, 1971.

— SALVEMOS A BOLIVIA DE LA ESCUELA, La Paz, 1972 (2ª y 3ª edición). La Paz, 1973.

— LA CULTURA QUE HEREDAMOS, Oruro, 1972, (2ª edición), La Paz, 1977.

— ALFABETIZACION, UN PROGRAMA PARA BOLIVIA, La Paz, 1972.

— PASAJERO EN LA AERONAVE TIERRA, La Paz, 1973.

— ESTE PAIS TAN SOLO EN SU AGONIA, La Paz, 1973.

— LA EDUCACION COMO FORMA DE SUICIDIO NACIONAL, La Paz, 1973; (2ª edición) 1976.

— CIENCIAS SOCIALES, para Intermedio II. (La Colonia y la Indepencia), La Paz, 1975.

— EN LUGAR DEL DESASTRE, (Bolivia y el conflicto peruano - chileno), La Paz, 1975.

— PAGINAS ESCOGIDAS DEL PRESIDENTE MARIANO BAPTISTA, La Paz, 1975.

— ENSAYOS SOBRE LA REALIDAD BOLIVIANA, La Paz, 1976.

— BOLIVIA ESCRIBE, La Paz, 1976, (2ª edición en japonés, Tokio 1977).

— CIENCIAS SOCIALES, para Intermedio III, La Paz, 1976.

— HISTORIA (Gráfica) DE LA GUERRA DEL CHACO, La Paz, 1976.

— HISTORIA CONTEMPORANEA DE BOLIVIA 1930 - 1976, La Paz, 1976.

— POLITICA CULTURAL EN BOLIVIA, Edición de UNESCO, París, 1977.

— ANTOLOGIA GEOPOLITICA DE BOLIVIA. (En colaboración con Agustín Saavedra Weise), La Paz, 1978.